

DONNA LEON

Restos mortales

Quien destruye la naturaleza se destruye a sí mismo



Seix Barral

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Para la jueza Ruth Bader Ginsburg

*E scenderem col fiume, e in seno accolti il mar ci avrà pria che
risorga il giorno.*

Bajaremos con la corriente del río, y el mar nos acogerá antes
de que despunte el alba.

Otón, rey de Alemania

Acto II, escena IX

HÄNDEL

1

Tras el intercambio habitual de fórmulas de cortesía, la sesión se había alargado media hora más y Brunetti empezaba a sufrir las consecuencias. Le habían pedido al hombre que tenían delante —un abogado de cuarenta y dos años cuyo padre era uno de los notarios de mayor éxito y, por consiguiente, con más poder de toda la ciudad— que acudiese esa mañana a la *questura* porque dos personas distintas lo habían nombrado como el individuo que dos días antes le había ofrecido unas pastillas a una chica en una fiesta que se había celebrado en un domicilio particular.

La joven se las había tomado con un zumo de naranja que, según la información que había recibido la policía, también le había dado el mismo hombre. Un rato después se había desmayado y la habían llevado a urgencias del Ospedale Civile, donde había quedado ingresada con pronóstico reservado.

Antonio Ruggieri había llegado puntual a las diez y, como muestra de su fe en las capacidades y probidad de la policía, no se había molestado en llevar consigo a otro abogado. Tampoco se había quejado del calor que hacía en aquella sala de ventana única, aunque había posado la mirada un instante en el ventilador de la esquina, que hacía lo que podía —si bien en vano— por contrarrestar el bochorno agobiante del mes de julio más caluroso del que se tenía constancia.

Brunetti se había disculpado por la temperatura y le había explicado que la duración de la ola de calor había obligado a la *questura* a plantearse si destinar sus pobres recursos energéticos a los ordenadores o a encender el aire acondicionado, y se habían decantado por la primera opción. Ruggieri había sido cortés y se había limitado a preguntar si podía quitarse la chaqueta.

Brunetti, que aún llevaba la suya, había empezado dejando del todo claro que se trataba de una conversación informal a fin de que les proporcionara información que los pusiera en antecedentes sobre lo ocurrido en la fiesta.

Al abogado no se le escapaba la admiración mal disimulada que el torpe *commissario* tenía por la posición social de la familia Ruggieri, por los famosos de la ciudad que eran sus clientes y por los círculos adinerados en los que el abogado se movía con facilidad y por derecho propio, y no tardó en permitirse tratarlo con condescendencia pese a ser más joven que él.

Puesto que el agente que estaba sentado junto al *commissario* iba vestido de uniforme, Ruggieri no le prestó atención. No obstante, mantuvo la antena activada para asegurarse de que el joven respondía adecuadamente a la conversación de sus mayores y mejores. Pero tan pronto como dejó de reaccionar como correspondía a su modesta superioridad, el abogado abandonó el uso del plural al dirigirse a los dos hombres que tenía delante.

—Como le decía, *commissario* —continuó Ruggieri—, era la fiesta de cumpleaños de un amigo. Nos conocemos desde la escuela.

—¿Conocía usted a muchos de los invitados? —preguntó Brunetti.

—A casi todos: la mayoría somos amigos desde la infancia.

—¿Y a la chica no? —preguntó Brunetti mostrando una leve confusión.

—Ella debió de llegar con alguno de los asistentes. Si no, no podría haber entrado. Siempre hay alguno de nosotros con un ojo puesto en la puerta, por si acaso —añadió entonces para mostrarle de qué modo protegían su intimidad él y sus amigos—. Así vemos quién llega.

—Claro —respondió el *commissario*, y asintió para expresar su aprobación. En respuesta a la mirada de Ruggieri, afirmó—: Siempre está bien tomar precauciones.

Alargó el brazo para acercarle un poco el micrófono.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿tiene alguna idea de con quién pudo ir?

Ruggieri tardó un momento en contestar.

—No. No la vi hablando con nadie que yo conociese.

—¿Y cómo empezó usted a hablar con ella? —quiso saber Brunetti.

—Bueno, ya sabe cómo son estas cosas —explicó Ruggieri—. Había mucha gente bailando o por ahí, de pie. Yo estaba solo, mirando a los que bailaban, y de repente se me acercó y me preguntó cómo me llamaba.

—¿Y no la conocía de antes? —preguntó Brunetti con su mejor tono confundido y chapado a la antigua.

—No —respondió Ruggieri con énfasis—. Además, me tuteó.

Brunetti negó con la cabeza con aparente desaprobación.

—¿De qué hablaron? —le preguntó.

—Me dijo que no conocía a mucha gente y que no sabía cómo conseguir una copa —contestó Ruggieri.

Al ver que Brunetti no hacía ningún comentario, continuó:

—Por eso le pregunté si quería que le trajese algo. Al fin y al cabo, ¿qué, si no, hace un caballero?

Brunetti guardó silencio.

—No me pareció cortés preguntarle por qué no conocía a nadie —se apresuró a añadir Ruggieri—. Pero admito que se me pasó por la cabeza.

—Claro —asintió Brunetti, como si fuese una situación en la que él mismo se hallara a menudo.

Se mostró atento y esperó.

—Quería vodka con zumo de naranja, y le pregunté si tenía edad suficiente para beber.

Brunetti esbozó una sonrisa.

—Y ella contestó...

—Que tenía dieciocho años y que, si yo no me lo creía, iría a buscar a alguien que sí se lo creyese.

Imitando una expresión que le había visto a menudo a su tía abuela Anna, Brunetti frunció los labios en un mohín contrariado. A su lado, Pucetti se revolvió en el asiento.

—Una respuesta un tanto descarada —repuso el *commissario* con actitud remilgada.

Ruggieri se pasó una mano por el oscuro cabello y se encogió de hombros con aire cansado.

—Me fastidia, pero hoy en día son así. Que tengan edad de votar y de beber no significa que sepan comportarse.

A Brunetti le pareció interesante que Ruggieri mencionase de nuevo la edad de la chica.

—*Avvocato* —empezó con un tono que daba a entender que era reacio a lo que estaba a punto de decir—, el motivo por el que hoy le he pedido que venga a hablar con nosotros es que nos han dicho que usted le dio unas pastillas.

—¿Disculpe? —preguntó Ruggieri con evidente confusión. Entonces le dedicó una sonrisa relajada y añadió—: De mí se han dicho muchas cosas.

Brunetti le devolvió una sonrisa nerviosa y continuó:

—Estoy seguro de que habrá leído que tuvieron que llevarla al hospital. Los *carabinieri* interrogaron a una serie de personas y éstas les dijeron que usted había estado hablando con una chica que llevaba un vestido verde.

—¿Quiénes? —preguntó Ruggieri en tono brusco.

Brunetti alzó ambas manos en un gesto que denotaba debilidad.

—Siento no poder decírselo, *avvocato*.

—O sea, que los demás son libres de mentir sobre mí y yo no puedo siquiera defenderme.

—Estoy seguro de que tendrá la oportunidad de hacerlo, *signore* —respondió Brunetti, y dejó que el abogado tratase de averiguar cuándo.

—¿Qué más dijeron? —preguntó Ruggieri sin hacer caso de la contestación del *commissario*.

Éste cruzó las piernas y cambió de postura.

—Eso tampoco puedo decírselo, *signore*.

Ruggieri apartó la vista y observó la pared, como si detrás hubiera una persona escondida.

—Espero que también hayan dicho algo de la chica.

—¿Como qué?

—Pues que no podía quitármela de encima —contestó Ruggieri con rabia.

Era la primera emoción fuerte que mostraba desde que había entrado en la sala.

—Bueno, sí, alguien comentó que su comportamiento era, digamos, directo —respondió Brunetti como si la última palabra se le hubiese atascado en la garganta.

—Con eso se queda corto —repuso Ruggieri, e irguió la espalda—. Después de que le llevase la bebida, se me echó encima. Entonces empezó a moverse al ritmo de la música, frotándose contra mi pierna. El vaso estaba frío, por los cubitos de hielo, y se lo puso entre los pechos. Casi se le salían del vestido.

Ruggieri parecía indignado ante la desvergüenza de la juventud.

—Ya veo —dijo el comisario.

Era consciente de que, a su lado, Pucetti estaba cada vez más tenso. No hacía mucho que el joven policía había interrogado a un chico acusado de emplear la violencia contra su novia, aunque el informe que había presentado era de una neutralidad muy profesional.

—¿Y le decía algo a usted, *signore*?

Ruggieri lo pensó y fue a contestar, pero se detuvo y, al cabo de poco, continuó:

—Me dijo que tenía mucho calor. Y que era por mi culpa. —Hizo una pausa para que los hombres comprendiesen—. Entonces me preguntó si había algún sitio adonde pudiésemos ir los dos solos.

—¡Santo Dios! —exclamó Brunetti con asombro—. ¿Qué le contestó usted?

—La chica no me interesaba. Eso es lo que le respondí. No me gusta que sean tan fáciles.

Al ver que el *commissario* asentía con la cabeza, el abogado prosiguió.

—Y, digan lo que digan, yo no sé nada de esas pastillas.

—¿La chica con la que usted habló llevaba un vestido verde? —preguntó Brunetti.

Al final, el abogado le ofreció una sonrisa traviesa.

—Es posible. Yo estaba mirándole las tetas, no el vestido.

Brunetti notó la reacción de Pucetti. Para ocultar las inspiraciones profundas del joven, se tapó la boca con la mano como para reprimir, en vano, una risita de admiración.

Ruggieri sonrió de oreja a oreja.

—Supongo que podría habérmela llevado a alguna parte y beneficiármela —admitió, tal vez alentado por el gesto del comisario—, pero no valía la pena. Tenía unas tetas de lujo, pero era una estúpida.

Una hora antes de la cita con el abogado, Brunetti y Pucetti se habían enterado de que la joven había fallecido en el hospital esa misma mañana. La causa directa de su muerte había sido un ataque de asma, pero la presencia de éxtasis en la sangre era un factor agravante. A su lado, Brunetti oyó el chirrido de las patas de la silla de su compañero al rozar el suelo de hormigón de la sala de interrogatorios. Con el rabillo del ojo izquierdo, vio que el joven encogía las piernas para ponerse en pie.

Por miedo a lo que pudiese ocurrir, Brunetti alzó el brazo izquierdo al tiempo que dejaba escapar un gruñido grave. El sonido fue subiendo de intensidad hasta convertirse en un aullido agudo que parecía deberse a un dolor insoportable. Brunetti se levantó con el cuerpo torcido e intentó coger aire sin dejar de emitir el gemido torturado.

Los otros dos lo observaron pasmados, paralizados por la sorpresa. Brunetti giró a la izquierda, se desplomó sobre Pucetti y le golpeó en el hombro con el brazo cuando el joven agente intentaba ponerse en pie.

Tal vez por instinto de supervivencia, Brunetti se agarró al cuello del uniforme de Pucetti y tiró del joven hacia sí. De forma automática, Pucetti apoyó la palma de la mano izquierda en la mesa, estiró el brazo y recibió el peso de su jefe justo cuando le caía encima. Se volvió, rodeó con el brazo derecho el pecho del *commissario*, lo sujetó bien y lo bajó al suelo tratando de no ceder al pánico.

—¡Vaya a pedir ayuda! —le gritó a Ruggieri mientras se inclinaba sobre Brunetti y le buscaba el pulso.

Por debajo de la mesa le vio las piernas y los pies: el hombre no se había movido del sitio.

—Pero si no le pasa... —empezó a decir Ruggieri.

Pucetti lo interrumpió a gritos.

—¡Pida ayuda!

Las piernas se movieron. La puerta se abrió y después se cerró.

Pucetti se dirigió a su superior, que estaba tumbado bocarriba con los ojos cerrados, respirando con normalidad.

—*Commissario. Commissario*, ¿me oye? ¿Qué sucede? ¿Qué le ha ocurrido?

Brunetti abrió los ojos de golpe y lo miró.

—¿Está bien, *commissario*? —preguntó el agente, tratando con mucho esfuerzo de mantener la calma.

Con voz del todo normal, como si estuviera abogando por el uso correcto de los procedimientos, Brunetti le preguntó:

—¿Eres consciente de lo que habría supuesto para tu carrera si le hubieses atacado?

2

Pucetti se apartó del hombre tumbado en decúbito supino.

—¿A qué se refiere?

—Estabas a punto de abalanzarte sobre él, ¿verdad? —exigió saber Brunetti, sin intentar siquiera suavizar el reproche.

Pucetti guardó silencio sin apartar la mirada del *commissario*, que estaba del todo relajado. Buscó las palabras, pero tardó un tiempo en encontrarlas.

—La chica ha fallecido, y mire lo que este hombre está diciendo de ella —soltó al final—. No puede hacer eso. Es indecente. Alguien debería cerrarle la boca de un sopapo.

—Pero tú no, Pucetti —repuso Brunetti con firmeza, y se apoyó en un codo—. Tu trabajo no es enseñarle modales sino tratarlo con respeto, porque es un ciudadano al que no se le ha acusado formalmente de ningún crimen.

Reflexionó un instante y se corrigió.

—Y aunque lo hubieran acusado, también.

La expresión de Pucetti era pétrea. Brunetti no sabía si era resentimiento o vergüenza, pero tampoco le importaba.

—¿Lo entiendes, Pucetti?

—Sì, *signore* —respondió el joven, y se puso en pie.

—No vayas tan deprisa —lo detuvo.

Unas voces se acercaban y, al ver a su compañero confundido, añadió:

—¿Has oído lo que decía cuando se marchaba? Que no me pasaba nada.

—Pues no, señor —contestó Pucetti.

—Es lo que estaba diciendo antes de que le gritases otra vez.

Las voces se acercaban por momentos.

—Ven aquí, ponme las manos en el pecho y hazme la maniobra cardiorrespiratoria, por Dios.

Perplejo y con cara de no entender nada, Pucetti obedeció y se arrodilló junto a él. Brunetti se tendió de nuevo y cerró los ojos. El joven le puso una mano en el pecho, la otra encima de la primera y empezó a empujar, contando los segundos en voz baja.

—Está aquí —oyeron que decía Ruggieri desde el pasillo.

Brunetti separó los párpados apenas una rendija y vio dos pares de piernas uniformadas, seguidas de los pantalones de pinza de color gris oscuro del traje de Ruggieri.

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz del teniente Scarpa.

Pucetti dejó de contar pero no de presionar al ritmo correspondiente.

—Creo que es el corazón, teniente —respondió, y continuó contando los segundos.

—Hemos llamado a una ambulancia —los informó Scarpa.

Brunetti vio que las otras piernas de uniforme giraban hacia un lado.

—Ve abajo a esperarla y tráelos aquí —ordenó Scarpa.

Las piernas dieron media vuelta y salieron de la sala.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Scarpa.

—Pensaba que él iba a atacarme —empezó a contar Ruggieri—, pero entonces se ha levantado y se ha desplomado encima de él.

Brunetti se dio cuenta de que aquel lío de pronombres no debía de tener sentido para el teniente, así que cerró los ojos y empezó a emitir un leve jadeo al compás de la presión que ejercía Pucetti.

Entonces oyó unos pasos que se aproximaban a la mesa.

—¿Ha tenido problemas de corazón? —preguntó Scarpa.

—No lo sé, teniente. Tal vez Vianello lo sepa.

—¿Quieres que te releve? —preguntó el jefe tras un largo silencio.

Brunetti se alegró de tener los ojos cerrados. Siguió jadeando.

—No, señor. Ya le he cogido el ritmo.

—De acuerdo.

Las dos notas de la sirena sonaron cada vez más cercanas y penetraron la consciencia de Brunetti. Santo Dios, ¿qué había hecho? Había pretendido crear una distracción momentánea para evitar que Pucetti atacase a aquel hombre, pero había perdido el control de la situación y ahora estaba tirado en el suelo mientras el joven agente fingía hacerle la reanimación cardiopulmonar y el teniente Scarpa se ofrecía a echarle una mano.

Se preguntó si acabarían llamando a Vianello o avisando a Paola. Al salir de casa esa misma mañana, su esposa estaba durmiendo, así que no había hablado con ella.

En lugar de sopesar las consecuencias de su comportamiento, había hecho lo primero que se le había ocurrido para salvar a Pucetti. Podría echarle la culpa a no haber dormido la noche anterior, a haber dormido demasiado o a cualquier cosa que hubiera comido o dejado de comer. Demasiado café o una cantidad insuficiente. Pero tirándose encima de Pucetti se había pasado, y ahora estaban donde estaban. Y la ambulancia, al caer.

Pasos, ruido. Pucetti desapareció, llegaron otras manos, le pusieron una mascarilla sobre la nariz y la boca, lo cogieron de los tobillos y de los hombros, camilla, ambulancia, sirena, el vaivén relajante del agua, un atraque suave, vacilación. Entonces lo traslada a una superficie más dura, el ruido de las ruedas sobre los suelos de mármol mientras lo llevaban por todo el hospital. Echó un vistazo casi sin abrir los ojos y vio la puerta automática y la enorme cruz roja del Pronto Soccorso.

Una vez dentro, pasaron la recepción de largo y lo aparcaron junto a la pared, en un pasillo. Al cabo de un rato oyó pasos que se acercaban. Alguien le colocó una almohada debajo de la cabeza mientras otra persona le ponía algo en la muñeca y lo tapaba con una manta hasta la cintura. Los pasos se alejaron de nuevo.

Brunetti permaneció inmóvil y con los ojos bien cerrados durante varios minutos, hasta que recordó que debía hallar la manera de enderezar la situación. No podía levantarse de un brinco y fingirse Lázaro, pero tampoco podía apartar la manta y bajarse de la camilla diciendo que tenía que volver al trabajo. Se quedó quieto y esperó. Enseguida concilió algo parecido al sueño, pero un movimiento lo despertó. Al abrir los ojos vio que estaba en un box pequeño y que una enfermera de uniforme blanco abatía las barandillas de la camilla, pero se marchó antes de que él tuviera la oportunidad de hacerle alguna pregunta.

Pasado un breve espacio de tiempo, una mujer de bata blanca entró en el box y se acercó a la camilla sin decir nada. Se miraron a los ojos y ella lo saludó con un gesto de cabeza. Brunetti vio que llevaba una carpeta de plástico. La mujer estiró el brazo, le cogió la mano, le dio la vuelta y le tomó el pulso. Miró el reloj, anotó algo en un papel y a continuación le bajó el párpado inferior sin decir ni una palabra. Él miraba al frente.

—¿Me oye? —preguntó ella.

Brunetti pensó que sería más prudente asentir con la cabeza que hablar.

—¿Le duele algo?

Él la miró y vio la placa con el nombre, pero estaba inclinada y no consiguió leerla.

—Un poco —susurró él.

Era morena y debía de rondar su edad. Tenía la piel seca y una mirada cansada y recelosa.

—¿Dónde?

—El brazo —contestó él.

Según creía recordar, aunque no estaba del todo seguro, una de las señales de un ataque al corazón era dolor en uno de los brazos; en el izquierdo, pensó.

La mujer lo anotó. Un momento después le dio la espalda y metió la hoja de papel en una funda de plástico transparente sujeta a los pies de la camilla.

—¿Puede decirme qué me ha pasado, *dottoressa*? —preguntó, imaginando que eso sería lo que querría saber cualquiera al que hubieran llevado al hospital en ambulancia.

La doctora se volvió hacia él y Brunetti pudo leer el nombre: *dottoressa* Sanmartini. Su expresión era tan neutra que el *commissario* se preguntó si ella se daba cuenta de que estaba hablando con un ser humano.

—Sus constantes vitales —empezó a explicar ella, y señaló la carpeta que colgaba de la camilla— sugieren una gran variedad de interpretaciones.

Cerró los ojos un momento y respiró hondo. Entonces lo miró, y por fin pareció fijarse en él.

—¿A qué se dedica?

—Soy *commissario* de policía —respondió Brunetti.

—¡Vaya! —se le escapó a ella.

Cogió la carpeta, la abrió y escribió algo en la primera página.

—Creo que ya me siento mejor —admitió él con cierto nerviosismo, pues pensaba que ya era hora de acabar con todo aquello y salir de allí.

—Todavía tenemos que hacerle algunas pruebas —lo interrumpió ella. Y, tal vez en respuesta a su expresión, añadió—: No se preocupe, *signor*... —empezó a decir, y miró el papel—... Brunetti. Vamos a comprobar qué tal están ciertos indicadores, para estar seguros de lo que ha pasado.

—Creo que no ha sido nada —repuso él con calma y con la esperanza de que su certeza la persuadiera.

—Quizá es mejor que permita que lo decidamos nosotros, *signore* —contestó ella con bastante amabilidad.

Brunetti se convenció de que debía pagar el precio de su imprudencia. Cerró los ojos con resignación. Todo había empezado por su culpa y ahora no le quedaba más remedio que aguantar hasta el final.

—Le haremos un análisis de sangre —continuó ella con un tono que de pronto sonó brioso y profesional—. Me gustaría excluir algunas posibilidades.

Él se planteó preguntar qué era lo que quería descartar, pero se dio cuenta de que lo más sensato era no oponerse a nada.

—Bien —se obligó a decir.

Oyó más pasos. Una voz masculina.

—Elena me ha mandado venir, *dottoressa*.

Brunetti miró hacia la voz y vio una montaña humana de barba blanca que llevaba una pequeña bandeja metálica. El tipo la dejó encima de un armario bajo que había junto a la camilla, le subió la manga izquierda y le ató una tira de goma alrededor del brazo. Cogió una jeringa de la bandeja y retiró el envoltorio de plástico. En aquella mano inmensa, la jeringa parecía diminuta y, a pesar de eso, más amenazadora.

—Espero que no le duela, *signore* —dijo el hombre con expresión muy seria.

Brunetti cerró los ojos. Sintió la mano del enfermero en la muñeca, luego una sensación muy tenue de frío cuando la aguja le tocó la piel de la flexura del codo y, después, nada. Esperó a que ocurriese algo. Tenía sensación de presión y oía ruidos y tintineo, pero mantuvo los ojos cerrados.

De pronto, un roce en el brazo le hizo abrirlos y vio que el hombre estaba desatándole la goma. Había tres tubos llenos de sangre, colocados de pie en un soporte de plástico.

La doctora le entregó una hoja de papel al enfermero.

—Que miren todo esto, Teo. Las enzimas, de inmediato.

—Por supuesto, *dottoressa*.

Cogió la bandeja y dio media vuelta. Brunetti escuchó los pasos hasta que desaparecieron pasillo abajo. «¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?»

—Me gustaría llamar a mi esposa —dijo.

—Lo siento, pero los *telefonini* no funcionan en los boxes de urgencias. No hay cobertura —le explicó la *dottoressa* Sanmartini.

Brunetti extendió el brazo en el que acababan de hacerle la extracción hacia el borde de la sábana y se dispuso a apartarla.

—No tenga tanta prisa, *signore* —le advirtió la *dottoressa*—. Todavía tenemos que hacerle el electrocardiograma. Después podrá salir a llamar. Una enfermera lo llevará a un sitio desde donde está permitido hacer llamadas.

Como si hubiese oído las palabras de la doctora, una enfermera llegó y se colocó a los pies de la camilla.

La doctora se apartó para que pudiera sacarlo del box y la joven empujó la camilla de Brunetti por el atrio grande que había frente al Pronto Soccorso, hasta llegar a la sala de cardiología de urgencias. Una vez dentro, todo empezó a ir más despacio. Hubo una confusión con el orden de las visitas y Brunetti tuvo que esperar a que examinasen a otras tres personas antes que a él.

Ahora que ya había pensado en Paola, se inquietó porque su esposa no sabía nada de lo que estaba ocurriendo. Miró el reloj y vio que eran las doce: aún disponía de una hora antes de que ella empezase a preocuparse por él.

Por fin, un doctor distinto le hizo el electrocardiograma y después lo llevaron a otra consulta donde el mismo tipo le untó un gel frío en el pecho, preparándolo para una ecografía. El médico le ofreció la posibilidad de mirar el monitor con él, pero Brunetti rehusó.

Le esparció el gel por el pecho con mucha paciencia, más de la que tenía Brunetti, y al acabar usó una especie de varita sin punta que le deslizó por la piel. De vez en cuando daba toques en la pantalla y tomaba instantáneas desde varios ángulos, pero no decía ni una palabra. Al final, cortó un trozo largo de papel de un rollo enorme y se lo ofreció. El *commissario* acabó de limpiarse el pecho y tiró el papel a un cubo grande que había junto a la camilla, sin saber más de lo que sabía al inicio de la prueba.

El único comentario que hizo el doctor cuando Brunetti quiso saber si había encontrado algo malo fue: «Hum...». Así que, consciente de que no conseguiría más respuesta que ésa, le formuló una última pregunta:

—¿Puedo irme ya a casa?

El doctor no pudo contener su sorpresa.

—¿A casa?

—Sí.

—Esa decisión no puedo tomarla yo, *signore*. No me han asignado su caso. — Entonces miró la pantalla y añadió—: Creo que lo más prudente será que se quede aquí un rato más.

Justo cuando Brunetti iba a quejarse se formó un alboroto fuera de la consulta. Una mujer protestaba a voces, y enseguida se oyó a otra que gritaba aún más. De pronto se abrió la puerta y apareció Paola.

Brunetti se apoyó en un codo y le tendió el otro brazo.

—Paola, no te preocupes. No me pasa nada —explicó con la esperanza de sofocar sus temores y garantizarle que estaba bien.

En un abrir y cerrar de ojos, su esposa estaba junto a la camilla, mirando al doctor a fin de buscar su complicidad.

Paola se inclinó sobre su marido, y cuando estuvo segura de que le prestaba atención, le habló con la voz estrangulada por su enfado mal disimulado.

—¿Qué has hecho ahora?

3

El doctor, a todas luces impactado por las palabras de aquella mujer —por no hablar del tono en que las había pronunciado—, le preguntó:

—¿Quién es usted, *signora*?

—La esposa de este hombre, *dottore* —contestó Paola, que a duras penas conseguía aparentar tranquilidad—. Le agradecería mucho que me permitiese estar un momento a solas con él.

Brunetti se fijó en la reacción del facultativo: el doctor echó la cabeza hacia atrás como si una distancia mayor fuese a proporcionarle una visión mejor de aquella pareja; después inclinó la barbilla hacia un lado y hacia el otro, y por último la alzó, igual que un pájaro curioso. Apagó el aparato y la luz de la sala se atenuó. Salió de allí en silencio y cerró la puerta sin hacer ruido.

—Nunca había visto algo así —observó Brunetti.

—¿El qué? —preguntó su esposa, distraída.

—Que alguien echase a un doctor de su consulta.

Brunetti oyó que Paola respiraba hondo unas cuantas veces y se preguntó de qué forma se manifestaría su ira. Debería haber insistido en hacer la llamada; debería haberse levantado y buscado una cabina que funcionase o usar un teléfono del hospital: enseñar la placa para adueñarse del que había en el mostrador de las enfermeras. Pero no lo había hecho, sino que había cedido a la pasividad que los hospitales pretenden infundir en sus pacientes.

Su esposa estuvo callada durante tanto rato que Brunetti empezó a temerse que el silencio fuera un presagio de las consecuencias que tendría su comportamiento irracional.

—¿Quién te lo ha dicho? —le preguntó al final.

Paola se tapó de pronto los ojos con la mano derecha, con la otra se sujetaba el codo. La llamó por el nombre, pero ella le dio la espalda.

—Paola, dímelo —insistió él, aunque estaba costándole mantener la calma.

Apartó la manta, descolgó las piernas de la camilla y, al incorporarse, se sintió mareado de repente. Se agarró al borde con ambas manos. Respiró hondo dos veces, puso los pies en el suelo y se levantó.

Paola debió de advertirlo, porque apartó la mano de los ojos y lo miró.

—Ha venido Pucetti a la universidad. Ha aparecido al fondo del aula mientras daba clase. De uniforme y con cara de susto.

Ay, el fiel y diligente Pucetti que intentaba arreglar las cosas llevando la verdadera noticia, la buena, a la esposa de su jefe. Brunetti se imaginó la escena, al agente esperando en la puerta con el rostro pálido y angustiado.

—Lo siento —se disculpó.

—Pensaba que estabas muerto, Guido —dijo Paola, devastada—. Creía que había venido a eso: a decirme que te habían matado. Que te había asesinado alguien cuando intentaba robar un banco o algún loco que había tomado un rehén. Lo vi y durante un instante estuve segura de que habías muerto.

Tenía la voz ronca y las palabras le salían con aspereza, como si se hubiera pasado horas chillando. Pero Brunetti sabía que no había llorado porque no le veía las típicas señales alrededor de los ojos. Paola era una mujer que vivía en su imaginación y estaba acostumbrada a convertir lo que veía en historias; se fijaba en la expresión de las personas y se inventaba lo que les había ocurrido. Y, además, creía en las tragedias. Vivía feliz, pero su visión de la vida era trágica.

—¿Y entonces qué ha ocurrido? —preguntó él, sin bajar la guardia.

—Pues que me ha sonreído y ha levantado el pulgar para que supiese que no pasaba nada. Yo aún no tenía ni idea de qué había ocurrido, pero él me estaba indicando así que no me preocupase.

Paola calló y respiró hondo unas cuantas veces. Brunetti esperó.

—He mirado a los alumnos, y he visto que algunos se habían vuelto hacia Pucetti. Otros ya estaban hablando.

Alzó la mano derecha e hizo un gesto que podía significar cualquier cosa.

—Así que les he dicho que la clase había terminado.

Brunetti asintió. Dejarlos marchar tenía más sentido que engañarse a sí misma pensando que podría haber seguido concentrada en la clase.

—Cualquiera diría que nunca habían visto a un policía —comentó Paola con un tono que cada vez se parecía más al habitual.

Brunetti se miró los pies y se dio cuenta de que iba descalzo. ¿Dónde estaban sus zapatos? De repente sintió la urgencia de llevarlos puestos, de bromear con su esposa, de aburrirse en el despacho.

—En cuanto se han ido, Pucetti se ha acercado a la mesa y me ha contado que todo había sido una farsa para protegerlo. No tenía ni idea de qué estaba hablando y, si te digo la verdad, creo que sigo sin entenderlo.

Brunetti fue hasta la silla que había junto a la pared y se la acercó a Paola. Entonces la tocó, la cogió por los hombros y la guio hasta la silla como si fuera una señora mayor que necesitase ayuda.

—Dime lo que has hecho, por favor —le pidió ella.

Era la misma petición que había acompañado a su dramática entrada en la sala; pero, oh, qué distinta.

—Estaba interrogando a un sospechoso con Pucetti y de repente ha perdido el control. Me ha parecido que iba a coger al tipo por el cuello, así que me he levantado rápido para impedirselo y darle una distracción. No he pensado lo que hacía, la verdad. Y resulta que unos minutos después estaba tumbado en el suelo mientras Pucetti me hacía compresiones torácicas y Scarpa miraba.

—¿Crees que Scarpa se ha dado cuenta de lo que ocurría? —preguntó Paola.

—Dios sabrá —respondió Brunetti—. Yo estaba en el suelo, y Pucetti encima de mí; no he visto bien lo que pasaba.

Brunetti intentó recordar cómo se había comportado el teniente.

—Estaba inquieto, pero algo me dice que no era por esto.

La posibilidad de que el teniente se hubiese preocupado por él le resultaba demasiado remota. Tal vez Pucetti lo supiera: al fin y al cabo, él había hablado con Scarpa y le había visto la cara.

—Si te descuidas, Patta te mandará flores.

—Creo que voy a dejar que lo haga —repuso Brunetti.

—¿Qué?

—Que creo que voy a seguir con esto.

—¿Seguir con qué? —preguntó Paola, que no comprendía.

—Esto, el colapso, la enfermedad, el ataque. Lo que haya sido.

—O lo que no haya sido —lo corrigió ella.

Brunetti sonrió. Una vez más, todo estaba en su sitio: podía bromear con su esposa.

—Es que no lo soporto, no puedo seguir haciendo lo que hago —confesó Brunetti, y al oírse se sorprendió a sí mismo—. He tenido que fingir todo esto, acabar en el hospital y dejar que los médicos me toqueteen por aquí y por allá sólo para evitar que un compañero reaccionase de manera exagerada haciendo su trabajo.

Jamás había dicho aquello en voz alta y tampoco se había parado a pensarlo con detenimiento.

Se apoyó en el colchón y se alegró de contar con ese apoyo. A pesar de que estaba hablando con la única persona en quien confiaba sin reservas, Brunetti no quería dar más explicaciones. Estaba cansado del asunto.

—Me parece que lo que quieres es escapar —concluyó ella, aunque intentó que sonase a broma.

Brunetti asintió.

Ella lo miró igual que había hecho el médico, incluso ladeó la cabeza para observarlo del mismo modo. Brunetti vio la respuesta del hombre reflejada en la cara de su esposa: había abierto los ojos con extrañeza y luego había apartado la mirada. Había apretado los labios como hacía a veces cuando leía un texto difícil. A Brunetti la experiencia le decía que no tenía más opción que darle tiempo para estudiar el texto y esperar a ver qué decidía.

La puerta se abrió, pero ninguno de los dos se molestó en comprobar quién era. Silencio. La persona se retiró y la puerta se cerró.

Paola lo observó un buen rato antes de preguntar:

—¿Estás seguro?

Entonces, como si quisiera asegurarse de que hablaban de lo mismo, añadió:

—¿Seguro que quieres escaparte de casa?

El alma de Brunetti sabía que ella era su hogar.

—En cierto modo, sí —admitió, pero se dio cuenta de que a Paola debía de haberle sonado demasiado mal—. No de ti ni de los niños, sino de todo lo demás.

Para que la distinción quedase clara, señaló el lugar en el que estaban, como si quisiera que ella lo considerase una prueba de lo que estaba diciéndole.

—Llevo mucho tiempo dándole vueltas —continuó Brunetti, que iba descubriendo la verdad a medida que hablaba—. Necesito descansar un tiempo de este trabajo. No pensar en él siquiera, y no acabar en el hospital porque un sospechoso haya dicho algo ofensivo de una chica.

—¿Qué chica? —preguntó Paola.

—Una joven a la que alguien le dio unas pastillas en una fiesta. Ayer falleció aquí —añadió, porque acababa de caer en la cuenta de dónde debía de estar.

Paola dejó pasar un momento, como hace la gente cuando se entera de la muerte de un desconocido.

—Si cada vez que Patta dice algo insultante le pegases un tiro —dijo al final—, el hombre parecería un queso gruyer.

Paola sonrió. La vida de Brunetti se enderezó y volvió a su curso habitual.

—Pucetti es joven... —explicó él.

—Guido, ya ha pasado una eternidad desde que era el recluta joven y brillante. Y tiene más de treinta años.

Brunetti se preguntó si ella sacaría su propia conclusión, y así fue.

—Debería ser capaz de controlarse, Guido. Lleva un arma, por el amor de Dios.

Brunetti quiso contarle que esa mañana Pucetti no la llevaba consigo, pero se dio cuenta de que eso no importaba: había perdido los estribos, o había estado a punto, y merecía una reprimenda oficial. Sin embargo, la actuación heroica de Brunetti eliminaba esa posibilidad. ¿Acaso lo que había hecho para salvar a Pucetti no era una distorsión de la verdad? ¿Qué diferencia había entre eso y darle una patada a una pistola para acercarla al cadáver de un atacante que, tal vez, habría estado a punto de usarla? ¿O decir que un sospechoso se había resistido y habían tenido que reducirlo?

—Tienes razón —admitió—. Lo he hecho sin pensar. Lo único que quería era impedirle que usara la violencia.

—Guido, eres su jefe, no su padre.

—¿Y tú no harías lo mismo para evitar que uno de tus alumnos echase a perder su carrera profesional? —le preguntó, aun sabiendo que en realidad no se trataba de lo mismo.

—Puede que sí —respondió ella, y se puso de pie.

Brunetti era consciente de que esa respuesta no cambiaba nada. Volvería a hacerlo sin dudar, porque ¿de dónde sacaría a otro Pucetti?

—¿Entonces? —preguntó.

Ella dejó pasar un instante.

—Me decías que querías escaparte.

—Lo cuentas como si fuera un niño —se quejó él, enfurruñado.

—Para nada, Guido. Llevo meses observándote y estoy de acuerdo contigo en que necesitas hacer algo que no sea estar esperando a que aparezca el siguiente caso horrible para resolverlo.

Jamás había criticado su profesión en todos esos años: siempre había sido la esposa que se interesaba por la labor que desempeñaba y le ofrecía su apoyo, la que escuchaba siempre que él le describía el caos del que había sido testigo y las consecuencias de la violencia que se oculta bajo la superficie del comportamiento humano. Prestaba atención a los relatos sobre asesinatos, violaciones, incendios provocados, violencia, y había tenido la gentileza de plantearle preguntas que a menudo le sugerían nuevos puntos de vista sobre las personas y los acontecimientos.

Se preguntó cuánta atención había prestado él, en cambio, al trabajo que ejercía Paola. Él había convertido su pasión por la prosa de Henry James en un chiste recurrente y se había negado a leer más que unos cuantos de sus libros. El asesinato era

para hombres de verdad, mientras que los libros eran para las chicas. No obstante, él ya no era capaz de soportarlo y ella estaba animándolo a huir.

—Acabo de volver de vacaciones —le recordó él.

—Eso fue hace dos meses, y no las disfrutaste.

—Es que no paraba de llover.

Recordaba haber pasado todo el viaje por Londres, Dublín y Edimburgo enfurruñado, quejándose de la lluvia y de lo malo que era el café, sin importarle que su mal humor estuviera afectando al ambiente familiar tanto como el tiempo.

—Podemos hablarlo cuando estés en casa —propuso ella—. ¿Te han avisado de cuándo saldrás?

—No. Sólo me han dicho que tienen que hacerme más pruebas —respondió él, tomándose con mucha tranquilidad.

—¿Y eso qué significa, que te han encontrado algo? —preguntó Paola sin asomo de la tranquilidad que mostraba su marido.

Se abrió la puerta y entró la *dottoressa* Sanmartini.

—Buenas tardes, *signora* —la saludó con aire distante—. ¿Le importaría dejarme a solas con mi paciente?

En circunstancias normales, Paola habría reaccionado a la mínima insinuación de sarcasmo enterrado entre las palabras, pero en ese caso no lo había: se trataba nada más que de una persona educada realizando una petición a otra.

—Por supuesto, *dottoressa* —concedió, y salió de la habitación.

—¿Le importaría incorporarse, *signor* Brunetti? —le pidió la doctora.

Brunetti lo hizo y esperó a que continuase con curiosidad por saber qué opinión tenía una ciudadana sobre el precio de su trabajo.

En cuanto ella se dio cuenta de que no iba a preguntarle nada, prosiguió:

—De vez en cuando debe usted de tratar con personas horribles que cometen actos atroces y son incapaces de ver que lo son.

¿Era posible que alguien le hubiese dejado escuchar la conversación con Ruggieri?, pensó Brunetti por imposible que pareciese.

—No cabe duda de que ha sido testigo de las cosas que las personas pueden hacerse unas a otras —añadió.

—Me imagino que usted habrá visto las mismas cosas, *dottoressa*.

—Sí, pero mi responsabilidad termina cuando le he curado las heridas a la mujer que ha sido víctima de la agresión.

A Brunetti le pareció interesante que hubiese identificado a la víctima con una mujer.

—No tengo que escuchar a la persona culpable negar los hechos ni decir que estaba en su derecho de hacer lo que hizo.

—¿Y usted cree que eso podría ser la causa de lo que me ha ocurrido? —preguntó Brunetti.

Ella dejó a un lado los papeles que llevaba y lo miró a los ojos.

—*Signor* Brunetti, ¿me permite que le sea sincera?

—Siendo mi doctora, ¿no está obligada a ello? —preguntó él.

La mujer hizo un ruidito a medio camino entre un resoplido burlón y una risa.

—Ni mucho menos.

—En ese caso, sí, por favor. Hable con franqueza.

Ella señaló el informe.

—Creo que los resultados que se muestran aquí tienen muy poco que ver con lo que le sucede.

Brunetti se encogió de hombros y esperó a que prosiguiese.

—¿Entonces? —preguntó al ver que no continuaba.

—Es por su trabajo. Por la necesidad de hacer algo cuando en realidad usted no puede hacer nada.

La doctora bajó la mirada, quizá reflexionando sobre su respuesta, quizá observándose los pies.

—Puesto que sus atribuciones son limitadas —continuó ella con la cabeza gacha—, si usted cree que alguien ha cometido un crimen, lo único que procede es arrestar a esa persona e interrogarla. No puede hacerle nada más, tampoco obligarlo a que comprenda el alcance de sus actos.

La doctora lo miró.

—Por eso le he hablado de «necesidad», *signore*. Me refiero a una obligación ética. Usted ha acabado aquí porque siente impotencia.

—*Dottoressa*, dicho así, parece una conclusión muy simple —repuso Brunetti con afabilidad.

—Viendo los resultados de las pruebas, es simple —respondió ella—. ¿Le gustaría saber por qué?

—Sí.

Cogió la carpeta y la abrió.

—He analizado los resultados con atención y no encuentro ningún indicio de que haya tenido un ataque al corazón ni de ningún problema cardíaco. El electrocardiograma y la ecografía son normales, y el estudio de las enzimas no muestra señales de ningún problema.

Brunetti esbozó una breve sonrisa y cerró los ojos un instante.

—Qué alivio —admitió.

Lo incomodaba seguir con el papel de paciente preocupado.

—Sin embargo, tiene la presión arterial muy alta: dieciocho sobre once.

Brunetti no disimuló su inquietud.

—En su caso, como no hay indicios de ningún tipo de lesión en el tejido cardíaco, lo único que nos queda es el estrés.

—¿Y eso es mejor o peor, *dottoressa*? —la interrumpió.

—Ni lo uno ni lo otro, *signore*.

Le dejó tiempo para digerirlo y continuó.

—Le he hecho una copia de los resultados para que se los enseñe a su médico de familia. Mi diagnóstico es que es usted un paciente de riesgo por culpa del estrés y que debería hacer algo para reducirlo.

—Soy demasiado mayor para buscarme otro trabajo, *dottoressa*.

Por fin ella sonrió.

—Y demasiado joven para jubilarse, me atrevería a decir.

—Aunque me pese.

—No obstante, y al margen de su edad, creo que lo que usted necesita, *signor* Brunetti, es alejarse un tiempo de las circunstancias que le causan ese estrés. Lo he indicado en el informe, donde especifico también que sufre agotamiento provocado por el trabajo y que eso podría tener consecuencias negativas para su salud cardíaca.

—¿Significa eso lo que estoy pensando? —preguntó él.

—Le he escrito una carta recomendando dos semanas, extensibles a tres, fuera del lugar de trabajo. No deberían contactar con usted para nada relacionado con sus tareas habituales. Sólo para emergencias.

Entonces lo miró a la cara, y él se percató de que tenía una leve desviación de la nariz, hacia la izquierda, tal vez a causa de una antigua lesión que no hubiera sanado de forma satisfactoria.

—Da igual qué tipo de emergencias sean. Pero no deberían molestarlo con asuntos burocráticos del día a día.

—Habla como alguien que ha trabajado en un entorno burocrático, *dottorressa* —se arriesgó a decir.

—Por mis pecados —respondió ella, y sonrió de nuevo.

—¿Cuándo podré irme a casa?

—Si su esposa lo acompaña, puede marcharse ahora.

—Es usted muy amable, *dottorressa* —contestó, y trató de disimular el alivio.

Ella asintió.

—También soy muy pragmática.

—¿Disculpe?

—Que necesitamos la camilla.

Al salir de la habitación, Brunetti encontró a Paola y, en el pasillo donde había estado esperando en la camilla a que lo atendiesen, los zapatos. Poco después, la pareja salió del brazo a la luz deslumbrante y el calor abrasador de una tarde de mediados de julio y, al dejar atrás el ambiente fresco del enorme vestíbulo del Ospedale, Brunetti se sintió como si lo hubieran envuelto en una manta eléctrica tras derramarle un cubo de agua caliente encima. En la sala de interrogatorios donde había fingido el ataque hacía calor, pero no tanto como allí.

Se volvió hacia Paola.

—Debería haber reservado billete de vuelta con la ambulancia.

—¿Y regresar a la *questura*? —preguntó ella, y abrió el bolso para buscar las gafas de sol.

No las encontró a la primera, así que se refugió en la sombra hasta que dio con ellas y pudo ponérselas y salir.

—Vámonos a casa —propuso Brunetti—. Esto es insoportable.

Escogieron la ruta más corta, emprendieron el camino a paso lento y cruzaron Campo della Fava con la intención de evitar el gentío de Calle della Bissa. Cuando llegaron a los pies del puente de Rialto, lo miraron horrorizados. Hormiguero, termitas, avispa. Haciendo caso omiso de esos pensamientos, se cogieron del brazo y empezaron a subir sin mirar más allá de sus pies y de la zona que los rodeaba. Arriba, arriba, arriba, mientras otros pies descendían en su dirección, aunque ellos no se detuvieron. Arriba, arriba, arriba hasta llegar al punto más alto, donde tuvieron que abrirse paso a empujones entre los que estaban allí plantados sin moverse, sin prestar atención a sus expresiones de admiración. Y entonces abajo, abajo, abajo, y el impulso del descenso los hizo más formidables: vieron cómo los pies que subían en su dirección se apartaban a su paso y, sin atender a protestas, el matrimonio continuó adelante sin parar. Entonces giraron a la izquierda y se detuvieron en el pasadizo, Brunetti con el pulso acelerado y Paola buscando apoyo en el brazo de su marido, indefensa.

—No lo soporto más —se quejó, y descansó la frente en el hombro de Brunetti—. Quiero que *Il Gazzettino* publique un titular diciendo que hay un brote de cólera en la ciudad. O de peste.

Brunetti le dio un beso en la cabeza.

—¿Quieres que rece por un tsunami? —le preguntó.

Sintió que ella se reía, y enseguida se separó de él y respondió como si nada:

—No, no quiero que pase nada que pueda dañar los edificios.

Cuando llegaron al portal, Brunetti había empapado la camisa y la chaqueta de sudor, y Paola tenía mechones de pelo mojado pegados a la frente. Subieron las escaleras en silencio, sin más deseo que el de llegar arriba, a la corriente de aire que fluía de un extremo del apartamento al otro.

Una vez en casa, Brunetti se quitó la chaqueta, convencido de haber oído cómo la tela mojada se separaba de la de la camisa. Fue al salón y se colocó justo donde la corriente de aire más fresco del norte fluía hacia el sur. Se desabrochó la camisa y la agitó en la brisa, y cuando se volvió hacia Paola vio que estaba pasándose los dedos por el pelo para recogerlo y refrescarse con la misma corriente.

—«*La pastorella alpestra et cruda / posta a bagnar un leggiadretto velo, / ch'a l'aura il vago et biondo capel chiuda*» —recitó sin pensar.

Paola se soltó la melena y le sonrió.

—Si puedes contemplar a la pastora lavar el velo que le protege el pelo del viento, espero que el calor ardiente del día te llene con el frío del amor —repuso ella, completando el poema.

—¿Es que no puedo citar algo que tú no conozcas? —se quejó Brunetti.

—Tendrás que probar con algo más oscuro que Petrarca —contestó con afabilidad, y enseguida añadió—: Pero ¿por qué no te duchas antes? Has pasado toda la mañana en el hospital.

—Y me lo merezco, por idiota —sentenció, y fue al dormitorio a buscar ropa limpia.

De la ducha salió un hombre nuevo, uno que durante un tiempo breve se había sometido a un chorro de agua tan caliente como era capaz de soportar para después abrir el grifo de agua fría y aguantar estoico, aunque durante mucho menos rato. Ese mismo hombre halló a su esposa tumbada a sus anchas en el sofá, bebiendo de una copa de líquido claro que, viendo la condensación que se había acumulado en el cristal, debía de estar frío. En cuanto se percató de que delante del sofá había una bandeja con otra copa, se felicitó en silencio por su capacidad de observación.

—¿Es para mí? —preguntó.

Demasiado cansada o acalorada para responder con una broma, Paola se contentó con asentir. Él se sentó a su lado y cogió la copa, pero la posó después del primer trago.

—¿Es limonada? —preguntó, tratando de no sonar como un policía.

—¿No te gusta? —quiso saber ella—. Ahora mismo no soporto la idea de tomar otra cosa.

Brunetti bebió otro sorbo.

—Tienes razón. Lo preguntaba porque me ha sorprendido.

—¿Que no fuese vino?

La pregunta lo incomodó, como si ella estuviera insinuando que él no bebía nada que no tuviera alcohol.

—No importa —resolvió Brunetti, y continuó bebiendo, a pesar de que aquello tampoco fuera un *spritz*.

Cuando Paola se acabó la limonada, dejó la copa en la mesa.

—¿Y bien?

Brunetti reflexionó.

—Me ha recomendado dos o tres semanas de reposo total —le contó al final.

—¿Y vas a hacerle caso?

—Sí —respondió él sin dudar—. Sí.

—Bien —afirmó ella—. Es lo que necesitas.

—Aunque sólo sea para evitar que siga haciendo estupideces, ¿no? —inquirió él.

—Lo que has hecho no es una estupidez, Guido. En absoluto —dijo Paola—. Imprudente o impulsivo, quizá, pero ni mucho menos estúpido.

Brunetti se preguntó si sus hijos reaccionaban de igual modo a la aprobación de Paola; si ellos también sentían que la incertidumbre o el sentimiento de culpa se desvanecían en el instante en que ella certificaba que lo que habían hecho estaba bien.

—Me alegro de que pienses así —contestó él, pero no pudo evitar que sonara algo torpe.

Paola no hizo caso del comentario.

—¿Qué vas a hacer durante esas dos o tres semanas?

Brunetti se dio cuenta de que no lo había pensado, no más allá de tener claro que se dedicaría ese tiempo a sí mismo. Se quitó los zapatos y apoyó los pies en la mesa. Pensó en lo agradable que sería tomarse un *spritz*, y se arrellanó en el sofá.

—Me gustaría ir a algún sitio desde donde se vea el agua —respondió.

—¿Aquí en Venecia o en otra parte? —quiso saber ella, como si la respuesta no le extrañase en absoluto.

—Aquí. Me gustaría ir a remar.

La idea, que acababa de ocurrírsele, no sólo lo sorprendía, sino que era fruto de un impulso, igual que su reacción a la acción de Pucetti.

—¿Con este calor?

—En la laguna es distinto —explicó Brunetti.

Se acordó de cuando era más joven y tenía los músculos y la mollera más duros, y puede que también el corazón, aunque eso sólo se lo admitiese a sí mismo.

—El calor no se nota tanto, porque siempre hay brisa.

—Y corrientes y mosquitos, y jóvenes que van como locos con las lanchas.

—Con perros felices en la proa —contrarrestó él—. Y la luz que refleja el agua, la sensación de la barca bajo los pies y, cuando llegas a los canales más estrechos, el silencio.

Consciente de que Paola aún no caía rendida ante la magia y el misterio de la laguna, añadió:

—Y chicas jóvenes en bikini.

—Y tú con camiseta, marcando músculos.

Brunetti se acercó a ella, dobló el codo cual luchador y apretó el puño.

—Vamos, toca —la instó, y cuando ella alargó la mano hacia él, añadió—: Ve con cuidado, no vayas a hacerte daño.

En lugar de palparle el músculo, Paola le dio un golpecito en las costillas.

—¡Venga, ya, Guido! Ahora en serio: ¿adónde quieres ir?

Sin embargo, a Brunetti le pareció que lo preguntaba como si ya tuviera una alternativa en mente.

—No lo sé, aún no lo he pensado. Pero supongo que podría pasar unos días en Burano o ir hasta Torcello. Allí hay menos gente.

—¿Te alojarías en un hostel? —preguntó ella en modo fiscal, cosa que reforzó la idea de Brunetti de que ya tenía una solución—. ¿Y esa barca que te tiene en plan rapsoda, dónde la tienes escondida?

Brunetti se levantó y fue a la cocina. Sacó unos cubitos de hielo del congelador, los metió en dos vasos y, pensando en el calor, añadió una buena cantidad de agua con un chorrito de Campari y después abrió una de las botellas de *prosecco* que había en la puerta del frigorífico. Llenó los vasos casi hasta el borde y regresó al salón.

Le dio uno a Paola, se sentó a su lado y dio un largo trago.

—Ahora ya estoy listo.

—¿Para qué? —quiso saber Paola antes de beber un traguito de señorita.

—Para lo que sea que tengas en mente. Tu idea de adónde podría ir y dónde dispondría de una embarcación.

Ella posó la copa casi intacta en la mesa y se recostó a su lado.

—Pues al chalet de la *zia* Costanza —respondió, como si fuera lo más obvio del mundo—. Bueno, supongo que es más bien una casa de campo.

Brunetti se tomó un momento para tratar de recordar a la tía Constanza, y al final lo consiguió: una prima de su suegro que se había casado y enviudado multitud de veces, y tenía un hijo y una gran cantidad de propiedades en tierra firme, en Venecia y en las islas circundantes.

A lo largo de los años había oído hablar de apartamentos, de algún que otro *palazzo* y de unas cuantas tiendas, pero no se acordaba de ninguna casa de campo.

—¿Dónde está?

—En una punta de Sant'Erasmus. Es una casa con terreno.

Hacía tanto tiempo que pertenecía a la familia Falier que ya no se le escapaba la necesidad de aclarar expresiones como *terreno* o, como había oído mencionar en el pasado, *unos cuantos apartamentos*.

—¿Está vacía?

—Más o menos —respondió Paola—. El guardés y su familia ocupan la otra vivienda de la finca y siempre tienen la casa lista para recibir a cualquiera que la *zia* envíe a pasar una temporada.

—Tal como lo cuentas, parece el lugar perfecto para una cura de reposo —comentó Brunetti con una sonrisa en la cara.

Bebió unos sorbitos de *spritz*, dejó el vaso medio vacío junto al de Paola y asintió.

—¿La casa es muy grande?

Ella recostó la cabeza en el sofá y cerró los ojos.

—Cuando iba al colegio, casi todos los veranos me enviaban allí unas semanas, y entonces me parecía enorme. Los campos de alrededor eran como una alfombra de alcachofas.

—¿Por qué te mandaban allí? —preguntó Brunetti.

—Mi padre pensaba que me iría bien saber cómo era la vida en una granja.

—¿Como a María Antonieta?

Paola tuvo la cortesía de reírse. Abrió los ojos y lo miró.

—Supongo que sí. Quería que viese cómo vivía y trabajaba la gente corriente.

—¿Y lo viste?

—Bueno... —vaciló Paola—. Las alcachofas más o menos se cuidaban solas y crecían sin ayuda de nadie.

—¿Y tú qué hacías?

—Pues iba a nadar y me tumbaba en el sofá a leer.

—¿Y después?

—Después llegaba el momento de volver al colegio.

Se llevó la mano a la frente como si hubiera recordado algo.

—De eso hace más de treinta años —dijo, y agitó la cabeza como si quisiera aclarar las ideas—. Dios Santo, parece una eternidad.

—¿Has ido alguna vez más?

—Sí, una. Estuve allí una semana, durante el verano del tercer curso de la universidad.

—¿A qué fuiste? —preguntó Brunetti.

Ella se volvió hacia él y lo miró.

—A algo parecido a lo que tú quieres hacer: mirar el agua sin estar rodeada de ruido.

—¿Te sirvió de algo?

Ella lo miró un buen rato antes de contestar.

—No tanto como conocerte en la biblioteca de la facultad unos meses después.

—Ah.

Brunetti no se permitió decir nada más.

Después de que ambos dejaran —sin duda por motivos distintos— que la interjección de Brunetti se disipase, retomaron la cuestión de la casa de la *zia* Costanza. La casa de campo, según le explicó Paola, era una de las más antiguas de la isla y la había construido en el siglo XVIII la rama de la familia Falier a la que Costanza pertenecía, como refugio del calor infernal y del aire pestilente del verano veneciano. Sin embargo, la inundación de 1966 les enseñó que no había dónde guarecerse del agua, que llegó hasta el primer piso y lo destruyó todo menos las paredes y el tejado. La *zia* Costanza, como prueba de que era capaz de dominar el arte de perder, se deshizo de todo lo que se había estropeado, limpió lo que había sobrevivido y esperó la llegada de la primavera para empezar a secar la casa. Hicieron falta dos años para llevar a cabo la restauración, en la cual se dejó el exterior intacto y el interior se convirtió en el hogar confortable donde la joven Paola se alojaba mientras se familiarizaba con la vida campestre. Desde entonces, era ofrecida a los miembros de la familia como residencia de veraneo.

—¿Hay alguien allí ahora? —preguntó Brunetti.

—No, sólo el guardés. Lleva allí una eternidad, aunque cuando yo iba de joven él aún no estaba y sólo lo he visto una vez. La verdad es que imponía mucho, pero dicen que es de su total confianza. Vive en la casa del jardinero, en la parte trasera de la finca, con su hija y la familia de ella.

—Tu *zia* Costanza debe de tener noventa años, ¿verdad? —recordó Brunetti.

Paola se echó a reír.

—Esa rama de la familia es indestructible. Tiene noventa y seis, y vive en Treviso con su hijo Emilio, que ya pasa de los setenta. Según me cuenta él, sale todos los días a pasear sola. Lleva bastón, pero dice que sólo es para pegar a los perros que se le acercan demasiado.

—¿Y se ocupan de la casa aunque nadie viva allí?

—Según Emilio, sí. Davide llevará allí unos veinte años. —Antes de que él pudiese hablar, continuó—: Emilio me llama todos los años para preguntarme si quiero ir. Dice que no le gusta verla vacía todo el tiempo.

—¿Crees que habla en serio? —preguntó Brunetti, a quien incomodaba sentirse en deuda con la familia de su esposa.

—Yo leo libros, Guido, no mentes. No es que me suplique que vaya, pero me ha preguntado si me gustaría ir contigo y con los niños más veces de las que podría contar. Y siempre que le digo que estamos ocupados, contesta que ya me lo preguntará otra vez. Y lo hace.

—Pues parece que quiere que vayamos.

Paola cerró los ojos y volvió a apoyar la cabeza en el sofá el rato suficiente para dar un buen suspiro antes de incorporarse para hablar.

—Supongo que no servirá de nada que te recite las palabras de la ceremonia nupcial, ¿verdad?

—¿Las que hablan de estar unidos en un único corazón y un alma? —dijo Brunetti.

—Esas mismas.

—Si no recuerdo mal, en la ceremonia no se especificó que el marido tuviera derecho a pasar unos días en una casa que le hubiesen ofrecido a su esposa.

El tema siempre lo había preocupado tanto que sólo podía hablar de ello en broma.

—Guido —dijo Paola con el tono que él reconoció como el que usaba para lidiar con sus inseguridades de carácter social—, también tenemos un contrato legal según el cual las propiedades son de ambos, si me permites que deje de lado la poesía de la boda. Todo es de ambos. Así que deja de preocuparte tanto por aceptar la oferta de Emilio.

Paola miró el reloj y cambió de tema.

—Creo que tenemos más posibilidades de sobrevivir si comemos en la terraza, ¿no te parece?

Sus hijos iban a almorzar con los abuelos, y eso propició que Paola resolviese que hacía demasiado calor para cocinar. En consecuencia, tomaron una *insalata caprese* con el aceite de oliva que habían traído de la Toscana el otoño anterior. Brunetti se quejó de que ya no había manera de encontrar pan bueno en la ciudad, mientras Paola movía por el plato las hojas de *basilico* que había cogido de la maceta de la terraza. Al final, posó el tenedor.

—Esto no me había pasado nunca, pero tengo demasiado calor para comer —admitió.

Miró el plato de su marido, donde los trozos de *mozzarella di bufala* estaban sudando en un charco de aceite.

—¿Quieres que llame a Emilio? —preguntó con resolución—. No hace falta que escuches la conversación —añadió al ver que él no respondía.

Apartó la silla, entró en el apartamento, y Brunetti se quedó rezongando con una ensalada que no le apetecía comerse.

Al cabo de un momento, oyó la voz de Paola por la ventana abierta del despacho. Recogió los platos, los llevó a la cocina, los dejó en la encimera y fue al dormitorio a por la *Historia natural* de Plinio, un libro que hacía mucho tiempo que quería leer.

Estaba llegando al final de la dedicatoria lisonjera al emperador Vespasiano, avergonzado por que un escritor que él admiraba tanto fuese un adulator de tal categoría, cuando Paola apareció en el salón y se sentó delante de él.

—Ya está todo solucionado —anunció—. Emilio va a llamar a Davide para decirle que llegarás mañana o el jueves y que te quedarás unas semanas. Dice que en la casa hay cualquier cosa que puedas necesitar, y la hija de Davide pondrá sábanas limpias en

la cama y se asegurará de que haya suficiente comida en la cocina.

Brunetti, que pensaba que lo que a él le hacía más falta en la cocina era Paola, se abstuvo de decirlo por miedo al grito con el que ella reaccionaría a semejante comentario.

—¿Qué harás tú?

—Quedarme en mi casa, con nuestros hijos, y seguir con mis asuntos.

—¿Como por ejemplo?

—Leeré los libros que me reservo para el verano, prepararé las clases del próximo trimestre, escucharé a mis hijos y hablaré con ellos, los alimentaré, visitaré a mis padres, leeré.

Dibujó una sonrisa ante la simplicidad de la lista.

—¿Y eso no puedes hacerlo en Sant'Erasmo?

—Supongo que la mayoría de las cosas sí, pero eso implicaría convencer a los críos de acompañarnos.

—¿Crees que no querrían ir? —preguntó Brunetti.

Reflexionó sobre lo que sabía de la isla y se dio cuenta de que los chicos estarían aislados en un rincón donde no conocían a nadie, con dos únicos pasatiempos: nadar y remar. Estarían enclaustrados en una casa con la compañía de sus padres.

—Quizá lo mejor es que vaya solo —concluyó antes de que Paola respondiese.

Sin esperar a que ella dijese nada más, miró el libro, lo levantó y leyó en voz alta lo que Plinio le había escrito al emperador:

Soy plenamente consciente de que, dado que cuenta con la condición social más alta y tiene el don de la más espléndida elocuencia y la inteligencia más consumada, incluso aquellos que acuden a presentarle sus respetos lo hacen con auténtica veneración.

Apartó la mirada de la página para ver su reacción y la descubrió boquiabierta junto a la puerta, así que fue a un párrafo anterior:

El alcance de su prosperidad tampoco ha producido en su persona cambio alguno, salvo para otorgarle el poder de hacer el bien hasta colmar todos sus deseos de bondad. Y si bien dichas circunstancias no hacen sino acrecentar la veneración que los demás le profesan, en lo que a mí respecta me han envalentonado hasta el punto de buscar una cercanía muy superior.

Esa vez la miró y enarcó las cejas con aire interrogante, habiendo decidido ahorrarle el servilismo repugnante de la frase siguiente: «Qué fertilidad de ingenio la vuestra».

—¿Eso qué es, el prefacio de la carta a Patta para pedirle la baja? —preguntó Paola cuando se hubo repuesto del asombro.

A la mañana siguiente, Brunetti tuvo la precaución de llegar a la *questura* a las nueve. Cuando entró en su despacho, la *signorina* Elettra lo miró sorprendida.

—Pucetti nos ha contado que estaba usted en el hospital —dijo antes de que el *commissario* pudiera dar explicaciones—. Que había tenido un problema de corazón.

Tendió una mano hacia él, y Brunetti se preguntó si iba a pedirle permiso para tocarle la herida del costado y asegurarse de que estaba vivo. Sin embargo, al final la apartó y le señaló el teléfono.

—He llamado, como mínimo, en cuatro ocasiones, y cada vez me han contestado algo distinto: que estaba usted en cardiología, que lo han llevado a geriatría, que no tienen constancia de que haya pasado por el hospital o que ha estado en urgencias pero que ya lo han mandado a casa.

—La última es la buena —respondió con tono neutro y la esperanza de calmarla.

—Pucetti dice que lo llevaron en ambulancia —insistió ella, como si el hecho de que le hubieran dado el alta no tuviera relevancia alguna.

—Sí, así es —concedió Brunetti—. Pero todo ha sido un error.

Entonces, poco a poco y con alguna repetición y retrocesos, el *commissario* le contó la historia, minimizando la contribución de Pucetti y haciendo que pareciese que era él quien había malinterpretado el comportamiento del joven y había exagerado su reacción, con la triste consecuencia de haber acabado en el hospital y de haberle causado al personal una preocupación innecesaria sobre las repercusiones que podía haber sufrido su corazón.

—Trabajamos en una profesión que afecta a la salud cardíaca —respondió la *signorina* Elettra con total seriedad, y a continuación preguntó—: ¿Y ahora qué?

—Voy a tomarme las semanas de baja que me ha recomendado la doctora —contestó Brunetti, consciente de que cada vez que lo decía estaba más convencido de que era lo correcto y necesario.

—¿Y qué hará? —preguntó ella.

—Nada. Leer. Acostarme pronto. Hacer ejercicio.

Había añadido el último elemento de la lista al recordar que Paola había mencionado que tal vez hubiese una barca en la casa de Sant'Erasmo. Dos semanas remando no era nada, lo sabía, pero tal vez le diese la oportunidad de empezar a ponerse en forma. Mientras lo pensaba, sabía que no podría mantener el hábito de remar después de marcharse de la isla, pero decirse que quería intentarlo lo hacía sentir mejor.

—¿De verdad tiene algún problema de salud? —preguntó la *signorina* Elettra.

—Espero que no —contestó de buen humor.

Antes de poder contarle los detalles de la exploración médica, oyó pasos que se acercaban hacia la puerta y, cuando se volvió, vio a su superior, el *vicequestore* Giuseppe Patta.

Si se pudiera combinar una salud envidiable con la vitalidad masculina y venderlas como producto, la foto del *vicequestore* aparecería en la etiqueta. El blanco de sus ojos era tal que convertía el marrón de los iris en un color más intenso y brillante; tenía una cabellera espesa y juvenil que justo se le tornaba blanca en las sienes, como si su cabello

mismo hubiera decidido evitar el color gris que delataría su edad. Era obvio que sus dientes eran los originales, de un blanco resplandeciente, y sus andares una mezcla de un deslizamiento relajado y un brío irreprimible. Brunetti sabía a través de la *signorina* Elettra que a Patta le faltaban sólo tres años para la jubilación, pero, viéndolo, nadie se lo creería.

En el tiempo que tardó el *vicequestore* en cruzar la estancia y alcanzar la mesa de la *signorina* Elettra, Brunetti se las había arreglado para encorvarse y hundir la cabeza en el cuello: la pura imagen de la mala salud. Patta, con su talante inefable y haciendo gala del tacto y la discreción que a lo largo de los años le había granjeado el cariño de sus compañeros, vio a Brunetti y se detuvo en seco.

—¿Qué le pasa? —exigió saber.

—En el hospital creen que es el corazón, *signore* —respondió un Brunetti vacilante.

—¿Qué mal aspecto tiene, seguro que el médico tiene razón. ¿Qué piensa hacer?

Brunetti suspiró como si la mera idea de tener que responder supusiera demasiado esfuerzo.

—El doctor me ha dicho que descanse durante dos semanas, *vicequestore*.

Había respondido aceptando el cambio de sexo de la doctora a uno que no hiciera sospechar a Patta de algún tipo de treta o, al menos, incompetencia profesional. Se permitió sacar el pañuelo y secarse la frente antes de guardarlo de nuevo en el bolsillo.

—En su opinión, debería salir de la ciudad.

—¿Y adónde piensa ir?

—A Sant'Erasmo, *signore*.

—¿Dónde está eso? —preguntó Patta, a pesar de que llevaba décadas trabajando en Venecia.

La dureza de su tono dejaba entrever que aquello le parecía un engaño y que creía que Brunetti pensaba ir a Cortina a disfrutar del aire fresco y a tumbarse en la piscina de un hotel.

—Aquí cerca, señor —contestó Brunetti, y señaló en dirección al este.

—¿Cuánto tiempo ha dicho?

—Dos semanas, *signore*.

—Bueno. Con eso basta para arreglar a cualquiera —declaró Patta, y dio media vuelta para dirigirse a su despacho.

Dejó que la *signorina* Elettra se ocupase de Brunetti, que, sin duda, en su mente había cambiado de la categoría de «alborotador» a la de «alborotador y enfermo imaginario».

Cuando su superior hubo desaparecido, Brunetti volvió a su altura y pose habituales, y la *signorina* Elettra le preguntó:

—¿Sant'Erasmo?

—Sí. Allí tengo un sitio donde alojarme.

—¿Va solo? ¿No va su familia con usted?

—No, ellos se quedan aquí —respondió, y no dijo más.

El tono debió de servir de advertencia, porque no le hizo más preguntas personales, sólo cuándo se marchaba y cómo podía ponerse en contacto con él. Por si acaso. Sin embargo, Brunetti no tenía el número de teléfono de Davide ni, de hecho, conocía su apellido.

—Me llevaré el móvil.

En caso de que no consiguiera hablar con él, Brunetti añadió que siempre podría llamar a Paola. Ella sabría dónde encontrarlo.

La *signorina* Elettra fue a preguntarle algo, pero se detuvo.

—Entonces ¿está usted tan bien como siempre? —preguntó al final.

Brunetti resistió el impulso de darle unas palmaditas en el brazo, por si el gesto parecía condescendiente.

—Estoy bien, *signorina*. Fue un malentendido, un lío, pero voy a aprovechar y a tratar de... —Se quedó sin palabras un instante, hasta que encontró lo que quería decir —: Voy a desconectar.

Sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Era obvio que estaba aliviada al comprobar que con su preocupación no había traspasado ninguna barrera de comportamiento o jerarquía.

Brunetti se centró enseguida en el trabajo y le explicó que, de momento, cualquier documentación relacionada con la investigación en torno a lo que el *avvocato* Ruggieri le había dado o no a la chica de la fiesta debía ir a la *commissario* Griffoni.

Al ver que a la *signorina* Elettra le cambiaba la expresión, preguntó:

—¿Ocurre algo?

Ella sonrió con modestia, casi con recato.

—Pucetti me contó ayer lo del interrogatorio con el *avvocato* Ruggieri. Me he tomado la libertad de echarle un vistazo.

—¿Y qué ha averiguado?

—Que vive con la hija de Sandro Bettinardi —respondió.

Acababa de nombrar a un poderoso miembro del Parlamento, así que le concedió unos instantes para que sopesara si era prudente abrir un caso contra el compañero de la hija de ese hombre.

—Ella está de siete meses —añadió enseguida.

Al salir del despacho, Brunetti se planteó subir al suyo a buscar cualquier cosa que pudiera necesitar durante las próximas semanas: informes de una investigación en curso, su pistola, una gabardina fina que había guardado en el armario para la primavera. Pero no, prefería dejar todo el trabajo allí. ¿Para qué quería un hombre musculoso y decidido unos expedientes policiales, un arma y una gabardina, por Dios Santo? Si se mojaba, se mojaba; si algún monstruo ignoto del mar lo amenazaba, se defendería a palos con el remo y regresaría a su casa de soltero a cocinar lo que hubiera pescado por la mañana, para disfrutarlo con un vino de la región y sentarse a la luz tenue de la tarde con una copita de *grappa* a escuchar a las aves de las marismas prepararse para ir a dormir antes de hacer él lo mismo, el descanso sin sueños que sigue a la luz diurna, la simplicidad y las largas horas de remo bajo el sol.

Esa noche preparó su equipaje, decidido a llevarlo todo en una maleta pequeña con ruedas que usaba cuando se iban de fin de semana o cuando hacía algún viaje corto de trabajo. Metió un par de zapatillas de deporte con suelas buenas que usaría para remar, además de unas sandalias de cuero, y resolvió que también quería ponerse unos mocasines viejos de piel a los que había cambiado la suela más veces de las que recordaba. Metió también cuatro camisetas, pero como no sabía si en la casa había

lavadora y le dio vergüenza preguntárselo a Paola, añadió dos más. Ropa interior, dos camisas blancas de algodón, otra más, y una de Brooks Brothers con tejido Oxford que había comprado en Nueva York y que con los años había adquirido la suavidad perfecta. Una chaqueta vieja de algodón color beis que ya ni siquiera recordaba dónde había comprado. Un jersey gastado de cachemira del que se negaba a separarse, bañadores, dos vaqueros azul claro y un par de bermudas de color azul marino que había comprado años antes y no se había puesto nunca. Al coger la maquinilla de afeitar se detuvo a pensar, pues no estaba seguro de querer cargar con ella en el neceser de cuero que Paola le había regalado al cumplir los cuarenta. ¿Los campesinos se afeitaban a diario o no? De algún modo, la voz de Paola llegó hasta la habitación diciendo «Sí, se afeitan a diario», y la metió. Cepillo de dientes, peine, dentífrico. Y nada más.

Aún faltaba lo más difícil. Supuso que no tendría compañía a menos que Paola decidiera ir a visitarlo, ya fuese con sus hijos o sin ellos. Iba a pasar dos semanas solo en una casa donde tal vez no hubiera libros. Sería de día hasta pasadas las nueve, hora a la que cenaría y se acostaría. Pero por las mañanas tenía la libertad de hacer café y regresar a la cama a leer: una auténtica maravilla. ¿Y si llovía? Ante semejante perspectiva, el heroísmo de Brunetti disminuyó y se permitió admitir que, con total probabilidad, preferiría pasar los días solo con un libro sin que nadie lo molestase a estar remando en una barca en la laguna sin rumbo fijo y bajo la lluvia.

Fue al dormitorio, donde guardaba sus libros, exiliados allí desde hacía más de una década porque las estanterías del despacho de Paola, donde tiempo atrás ella le había prometido espacio, habían acabado invadidas por sus propios tomos. Estuvo contemplando los lomos durante cinco minutos, los recorrió con la mirada y, entretanto, contaba los días que estaría en la isla. ¿Cuánto había pasado desde que había leído *La odisea*? Alargó la mano, pero ésta regresó vacía. El recuerdo que conservaba de ella en la memoria era demasiado claro; además, ya viajaría lo suficiente por el ponto vinoso durante el día. Fue al sofá y volvió con el libro de Plinio, que dejó a los pies de la cama. Después cogió a Heródoto, una traducción nueva que tenía desde hacía tres años y no había abierto ni una sola vez. Continuó estudiando los libros y cuando vio a Suetonio, a quien hacía una eternidad que no leía, lo cogió y lo echó en el montón: ¿qué mejor para un día lluvioso que un poco de chismorreo?

Entonces dudó, pensando en el pánico que lo invadía cuando no tenía nada que leer. Según había oído, los hombres de verdad se ponían manos a la obra: cazar, cortar leña para el fuego, defender su territorio y a las mujeres de las hordas de merodeadores, comprar barato y vender caro. Sabiendo que tenía por delante dos semanas a las afueras de una ciudad que siempre había necesitado hombres valientes que la defendiesen, Brunetti miró sus libros, sacó de la estantería un ejemplar de Eurípides a fin de contar con tantos griegos como romanos y, después de guardar los cuatro libros en la maleta, la cerró.

Tras una despedida que, gracias a Paola, fue muy poco dramática, Brunetti cogió el número 1 desde San Silvestro a Ca' d'Oro y retrocedió hacia Fondamente Nove para llegar a tiempo de tomar el barco de las 10:25. Como era entre semana no había mucha gente a bordo del enorme número 13 y, pese a ser julio, muy pocos parecían turistas. Él llevaba unos pantalones de algodón descoloridos y una de las camisas blancas también de algodón, que en Fondamente Nove ya se le había pegado a la piel. Había llamado al número que Paola le había dado para hablar con Davide, cuyo apellido era Casati, y lo había avisado de que desembarcaría en la parada de Capannone de Sant'Erasmo a las 10:53. Dio por sentado que el sonido gutural con el que había contestado Casati incluía la promesa de recibirlo allí. La idea de cubrir cualquier trayecto por la isla a pie y con la maleta a rastras no le resultaba en absoluto atractiva.

La primera parada era Murano Faro, donde, sin mejor ocupación, contempló a los pasajeros que embarcaban o desembarcaban. Una mujer le llamó la atención: alta, de pelo blanco y más que robusta; tiraba de un carrito de la compra descomunal y, al mismo tiempo, llevaba de la mano a dos niñas rubias que debían de tener unos tres y cinco años. La más alta se soltó y fue hacia la puerta de la parte trasera del *vaporetto* que conducía a los asientos exteriores. «¡Regina!», la llamó la mujer, y Brunetti identificó el miedo en su voz. Esas puertas batientes daban a unos asientos, pero también a una barandilla y al agua.

Justo cuando la niña pasaba por su lado, Brunetti la interceptó y la levantó.

—*Ciao*, Reginetta. ¡No me digas que quieres escaparte de tu *nonna*!

El instinto le había hecho dirigirse a ella en veneciano y con el volumen suficiente para que la señora lo oyese. Tuvo la precaución de sujetar a la niña por debajo de los brazos y a una buena distancia de sí mismo, pues conocía los miedos —infundados o no— de los padres y de los abuelos.

Dejó a Regina en el suelo, la soltó y se agachó en el asiento para estar a la misma altura que ella. La niña lo miró asustada, y Brunetti se puso bizco y movió las orejas arriba y abajo: un truco con el que, de pequeña, Chiara se reía como loca. Regina, encantada, rompió a reír a carcajadas y dio palmas. Se volvió hacia la mujer y gritó con esa voz aguda de la dicha infantil:

—*Nonna, nonna*, ven, mira qué señor tan gracioso.

Ella también hablaba con el dialecto local en lugar de en italiano. Brunetti se levantó y se volvió hacia la mujer.

—Guido Brunetti, ¿eres tú?

La sorpresa lo dejó sin palabras, pero aprovechó los instantes que tardó en recobrar la compostura para oscurecerle y dejarle crecer la melena a la señora, restarle quince quilos y alisarle las arrugas de la frente y de alrededor de los ojos. Y sí, era Lucia Zanotto, que durante cuatro años de escuela primaria se había sentado en el pupitre de delante del suyo.

—¡Lucia! —exclamó él con alegría.

Sólo la había visto una vez desde hacía más de treinta años —no, dos— y, sin embargo, la había reconocido al instante. Lucia, la del temperamento dulce, graciosa, generosa, que se había casado con Giuliano Sandi siendo aún adolescente, que tenía tres

hijos y que allí estaba, en el barco a Sant'Erasmo.

Se abrazaron, se separaron para dar un paso atrás y verse mejor, y se estrecharon de nuevo. A continuación, besos en ambas mejillas y la gran alegría de haber reencontrado a una antigua amistad.

—Sería capaz de reconocerte en cualquier parte, ¡estás igual! —dijeron al unísono.

A ellos les parecía la verdad, aunque los años los habían cambiado.

Lucia llamó a las niñas —Regina y Cinzia, hijas de su hijo Luca— y se las presentó al «zio Guido». Ellas le ofrecieron sus manos diminutas y él se las estrechó. Regina le pidió que moviese las orejas otra vez, para que lo viera Cinzia, y ambas aplaudieron.

No tenían mucho tiempo para charlar, pero aun así Lucia pudo contarle que regresaba a casa después de haber hecho la compra en Murano, y él, adónde iba y con quién esperaba encontrarse en la parada. Le preguntó si lo conocía.

—En Sant'Erasmo todo el mundo se conoce —respondió ella.

—¿Saben también lo que han cenado los demás? —preguntó Brunetti.

—Claro, y hasta dónde lo han pescado —contestó Lucia, y se echó a reír. Entonces, con expresión más seria, añadió—: Si Davide te ha dicho que estaría allí, allí estará.

—Bueno, yo le he dicho que llegaba a las diez y cincuenta y tres, y él ha gruñido.

Lucia se echó a reír de nuevo, el mismo escándalo que él recordaba de los años de colegio.

—Para Davide, eso es lo mismo que un sí, y un sí, un tesoro que deberías meter en el banco.

—Vaya, todo un parlanchín, ¿no? —comentó Brunetti.

—Un hombre espléndido —lo corrigió ella—. Allí no puedes estar en mejores manos. Él y su hija cuidan de esa casa como si fuera suya. Los Falier tienen suerte de contar con ellos.

Brunetti le dio la razón y volvió al tema de Davide.

—¿Cuántos años tiene?

—Setenta, por lo menos —afirmó Lucia—. Pero no lo dirías. Sólo hay que verlo trabajar: es como si tuviera la mitad.

Ella miró por la ventana del barco y buscó al hombre del que hablaban.

—Franca, su esposa, falleció hace cuatro años, y desde entonces no es el mismo —le contó en ese tono que la gente emplea para informar de las malas noticias—. Se le llevó el corazón. —Su voz adquirió tono de tragedia y añadió—: Tardó mucho en morir. Tuvo una muerte horrible.

Brunetti oyó la deceleración de los motores y cogió la maleta. A su lado, Lucia se levantó.

—Nosotras también bajamos aquí.

Las niñas se pusieron en pie. Cinzia cogió a su abuela de la mano y Regina se agarró a la de Brunetti.

Sin soltarse de la niña, Brunetti desembarcó. Miró la tierra y le pareció rica y agradable. Los árboles y los campos lo asaltaron con su verdor y le recordaron que no sólo en la piedra y en el mundo de los hombres había belleza. A su izquierda vio hileras de vid de rectitud rigurosa cuyos conos colgantes se veían rosados a la luz de la mañana. Los campos de la derecha estaban descuidados: hierba rebelde y caminos de

vegetación pisada que conducían hasta unos albaricoqueros tan cargados de fruta que ni siquiera los ladrones podrían llevársela toda. Él y sus amigos habían ido hasta allí durante las vacaciones de la escuela, recordó Brunetti, y visitando a los ancestros de aquellos frutales habían trazado sus propios caminos en la hierba.

—¿*Signor* Brunetti? —preguntó una voz masculina.

Brunetti se volvió y vio a un hombre sólido como un armario, vestido con una camisa descolorida y con unos pantalones de pana que habían perdido el pelo justo debajo de las rodillas. Los ojos de color azul claro destacaban en un rostro curtido por el sol. A la izquierda de la boca tenía un trozo de piel suave y brillante, del tamaño de un euro. Al ver lo bien afeitado que iba Casati, Brunetti se preguntó si esa cicatriz le daba problemas.

Se acercó al hombre sin soltarse de Regina, dejó la maleta y le ofreció la mano derecha; aunque, viendo que en las yemas de los dedos tenía los callos que delataban a un remero, se la estrechó con un apretón leve y enseguida se la soltó.

—Davide Casati —se presentó el hombre con la voz cavernosa que Brunetti había oído por teléfono.

Entonces Casati se volvió hacia Regina, clavó una rodilla en el suelo, la besó en ambas mejillas e hizo lo mismo cuando Cinzia corrió a saludarlo.

—*Zio* Davide —imploró la mayor—, ¿cuándo saldremos otra vez en barca?

Casati se levantó sin esfuerzo.

—Eso lo decide vuestra abuela, *ragazze*, no yo.

Brunetti se alegró de oírlo hablar también veneciano. Casati miró a la abuela de las niñas, que acababa de llegar donde estaban y lo saludaba con un gesto de la cabeza.

—Pero tú eres un hombre —protestó Regina, y alargó la última palabra hasta el doble de su longitud natural.

—No sé si eso cuenta para mucho —contestó Casati—. Las mujeres son mucho más listas que nosotros, por eso yo siempre intento hacer lo que me dicen.

Las niñas miraron a su abuela, pero ella no intervino, sino que dejó que el hombre resolviera el misterio. Como un par de lechuzas diminutas, volvieron la cabeza hacia Brunetti, que asintió.

—Vuestro *zio* Davide tiene razón. En realidad no somos muy listos. Os irá mejor si hacéis caso de vuestra *nonna*.

Al oír eso, Lucia le sonrió.

—No sabéis las ganas que tengo de que le pregunten esto a Giuliano a la hora de comer.

—¿Qué dirá él? —inquirió Brunetti.

—Si sabe lo que le conviene, lo mismo que vosotros —respondió ella, y se echó a reír.

Miró la hora y le dijo a Brunetti que su número estaba en el listín; que buscara por Sandi y fuese a cenar un día con ellos. Entonces, después de llamar a las niñas para que la siguiesen, cogió el carro de la compra y echó a caminar en dirección contraria al agua, hacia el otro lado de la isla estrecha.

En ningún momento de su breve conversación le había preguntado por qué había ido allí sin compañía. Tal vez la gente casada no se atreviese a preguntar eso a otras personas con pareja.

Brunetti buscó a Casati y vio que el hombre ya se marchaba por la *riva* con la maleta en una mano, así que les dijo adiós a las niñas y a Lucia. Las dos pequeñas se volvieron y le dijeron adiós con la mano; Lucia alzó la suya, pero no se volvió.

El *commissario* corrió tras Casati, que caminaba en dirección a una cuerda que estaba atada a un noray. Cuando lo alcanzó, miró el agua y vio que a un metro por debajo de ellos flotaba un *puparìn*, cuya madera relucía al sol. El pariente más cercano de la góndola, aunque algo más corto. Era su embarcación de remo favorita: ligera y muy fácil de manejar. Y nunca había visto uno tan adorable como aquél; hasta la bancada brillaba a la luz del sol, casi como si Casati la hubiese pulido antes de desembarcar.

El hombre dejó la maleta en la *riva* y se agachó en el borde. Por un momento, Brunetti pensó que iba a saltar a la barca, una proeza digna de un joven para convencerlo de que era un auténtico remero. Pero en realidad se sentó con las piernas colgando, apoyó la palma de la mano en la piedra y se dejó caer desde allí. Antes de alcanzar la maleta, se aseguró de estar bien colocado. Brunetti se apresuró a dársela, se sentó en la *riva*, calculó la distancia y bajó a la bancada.

—Dios mío, ¡qué bonito es! —se le escapó.

No pudo evitar pasar la mano por la borda, disfrutando de la superficie lisa y fresca, y miró a Casati.

—¿Quién lo ha construido? —le preguntó.

—Yo, pero hace mucho tiempo.

Brunetti no reaccionó. Estaba ocupado estudiando las líneas invisibles de calafateado que unían los tablones, la curva amable del casco, el revestimiento de madera del suelo, donde no se veía humedad ni suciedad.

—*Complimenti* —dijo al final, y se volvió hacia la proa.

Oyó ruido a su espalda y entonces Casati le pidió que subiese el *parabordo* que servía de defensa entre la borda y la pared de piedra. Cuando Brunetti se volvió de nuevo, vio a Casati subir el otro y dejarlo en el suelo, junto a un trozo de rejilla de metal que estaba colocada en posición vertical contra el casco. Miró al frente y oyó el cabo caer sobre la madera del fondo y el ruido ligero del remo al entrar en la *fórcola*. Se apartaron del muro con un movimiento rápido, creyó oír el remo sumergirse en el agua y zarparon.

Después de eso, no oyó más que el roce suave del remo en el hueco de la *fórcola*, el silbido del agua contra los lados del casco y el ruido ocasional de las suelas de Casati cuando echaba el peso hacia atrás o hacia delante. Brunetti se dejó llevar por el movimiento y agradeció la brisa que templaba el calor salvaje. No se le había ocurrido coger un gorro y, además, se había burlado de la insistencia de Paola para que se llevase protección solar. ¿Hombres de verdad?

Brunetti remaba desde que era niño, pero no se le escapaba que poco podría contribuir a la ligereza de aquel paseo. No se notaba el menor indicio de movimiento entrecortado ni se distinguía el punto en que el empuje del remo cambiaba de fuerza:

avanzaban deslizándose de manera uniforme, como un pájaro planeando sobre las corrientes térmicas o unos esquís descendiendo por una pista. Era siseo o suspiro, tan difícil de describir como de oír, incluso en mitad del silencio de la laguna.

Volvió la cabeza a un lado y después al otro, pero no había más que un silbido tenue. Quería mirar hacia atrás, a Casati, como si observándolo pudiese almacenar los gestos en su mente para copiarlos más adelante y, sin embargo, no quería moverse y alterar el equilibrio de la embarcación, por poco que fuese.

En la *riva* había un pescador con cara de estar aburrido e impaciente. En cuanto vio el *puparin*, levantó la caña para saludar a Casati, pero el calor lo dejó silencioso como un pez.

Llegaron al extremo de la isla y viraron hacia el este, siguiendo la línea de costa por delante de casas y de campos abandonados. Hasta el viraje había sido fluido. Brunetti contempló las viviendas y los árboles al pasar, y no fue hasta entonces que se percató de lo deprisa que iban. Así que se volvió a mirar cómo remaba Casati.

Viendo el equilibrio perfecto de su movimiento, atrás, adelante, atrás, adelante, con las manos ejerciendo un control natural y fluido del remo, Brunetti pensó que ningún hombre de su edad, o incluso más joven, sería capaz de bogar de aquel modo, porque lo estropearía tratando de lucirse. Las gotas de la pala caían al agua casi sin que se las viera, justo antes de que el remo se sumergiese y se trasladara hacia atrás. Su padre remaba así.

Se trataba de una técnica perfecta, Brunetti era consciente de ello. Era tan hermoso como cualquiera de los cuadros que había visto o las voces que había escuchado. Dio media vuelta hacia el frente y, cuando entraron en un canal ancho, miró a la derecha.

—Es un poco más arriba —lo avisó Casati desde atrás.

Brunetti vio una masa enredada de parras que se las habían arreglado para trepar y tomar posesión de un muro de contención de ladrillo. Detrás había unos árboles secos y flacos, sin fruta y con la parte inferior del tronco cubierta de musgo. Como huesos que alguien ha tirado debajo de la mesa para los perros, entre las latas y las botellas de plástico que la marea había acumulado a los pies del muro, había trozos de ladrillo de color naranja apagado.

—No, un poco más —rectificó Casati.

Brunetti vio que, a medida que avanzaban, el color de los ladrillos iba haciéndose más intenso, y la construcción, más recta y sólida. Detrás vio las copas de los árboles, cada uno de ellos un Lázaro vernal que, habiendo vencido a la enfermedad, tenía las ramas pesadas de tantos melocotones o albaricoques y hojas bruñidas como la madera de la barca en la que viajaban. En el centro, apareció el tejado de una casa de campo con todas sus chimeneas. Desde allí abajo sólo alcanzaba a ver el piso superior y las tejas, pero advirtió que la pintura blanca de la fachada encalada era reciente, igual que los canalones y las bajantes de cobre.

Casati viró hacia una abertura que había en el muro de contención, justo delante de la casa. Unos escalones alfombrados con musgo bajaban hasta el agua. Pasó los escalones de largo y se acercó al muro. En cuanto la barca se frenó, Brunetti lanzó el

parabordo sin que nadie se lo pidiese y se agarró a una argolla de metal del muro para detener la embarcación. Una vez hubieron parado, se inclinó un poco hacia delante y ató el cabo de la proa a la argolla.

Entonces se volvió hacia la parte trasera y vio que el cabo de popa ya estaba ligado a la segunda argolla, y el otro *parabordo*, listo para proteger el casco. Casati trepó los tres escalones con la maleta y, en otras circunstancias, Brunetti le hubiese dicho, en broma, que no esperase una propina por eso, pero no quiso arriesgarse a ofender al hombre.

Al subir la escalera, vio la casa, que estaba a unos cincuenta metros del muro de ladrillo. Parecía una caja cuadrada con una cubierta de tejas a cuatro aguas que culminaba en el centro. En mitad de la fachada había una puerta gruesa de madera con tres ventanas grandes a cada lado. Un camino amplio de losas de piedra conducía al embarcadero particular.

Casati ya había echado a andar hacia la casa y Brunetti lo siguió. El hombre abrió la puerta con sólo girar el picaporte.

—¿No la cierran con llave? —preguntó Brunetti.

Casati lo miró como si le hubiera hablado en un idioma distinto del veneciano.

—No. Aquí no —respondió al cabo de un momento.

—Como cuando yo era niño —repuso Brunetti, y esperó que ésa fuera la reacción adecuada.

Al parecer lo era, pues Casati le sonrió.

—Entre, *signore*.

El guardés tardó unos quince minutos en enseñarle toda la casa. Empezó por la planta baja, donde una escalinata central subía al primer piso. En un salón grande, había una azarosa selección de sillones que sólo compartían con el único sofá su aspecto cómodo y desgastado. La biblioteca —cuyo descubrimiento hizo que Brunetti suspirase con alivio— contaba con cuatro paredes llenas de libros. En el comedor había una mesa larga de madera de nogal que mostraba las cicatrices de cientos de años de uso y otro salón más pequeño tenía las paredes recubiertas de fragmentos de cerámica veneciana antigua que alguien debía de haber rescatado de los depósitos subacuáticos de los antiguos talleres de alfarería de Murano. Una cocina enorme abarcaba toda la parte trasera del edificio y contaba con lo que parecía el suelo original de ladrillo y seis puertas acristaladas que daban a un jardín rodeado por una tapia.

El centro del jardín era un mar de flores, sólo flores que crecían con total abandono y sin orden ni concierto en cuestión de variedad, colores, alturas y tamaños. Brunetti distinguió rosales, caléndulas, zinnias, y vio otras que le sonaban pero cuyos nombres no conocía. La tapia del fondo estaba cubierta de enredaderas: pepinos y algo que parecían calabazas, además de árboles frutales que trepaban por una espaldera. Los que había visto desde el agua estaban cerca del muro de la derecha y, delante de ellos, había una hilera larga de cajas de colores colocadas sobre soportes de madera a la altura de la cintura. A la izquierda había otra hilera igual de larga de plantas de romero y de lavanda. Aquello era una batalla de colores y de formas que brotaban donde querían y, sin embargo, el resultado era de una armonía insólita.

Casati lo llamó desde la otra punta de la casa y Brunetti siguió su voz.

—Le mostraré su dormitorio —ofreció el hombre, y subió las escaleras con la maleta en la mano.

Al llegar arriba, el guardés giró a la izquierda.

—Ahí está el baño —dijo al pasar por delante de una puerta cerrada.

Pasó la siguiente de largo, continuó hasta la última de la derecha y la abrió.

—Ésta es su habitación —anunció.

Le dejó el equipaje sobre un maletero de madera, junto a un viejo *armadio* alto, también de madera, que mostraba indicios de haber estado pintado de verde.

—Siento que no esté más cerca del baño, pero este dormitorio tiene vistas al jardín.

—Es perfecto —contestó Brunetti mientras echaba un vistazo a su alrededor.

Le encantaban las habitaciones cuadradas, cosa que respondía a cierta inclinación suya por la armonía. La cama de matrimonio era de caoba oscura y tenía un cabecero alto, como la de sus abuelos. Apoyado en una pared había un amplio escritorio de nogal y, a cada lado, una ventana que daba al este. A su derecha, otra que se abría al sur. Sintiendo curiosidad por saber qué se veía desde las primeras, Brunetti se acercó a mirar. A medida que se aproximaba, la luz le inundó los pies y le calentó los tobillos desnudos. Vio el agua y pensó que lo que se veía al otro lado del canal era Treporti.

Se volvió hacia Casati y repitió:

—Es perfecta. Muchas gracias.

Casati sonrió.

—A mí no tiene que darme las gracias, *signore*. Es al *signor* Emilio, que me llamó.

—En ese caso, le agradezco que haya venido a buscarme y que me haya ayudado con la maleta. Y por remar con tanta destreza —añadió antes de que el hombre pudiera contestar.

El halago debió de gustar a Casati, porque agachó la cabeza intentando esconder una sonrisa. Para llenar el silencio, Brunetti continuó:

—Yo remo desde niño, aunque sólo a épocas. Precisamente hace poco volví a salir con un viejo amigo. Pero muy pocas veces he visto a alguien con tal control de la embarcación. Era como viajar sentado en un sillón.

Decidió que ya había dicho suficiente, pues temía avergonzarlo.

—Gracias —respondió Casati—. Su opinión es importante para mí.

Ahora le tocaba a Brunetti ruborizarse.

—No sé por qué debería serlo, *signor* Casati.

—Usted ha remado con uno de los mejores, así que conoce la diferencia.

Brunetti se quedó pasmado.

—Lo siento, pero no le entiendo —admitió.

—Su padre —aclaró el hombre—. Usted remó con él, ¿verdad?

Brunetti se quedó boquiabierto, incapaz de disimular la sorpresa.

—¿Cómo...? —empezó a decir—. ¿Lo conocía?

—Ganamos la regata de 1967 —afirmó Casati.

Brunetti lo miró.

—¿Davide? ¿Tú eres ese Davide?

Sin pensárselo dos veces, cruzó la estancia y abrazó al señor.

—No, no puede ser.

Se apartó un paso y lo miró como si lo viese por primera vez.

—Mi padre hablaba de ti todo el tiempo, sobre la regata que ganasteis y que tú le dijiste que cogiera el remo de atrás, y que casi os peleáis por culpa de eso.

Los recuerdos se agolparon en su mente y durante un instante oyó la voz alegre de su padre contándole las hazañas de su día de gloria.

—Él era el mejor de los dos —admitió Casati, y entonces pareció trasladarse a esa carrera de hacía medio siglo—. Teníamos una buena barca, eso ayudó. —Sonrió de nuevo—. Me temo que éstas son batallitas de viejo.

—Era uno de sus recuerdos más felices —explicó Brunetti—. Si no el que más.

—Sé que a su regreso de la guerra no tenía muchas cosas alegres en las que pensar —comentó Casati y, al cabo de un momento, añadió—: No asistí al funeral. Mi padre estaba... Y el médico me dijo que debía quedarme con él porque... —Hizo una pausa—. ¡Vaya con los médicos! Una vez vi a tu madre y quise explicárselo, pero ella me dijo que había hecho lo correcto. Sin embargo, yo no estoy tan seguro. A mi padre aún le quedaba una semana, pero yo todavía no lo sabía.

Se le estranguló la voz y ambos guardaron silencio un momento. Brunetti se acercó a la ventana y miró el jardín.

Sin darse cuenta, habían empezado a tutearse.

La ventana estaba abierta, y el aire, perfumado por las flores. Brunetti, urbanita hasta la médula, era incapaz de distinguir el olor de una flor del de las otras, pero el conjunto le gustaba. Miró el jardín y esa segunda vez distinguió un patrón más claro:

una mezcla abigarrada de colores en el centro y, después, líneas rectas de frutales y de hierbas aromáticas a ambos lados. Vio algo que desde allí arriba parecían cajas apiladas, tal vez cajas de transporte.

—¿Qué es eso? —preguntó, y las señaló.

Casati carraspeó y fue hasta la ventana.

—Flores —respondió.

Brunetti se echó a reír.

—No, las cajas. ¿Qué son?

—Colmenas —contestó Casati, y lo miró confundido—. ¿Nunca has visto una?

Continuaba tuteándolo: ya no hablaba con el yerno del *conte* Falier que había ido allí a pasar dos semanas, sino con el hijo de un viejo amigo.

—Creo que no —respondió Brunetti tras pensarlo un instante—, pero si las hubiera visto, lo más probable es que no supiese qué eran.

Miró el jardín una vez más.

—Parecen de plástico.

Sabía, o al menos eso creía, que las colmenas eran de madera o de paja.

—Éstas sí —respondió Casati como si le hubieran descubierto una mentira—, pero tengo otras de madera.

—¿Ahí abajo? —preguntó Brunetti, y señaló el jardín.

—No, en la laguna.

Brunetti no le encontraba sentido a esa frase. En la laguna el agua era salada y él creía que las abejas necesitaban tierra y flores donde conseguir polen. Pensándolo bien, aunque había leído sobre ellas, cayó en la cuenta de que apenas sabía nada. Lo único que tenía claro en lo que concernía a esos insectos era que le encantaba la miel. Al final, la curiosidad le pudo.

—¿En qué parte de la laguna?

—Bueno, en algunas de las *barene* —contestó Casati, que de pronto parecía evasivo.

—Pero si es una marisma... Allí no crece nada, ¿no? ¿Qué pasa cuando sube la marea? A las colmenas, me refiero.

—Las tengo encima de unos soportes, en las *barene* artificiales, porque algunas están más bajas que las naturales. Así que, aunque haya marea alta, el agua no llega —explicó el hombre, y se apartó de la ventana y fue hacia la puerta—. ¿Necesitas alguna cosa más?

—Me gustaría que me buscaras algo que hacer.

Casati entornó los ojos.

—No te entiendo.

—Voy a estar aquí un tiempo —dijo Brunetti, que de pronto fue consciente de lo largas que podían ser dos semanas— y me gustaría hacer alguna actividad física.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Casati con auténtico desconcierto—. ¿Ir en bicicleta? —sugirió al final—. ¿Salir a correr?

¿Tan irremediabilmente urbano le creía?, se preguntó Brunetti.

—No, más bien un trabajo. No sé: cortar leña para el fuego, trabajar en el campo o ayudarte si tienes que transportar algo.

Casati lo sorprendió con una pregunta:

—Eres policía, ¿verdad?

Cuando se lo preguntaban, lo habitual era que bromease sobre el tema, pero Davide hablaba muy en serio.

—Sí, soy policía.

—¿Eso significa que no hablas de lo que haces?

—En general, sí.

—¿Y si yo te pido que no cuentes algo?

De inmediato temió verse envuelto en alguna actividad medio ilegal.

—Entonces, no se lo diré a nadie —prometió—. Siempre y cuando no contravenga la ley —añadió, porque le pareció más honesto ser franco con él.

Casati desestimó esa posibilidad con un gesto negativo de la cabeza.

—No, es del todo legal. Sólo que no quiero que nadie lo sepa.

Eso, pensó Brunetti, podía aplicarse a una gama muy amplia de actividades.

El guardés miró la hora y debió de calcular algo.

—Son casi las doce y media —dijo—. En la cocina tienes la comida preparada. Si almuerzas ahora, podemos salir dentro de una hora y regresar antes de las cinco. ¿Quieres venir?

—Sí —le contestó, y bajó a la cocina a buscar la comida.

A la una y media, Brunetti salió muy puntual de la casa con las zapatillas de deporte puestas. Se dijo que no hacía falta cerrar la puerta con llave y fue al embarcadero donde Casati había amarrado la barca. Oyó al viejo antes de verlo y lo encontró moviendo algo en el fondo de la embarcación.

Se percató de que la marea estaba más alta que al llegar. Se subió a la barca con facilidad y vio que había otro remo colocado sobre la borda y una segunda *fórcola* preparada en el flanco izquierdo.

—Ponte un poco de esto —le dijo Casati, y le entregó una lata de metal.

Según la etiqueta, era betún de color marrón oscuro, y se preguntó si sería algún tipo de crema solar milagrosa que sólo los marineros conocían: Paola se asombraría. Levantó la tapa con algo de esfuerzo y vio que la etiqueta se equivocaba, porque la sustancia pringosa del interior era beis.

—Es para los mosquitos. Frótatelo y no te molestarán. —Al verlo poco convencido, le insistió—: Lo hace mi hija. Y funciona.

Brunetti obedeció y se lo aplicó en las manos, en los brazos, en los tobillos y en el cuello. Olía a alcanfor, a limón y a algo ácido y potente. Le devolvió la lata y Casati la metió en una caja de madera que guardaba debajo de la plataforma de la popa, de donde sacó un par de guantes de cuero.

—Ponte éstos —le dijo, y se los lanzó.

Brunetti dudó.

—Te he estrechado la mano, sé que los primeros días necesitarás guantes.

«Los primeros días, los primeros días.» Brunetti repitió la frase para sus adentros como un conjuro mientras Casati soltaba amarras y empujaba la barca del muro de contención. Brunetti se enfundó los guantes, que eran una talla más de la que necesitaba, cogió el remo, lo metió en la *fórcola*, lo inclinó y pasó la pala por la superficie del agua como un cuchillo. Reconoció la longitud y el peso, y, sin tener que pensarlo,

sus pies y sus rodillas se ajustaron a la embarcación. Se volvió para mirar en qué parte de la palada estaba Casati, esperó a que sacase el remo del agua y lo siguió. Tardó unas cuantas paladas en igualar el ritmo que marcaba su compañero, pero, cuando lo halló, se relajó y se sumió en él.

Miró al frente, alineó la mirada con un objeto distante y apuntó hacia allá para mantener una línea recta.

—Un poco a la izquierda —lo instruyó Casati, y la barca siguió las instrucciones.

No hacía falta decirle a Brunetti dónde acababa la curva: todo su ser notaba cuándo era el momento de fijar la mirada en otro objeto y remar hacia él.

A medida que pasaba el tiempo, empezó a notar que los músculos de las piernas y de la espalda reaccionaban al esfuerzo. Con la fricción de las manos contra la madera, sintió un bulto en el interior del guante, justo en la base del pulgar derecho. Si quería colocárselo bien —y no estaba seguro de si se trataba de una costura o de una ampolla incipiente—, tendría que soltar el remo. Así que continuó remando.

Se inclinaba hacia delante, empujaba la pala hacia atrás, la sacaba del agua con un giro y la traía hacia delante mientras se erguía un poco. A continuación cortaba el agua de nuevo con el borde del remo, se echaba hacia delante para empujar, giraba la pala para sacarla y la levantaba.

Se acordó de Levin en *Ana Karenina*; de la escena en la que el urbanita sale a segar el heno con los campesinos. Urbano, en mala forma física, con el cuerpo aullando de dolor, Levin seguía adelante, tramo a tramo, viendo, las manos cubiertas de ampollas, lo fácil que les resultaba a los campesinos. Santo Dios, ¿cuándo podré beber agua?

Levin había participado en la siega del heno y su trabajo se observaba a simple vista. Pero en el caso de Brunetti, él sólo veía agua, cielo, marismas, más agua y, de vez en cuando, alguna nube. Ni colores ni sonidos, sólo un horizonte llano y uniforme, una extensión interminable de agua, siempre igual.

A su espalda, Casati habló.

—Creo que me apetece beber algo. ¿Y a ti?

Brunetti notó que la barca frenaba y oyó el golpe del remo cuando Casati lo colocó sobre la borda. Él hizo lo mismo y aprovechó para mirarse la camisa, porque la tenía pegada al cuerpo. Vio que toda la parte delantera estaba de un gris más oscuro que el resto. Entonces se irguió con la precaución, muy despacio, para avisar a su columna vertebral de lo que hacía.

Se volvió hacia el otro remero y, cuando vio lo pequeño que parecía lo que suponía que era la isla de Sant'Erasmo, en la distancia a la espalda de Casati, se dio cuenta de lo lejos que habían llegado. El viejo sacó algo de una cesta de mimbre que tenía a los pies y le lanzó una botella de agua mineral. Brunetti se obligó a abrirla sin prisa y echó un vistazo alrededor antes de dar el primer trago. La laguna era inmensa. No había pavimento ni calles, ningún lugar con nombre: sólo las venas y las arterias de la laguna, que desaparecían con las mareas altas y emergían cuando éstas se retiraban.

El sol era lo único en lo que podía confiar para saber en qué dirección iba: si éste ardía sobre su hombro izquierdo, se dirigían al norte. Trató de recordar las excursiones que había hecho con su padre, pero la información que almacenaba, no sólo sobre la geografía, ya no era de fiar.

Burano tenía que estar a la izquierda, pensó. Se volvió y, en efecto, allí estaba; pero mucho más lejos de lo que esperaba.

Intentó beber sorbos pequeños, pero la sed pudo más que él y se acabó la botella entera, le puso el tapón y la colocó en un hueco. Si eso era Burano e iban rumbo al norte...

—¿Estamos en el Canale di San Felice? —le preguntó a Casati con la esperanza de que la memoria no lo hubiera traicionado.

—Muy cerca. Es el siguiente que hay hacia el este —respondió el hombre, y sacó un pañuelo del bolsillo para secarse la frente.

No llevaba sombrero. Hombres de verdad.

—Éste es el Canale Gaggian.

Brunetti negó con la cabeza para indicar que no lo conocía.

—También va hacia el norte.

El *commissario* se encogió de hombros porque seguía sin saber cuál era y sonrió sugiriendo que eso tampoco cambiaba nada.

—Va a la isla de Santa Cristina.

—¡Ah! —exclamó Brunetti al reconocer el nombre—. ¿No era privado? —preguntó sin pensar.

—Sí —contestó Casati al cabo de un momento—. Pero yo conozco a alguien.

—Entonces, podríamos regresar por el otro lado, pasando por Torcello, ¿verdad? —preguntó Brunetti cuando se dio cuenta de que no recibiría más explicación que ésa.

Quería dar la impresión de sentirse como en casa en aquel lugar.

—Sí, vale —respondió Casati, y miró la hora—. Venga, vamos, que ha cambiado la marea y tenemos unas dos horas antes de que el agua esté demasiado baja.

El alivio que le proporcionó darse cuenta de que antes de que transcurriese ese tiempo podrían estar de regreso en casa le hizo sentirse culpable. Se había quitado el reloj para no estar pendiente de él y calculaba que ya llevaban fuera hora y media. Eso quería decir que ya habían hecho la mitad del trabajo. Gracias a Dios.

Colocó el remo en su sitio y esperó a que Casati iniciase su palada. Cuando lo hizo, hincó su remo en el agua y se dirigieron a la isla de Santa Cristina.

A medida que el canal se estrechaba, vieron un par de espátulas comunes removiendo el lodo con el pico, buscando alimento. Sin mediar palabra, ambos recogieron los remos y se aproximaron a las aves en silencio; sin embargo, una de ellas debió de percibir el movimiento, porque las dos emprendieron el vuelo y desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Ellos siguieron adelante y muy pronto Casati le dio un silbido a Brunetti, justo cuando se deslizaban junto a cuatro polluelos de cigüeñuela de patas largas y plumaje ahuecado picoteando el barro al borde del canal. Al verlos, los pájaros se refugiaron bajo la vegetación y al instante se confundieron con los juncos y los tallos altos de la hierba seca.

Al cabo de un rato, Brunetti vio algo a mano izquierda que le pareció un macizo de arbustos.

—¿Es aquí? —preguntó.

—Sí.

Casati dio una palada fuerte que hizo girar la barca en esa dirección. Recorrieron un muro bajo detrás del que había una hilera espesa de árboles. Unos diez metros más allá, Casati dejó de bogar y metió el remo en el agua para frenar.

—Métela ahí —le pidió.

Brunetti ayudó a que la proa girase metiendo también su remo y enseguida se deslizaron hasta la orilla del canal. Cerca del borde había un bloque grande de cemento con una argolla de amarre. Brunetti recogió el remo y amarró la barca.

Casati desembarcó en la isla y se acercó a él.

—Voy a ver a mis chicas —dijo con una amplia sonrisa—. ¿Quieres venir?

Sin esperar a la respuesta, le ofreció la mano, lo ayudó a desembarcar y echó a caminar hacia la pequeña arboleda que Brunetti había divisado desde el agua.

Mirara donde mirase, no veía a ninguna chica. Al otro lado de aquella isla pequeña, que podrían haber atravesado en apenas unos minutos, había una casa con los postigos cerrados. Al resguardo de los árboles, ellos dos eran invisibles. Igual que las chicas. Con el rabillo del ojo izquierdo, Brunetti vio algo blanco y se apartó deprisa, pero el animal se alejó con un aleteo todavía más veloz: un pato, quizá. Pero no una chica.

En un claro pequeño que había en el centro de la arboleda, Brunetti vio una hilera de cajas de madera de forma parecida a las que había visto desde el dormitorio: rojo, blanco, verde. *Evviva Italia*. Entonces oyó a las chicas: zumbando y silbando y colmando el aire con su ruido sordo. Brunetti se quedó paralizado. Le daban miedo las abejas.

Casati, que se había adelantado, metió la mano en el bolsillo de los pantalones de pana y sacó una astilla grande de madera y un mechero; se detuvo y la encendió. Al cabo de un momento, brotó una pequeña columna de humo y el guardés blandió la madera como la varita de un mago. Las abejas entraron en un trance de inactividad.

—Ven, que no te harán nada. Échame una mano —le pidió, y su voz se mezcló con las interferencias de las abejas, que se intensificaban según iban acercándose a las colmenas.

Casati aceleró el paso y Brunetti lo siguió, seguro de que su compañero sabía lo que hacía. En efecto, las abejas los rodeaban, pero no les hacían caso. Casati continuó agitando la astilla encendida y fue creando un camino seguro. Las abejas huían del humo y los hombres lo seguían a través del túnel de zumbidos. Entonces Casati le dio el pedazo de madera a Brunetti, que la movió a su alrededor copiando los mismos gestos amplios.

Muy despacio, igual que el *commissario* había visto moverse a las personas drogadas —haciendo de cada movimiento una floritura, una caricia al espacio circundante—, Casati levantó la tapa de la primera colmena y la dejó en el suelo en posición vertical. Metió la mano y sacó un bastidor de madera cubierto de abejas: arrastrándose, andando, deslizándose, insinuándose por encima y por debajo de las demás, todas frotándose entre sí en una armonía de mansedumbre.

Casati le hizo una señal para que se acercase. Habiendo dejado el miedo en suspenso, Brunetti se puso a su lado y miró el bastidor que tenía en la mano.

—¿La ves? —le preguntó Casati.

—¿A quién?

Sabía que las abejas eran femeninas, así que esas eran sus chicas, pero ¿cuál era «la chica»?

—Busca el punto azul —le dijo Casati, y por un momento Brunetti pensó que el señor debería haberse puesto sombrero para estar al sol—. Lo tiene detrás de la cabeza. Es la reina.

Como la curiosidad había vencido al miedo, Brunetti se inclinó sobre la masa pulsante y buscó un punto azul, pero no vio más que cientos de abejas. Por fin comprendía la magnitud de la palabra *enjambre*. Y al final lo vio: un lunar azul iridiscente un poco más grande que la cabeza de un alfiler. Avanzaba en zigzag con pesadez, mientras otras abejas topaban con ella, la empujaban, la acariciaban o la limpiaban, todas más pequeñas que ella y sin marca alguna. Entró en una de las celdas hexagonales de cera y retrocedió para dar media vuelta e insertar el abdomen en el hueco.

—¿Está poniendo un huevo? —susurró Brunetti, que se había quedado casi sin palabras ante la majestuosidad de lo que veía.

—Sí.

—¿Y las demás?

—Ellas la limpian, le dan de comer y la ayudan a moverse.

Brunetti se acercó aún más, habiendo olvidado el peligro. El movimiento era incesante: unas pasando por encima de las otras, rodeando a la reina, formando un séquito tras ella. El movimiento parecía aleatorio y, en cambio, era de una sincronía perfecta.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó, y señaló las hileras de celdas cerradas que había en la parte más baja del panal que tenía Casati en las manos.

—Huevos, como acabas de ver. Después se convierten en larvas y luego en pupas y, cuando salen, ya son abejas adultas —le explicó.

Colocó el panel en su sitio y sacó otro bastidor, que estudió deprisa antes de devolverlo a la colmena. Sacó un tercero y pasó el dedo por el fondo; los pegotes de color beis que había quedaron lisos. Lo probó, sonrió y le ofreció el panal a Brunetti.

—Prueba.

Guido se cambió la astilla prendida de mano, pasó el índice derecho por la parte inferior y algunos de los pegotes se soltaron. Se metió el dedo en la boca y chupó la miel. Dulzor, una textura algo granulada, más dulzor, espesor, más dulzor, más maravilla.

Casati recuperó el panal y lo introdujo en la colmena. Al abrir la segunda, Brunetti vio más abejas, más movimiento y casi todas las celdas llenas y cubiertas, y un zumbido que ya no le resultaba amenazador a pesar de que se había intensificado.

Brunetti, fascinado, agitó la brasa, que se negaba a hacer llama y sólo producía una cantidad de humo constante. El ruido era como un conjuro y se acordó de Aristóteles, que, en alguna obra cuyo título no recordaba, había escrito que en algún momento de su vida había «alcanzado a ver una expresión celestial». Jamás había comprendido la frase. Hasta ese momento.

El sonido disminuyó en cuanto llegaron a la tercera colmena.

—Una más —dijo Casati, y levantó la tapa.

En cuanto sacó el primer panal, Brunetti vio que apenas había abejas y que las pocas que quedaban se arrastraban despacio y sin rumbo. No vio a ninguna reina.

—¿Qué les pasa? —preguntó.

Casati respondió negando con la cabeza. Apoyó el panal en la caja. Se agachó y tiró de una bandeja que había al fondo. Allí Brunetti vio que había abejas muertas, demasiadas para poder contarlas. Casati cogió aire. Sacó una bolsa hermética que llevaba en el bolsillo. Dentro había un tubo de plástico y unas pinzas.

—No deberían morir en el panal —susurró.

A Brunetti no le había costado oírlo, porque allí el zumbido era mucho más suave.

—Se supone que cuando enferman se van volando para no contagiar al resto —le explicó el hombre, desconcertado.

Con mucho cuidado, usó las pinzas para recoger unas cuantas abejas muertas; las metió en el tubo, lo tapó y lo metió en la bolsa junto con las pinzas. Al acabar se guardó la bolsa de nuevo en el bolsillo y colocó la bandeja y la tapa de la colmena en su sitio.

—Esto no debería ocurrir —se extrañó.

Hablaba en un tono que Brunetti asociaba con el aturdimiento de las víctimas de crímenes violentos.

—¿Qué pasa?

—Lo sabremos con las pruebas —respondió Casati.

De manera casi inconsciente, se sacudió la sorpresa de encima y miró la hora.

—Venga, vamos. Nos queda poco más de veinte minutos.

Casati se apresuró a regresar por el camino que habían tomado hasta allá, se subió a la parte trasera del *puparin* y dejó que Brunetti ocupase el puesto delantero. Soltó la amarra y zarparon.

—Vamos a dar la vuelta —anunció, y lo hizo de prisa, sin esfuerzo, con cuatro golpes de remo.

El sol le azotaba el hombro derecho, así que Brunetti supo que iban hacia el sur. Miró a un lado, vio que las orillas estaban más altas y comprendió por qué Casati tenía prisa: a medida que bajaba la marea, a ambos lados aparecían escollos naturales. Remaban en aguas cada vez más someras.

De pronto sintió que Casati aceleraba el ritmo y él lo igualó con su remo. De lo contrario, se quedarían atrapados toda la noche o hasta que la marea subiera de nuevo. Pensó en los mosquitos que aparecerían al atardecer por mucho que llevase el betún puesto y remó.

No estaban en mar abierto.

—Izquierda —mandó Casati desde atrás.

Brunetti cumplió las órdenes.

—Derecha —dijo después de unas veinte paladas.

Brunetti obedeció y lo ayudó a virar. Seguían un camino que él no distinguía. A ambos lados crecían plantas que salían hacia ellos, y la marea iba dejando al descubierto vegetación que a su llegada había estado sumergida. Algo rozó el fondo del casco y ambos se quedaron inmóviles.

—*Forza!* —gritó Casati.

Ambos aceleraron un poco más. El ruido áspero se repitió. El remo de Brunetti chocó contra algo duro.

Pero entonces el canal que tenían al frente se ensanchó sin previo aviso y emergieron a una extensión mayor de agua. Casati bajó el ritmo y Brunetti lo igualó con entusiasmo.

—Éste es el Canale di Sant'Antonio —explicó Casati.

El hecho no tenía ningún significado para Brunetti, pero el ritmo más lento sí.

—A partir de aquí podemos ir más tranquilos.

Al frente, el *commissario* vio edificios y tejados, y el conocido campanario.

—¿Eso es Burano? —preguntó.

—Sí. ¿Te apetece parar a tomar un café?

A Brunetti le hubiera gustado parar para que otros remeros lo llevaran hasta casa, pero contestó:

—Buena idea.

Hombres de verdad.

Después del café, Brunetti se tomó dos vasos de agua, y luego otro más, y con eso se sintió capaz de cubrir el trayecto de Burano a Sant'Erasmus. Dos hombres que entraron en el bar saludaron a Casati, y él se lo presentó diciendo que era un amigo que estaba de visita. Eso incitó a los hombres a invitarlos a tomar algo, pero Casati rehusó la oferta alegando que habían remado demasiado y necesitaban regresar a casa antes de pensar siquiera en beber cualquier cosa que no fuera agua.

Caminaron hasta la barca en compañía de los dos hombres. Según uno de ellos, el *puparìn* era el más bonito que había visto, y si Casati decidía venderlo algún día...

Éste se echó a reír. El nivel del agua había bajado tanto que tuvo que sentarse en la *riva* para saltar a la barca. Brunetti hizo lo mismo, soltó la amarra, se despidió de los dos señores y se inclinó sobre el remo preguntándose si aquello se parecía en algo a una condena a galeras. Sin embargo, los reos no llevaban guantes de cuero y, ni que decir tenía, tampoco hacían una pausa para tomar un café por la tarde.

Casati le contó que había un atajo, pero que no se fiaba de pasar por allí con la marea baja, así que fueron por el Canale di Burano, donde la profundidad era segura, y remaron hacia el Canale di Crevan y, desde allí, al lugar de donde habían partido. Llegaron al embarcadero sin hacer ruido, y Brunetti amarró la barca a la argolla. Casati desató la rejilla y la subió a la *riva*.

—La hizo mi bisabuelo —le explicó con orgullo—. La uso como ancla, pero nunca la dejo en la barca.

Hasta entonces, Brunetti no había reparado en las volutas y en los arabescos de forja que sobrevivían entre los pedazos que se habían desprendido a lo largo de los años. Como le ocurría a menudo, cuando conocía la antigüedad del objeto le confería una belleza mayor.

Con el remo y la *fórcola* en la mano, Casati subió los tres escalones en un periquete y le pidió que le pasase los suyos. Los dejó en el suelo y se inclinó para ofrecerle la mano. Brunetti no tuvo reparos en aceptar la ayuda para subir y, una vez en tierra, se hizo con ambas palas y se las cargó al hombro.

Caminaron codo con codo, él con los remos y Davide con las dos *fórcole* colocadas encima de la rejilla. Giraron a la derecha, hacia un camino de tierra en cuyo extremo opuesto había una pequeña casa de piedra; las tejas y los marcos nuevos de las ventanas delataban una restauración reciente.

—La *contessa* nos restauró la casa —le contó Casati antes de que pudiera preguntarlo, pero enseguida se le apagó la voz.

Brunetti se percató de que, durante un instante, su expresión había perdido todo rastro de vida.

—Ahora vivo aquí con mi hija y con su familia.

El hombre giró hacia un camino aún más estrecho que conducía hasta una caseta de madera que había en la parte de atrás. Entró seguido de Brunetti, colocó la rejilla contra la pared y lo ayudó a colgar los remos y las *fórcole* en unos ganchos.

—Gracias por la lección —dijo Brunetti. Sacó los guantes del bolsillo y se los dio—. Y por esto.

—¿Por qué no te los guardas para mañana? —sugirió Casati.

—¿A qué hora? —preguntó Brunetti como si nada, tratando de que no se le notase el entusiasmo.

—A las siete y media —respondió el guardés con gesto serio—. Así llegaremos antes de que haga demasiado calor.

—Allí estaré.

Le estrechó la mano y emprendió el camino hacia la casa grande.

—Federica te llevará una barra de pan —voceó Casati desde atrás.

Brunetti alzó una mano para que supiese que lo había oído.

Al entrar miró la hora y se sorprendió al ver que ya eran casi las seis. Debían de haber pasado más tiempo del que pensaba en el bar o haber remado hasta más lejos de lo que creía. Subió las escaleras para ir a buscar el *telefonino* a la habitación y, en el tercer escalón, ya sintió los distintos informes que le llegaban desde diversas partes del cuerpo. Tenía las pantorrillas tensas, molestias en la espalda, un dolor en el cuello que le subía hasta la cabeza, las manos magulladas, una ampolla incipiente en el pulgar y rozaduras en las plantas de los pies. Necesitaba contárselo a Paola cuanto antes mejor.

Resultó que ella lo sentía por él, pero no estaba impresionada. Cual Zerlina, se interesó por sus males y por su agotamiento, pero al no estar con él en la laguna no sentía el inmenso alivio que suponía alejarse de la ciudad, de la gente, del ruido y de las exigencias que todo eso imponía.

Brunetti se preguntó cómo podía explicarle, cómo podía hacerle comprender el triunfo del agotamiento, pero optó por contarle que la hija de Casati le había dejado la cena en el frigorífico, pues ya le había hablado del cálido recibimiento del padre.

—¡No pensarás comer ahora! —exclamó Paola.

—No. Primero voy a leer un rato y después cenaré. Estoy demasiado cansado para hacer cualquier otra cosa.

—Muy bien —contestó ella al instante—. Al fin y al cabo, has ido para eso. Holgazanear, comer y dormir. Espero que mañana sea aún mejor. ¿Te ha dicho adónde te llevará?

—No. Pero tampoco me importa dónde esté o adónde vayamos: todo es maravilloso. No tengo que pensar en nada más que en meter el remo en el agua. Y las abejas, Paola, no te imaginas lo maravillosas que son. Y la miel. Ojalá la hubieras probado y visto a la reina poner huevos.

Brunetti sabía que daba igual cuánto se enredase con las descripciones, porque no sería capaz de transmitir la magia de la escena.

—Si vienes...

—Quizá la semana que viene, Guido. Has dicho que necesitabas alejarte de todo. Y yo formo parte de eso. Ya lo hablaremos dentro de unos días.

—Estás pasando el día entero leyendo, ¿verdad? —preguntó él.

Estaba fingiendo ser un marido celoso, pero sólo había conseguido parecer un marido real.

—He decidido que toca releer a Jane Austen y he pasado el día con *Emma*. Riéndome a carcajadas.

—Dudo que Plinio tenga el mismo efecto para mí —aventuró Brunetti.

Se desearon una velada muy agradable, colgó y fue a buscar el libro.

Recorrió todas las estancias de la planta baja, un poco como el osito del cuento, y fue probando todas las butacas del salón grande hasta que encontró la que era más amable con su cuerpo dolorido: una que estaba algo hundida y tenía la altura perfecta para permitirle cruzar las piernas con comodidad y seguir viendo el jardín y el cielo. A su lado colgaba el retrato de un hombre con una gran nariz y ojos muy separados que tal vez fuese un miembro de la familia Falier. Brunetti resolvió que no proporcionaba gran compañía, pero entonces recordó que quería disfrutar de la soledad y que la soledad era así.

Abrió la *Historia natural* por el undécimo libro, con curiosidad por averiguar qué pensaba el mundo antiguo sobre las abejas. Aprendió que trabajaban con tesón, y que si al caer la noche estaban demasiado lejos de la colmena, se tumbaban de espaldas para evitar que el rocío les humedeciese las alas y así poder ponerse a trabajar en cuanto despuntase el alba. Brunetti había pasado gran parte de su vida lectora rodeado de las mentes y de las convicciones de personas que habían vivido hacía miles de años y había aprendido a no reírse de sus ideas, sino a tratar de comprender por qué pensaban esas cosas. Al fin y al cabo, el mundo en el que él vivía existía con el constante descubrimiento de su propia ignorancia.

Brunetti había leído sobre personas que estaban convencidas de que el universo se había creado un domingo 23 de octubre de hacía, aproximadamente, seis milenios. Nunca recordaba el año exacto, pero la precisión de la fecha le resultaba tan encantadora que no le costaba retenerla. ¿Qué son abejas durmiendo patas arriba en comparación con ese dato?

Plinio también opinaba que las abejas tenían el don de predecir los vientos y las lluvias, y que si hacía buen día, el enjambre salía y se disponía a trabajar de inmediato, y que mientras algunas abejas se cargaban las patas en las flores, otras se llenaban la boca de agua.

Eso le dio la idea de llenar la suya con algo distinto. Fue a la cocina y abrió la nevera. Ay, pinot grigio. Tal vez pudiera llenarse la boca con él.

Investigó el interior un poco más y descubrió una enorme bandeja de *frutti di mare* cubierta con film de plástico y, a su lado, un cuenco de ensalada donde distinguió pedazos de aguacate y de pera.

Sacó la botella y regresó con ella y una copa a la butaca, al libro, a las abejas.

Gracias a Plinio el Viejo aprendió que «la miel proviene del aire. Durante su caída desde una gran altura, se ensucia y se mancha con el vapor de la tierra. Cuando las abejas la recolectan, se fermenta y se purifica en la colmena». Brunetti alzó la mirada de la página y miró el cielo: sin una nube, la luz cada vez más tenue con el paso de las horas. No le cabía duda de que la miel comenzaría a caer pronto.

Plinio debía de haber sido un hombre extraño, optimista y de resolución inquebrantable. Apasionado por recoger y catalogar todos los aspectos de la naturaleza, había llevado a cabo una investigación incesante de todo lo que lo rodeaba para acabar siendo víctima de su propia curiosidad científica.

Con la intención de ver la erupción del Vesubio de primera mano, había partido en un bote hacia la playa de los pies del volcán en busca del conocimiento, pero acabó cambiando de rumbo para salvar a la esposa de un amigo. Las cenizas y la lava caían

sobre su embarcación y, sin embargo, él continuó navegando. Según la carta que escribió su sobrino para describir las circunstancias del deceso de su tío, Plinio había hecho lo imposible por acallar los miedos de todo aquel con el que se cruzaba. Pero entonces se quedó sin suerte ni tiempo, y el aire cargado de cenizas lo ahogó hasta la muerte.

Brunetti despertó sobresaltado un rato después y se sorprendió al descubrir que estaba sentado en la penumbra. Se puso en pie, encendió las luces y, con el libro en la mano, fue a la cocina. Llevó la fuente y el cuenco a la mesa, encontró un plato en la alacena y cubiertos en el cajón. En la encimera había una barra de pan; cortó unos pedazos. Se rellenó la copa.

Apartó una silla de la mesa y fue a por un trapo, que dobló y colocó debajo del libro. Lo abrió por la página correcta. Apartó la vista del papel y estudió las criaturas diminutas que tenía en el plato: gambas, pulpos, mejillones, almejas, *canocchie*, *latticini di seppia*. Ya notaba las consecuencias del ejercicio que había hecho durante el día y decidió comer directamente de la fuente, para untar mejor el pan en el aceite. Tenía más sal de la que él estaba acostumbrado y menos perejil. Al final, hizo dos viajes a la encimera: uno para cortar más pan y otro para rellenar la copa.

Continuó leyendo después de haberse terminado todo lo que había en la fuente y de haberla rebañado con el último pedazo de pan. Pronto lo que leía empezó a parecerle confuso: miel de lugares aislados y abejas que volaban con piedrecitas a la espalda para evitar que el viento las desviase de su curso. Respiró hondo y buscó un capítulo anterior, pensando que sería más fácil leer sobre un tema nuevo. Descubrió que los erizos, cuando querían almacenar comida para el invierno, rodaban sobre las manzanas a fin de pincharlas con sus púas y transportarlas al hueco de un árbol, donde las guardarían para comérselas con la llegada del frío.

—Creo que es hora de irse a dormir —le dijo sin dirigirse a nadie en concreto, y obedeció.

Por suerte, había un despertador en la mesita de noche. De no ser por eso, habría dormido hasta mucho después de la hora a la que había quedado con Casati. Por desgracia, el hombre que se levantó de la cama carecía del vigor y de la flexibilidad del que había llegado el día anterior a Sant'Erasmo. La ducha larga y caliente, los dos cafés y el desayuno mejoraron de forma considerable la situación y, cuando llegó a la barca, casi había recuperado su estado anterior.

Casati ya estaba allí y en ese momento bajaba al *puparin* un contenedor de poliestireno. Brunetti le dio los buenos días, se subió y se colocó en la parte de atrás para ayudarlo a estibar el contenedor en la parte posterior.

El guardés le pasó los dos remos y las *fórcole* y bajó a la barca. Abrió la caja de madera y ambos se untaron el pringue beis. Devolvió la lata a la caja, posó el remo en la borda y le dio la señal a Brunetti para que desatase el amarre. Entre los dos apartaron la barca del muro de contención y se irguieron; al principio se balancearon un poco, pero enseguida recobraron el equilibrio y sintieron los primeros calores del día, que venían de frente.

—Quiero salir y echar un vistazo a algunas de las demás —dijo Casati, y Brunetti dio por sentado que hablaba de abejas—. Están más lejos, tardaremos un par de horas. Pero allí podemos bañarnos. ¿Te parece bien?

El *commissario* sonrió y asintió. No le importaba adónde fuesen.

—Dime una cosa —le pidió Brunetti, que aunque lo tuteaba se resistía a llamarlo por el nombre de pila como harían dos remeros estando en la barca—. ¿Por qué quieres ir a verlas?

Casati respondió con un «ah» alargado.

—Ya las viste ayer: están muriéndose. Mis chicas se mueren.

—¿Y qué las mata?

—Podría ser varroa —explicó Casati.

—¿Qué es eso?

—Ácaros. Ácaros diminutos que les chupan la sangre y las debilitan —contestó con evidente indignación.

—Pero no las matan.

Casati chasqueó la lengua.

—Si están débiles, hay otras cosas que pueden matarlas —le explicó—. No tener suficiente alimento, los virus, los pesticidas, los herbicidas. —Cogió el remo—. El hombre se ha vuelto en su contra.

Brunetti miró a su alrededor y al frente y sólo vio agua salada y marismas.

—No hay más que agua salada. ¿Eso no es perjudicial para ellas?

Casati sonrió.

—¿Te ha dado tiempo a desayunar?

—Sí.

Brunetti se acordó del pan recién hecho, la mermelada y la miel que había encontrado en la mesa, también de la mantequilla de la nevera.

—¿Qué te ha parecido la miel?

—Deliciosa.

—¿No tenía un sabor raro?

Pensó en lo que Plinio había escrito sobre la miel, los distintos lugares de donde provenía, y que la de tomillo era buena para los ojos y las úlceras.

—No. Estaba buena —respondió, pero sabía lo que ocurriría a continuación.

—Es de aquí —repuso Casati, e hizo un gesto con la barbilla que abarcaba la vasta extensión de agua que los rodeaba—. La familia de Emilio siempre ha hecho miel. Y ahora yo también.

Brunetti decidió que ya era hora de remar, así que colocó el remo, esperó a oír el ruido a su espalda y siguió el ritmo de su compañero. Llevaba los mismos pantalones que el día anterior y una camisa vieja de algodón que tenía desde la universidad, además de una gorra que había encontrado en un cajón. La gorra era de béisbol de color naranja desvaído, que no se habría puesto en ninguna otra parte más que allí, donde nadie podía verlo. También llevaba los guantes. Se dijo que aguantaría con ellos por lo menos hasta que llegasen al lugar adonde iban. Después de la sesión de remo del día anterior, tenía las manos magulladas y ásperas, pero no había indicios de ampollas.

Fueron por el mismo camino que la víspera. En el Canale di San Felice, que era amplio y en el lado de Treporti estaba salpicado de casas, apenas había tráfico. Brunetti tenía un vago recuerdo de que esa zona de la laguna estaba rodeada de tierra por todos los lados y, por lo tanto, aislada del Adriático. Eso explicaba la soledad de aquellas aguas. Continuaron avanzando despacio y pronto alcanzaron un ritmo propicio para ambos. Tal como había ocurrido el día anterior, de vez en cuando Casati le señalaba algún pájaro que la hierba alta ocultaba casi por completo o una corriente que podría causarles problemas o servirles de ayuda. Parecía habituado a aquella extensión que a Brunetti le resultaba amorfa y de un color gris verdoso uniforme. No había edificios ni flores de colores vivos ni sombra ni puntos de referencia y Brunetti estaba tan perdido como cualquier turista en las calles de Venecia.

A mano derecha apareció un grupo de edificios, unos campos y unas cuantas barcas. Poco después, el canal giraba a la izquierda, y continuaron. Empezó a estrecharse y llegaron a una bifurcación donde tomaron el canal más pequeño de los dos, que estaba sin señalar y se dirigía a la izquierda. El sentido de la orientación de Brunetti era bueno y pensó que no debían de estar lejos de donde habían visto las abejas el día anterior.

De pronto oyó un «chsss» suave a su espalda y Casati levantó el remo del agua y se quedó inmóvil. Brunetti hizo lo mismo y se volvió hacia él. Con ambas manos en el remo, Davide estiró un dedo y señaló hacia la derecha. Brunetti miró en esa dirección, pero no vio nada. Entornó los ojos para reducir un poco la luz y entonces los vio: en la orilla del canal flotaba una pata con cinco patitos detrás de ella. Estaban completamente inmóviles y Brunetti supuso que hacían lo posible por parecer hojas flotando en el agua.

La inercia de la última palada aún los impulsaba hacia delante y enseguida los pasaron de largo. Brunetti se volvió para ver qué hacían, pero la madre debía de haber impuesto el silencio, porque no se movió ni uno de ellos y pronto desaparecieron, ocultos por una mata de hierba de tallos doblados.

Casati introdujo el remo en el agua y continuaron su camino. Brunetti bogó y, a medida que la temperatura subía y la luz del sol se intensificaba, deseó haberse acordado de llevar gafas de sol o ponerse protector solar. Al menos la camisa era de

manga larga y tenía los guantes.

¿Cuánto tiempo llevaban remando? Otra vez había dejado el reloj en casa, pues equiparaba la intemporalidad con la libertad. De entre los juncos que tenían a mano derecha apareció una parcela de terreno cultivado, pero Casati no disminuyó la velocidad y Brunetti se consoló pensando que los condenados a galeras no tenían mangas largas ni gorras de béisbol. Continuó remando, consciente de poco más que de la sed, de la tensión de los hombros y de su espalda aún más tensa.

—Podemos parar aquí —anunció el guardés de repente.

El *commissario* levantó el remo y dejó que el hombre que tenía detrás decidiese hacia dónde llevar la barca y amarrarla. Éste dio unas cuantas paladas más y el *puparìn* se deslizó hasta la orilla izquierda. Brunetti oyó un golpe seco y al volverse vio a su compañero sentado en la plataforma de remar, anudando la cuerda a una de las esquinas de la rejilla de metal. Se levantó y la lanzó a tierra, donde se hundió entre la hierba para hacer de ancla.

—Toma, coge.

Brunetti se volvió justo cuando Casati le lanzaba una botella de agua mineral, como el día anterior. Esa vez, la abrió y bebió de inmediato. Estaba tan inmerso en el placer que no oyó nada y, al volverse, no vio más que la espalda desnuda de Casati y sus pantalones cortos desapareciendo por la borda. Sin embargo, en ese instante breve, alcanzó a verle una gran mancha en la piel. De un rojo muy oscuro, casi negro, le cubría ambos hombros y le llegaba hasta cerca de la cintura: le tapaba casi toda la piel de la espalda. Brunetti no estaba seguro de si era una cicatriz o una marca de nacimiento.

Lo observó alejarse de la barca. Se hizo el silencio y el calor del sol lo agredió. Tapó la botella, la posó en el suelo de la embarcación y se descalzó. Se quitó la ropa y la amontonó en la bancada que tenía detrás, colocó la gorra encima, se sentó en la borda y se dejó caer al agua. Nadó a braza hasta el centro del canal y se zambulló, al emerger vio que estaba solo en la laguna. Regresó hacia el *puparìn*.

Fue en la misma dirección que Casati, pero se detuvo después de veinte brazadas y deshizo el camino antes de repetirlas hacia el otro lado. Le sorprendía que el movimiento estuviera relajándole los hombros y los brazos tanto que le permitiese albergar la esperanza de usarlos de nuevo. Fue de un lado a otro hasta que, en un momento en que daba la vuelta con la cabeza fuera del agua, vio a Casati nadando con cierta torpeza y un solo brazo, porque tenía la otra mano levantada por encima de la superficie.

Brunetti nadó hasta el costado de la barca y pasó un brazo en la borda sin dejar de patear en el agua. Cuando Davide se acercó, vio lo que llevaba en la mano: un tubito de plástico con tapón de color verde, como el que había usado el día anterior para recoger las abejas muertas.

El hombre nadó hasta la popa, se inclinó sobre la borda para depositar el tubo sobre su camisa doblada y apoyó ambos brazos en el costado. Era evidente que el esfuerzo lo había dejado sin aliento.

Brunetti señaló el recipiente con la barbilla.

—¿Qué es eso, más abejas?

Casati contestó sin haber recuperado el resuello todavía.

—No, es lodo.

—¿No hay abejas?

—Están todas muertas —respondió Casati, y se apartó de golpe de la barca.

Fue hasta la orilla de la isla de hierba, salió del agua y caminó con cuidado hacia la parte trasera de la barca. Se detuvo a quitarse los pantalones y escurrirlos, les sacudió el agua unas cuantas veces y se los puso de nuevo. Subió a la barca, metió la mano debajo de la plataforma del fondo, sacó dos toallas, le lanzó una Brunetti y se secó las pantorrillas y el pecho con la otra. Cuando dio media vuelta, el *commissario* sólo alcanzó a verle la piel amoratada unos instantes.

Al darse cuenta de que no había un modo más fácil de subirse, Brunetti nadó hacia la proa y trepó a la orilla de la isla. La hierba corta y seca se le clavaba en los pies, así que miró al suelo para esquivar las zonas más difíciles. Embarcó, se secó con la toalla y se vistió, pero dejó que el sol se ocupase de sus pies.

Cuando miró a Casati, éste ya estaba vestido y sentado en la plataforma de remo de atrás, sobre la toalla doblada, con la mirada perdida en la distancia. No veía el tubo de plástico por ninguna parte. El viejo se agachó para secarse los pies y se calzó las zapatillas deportivas deshilachadas. Después se levantó y pasó un buen rato doblando y desdoblando la toalla, para acabar colocándola con cuidado sobre la borda.

—Ha hecho falta mucho tiempo, pero al final las hemos matado.

A Brunetti le sorprendió la afirmación. Parecía incluirse él en el crimen, por pertenecer al género humano.

—Primero la matamos a ella y ahora a las abejas. Los siguientes serán Federica y sus hijos, y también los tuyos —aseveró con certeza, y asintió varias veces para enfatizar sus palabras.

Brunetti se quedó sentado, preguntándose si tanta exposición al sol había llevado al hombre más allá de los límites de sus fuerzas y de la paciencia. Pero no dijo nada y trató de permanecer inmóvil, diciéndose que debía convertirse en parte de la bancada de madera en la que descansaba, en uno de los tablones del suelo de la barca. Trató de imaginar qué sentiría siendo un tronco. ¿Qué había sentido Dafne cuando sus brazos se convirtieron en ramas y sus dedos de los pies en raíces? No había tardado en desaparecer en el bosque, igual que él deseaba hacer ahora en la laguna. ¿Un madero flotando en la corriente? ¿Lastre lanzado por la borda? Le daba lo mismo, siempre y cuando Casati dejase de delirar.

De pronto Casati se inclinó hacia él, pero éste, protegido por su nueva naturaleza arbórea, no se movió. Con el tono especulativo con el que el profesor de teología moral de Brunetti formulaba las preguntas retóricas que siempre precedían a sus lecciones, Davide le preguntó:

—¿Crees que algunos de nuestros actos jamás pueden perdonarse?

Brunetti se miró los pies, que ya estaban secos.

—No lo sé —respondió con calma, como había hecho tantas veces en clase con la esperanza de que el profesor aclarase su pregunta. Entonces, aunque con cierta reticencia, añadió—: No estoy seguro de saber a qué te refieres.

Casati reflexionó un buen rato.

—Deja que le pregunte a Franca si ella cree que debería contártelo.

Oírlo referirse a su esposa de forma tan natural y en presente le erizó el vello de las manos, pero, antes de que pudiera contestar, los sorprendió el batir de unas alas, y tres garzas reales emprendieron el vuelo en las inmediaciones.

Casati se dio un golpe con las palmas en las rodillas y se puso de pie.

—Bueno —continuó con tono afable—, creo que ya es hora de regresar.

Tiró de la cuerda del ancla improvisada, la arrastró por la hierba, la subió a la barca y la dejó en el fondo.

Cogió el remo y esperó a que Brunetti hiciera lo propio. Al ver que éste reaccionaba, dio un toque con la pala en la orilla de la isla que los impulsó hacia el canal y emprendieron el camino de regreso.

Para su sorpresa, ya fuese por el baño o porque Casati hubiera regresado a la realidad, Brunetti se sentía fresco. Estaba dispuesto a remar hasta Trieste si el viejo se lo pedía.

Mientras remaba, le daba vueltas a lo que había dicho el viejo y no le encontraba sentido. En la distancia, los aviones despegaban y aterrizaban, pero tan lejos que no estaba seguro de si lo que oía eran sus motores o los de embarcaciones más cercanas. Miró hacia el oeste y vio lo que le pareció Santa Cristina.

Su remo topó con algo sumergido y estuvo a punto de caer de bruces. Antes de precipitarse hacia delante, el remo se le soltó de la *fórcola*, le resbaló de las manos y se deslizó al agua. Brunetti se tambaleó en la barca hasta recobrar el equilibrio y, con un martilleo en el pecho, decidió sentarse en la borda hasta tranquilizarse.

Con los ojos cerrados, notó que la barca frenaba y se detenía, y entonces oyó un golpe seco que venía de donde estaba Casati. Al abrir los ojos, lo vio inclinado sobre la borda, metiendo el remo en el agua.

—¿Con qué he chocado? —preguntó, aunque le costó decirlo con voz normal.

Casati estuvo así un rato, mirando el fondo. Se acuclilló sujetando el remo con una mano, lo miró y murmuró algo que a Brunetti le sonó como «mi pasado», aunque no tuviera sentido. Al cabo de un momento, el guardés se levantó y continuó con la vista fija en el agua.

—Justo aquí —empezó a decir como si nada—, podría haber una raíz sumergida o un madero podrido que haya arrastrado la corriente.

Dejó el remo en el suelo, estiró el brazo para alcanzar el de Brunetti, que estaba flotando en la superficie, y los colocó juntos. Miró la hora, echó un vistazo rápido al sol y después se volvió para mirar en la dirección por la que habían venido. Entonces abrió la caja de almacenaje y revolvió en su interior, y cuando sacó la mano sujetaba un *telefonino* con tapa de los antiguos. Pulsó un botón, después otro, lo cerró y lo guardó en la caja.

—¿Qué es eso? —preguntó Brunetti.

—Un GPS. Para saber el lugar exacto donde estamos.

—¿Por qué?

Lo miró un buen rato antes de responder:

—Por nada en particular, pero me gusta saber dónde he estado.

Sin comentario alguno, Brunetti se puso de pie y se agachó para acercarse el remo, pero al hacerlo miró el agua, que en aquel canal no era profunda, y vio algo que parecía un círculo de metal del diámetro de una cámara de rueda.

—¿Qué es eso? —preguntó, y señaló el objeto.

Casati se inclinó hacia donde señalaba.

—Podría ser algo que se haya soltado de un barco. La marea trae muchas cosas.

Se irguió y metió el remo en la *fórcola*.

—Venga, volvamos —propuso.

Brunetti no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado antes de que hiciesen otra parada: tanto podían ser veinte minutos como cuarenta, y podían encontrarse en cualquier parte donde hubiera islotes de hierba alta.

—Una visita más y podremos parar a comer —anunció Casati.

Metió la mano en la caja de debajo de la plataforma, pero esa vez sacó la funda de cuero que Brunetti ya conocía.

—¿Abejas? —preguntó.

—Sí, quiero ver cómo están. Las de esta parte de la laguna son las que me quedan más lejos.

—¿Te acompaño?

—Sí, por qué no. Tampoco es nada ilegal —contestó Casati, que parecía estar a la defensiva sin necesidad.

—Me extrañaría mucho que lo fuese —repuso Brunetti entre risas, para mostrar que la mera idea era absurda.

—Sólo es un secreto —continuó Casati.

Lanzó el ancla improvisada a la hierba y se bajaron de la barca. No había un camino marcado entre la hierba áspera, pero Casati echó a andar con decisión en dirección norte. Brunetti, contento de haberse puesto pantalones largos, lo siguió entre las matas, que en algunos lugares tenían la altura suficiente para rasparle con insidia el dorso de la mano.

Allí la tierra parecía más blanda. Ofrecía muy poca resistencia y amortiguaba sus pasos como un cojín. La primera vez que oyó el chapoteo, halló la explicación: el nivel creciente de las aguas había permeado la arena.

Casati aceleró.

—Aquí el agua suele subir dos centímetros.

Brunetti se apresuró tras él mientras el viejo lo guiaba en línea recta hacia un matorral de aspecto alborotado junto al que había una plataforma elevada con tres colmenas, cada una con una franja de un color distinto en la parte delantera.

Cuando ya estaban cerca, Casati se detuvo a encender un pedazo de madera que le entregó a Brunetti y continuó la marcha. Las abejas y su zumbido los rodearon: volaban hacia ellos y a su alrededor, y de vez en cuando aterrizaban en el hombro o la mano de uno de los dos para explorar un poco. Pero enseguida se marchaban y volvían a sus asuntos con tranquilidad; el zumbido aumentaba y disminuía, y para el *commissario* ya no representaba una amenaza.

Casati retiró la tapa de la primera colmena y la apoyó en una de las patas de la plataforma donde descansaban las tres cajas. Con mucho cuidado y moviéndose como si estuviera bajo el agua, comprobó los panales y se mostró contento con lo que veía. Al acabar, cogió la brasa, la tiró al suelo y la hundió en la arena mojada con el dedo gordo. Brunetti dio media vuelta para marcharse, pero al darse cuenta de que no oía los pasos de su compañero se detuvo, se volvió y vio que Casati se había agachado a recoger la madera para meterla en una bolsita de plástico que había sacado del estuche de cuero. Entonces colocó un poco de hierba mojada en el hueco que había dejado y eliminó todo rastro de ella.

Caminaron hombro con hombro y Brunetti se fijó en cómo el agua iba devorando sus huellas en cuanto levantaban los pies. Cuando llegaron a la barca, miró hacia donde habían estado y no vio nada más que una joroba insignificante en mitad de la *barena*.

Caer en la rutina era fácil. Poco después del amanecer, Brunetti se preparaba un café, leía un rato, se duchaba y después desayunaba lo que le había traído Federica. Algunas mañanas, la convencía para que se tomara al menos un café mientras él comía. Tenía treinta y pocos años y era alta y esbelta, una mujer atractiva de pelo oscuro y voz suave, cuyos gestos al hablar la asemejaban mucho a su padre. Tenía un hijo de diez años que de mayor quería ser pescador y una hija de siete que quería aprender a remar. Federica sentía un orgullo descarado por ellos y sonreía y meneaba la cabeza, asombrada por lo que la vida podía depararle a la gente.

Vivía en Sant'Erasmo desde que era niña, se había casado con un pescador, Massimo, que había crecido cuatro casas más abajo, y había sido feliz hasta la enfermedad y el fallecimiento de su madre. En sus conversaciones, que a veces retomaban por la tarde, cuando ella le llevaba media tarta de albaricoque, Brunetti se enteró de que su padre no se había recuperado del todo desde que había enviudado y de que era probable que jamás lo superase.

—Creo que se siente culpable —había dicho hacia el final de la primera semana, cuando intentaba explicarle el fenómeno a un Brunetti curioso.

—La gente siempre quiere salvar a sus seres queridos, ¿verdad? —fue la única respuesta que se le ocurrió.

—No es sólo eso. Ya te lo he dicho: se culpa de su muerte. —Respiró hondo y preguntó—: Pero ¿cómo podría haberla salvado?

No tener respuesta lo incomodaba, así que cogió otro trozo de tarta y cambió de tema.

Él y el guardés habían salido pronto todos los días y habían pasado gran parte de las mañanas remando en la laguna. Si el plan era quedarse hasta más tarde, Casati lo avisaba el día anterior y al salir llevaba consigo un almuerzo abundante. A veces, si se encontraban con amigos de Davide, no regresaban hasta media tarde. Todos aquellos con los que se cruzaban insistían en darles pescado fresco.

Cuando Brunetti comentó lo generosas que eran las personas a las que veían, Casati contestó que los pescadores siempre lo eran: mucho más que los granjeros. En respuesta a su consiguiente pregunta, le explicó que la gente de mar era consciente de que la pesca del día duraría apenas veinticuatro horas, y por esa razón resultaba fácil regalarla. Era eso o verla pudrirse. En cambio, los granjeros podían almacenar lo que cosechaban, así que tendían a hacer acopio y a atesorar sus productos.

Por la tarde, al llegar a la finca, guardaban los remos, las *fórcole* y la rejilla, y Brunetti iba a la casa. A veces leía durante un par de horas. De lo contrario, salía a pasear por otras zonas más habitadas de la isla, donde se contentaba con decirles hola a las personas con las que se cruzaba en la calle, y nada más. No llamó a Lucia Zanotto; no por ningún motivo en concreto, sino porque había ido allí para estar solo y así era como quería estar. Por lo que fuese, Casati no contaba.

El guardés le había dicho que en la caseta había una bicicleta y le había dado la idea de ir con ella hasta la *trattoria* del otro lado de Sant'Erasmo, donde podía degustar el pescado fresco y las hortalizas de la isla. Llamaba a Paola todas las noches y le contaba qué parte de la laguna habían visitado —aunque en general no podía identificar el

emplazamiento con un nombre— y también qué había comido y cenado. Cuando ella le preguntó por los libros, él confesó que de día apenas tenía tiempo de leer y que de noche estaba tan cansado que apagaba la luz al cabo de diez minutos. Por la mañana ya no se acordaba de qué había leído. La invitó a visitarlo durante el fin de semana e incluso se ofreció a recogerla en la parada del barco con el *puparin*, pero ella contestó que no quería interrumpir sus dos semanas completas de soledad y reflexión.

Después de eso, hablaron unos minutos más, y, al colgar, Brunetti se dio cuenta de que estaba ofendido. No se le ocurría que la decisión de ir allí y estar separado de su familia porque de repente su trabajo no le gustase había sido suya y tampoco había pensado que esa decisión era fruto de su propio comportamiento irresponsable. No, a él le dolía que su esposa hubiera respondido que no quería pasar el fin de semana en una casa aislada en el extremo de una isla para que él la llevase a recorrer la laguna en barca bajo un sol de justicia; que no le atrajese la idea, si prefería no acompañarlo, de quedarse en una casa que no era suya esperando a que él regresara.

El segundo viernes, décimo día de su estancia, amarraron delante de la casa al final de la tarde y Casati le dijo que no saldría el sábado ni el domingo, porque se había acordado de que tenía algo que hacer. Parecía avergonzado, y por eso Brunetti no le recordó que el día anterior había prometido que saldrían a remar ambos días. Consciente de cuánto le debía por el tiempo que había pasado con él y tratando de sacar algo positivo de la situación, contestó que no le importaba hacer un descanso y comentó con torpeza que ellos tenían la ventaja de decidir cuándo querían tomarse el fin de semana libre.

Davide sonrió y le dijo que lo esperaba el lunes a la hora habitual. El día había sido bastante tranquilo y, como habían hecho una parada larga en Burano para comer, a su regreso Brunetti no estaba cansado, sino más bien inquieto. En cuanto se marchó Casati, cogió la bicicleta de la caseta y pasó un buen rato recorriendo la isla. Se detuvo en el bar a tomar café y un vaso de agua y después fue a la casa a tumbarse en el sofá y a leer. Más tarde, cuando ya oscurecía, pedaleó hasta la *trattoria* y cenó salmón con mantequilla y almendras y, después de la cena, cuando ya era de noche, regresó despacio a la finca, contento de disponer de las luces de delante y de atrás. Deseó que Paola pudiera ver cómo el cielo enrojecido se tornaba rosado y se transformaba en aquella oscuridad extraña, tan diferente de las calles iluminadas de la ciudad.

El sábado transcurrió con tranquilidad. En lugar de remar, Brunetti se contentó con bañarse delante de la casa, aunque prefirió bajar por las escaleras en lugar de lanzarse. Una vez dentro se sumergió, abrió los ojos bajo el agua y miró a su alrededor. Vio infinidad de peces pequeños que le parecieron crías de rodaballo y una cantidad inquietante de algo que tal vez fuesen medusas. Nadó una hora por la mañana y otra por la tarde y, a la hora de cenar, estaba exhausto. Federica había pasado por la casa a media tarde a preguntar si quería que le preparase la cena, pero él había respondido que no hacía falta, que ya se las apañaría solo. Eso quería decir que iba a hacerse pasta y ensalada y a leer mientras comía.

El inicio del domingo fue glorioso: el sol se lanzó al cielo y emitió rayos ardientes, empeñado en hacer que todas las formas de vida —humana o animal— se refugiasen a la sombra o se pusieran a cubierto. Los hombres se las arreglaron bien y las cabras se

apiñaron a la sombra de los árboles, siguiendo el traslado lento de su refugio a medida que el sol se elevaba. Los perros desaparecieron. Después de prepararse una ración grande de *spaghetti aglio, olio e peperoncino* para comer, Brunetti decidió ir al bar a tomar un café. Pasó pedaleando junto a dos vacas que estaban tumbadas bajo una higuera con las patas estiradas y pensó que quizá hubiesen muerto de calor, pero entonces una de las dos meneó la cola con languidez. Aunque se había puesto una gorra, manga larga y una buena capa de la protección solar que Paola le había escondido no se sabía cómo en el equipaje, llegó al bar del otro extremo de la isla con la sensación de ser todo él una ampolla de piel tensa.

Una vez dentro, pidió un café y se sentó en una mesa a leer *Il Gazzettino*, porque hacía más de una semana que ni siquiera lo veía. Al parecer, la ciudad sobrevivía pese a su ausencia. Leyó el diario de cabo a rabo, incluso los anuncios, y no encontró ninguna mención de Ruggieri, aunque tampoco esperaba leer nada al respecto. Por fin habían sustituido las *passarelle* para el *acqua alta* de Rialto y, según decían, esa vez estaban bien instaladas. No se estaban haciendo trabajos en el dique del proyecto MOSE más allá de mantenimiento y reparaciones: ¿cuántos años llevaba leyendo el mismo titular? El nuevo alcalde había hecho otro comentario displicente sobre la cultura en general y, en esa ocasión, sobre los profesores en particular. Brunetti se preguntó qué era lo que importunaba al Excelentísimo Señor: ¿que supieran leer y escribir?

De pronto advirtió que, a medida que iba leyendo, había ido acercando la cabeza a la página y se preguntó si las gafas ya no le servían. No obstante, al levantar la mirada, cayó en la cuenta de que por las ventanas que tenía a su espalda ya no entraba luz. Plegó el periódico y fue hacia la puerta. La entrada estaba orientada hacia Venecia, que en algún lugar más allá del horizonte, sin duda, aún estaba bañada de la luz dorada de la tarde. Salió afuera y se sorprendió al comprobar que había refrescado. Dio unos pasos y se volvió hacia el mar, visible a través del Porto di Lido. Se había encogido, o eso parecía. A una distancia incalculable, mar adentro, desde el cielo se había corrido una cortina inmensa y oscura que era como darles a las vistas con la puerta en las narices. Contempló la pared de nubes, que parecía acercarse. Lo distrajo el ruido de una embarcación que se aproximaba y la oyó chocar contra el muelle con demasiado ímpetu: un piloto torpe. Pero, al mirar hacia muelle, vio que no había barco; el estruendo se repitió, esta vez con más fuerza, y se percató de que el ruido provenía de la cortina de nubes. Otro estallido y, de pronto, un exceso de luz.

Brunetti comprobó que, durante los instantes en que había estado mirando en otra dirección, la cortina se había acercado. Otro trueno, y esa vez vio salir de la nube un rayo que azotó la superficie del mar. El instinto lo obligó a dar un paso atrás y se llevó la mano derecha a los ojos como para defenderse del relámpago.

Calculó el tiempo que necesitaba para llegar a casa, entró corriendo en el bar, dejó un euro en la barra y se despidió del propietario con un gesto de la mano. Ya fuera, retiró la bicicleta de la pared donde estaba apoyada y emprendió el camino. El viento que soplaba desde su derecha era fuerte y no le quedaba más remedio que sujetar bien el manillar para que no se le desviase. Al cabo de unos minutos, estimó su velocidad en relación con la del viento que empujaba las nubes hacia él: ¿quién llegaría antes a la casa de campo? ¿Quién ganaría la carrera? Agachó la cabeza y pedaleó, pero ni siquiera

aquel dispendio de energía le quitaba el frío, porque la temperatura se había desplomado. Otro relámpago y, mientras esperaba el estruendo del trueno, fue incapaz de pensar en nada.

Lo oyó después de unos segundos y el estrépito le sacudió el cuerpo y le retumbó en los oídos. Siguió avanzando muerto de frío o de miedo.

El siguiente relámpago lo obligó a cerrar los ojos. Se aferró al manillar, pero, como la carretera era recta y llana, consiguió defenderse del viento que trataba de sacarlo del pavimento. Al abrir los ojos vio que todavía circulaba por el centro de la calzada. Se oyó un trueno justo cuando empezaba a caer una cortina de agua y por un momento perdió el control de la bicicleta. Dio un volantazo a la izquierda sin ver nada a través de la lluvia. Apretó el freno y se detuvo con la sensación de que una ola lo había arrollado. Empapado, empezó a pedalear como un loco, guiándose sólo por las líneas discontinuas de la carretera y con la esperanza de que si alguno de los pocos motoristas de la isla venía en dirección contraria lo vería a tiempo.

Al llegar a la verja de la finca, hizo un viraje brusco y fue hasta la puerta de la casa. Soltó la bicicleta, subió los escalones corriendo y entró. Igual que un personaje de película de terror, dio un portazo y se apoyó en la madera jadeando con pánico y alivio. A su espalda, como si actuase siguiendo el mismo guion, el monstruo aporreó las puertas del cielo tres veces y, después de cada golpe, se oyó un gruñido grave y largo.

Cuando se le calmó el pulso, subió al dormitorio, se cambió de ropa, sacó el jersey de la maleta y se lo puso. Se frotó los pies para calentárselos, se enfundó un par de calcetines, se calzó y cerró la ventana del cuarto a pesar de que no entraba agua. Entonces recorrió la primera planta, comprobando las demás ventanas. En el lado que daba al mar, la lluvia se estrellaba contra el cristal casi en horizontal y le impedía ver el paisaje.

En la planta baja, encendió las luces de ambos salones, buscó el móvil y llamó a Paola a casa. No le cabía duda de que con semejante tormenta estaría a resguardo en su hogar.

El teléfono estuvo sonando un buen rato sin que nadie contestase, así que colgó y probó el número del *telefonino*. Antes de que ella tuviera ocasión de decir ni una palabra, le preguntó:

—¿Dónde estás?

—En casa de mis padres.

—¿Está lloviendo?

—¿Aquí? —preguntó Paola.

—Sí.

Mientras hablaba, otro trueno enorme retumbó en la sala, seguido de una larga cola de sonido grave.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber ella, sobresaltada.

—Un trueno —contestó él con calma ahora que sabía que ella estaba a cubierto y a resguardo de los rayos.

Cuando el sonido se desvaneció, Brunetti continuó:

—Aquí está cayendo una tormenta tremenda. Si cambia de dirección, llegará a la ciudad enseguida.

—Muy bien —repuso Paola.

—¿Qué?

—Que muy bien —repitió un poco más alto—. Deberías ver las calles, Guido. Están asquerosas. Hace semanas que no llueve, así que Dios sabe lo que estamos arrastrando todos los días a casa con los zapatos. —Hizo una pausa, pero enseguida añadió—: Jamás pensé que iba a desear que hubiera *acqua alta* en la ciudad, pero al menos eso la limpiaría.

—Pues si la tormenta os llega, cariño, las calles estarán relucientes —le aseguró él—. ¿Cómo están tus padres?

—Bien, los dos. Mi padre se va a Mongolia el miércoles.

—¿A comprarla? —preguntó Brunetti en broma.

—Ja ja ja —repuso Paola sin asomo de hilaridad—. Bueno, la verdad es que va a comprar un trocito.

Brunetti esperó.

—Cobre. Al parecer tienen para dar y tomar, en la tierra. Y los dueños de la mina no quieren vendérsela a los chinos, por eso le han preguntado a mi padre si le interesa. Pero cuéntame, ¿cómo estás? —le preguntó, dejando de lado el tema.

Brunetti, que había notado que no se trataba de una pregunta para quedar bien, le contestó como estaba mandado.

—Estoy el día entero ocupado, remando o montando en bici, así que no tengo mucho tiempo para pensar. Bueno, al menos no para pensar en cosas serias. Y eso me gusta.

—Si te quedas otra semana, volverás hecho un necio descerebrado —repuso Paola entre risas.

—Pero con músculos de acero y el brillo de la buena salud campestre en la mirada.

—Menos mal que estoy sentada, Guido. Están temblándome las rodillas sólo de pensarlo.

—La verdad es que me siento mejor —admitió él, que se había puesto serio de repente—. No bebo casi nada, por las noches duermo ocho horas y estoy todo el día haciendo cosas y yendo de aquí para allá.

—¿Crees que te reconoceré? —quiso saber Paola.

—Si no, me romperás el corazón —dijo él.

Hasta ese momento no había sido consciente de lo cierto que era aquello.

Cuando colgó, se dio cuenta de que la tormenta había remitido y los truenos se habían alejado de la isla. Miró por las ventanas de la fachada principal y vio nubes blancas y voluptuosas que reflejaban el resplandor de la luz vespertina. Fue hasta el extremo de la propiedad, contento de no haberse quitado el jersey, y miró hacia el suroeste, pero tampoco allí había ni rastro de la tormenta. Sólo la misma luz tenue de la tarde que provenía de la parte de la ciudad lejana. ¿Cómo podía semejante tormenta haber desaparecido sin dejar rastro? Tendría que preguntárselo a Casati al día siguiente.

Miró la hora y vio que, aunque eran las siete pasadas, el día aún lo acompañaba, vibrando con toda su vitalidad. Se metió las manos en los bolsillos, caminó hasta la *riva* y permaneció allí un rato contemplando la luz de las nubes rechonchas mientras mudaba de rojo a rosado y, al final, se desvanecía por completo. Al cabo de un rato,

entró en casa para prepararse una cena solitaria. Bueno, solitaria salvo por la compañía de Cayo Plinio Segundo, que llevaba fallecido más de dos milenios pero que para Brunetti estaba muy presente.

Brunetti despertó en el paraíso. Los pájaros cantaban, el sol le abría los párpados con dedos sonrosados, una vaca invisible mugía en la distancia, el calor era soportable y, a esas horas, la colcha de algodón era bienvenida. Sin moverse, escuchó el silencio y no se molestó en comprobar, como había hecho todas las mañanas desde su llegada, si durante la noche Paola se había metido a hurtadillas en el lado izquierdo de la cama.

Bajó a la cocina de suelo de ladrillo y se sorprendió del frío que notaba en los pies. Vio que Federica no le había llevado el pan y miró la hora en el reloj que había encima del fregadero. Todavía no eran las siete: aún tenía tiempo de hacer café y darse una ducha antes de salir con Casati.

Se lo tomó de pie junto a la encimera, dejó la taza vacía en el fregadero y subió a la primera planta, donde se afeitó con esmero. El efecto que tantos días de salir a remar había surtido en sus músculos lo libraba de la necesidad de ilustrar su masculinidad con una barba de varios días y, además, estaba más cómodo con la cara bien afeitada.

El frío de la mañana no se había disipado, así que antes de bajar se echó un jersey por los hombros. Seguía sin haber señales de Federica. El viernes por la tarde había acudido con la ropa lavada y planchada y había insistido en que el *signor* Emilio le había pedido que se ocupase de ello. A Brunetti lo incomodaba, cosa que le hizo plantearse por qué no le molestaba en absoluto recibir el mismo trato en su propia casa. Sabía que las camisas limpias y planchadas no llegaban volando a su armario por las noches mientras él dormía, ni allí ni en su hogar, pero él prestaba tan poca atención a esos detalles que bien podría haber sido así.

Justo cuando salía de la casa, vio a Federica girar hacia el camino de losas que conducía a la puerta.

—*Buon dì* —la saludó cuando ya estaban cerca.

—¿Has visto a mi padre? —preguntó ella sin hacer caso del saludo, y miró detrás de Brunetti, como si sospechase que lo tenía escondido en la casa.

—No. ¿No está en la barca?

Ella negó con la cabeza.

—Esta mañana no ha bajado a tomar café y, cuando he subido, no estaba en su dormitorio. Ayer lo vi por la mañana, pero desde entonces, nada. No vino a cenar. Anoche no durmió en casa —añadió tras una pausa.

Estaba perpleja, no asustada, y por eso Brunetti pensó que no debía de ser algo tan inusual. Supuso que tenía sentido: Casati seguía siendo un hombre muy guapo cuya edad era imposible de determinar, pero su fortaleza era evidente.

—Otras veces nos ha llamado para avisar de que no venía —comentó Federica como si le hubiera leído el pensamiento.

Consciente de la comicidad del intercambio de papeles, ella sonrió con algo de vergüenza.

—¿Y la barca? —preguntó Brunetti.

Casati debía de haberla movido a un lugar seguro la víspera. Ningún propietario de un *puparin* lo habría dejado amarrado a un muro de contención de piedra —ni con defensas ni sin ellas— cuando una tormenta iba directa hacia él.

—Hay un pequeño puerto donde muchos dejamos las barcas cuando hace mal tiempo, pero no he tenido tiempo de ir a mirar.

—¿Dónde está?

—Ven conmigo —le propuso Federica, y echó a andar por donde había llegado.

Él la alcanzó y caminaron juntos en silencio. Siguieron el pavimento hasta que, algo más allá, Brunetti vio un *molo* de cemento en forma de ele que entraba en el agua. Había barcas amarradas en la parte interior. A medida que se acercaban, buscaron entre las embarcaciones, pero el *puparìn* que ellos conocían no estaba allí. Las barcas flotaban en calma. Sólo una que tenía la lona hundida por el peso del agua de la lluvia, que no habían achicado, delataba el paso de la tormenta.

—Qué raro —se extrañó Federica, y se pasó los dedos por el pelo alborotado—. Una barca no desaparece así como así.

—¿Sabes si la sacó ayer? —preguntó Brunetti.

—Le dije que no saliese, que iba a haber tormenta —respondió ella, tratando de disimular la rabia, pero enseguida se le relajó la expresión—. A lo mejor no me hizo caso y ha tenido que dormir en la barca porque no podía regresar.

Cuando Brunetti se dio cuenta de que ella se agarraba a un clavo ardiendo, se preocupó. ¿Acaso Casati no tenía *telefonino*? La tormenta había amainado hacía doce horas: estaba seguro de que un hombre que conocía la laguna tan bien como Casati habría sabido regresar a su hogar incluso de noche. Sin pensar en lo que hacía, dio media vuelta para ir hacia la casa, porque no se le ocurría ningún otro lugar al que ir. Un momento después, Federica lo alcanzó e igualó su paso.

—¿Tienes idea de adónde podría haber ido? —preguntó Brunetti.

Federica caminaba con la vista fija en el suelo, aunque debía de conocer el camino tan bien como los suelos de su propia casa. Entonces ralentizó el paso y se detuvo.

—Mi padre... —dijo, e hizo una pausa. Se mordió el labio inferior—. Mi padre va a ver a mi madre todas las semanas. Lo habitual es que vaya los domingos.

—Bueno —respondió Brunetti, intentando sonar alentador.

—Va a hablar con ella, a contarle las cosas que le pasan y a preguntarle qué opina.

Miró a Brunetti como si fuera una alumna descansando durante un examen a fin de evaluar cómo van las cosas. Él asintió.

—Lo hace desde que falleció, así que ya estoy acostumbrada.

Brunetti asintió de nuevo. Recordaba que su madre hacía lo mismo.

—Seguro que ha ido allí —concluyó ella.

Lo miró sin moverse del sitio y Brunetti vio que sus ojos del color azul del mar tenían las mismas arrugas que los de su padre.

—Eso debe de haber hecho —añadió.

Apartó la vista y miró hacia Treporti.

Mantuvo la mirada fija en los campos lejanos y permaneció callada durante varios minutos. Un barco pequeño pasó con el motor petardeando. En la proa iba un perro feliz, con la lengua fuera.

Cuando el ruido del motor desapareció, Federica se volvió hacia Brunetti.

—Mi padre me ha dicho que le caes bien. Y que confía en ti.

—¿Que confía en mí?

—Me ha dicho que sabe quién te enseñó a remar y que eres de fiar. —Asintió, como confirmando que recordaba lo que le había dicho.

—Un año, él y mi padre ganaron la regata juntos —le explicó Brunetti, que se preguntaba si ella lo sabía.

La mujer sonrió.

—No es la primera vez que me cuentan esa anécdota. Es una de mis favoritas —admitió en respuesta a una pregunta que Brunetti no había hecho—. Le he oído describir cada giro y cada viraje y me sé los nombres de los remeros de los cuatro primeros botes. Ésa fue la única vez que ganó —añadió al cabo de un momento.

Echó a caminar en dirección a la casa de campo. Cuando Brunetti la alcanzó, se volvió hacia él.

—No sé por qué, pero parecía nervioso o excitado. Como si estuviera impaciente por hacer algo. Pensé que querría decirle alguna cosa a mi madre —confesó un momento después en voz más baja.

La barca seguía sin aparecer.

—¿Has intentado hablar con él por teléfono? —preguntó Brunetti, aunque sabía que era una pregunta estúpida.

—Sí, desde muy temprano —respondió ella.

Entonces sacó el móvil del bolsillo y pulsó la tecla de llamada. Se lo pasó a Brunetti, que oyó un pitido rápido e insistente hasta que Federica colgó.

—No sé qué hacer.

Su voz sonaba áspera.

El *commissario* tampoco sabía qué hacer. Si alguien se perdía en tierra, se llamaba a los hospitales y a la policía, pero la policía era él y estaban a kilómetros del hospital más cercano.

—¿Probamos con la Guardia Costiera? —propuso—. O con la Capitaneria di Porto.

Estaba convencido de que uno de los dos organismos era el que se hacía cargo de las búsquedas de desaparecidos en el mar.

Y, sin embargo, ¿tan seguro estaba? Casati llevaba en paradero desconocido menos de veinticuatro horas y debía de haber muchas explicaciones para ello. No obstante, en un lugar tan cercano al mar y, sobre todo, después de una tormenta como la del día anterior, parecía un asunto más serio que en tierra, donde era fácil que el sujeto hubiera subido a un tren para pasar el día en Ferrara sin preocuparse de llamar. En tierra firme, una persona podía ir a cualquier parte, pero allí no había más opción que regresar a casa.

—Massimo tiene un amigo en la Capitaneria —recordó ella—. Voy a pedirle que llame.

Al dar media vuelta, se quedó mirando las aguas de la laguna, como si acabase de darse cuenta de lo vasta que era la extensión en la que tendrían que buscar a su padre.

—¿Hay algún lugar al que podría haber ido? —insistió Brunetti al llegar al embarcadero de delante de la casa.

Pensaba que era mejor estar del todo seguros antes de iniciar la búsqueda oficial. Federica lo pensó mucho y al final respondió que no con la cabeza. Al parecer, no le parecía posible o no se le ocurría ningún sitio.

—Nunca ha faltado por la noche. O sea, que nunca ha pasado la noche fuera sin avisarme.

—¿Tu marido sigue en casa? —preguntó Brunetti.

—No, salió de madrugada. A las cuatro —respondió Federica, y miró la hora.

—¿Quieres llamarlo y pedirle que se ponga en contacto con su amigo?

—Sí, sí.

Ella pulsó otra tecla y, mientras esperaba, estudió el horizonte vacío. Brunetti bajó la mirada y se fijó en lo turbia que estaba el agua, como si todo lo que las olas habían removido el día anterior no hubiese tenido tiempo de sedimentar en el fondo. Vio algo que podían ser peces moviéndose deprisa de aquí para allá y entonces oyó una voz de hombre contestar a la llamada de Federica. Ella se apartó unos pasos y le dio la espalda para continuar la conversación.

Brunetti se dirigió a la casa, porque no quería que pareciese que estaba escuchando. Casati le había dicho el viernes que tenía que hacer algo durante el fin de semana y, sin embargo, un día antes le había prometido que irían a remar. Brunetti sabía que los planes cambiaban: siempre pasaba algo. Podía ser cualquier cosa.

La luz había madurado y la temperatura era cada vez más alta. Brunetti sintió que le sudaba el pecho. Miró hacia Burano y, más allá, hacia Torcello, pero la luz que se reflejaba en el mar era demasiado intensa y se volvió hacia el sudoeste para ver Murano. Desde aquel lado, la isla parecía muy distinta de cuando la mirabas desde Fondamente Nove. El punto de vista lo alteraba todo, igual que ocurría con los motivos que podrían haber llevado a Casati a pasar la noche fuera. A Brunetti, que era hombre, le había parecido comprensible, tratándose de alguien tan juvenil y fuerte como él. En cambio, dudaba de que Federica opinase lo mismo. No estaba seguro de que una mujer comprendiese la manera en que un hombre podía compartir la sensación de triunfo de otro sólo con pensar que —en este caso Casati— hubiera pasado la noche con una mujer. Supuso que no, sobre todo teniendo en cuenta que era su hija.

Pero de haber sabido que no regresaría en toda la noche, alguien como Davide la habría llamado incluso si eso significaba mentir sobre el motivo. La tormenta lo convertía en un imperativo aún mayor.

Federica se aproximó e interrumpió sus reflexiones.

—Massimo me ha dicho que llamaría a su amigo en cuanto colgase —lo informó al llegar—. La Capitaneria se ocupa de estos casos.

De pronto se tapó la cara con ambas manos e hizo un ruido grave que no guardaba relación con las palabras ni con el pensamiento: era el miedo convertido en algo audible, nada más.

—No quiero que esto pase —se lamentó con voz torturada—. No quiero, no quiero.

Brunetti la cogió del brazo y pronunció su nombre varias veces antes de que ella callase. Se descubrió los ojos y se apartó de él. La hija de Casati asintió con los labios apretados, le dijo que estaba bien y continuó caminando hacia la casa.

Él se detuvo a buscar el número y llamó a la Capitaneria di Porto para informarles de que era un *commissario* de policía que estaba en Sant'Erasmo, con la hija del hombre de cuya desaparición acababan de dar parte, y que quería hablar con quien estuviese al mando.

Pensaba que el agente con quien hablaba exigiría alguna prueba de su identidad, pero no fue así, sino que le pidió que esperase un momento y le pasó la llamada al capitán Dantone: la persona a cargo de las búsquedas y los rescates en el mar. El capitán le dijo que saldrían de inmediato con los barcos; empezarían cerca de Sant'Erasmo e irían ampliando los cuadrantes en un orden establecido. Si la búsqueda no daba resultados, pedirían al cuerpo de Vigili del Fuoco y a la Guardia Costiera que contribuyesen con sus embarcaciones. Y si al cabo de medio día no habían hallado rastro del hombre o de su barca, solicitarían a los *carabinieri* que saliesen con un helicóptero.

Brunetti le dio las gracias al capitán, le aseguró que permanecería en la isla y le preguntó cuánto tiempo estarían buscando.

—Hasta que encontremos la barca —respondió el capitán, y, tras preguntarle si tenía alguna duda más, colgó.

«Hasta que encuentren la barca», se repitió Brunetti.

12

Cuando fue a compartir con Federica la información de que disponía, la encontró preparando café en la cocina de la casa grande. Al entrar, vio que en la mesa había dos tazas y sendos platitos, así que cogió una silla y se sentó a esperar.

En cuanto el café estuvo listo, Federica llevó la cafetera a la mesa y sirvió una taza para cada uno. Se sentó, le echó al suyo dos cucharaditas de azúcar antes de pasarle el azucarero a Brunetti, lo removió y le dio un sorbo. Brunetti la copió casi paso por paso.

—La Capitaneria saldrá con sus barcos, y la Guardia Costiera también. Con los Vigili del Fuoco si hace falta —explicó Brunetti.

—¿Y si no encuentran nada?

—Los *carabinieri* enviarán un helicóptero.

Ella pensó un momento y continuó removiendo el café.

—¿Y si la barca se ha hundido?

—Es demasiado ligera para hundirse —contestó Brunetti, aunque no estaba ni mucho menos seguro de eso—. En la Capitaneria me han dicho que dividen la zona en cuadrantes y los recorren de uno en uno.

—Suelen ser gente del sur —comentó ella.

Brunetti no comprendía.

—¿Quién?

—Los de la Capitaneria.

—Supongo que muchos sí —concedió él—. Pero están preparados para hacer este trabajo.

—La laguna es muy grande.

—Federica —dijo el *commissario*, y resistió el impulso de tocarle el brazo—, deja que hagan su trabajo y ya veremos lo que pasa.

Ella se levantó, recogió las tazas y los platillos y los dejó en el fregadero.

—Creo que voy a irme a casa —anunció—. Por si *papà* intenta llamarme.

—Sí, claro —respondió Brunetti, y se puso en pie.

Cuando se quedó solo, llamó a Paola.

—Vi los relámpagos desde la terraza —le contó ella—, pero aquí no llegó. Sólo un poco de lluvia y no creas que fue gran cosa. ¿Vas a participar en la búsqueda? —preguntó tras abandonar el tema de la tormenta.

—Los únicos que saben que soy policía son Federica, porque se lo dijo su padre, que a su vez lo sabía por Emilio, y el superior de la Capitaneria. Para los demás soy sólo un pariente de Emilio que ha venido a remar.

—Si tiene tanta experiencia, ¿por qué saldría con la barca durante una tormenta?

—No sé qué es lo que hizo. Lo único que ha dicho Federica es que a la hora del desayuno él estaba entusiasmado con algo, o nervioso, pero que no sabía por qué lo había notado así. Supongo que porque lo conoce bien.

—A lo mejor se le ha ocurrido ahora porque no sabe dónde está. Memoria retrospectiva.

—Puede ser —concedió Brunetti—. Pero parece una persona sensata.

—Entonces tiene todavía más sentido que intente buscar una explicación a lo que ha ocurrido. O encontrar un motivo.

—Últimamente has leído demasiados libros —contestó Brunetti, que intentaba bromear.

—Es probable —respondió Paola, afable—. Tenme al corriente —añadió, y se despidió.

Después de colgar, Brunetti se dejó llevar por una añoranza fuerte y repentina de su presencia, por cómo el espíritu de su esposa lo reconfortaba. Hablar cinco minutos con ella lo había calmado y le hacía sentir mejor persona.

Se sacudió ese momento de introspección y subió al dormitorio, donde se quitó el jersey, lo lanzó a los pies de la cama y se cambió las bermudas por los vaqueros. Se sorprendió al ver que se le caían, así que cogió el cinturón de los otros y se lo puso. En una de las paredes había un espejo, pero no se miró, sino que salió afuera, cogió la bicicleta y fue hacia el bar del otro extremo de la isla.

Como el clima no respetaba las emociones humanas, el día seguía perfecto. La lluvia de la tarde anterior había bajado la temperatura y, aunque seguro que acabaría subiendo a lo largo de la jornada, de momento el roce del aire en la piel era como una caricia.

Brunetti pedaleaba sin prisa, fijándose en los charcos que aún quedaban en los campos. Había pasado mucho tiempo desde las últimas lluvias y las plantas parecían notar el beneficio del agua, cosa que alegraba a Brunetti. Entonces pensó en Casati y por un instante se avergonzó de haber cedido con tanta facilidad a la seducción de la naturaleza.

Durante el trayecto intentó recordar las conversaciones que había tenido con él y los comentarios que le había hecho sobre las abejas: sus chicas. Brunetti no había leído más que la media sobre esa clase de insectos, pero sabía que las muertes en masa estaban produciéndose por todo el mundo. No se había preocupado de averiguar más sobre el tema, a pesar de que Chiara le había hablado de ellas con conocimiento e insistía en que las abejas eran como los canarios de las minas y un buen indicador de lo mal que estaban yéndole las cosas al planeta.

Reflexionó sobre los especímenes muertos que Casati había subido a la barca. Según decía él, había que analizarlos. En aquel momento Brunetti no se había parado a pensar, pero, si estaban muertas, el único análisis relevante era aquel que arrojase luz sobre qué las había matado. Se preguntó qué opinaría su amigo Rizzardi, el forense, si se enterase de que lo preocupaba la muerte de unas abejas.

Percibió un movimiento a su izquierda y disminuyó la marcha sin pensar. Un hombre lo saludaba con la mano desde un campo lleno de árboles y Brunetti reconoció a uno de los que jugaban a cartas en el bar por las tardes: un pescador retirado que cultivaba su parcela de tierra y comentaba a menudo lo mucho que le gustaba levantarse tarde, refiriéndose a las seis de la mañana.

—¡Hola, Guido! —le dijo a voces—. ¡Ven a echarme una mano!

Brunetti se detuvo y dejó la bicicleta tumbada en la hierba del arcén antes de atravesar el campo hacia el hombre. Si no recordaba mal, se llamaba Ubaldo. La hierba mojada, que llevaba semanas sin cortar, le rozó los tobillos, pero la sensación no era desagradable. El hombre estaba rodeado por cuatro o cinco cubos de plástico que a su vez estaban rodeados de árboles. Brunetti se detuvo a unos metros.

—¿De qué se trata? —le preguntó.

—Albaricoques —respondió Ubaldo, y señaló el suelo con la mano.

Brunetti vio que, escondidos entre la hierba, había pequeños óvalos de color naranja.

—¿Qué ha pasado?

En lugar de contestar, el hombre señaló los árboles, cuyas hojas refulgían con la lluvia del día anterior. Algunos frutos aún aguantaban en la rama, pero, por la masacre que tenían ambos a los pies, era evidente que el viento y la lluvia no habían tenido piedad con la fruta.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Brunetti.

—Coge uno de esos cubos, llénalo y llévate a casa —le mandó Ubaldo, que se agachó a recoger dos albaricoques y los dejó con cuidado encima de los que ya tenía en otro cubo—. Venga —insistió, y le dio un cubo blanco.

—Pero hay demasiados —objetó el *commissario*.

—Por eso quiero que te lleves unos cuantos: mi familia y yo no podemos con todos.

Se dio cuenta de que Brunetti aún dudaba.

—Por favor. Tirar comida es un pecado, mi madre me lo decía siempre. Por eso quiero que la gente se los lleve. Venga, va.

Brunetti recordó lo que le habían dicho de los pescadores: cuando habían pescado demasiado, preferían regalarlo que dejar que se pudriese. Por eso cogió el cubo y se dispuso a llenarlo.

—Recoge sólo los que estén bien —le mandó Ubaldo—. Luego enviaré a mis nietos a por los que están feos: mi esposa puede hacer mermelada con ellos.

La advertencia de Ubaldo le concedía a Brunetti el derecho a ser exigente, así que escogió con mucho cuidado las piezas que no estaban tocadas. Después de cinco minutos, el cubo estaba medio lleno; lo colmó enseguida y le preguntó a Ubaldo si quería que lo ayudase con el resto.

—No —respondió el antiguo pescador, e hizo una pausa para secarse la cara con un pañuelo blanco muy grande—, así tengo algo que hacer.

Brunetti cargó con el cubo hasta la bicicleta y después de colgarlo del manillar la empujó para acercarse donde estaba Ubaldo, que seguía recogiendo fruta del suelo.

—¿Has visto a Davide? —le preguntó como si nada.

Ubaldo se irguió, metió un albaricoque en el cubo y contestó.

—No, hace unos días que no lo veo. ¿Es importante?

—No, quería preguntarle algo de la barca, pero no tengo prisa.

Brunetti sonrió, puso el pie en el pedal y emprendió la marcha. Le dio las gracias y continuó hacia el bar.

Cuando entró, los tres hombres que estaban sentados a la mesa larga lo miraron sin disimulo. Uno de ellos le hizo un gesto para que se acercase y le ofreció una silla.

—¿Lo han encontrado? —preguntó el primero, que se llamaba Pierangelo, sin molestarse en explicar cómo sabía que Casati había desaparecido.

Brunetti llamó al camarero y le pidió un café antes de tomar asiento. Alzó ambas manos en un gesto de resignación y respondió:

—No tengo ni idea. He hablado con Federica y ella ha llamado a su marido, que se ha puesto en contacto con la Capitanería.

Desde su llegada a la isla, Brunetti había hablado veneciano con todo aquel con quien se había cruzado y esperaba que el uso del dialecto le hubiese abierto las puertas de la confianza de los que lo consideraban uno más.

El más viejo de los tres, Gianni, llevaba una americana gastada como testigo de su antiguo empleo como contable de una fábrica de cristal de Murano y había asumido el papel de líder.

—Lo encontrarán. Si alguien puede, son ellos.

Entonces intervino Franco. Como ninguno le había dicho a Brunetti cómo se apellidaba, él lo conocía como el alto con los dedos torcidos por la artritis.

—Yo he oído que estaba en Burano con esa mujer. Es probable que intentase regresar durante la tormenta.

Daba la casualidad de que Brunetti estaba observando a Gianni mientras Franco hablaba, por eso se percató de que, al oírlo decir eso, se le había tensado el rostro. El *commissario* apartó la mirada. Gianni no respondió hasta un momento después.

—Davide no es tan idiota. Lo más probable es que fuese a ver si las abejas estaban a salvo. —Se encogió de hombros con un gesto exagerado, como si quisiera transmitir que no había modo de comprender la extrañeza del comportamiento humano ni los esfuerzos que uno podía hacer por las cosas que más le importaban.

Pierangelo bebió un sorbo de vino y no dijo ni palabra: ésa era su contribución habitual a las conversaciones. No obstante, lanzó una mirada torturada a Gianni y negó con la cabeza.

El camarero le sirvió el café.

—La tormenta de ayer no es nada para alguien como Davide —comentó—. ¿Os acordáis de aquélla, cuando se perdió Claudio Mozza? Eso sí que fue una tormenta. ¿Cuánto tiempo hace de eso, seis o siete años?

Cogió una silla libre, se apoyó en el respaldo y paseó la mirada por la mesa buscando una respuesta.

—Ocho —contestó el hombre que nunca hablaba.

Nada más. Tal vez él fuese la memoria colectiva del grupo.

—Eso es —repuso el camarero—. Hace un par de días, Davide me dijo que las *orate* estaban nadando a dos kilómetros de Treporti. Que no hacía falta más que meter la red en el agua y se peleaban por meterse solas. —Se rio pensando en eso y continuó—: Seguro que ha ido allí.

—Y a ese otro señor, el tal Mozza, ¿qué le ocurrió? —preguntó Brunetti.

Miró al camarero y después a Gianni y a Franco en espera de una contestación.

—No lo encontraron —respondió Gianni—. Estuvieron buscando tres días, con helicóptero y todo.

Miró a su alrededor y sus compañeros de mesa lo confirmaron inclinando la cabeza.

—Hallaron la barca cerca de Poveglia. Y nadie se explica cómo pudo llegar hasta allí.

—¿Y ahora harán lo mismo? —preguntó un Brunetti ingenuo.

—No hará falta —insistió el camarero—. En cuanto empiecen a buscar, Davide aparecerá y preguntará a qué tanto revuelo.

El camarero soltó el respaldo, recogió tres vasos vacíos de la mesa y, sin preguntar si querían algo más, regresó a la barra y se puso a lavarlos.

—Lo que dice de Davide es verdad: es uno de los mejores —le corroboró Gianni a Brunetti, mirando hacia la barra—. Pero anoche hacía mucho viento y ya no es joven.

A su alrededor, los hombres asintieron.

Brunetti les dio las gracias, fue a la barra a pagar la cuenta de toda la mesa y dijo que regresaba a la casa a ver si había alguna novedad.

Por cortesía hacia la subida repentina de temperaturas que había tenido lugar mientras estaba a cubierto, Brunetti regresó a la casa sin prisa, arrepentido de haberse dejado las gafas y la gorra. Residir en la ciudad implicaba una vida a la sombra de cuatro paredes, pero allí el sol era implacable y cruel.

El cubo chocó contra el cuadro de la bicicleta y Brunetti se acordó de los albaricoques, metió la mano, los tocó para ver si estaban duros, sacó el más blando que encontró y le dio un mordisco. La fruta le estalló en la boca y se la llenó de una dulzura que no había probado desde que... Sí, desde que él y sus amigos iban allí a robar de los mismos árboles. Se lo terminó de otro bocado, lanzó el hueso al arcén y después se limpió la barbilla con el dorso de la mano. Entonces se comió otro y otro y otro, hasta que se dijo que debía parar. Algo más adelante, vio una fuente pública de la que manaba agua. Frenó y giró hacia allá, pero no se molestó en bajarse de la bicicleta. Se enjuagó la mano, la boca y la barbilla y, por último, se volvió a enjuagar la mano y se la secó en la pernera del vaquero.

Continuó hacia la casa de campo haciendo un esfuerzo por no mirar la fruta madura. Desde la izquierda le llegó el ruido de una lancha de motor grande que se acercaba a toda velocidad. Se volvió y leyó las palabras escritas en el casco: «Capitaneria di Porto». Según pudo ver, había cuatro hombres a bordo. Aceleró, pero la embarcación lo dejó atrás enseguida.

Recorrió el resto del trayecto pedaleando con furia y, al llegar a la casa, vio que ya habían atracado junto a los escalones. Un hombre de uniforme estaba de pie frente al timón, y otro a su lado. El tercero estaba amarrando la lancha a la argolla metálica del muro, mientras que el cuarto ya caminaba hacia la casa.

Brunetti frenó al llegar allí y desmontó antes de apoyar la bicicleta en la tapia que rodeaba la finca.

—¿*Capitano* Dantone? —llamó al hombre que iba hacia la vivienda, pues le había visto los dos galones de la chaqueta del uniforme.

—Sì —respondió éste, y se volvió hacia él.

Lo miró con atención y sin asomo de sospecha, aunque no hubiera sido extraño que dudase de un hombre con vaqueros y una camisa descolorida que llevaba un par de zapatillas viejas de deporte y cargaba con un cubo de albaricoques maduros. Brunetti pensó que Dantone tenía al menos diez años menos que él, pero aparentaba ser un hombre seguro y tranquilo. Tenía el pelo corto y castaño, los ojos claros y una nariz tan fina que podría haber parecido la de una mujer, si sus cejas pronunciadas y su mandíbula angulosa no se hubieran burlado de la idea.

Brunetti le estrechó la mano, se presentó y le explicó que era el hombre que lo había llamado.

—¿Lleva identificación? —le preguntó el capitán con normalidad.

Brunetti no reconoció el acento.

—Sí, la tengo en el dormitorio. ¿Quiere que vaya a buscarla?

Dantone asintió y Brunetti fue a por ella. Regresó con la tarjeta plastificada y se la entregó al capitán, que la estudió con atención y después miró el reverso.

—Gracias, *commissario* —dijo, y se la devolvió—. ¿Le importaría decirme por qué está aquí?

—La tía de mi esposa es la propietaria de la casa y he venido unos días para remar —le explicó.

—Muy bien —respondió Dantone—. ¿Conoce al *signor* Casati?

—Sí. He estado remando con él desde que llegué.

—¿Cuánto hace de eso?

—Diez días.

—¿Y lo único que han hecho es salir a remar?

Brunetti asintió con la cabeza.

—¿Y Casati es buen remero?

—Muy bueno.

—¿Incluso durante una tormenta?

—Lo siento, *capitano*, pero yo no puedo responder a eso, no soy más que un aficionado. Tendría que preguntárselo a alguien con más experiencia y que conozca al *signor* Casati mejor que yo.

Dantone asintió y estaba a punto de hablar cuando lo interrumpió el ruido de un altavoz procedente de la lancha. El capitán se acercó, se subió a la embarcación y cogió algo que parecía el auricular de un teléfono. Mantuvo una conversación breve y le preguntó algo al piloto. El marino que estaba a su lado bajó a la cabina.

Dantone estuvo hablando un rato, después escuchó la voz del otro lado y colgó. Entonces llamó a Brunetti.

—¿Le gustaría participar en la búsqueda, *commissario*?

Brunetti accedió de inmediato.

—¿Le importa si voy a coger algunas cosas de la habitación?

—No, en absoluto —respondió Dantone.

Se quedó hablando con el piloto, que se colocó a la izquierda del timón y señaló una pantalla que tenían delante. El hombre que había amarrado la lancha desató la sogas.

Brunetti subió los escalones de dos en dos, cogió las gafas de sol y el jersey y se metió la gorra en el bolsillo. Ya estaba en la puerta cuando se acordó del *telefonino* y entró a cogerlo de la mesita de noche.

Oyó que encendían el motor, así que corrió escaleras abajo y cerró de un portazo. Subió a la lancha y se quedó en cubierta, junto al piloto. El agua parecía más baja que por la mañana.

El piloto los llevó por el mismo canal que Brunetti y Casati habían recorrido los dos primeros días, y cada vez que pasaban por delante de lo que parecía un canal más estrecho, el piloto frenaba la lancha y los dos marinos estudiaban el afluyente con unos prismáticos. Brunetti se movía alrededor del piloto y de Dantone y miraba la pantalla. Reconoció el mapa de la Laguna Nord, donde vio un punto rojo que avanzaba hacia el noreste; tardó un momento en darse cuenta de que el punto eran ellos.

El piloto pulsó unas teclas y unas líneas horizontales y verticales dividieron la zona en segmentos cuadrados. A la derecha de la pantalla aparecieron unos rectángulos pequeños y oscuros y, cuando Brunetti miró hacia la costa por ese lado, vio los edificios correspondientes.

Casati estaba tan familiarizado con las marismas y con los canales como Brunetti con las *calli* de Venecia. Parecía capaz de calcular los patrones de las mareas por instinto y la consiguiente desaparición y reaparición que se producía dos veces al día de canales y *canaletti*. Brunetti navegaba del mismo modo por la ciudad durante el *acqua alta*: escogiendo las *calli* dependiendo de la subida y de la bajada del nivel del mar.

El *commissario* salió de su ensoñación y reparó en que se dirigían al norte. A ambos lados del canal se veían juncos y hierbas altas, y a medida que avanzaban la vegetación de la orilla parecía estar cada vez más cerca de ellos. Al final el piloto frenó y detuvo la lancha.

—Más no, *capitano* —alertó el piloto—, o embarrancaremos.

Dantone, que estaba hablando por teléfono, asintió y señaló el camino por donde habían llegado. Continuó hablando mientras retrocedían y emprendían la lenta retirada del canal. Las hierbas fueron alejándose de la lancha en movimiento, hasta que el piloto encontró un canal lateral cuya anchura era suficiente para meter la popa y girar hacia Sant'Erasmo.

Brunetti había estado escuchando todo el tiempo: Dantone estaba en contacto con otras dos lanchas que en la pantalla aparecían como otros dos puntos rojos. Una estaba en algún lugar entre Torcello y Burano, mientras que la otra estaba en el Canale di Treporti. Lo que oía era al capitán diciéndoles en qué canales entrar y después dándoles permiso para retirarse en cuanto las aguas se hacían demasiado someras.

Más para protegerse del resplandor del mar que de los rayos de sol, Brunetti se puso la gorra de béisbol, contento de haberla llevado consigo.

Al cabo de una hora ya no podían entrar en ninguno de los canales más pequeños y, escuchando las conversaciones de Dantone, el *commissario* averiguó que en las zonas que estaban patrullando las otras lanchas ocurría lo mismo.

Después de dar instrucciones a los otros equipos para que se dirigieran hacia el oeste y echaran un vistazo, si el calado se lo permitía, al Canale Silone y al Canale Dese, el capitán sacó el *telefonino* y marcó un número.

—Ciao, Toni —saludó, y Brunetti supuso que se trataba de una llamada personal—. Está bajando la marea, así que no podremos hacer nada más hasta dentro de unas horas. Me gustaría que enviases el helicóptero, ¿de acuerdo?

Dantone estuvo escuchando un rato.

—Me da igual cuál sea el procedimiento —repuso—, porque da igual si llamo a los Vigili del Fuoco o a la Guardia Costiera: van a pasar horas antes de que se pueda navegar por los canales. Ya viste cómo estaba anoche la luna. Hay marea baja, así que hazme el favor de mandarme el helicóptero.

Hubo otro silencio prolongado y, después, sin molestarse en disimular su irritación, dijo:

—En una canoa a lo mejor sí, pero con nuestras embarcaciones no.

Transcurrió otra pausa larga, al final de la cual Dantone respondió con un tono mucho más conciliador.

—Ya lo sé, Toni. Nosotros también tenemos a los contables detrás todo el día, pero este hombre podría estar herido, tendido dentro de su barca en alguna parte, y así no vamos a encontrarlo. Con las lanchas no. Hazlo, y la próxima vez que nos veamos te

invito a algo —añadió con tono más amigable.

Dantone estuvo un buen rato sin decir nada y Brunetti empezó a pensar que tendrían que esperar hasta que la marea les permitiese reanudar la búsqueda.

—Gracias, Toni. Reza para que funcione —pidió entonces el capitán.

Se guardó el móvil en el bolsillo y se volvió hacia Brunetti.

—Creo que, ahora mismo, lo mejor que podemos hacer es ir a comer.

Fueron a un sitio de Burano que Brunetti conocía, aunque hacía años que no iba. La decoración del interior —o, al menos, lo que pasaba por decoración— continuaba igual y, por suerte, la comida también. El servicio era tal como lo recordaba: brusco, rayando la grosería. Allí no se animaba a nadie a entretenerse en la sobremesa y el *commissario* pensó que tal vez fuese eso lo que mantenía a los turistas alejados del lugar. Era una pena que no hubiera más establecimientos que se guiasen por esas normas.

Dantone apenas habló durante la comida, salvo para comentar que la tormenta había sido *tanto fumo e poco arrosto*: mucho humo y poco asado.

—Ahí fuera debió de ser apabullante —concedió ante las protestas de Brunetti—, pero hubo más relámpagos que truenos y la lluvia duró muy poco.

Antes de que Brunetti tuviera ocasión de llevarle la contraria, continuó:

—Sí, lo sé, ya lo sé, pero he hablado con nuestra meteoróloga antes de venir y, según ella, eso es lo que mostraba el radar. Llevo aquí veinte años —añadió como queriendo disipar cualquier duda que Brunetti pudiera tener sobre su competencia— y he pasado casi todo ese tiempo en la laguna.

Apareció el camarero, les sirvió tres platos de pollo relleno con zanahorias y cebolla, se marchó y regresó con dos más sin decir ni palabra ni dar muestras de estar contento de atenderlos, sino más bien todo lo contrario. En cuanto empezaron a comer, la conversación se terminó. ¿Cómo era posible que algo tan banal como una pechuga de pollo estuviera tan bueno y tan dulce? Quizá lo que endulzaba el plato fuesen las zanahorias.

Todos lo oyeron a la vez y levantaron la cabeza a la vez, como si fueran capaces de ver lo que se acercaba desde el aire a través del techo y del tejado del edificio. Ese ruido concluía el almuerzo, así que se metieron los últimos bocados en la boca antes de levantarse. Dantone dejó cincuenta euros sobre la mesa, se acabó el vaso de agua mineral y se dirigió hacia la puerta. Brunetti fue a sacar la cartera, pero el capitán le dijo que no con la mano.

—Eso es más que suficiente.

Pensando que insistir sería descortés, Brunetti le dio las gracias y los siguió a la lancha. Por encima de ellos, un helicóptero iba directo hacia el noreste. Los hombres continuaron hasta el embarcadero, por mucho que la marea —que no atendía a urgencias, sino que iba y venía según su metódica costumbre— hubiese sofocado su impaciencia. Embarcaron, el marino de menor rango soltó amarras y se dirigieron hacia el norte.

Dantone cogió el teléfono de la lancha, marcó un número, esperó y marcó más teclas. De pronto oyeron el ruido de las hélices y la voz de un hombre anunció su ubicación. El capitán miró el mapa de la laguna en la pantalla.

—Quiero que subáis por el Canale di Sant’Antonio hasta Valle La Cura y la isla de Santa Cristina.

La voz del helicóptero dijo algo que Brunetti no alcanzó a entender. Sin embargo, era evidente que Dantone sí lo había oído.

—De acuerdo. Bien. Regresa por el Canale Gaggian.

Le tocó el hombro al piloto y la lancha frenó y se detuvo en la orilla derecha del canal.

Dantone se volvió hacia Brunetti y negó con la cabeza.

—Nada —dijo.

A lo lejos, empezó a oírse el motor del helicóptero a medida que se acercaba, hasta que lo vieron sobrevolando la laguna a unos diez metros de altura. Estaba a bastante distancia y se aproximaba poco a poco.

Dantone miró el mapa de la pantalla y de nuevo habló por el auricular mientras trazaba un trayecto con la mano derecha.

—Antes hemos llegado hasta donde estáis vosotros, así que subid por San Felice hasta arriba del todo del Canale Cenesa y después bajad por el Canale Balolli.

Hubo una pausa y, tras ésta, Dantone habló sin procurar siquiera disimular su enojo.

—Haced lo que os estoy diciendo. Conozco las mareas.

Fue el único que oyó la respuesta del piloto, pero todos vieron al helicóptero virar hacia la derecha y alejarse en dirección noreste. Mantuvo la misma altitud por encima de los campos de hierba y, a medida que se alejaba, fue haciéndose cada vez más pequeño.

—¿Y ahora qué? —preguntó Brunetti, aunque sabía que era una pregunta estúpida.

—Esperamos a que contacten por radio.

—¿Y si no encuentran nada?

Dantone esbozó una pequeña sonrisa y señaló la pantalla que mostraba un mapa detallado de la laguna.

—He leído los informes meteorológicos y he estudiado las tablas de mareas: hay muy pocos sitios en la Laguna Nord adonde podría haber ido o adonde el agua y el viento podrían haberlo arrastrado.

Hablaba con la seguridad con la que los hombres de mar se referían a los vientos y a las mareas, la misma seguridad con la que había hablado Casati. Y Brunetti le creyó.

Se dio cuenta de que el ruido del helicóptero se había desvanecido o al menos había disminuido hasta el punto de que resultaba difícil distinguir si lo que oían era su motor o el silbido tenue del viento. A Dantone le sonó el teléfono y respondió de inmediato.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Quién es éste? —preguntó después de haber escuchado un momento.

Estuvo callado un buen rato, tampoco se oía el ruido del helicóptero.

—¿Está seguro? Pero ¿quién es? ¿En la parte de atrás? —preguntó al cabo de otro silencio—. ¿Donde están construyendo? ¿Y qué hacía allí?

Se inclinó para observar el mapa.

—Vamos a echar un vistazo.

Colgó, se guardó el teléfono en el bolsillo y le cogió el brazo al piloto para llamarle la atención.

—Era Minniti. Alguien los ha llamado. Un hombre de Murano que estaba remando por la zona acaba de informar de que ha visto una barca volcada detrás del cementerio. Quiero ir a echar un vistazo.

Brunetti, que estaba de cara al norte contemplando la vasta extensión de agua, se volvió hacia él.

—Detrás de San Michele, por donde están ampliando la isla —añadió el capitán.

El piloto ya había dado media vuelta y navegaban a toda velocidad por el Canale Scomenzera. Cuando ya se acercaban a Murano, el piloto pulsó el botón del salpicadero que activaba la sirena. Esquivó un velero pequeño, atravesó el Canale Ondello de prisa y enseguida salió al canal más ancho que había frente a Murano.

La isla de San Michele apareció delante de ellos y, al acercarse, vieron a un hombre agitando un brazo desde una *sanpiero*.

—¿Puedes llegar hasta él? —le preguntó Dantone al piloto.

—Lo dudo, *capitano*. El nivel del agua está muy bajo y no quiero arriesgarme.

—De acuerdo —respondió Dantone.

Fue hasta la borda y moviendo el brazo derecho le indicó al remero que se acercase. Éste colocó el remo en la *fórcola* como contestación y bogó hacia ellos a velocidad sorprendente, se deslizó hasta el costado de la embarcación y dio una palada en sentido inverso para detener la barca.

No tenía más de veinte años pero ya presentaba el aspecto curtido de los barqueros. No obstante, a Brunetti no le había hecho falta más que verlo remar para disipar toda duda.

El capitán Dantone se presentó.

—Bartolomeo Penna —respondió el joven, y añadió—: A su servicio, *capitano*.

La sonrisa con la que acompañó esas palabras eliminó cualquier sombra de ironía: era un hombre de mar concediéndole al oficial el debido respeto.

—¿Dónde está la barca? —preguntó Dantone.

Penna se volvió y miró los escombros que se veían en un extremo de la isla. Era obvio que había un proyecto de construcción en marcha: amontonados en el mismo sitio había tablones, piedras y el papel rasgado de los sacos que habían contenido el cemento, algunos sujetos por tablones cruzados y paneles de madera.

—Allí —contestó el joven, y señaló justo delante del montón de escombros.

—No veo nada —admitió Dantone.

—Es que está escondido detrás de la basura —aclaró Penna—. Se ve desde más cerca.

—¿Podemos llegar hasta allí? —preguntó el capitán.

—Con esto no —respondió Penna, y se agachó a dar unas palmadas afectuosas en el casco de la lancha, como si fuese un poni acariciando el cuello de un Clydesdale con el hocico.

—¿Puedes acercarnos? —le pidió Dantone.

—Por supuesto, *capitano* —contestó, y se desplazó hacia la popa para hacerles sitio.

Dantone se volvió hacia Brunetti.

—Vamos.

Pasó una pierna por encima de la borda y bajó hasta la parte central de la barca.
Brunetti dio un paso hacia el costado y se puso a su lado.
Penna introdujo el remo en el agua y se dirigieron hacia el cementerio.

Brunetti trató de combatir la sensación de que algo malo estaba a punto de ocurrir. ¿A qué otro lugar podía haber ido Casati sino al cementerio para hablar con su esposa? ¿A quién más podía confiarle el asunto de la muerte de sus abejas, de sus chicas? Prefirió no decir nada.

Trazando una línea recta perfecta, se dirigieron hacia el montón más grande de tierra y piedras y, cuando estaban a unos diez metros, Brunetti notó que la barca se deslizaba por encima de algo que les dificultaba el avance. Penna se desvió al instante hacia aguas más profundas, pero al cabo de unas cuantas paladas viró hacia la derecha y continuó avanzando. Cuatro paladas más y detuvo la barca metiendo el remo perpendicular a la superficie para frenarla.

Al frente, Brunetti vio la quilla de una embarcación pequeña que había volcado.

—El suyo es un *puparìn*, ¿verdad? —preguntó Dantone.

—Sí.

—Penna —dijo el capitán—, ¿puedes acercarnos un poco más?

—Me gustaría —respondió el joven con entusiasmo—, pero por aquí han tirado muchos escombros al agua y no sé con qué podríamos chocar. La verdad es que aquí el agua es muy poco profunda, señor —añadió, con un tono que pretendía ser alentador—. Algo más de un metro. Aunque han drenado un poco la zona —continuó tras una leve vacilación.

Brunetti se había vuelto hacia la popa para seguir mejor la conversación. Dantone recibió las noticias encogiéndose de hombros. Miró al *commissario*.

—¿Vienes? —le preguntó.

—Sí.

Dantone colocó la gorra boca arriba, junto a los pies de Penna. Se quitó el reloj, sacó el *telefonino* del bolsillo de la chaqueta y metió ambos objetos dentro de la gorra. Entonces se quitó la chaqueta y la dejó al lado. Brunetti pensó que lo había oído suspirar. Con la misma naturalidad como si fuese a zambullirse en una piscina, se sentó en la borda y, sin descalzarse, sacó un pie y se bajó de la barca vestido. Tal como Penna había predicho, le llegaba justo por encima de la cintura.

Cuando Dantone se volvió hacia la barca, Brunetti estaba agachado dejando su reloj y su móvil dentro de la gorra. Con la misma rapidez que el capitán, sacó una pierna por encima de la borda y bajó al agua. Cuando sintió el culebreo del lodo bajo sus pies, se alegró de no haberse quitado las zapatillas.

El capitán arrancó en dirección a la barca que flotaba a diez metros de ellos y Brunetti lo siguió. Se le hundían los pies en el barro, que frustraba sus intentos de liberarlos, y de vez en cuando pisaba algún objeto duro o —peor aún— blando. De pronto, Dantone dio un grito y desapareció. Brunetti se abalanzó hacia él y trató de cogerlo, pero no encontró más que el pelo. Tiró y consiguió sacarle la cabeza a la superficie, pero el resto se resistía a emerger. Dantone levantó los brazos y los agitó en el aire al tiempo que sacudía todo el cuerpo, presa del pánico.

Brunetti quiso acercarse para agarrarlo mejor, pero, al dar un paso adelante, se encontró con un vacío. El instinto le hizo soltar a Dantone y echarse hacia atrás en el agua, pero cuando intentó posar un pie siguió sin encontrar apoyo. Retrocedió hasta

que pudo colocar ambos pies en el lodo y entonces se inclinó hacia delante y agarró a Dantone, ahora por el brazo. Dio un paso atrás con ambas manos aferradas a él y continuó retrocediendo y tirando del capitán. Sin embargo, éste ofrecía resistencia: salía y se sumergía una y otra vez como si otra fuerza tirase de él. Al final, en una imitación grotesca de un nacimiento, quedó libre y salió despedido hacia los brazos de Brunetti.

Tosió, vomitó agua y tosió un poco más y, cuando dejó de toser, se inclinó hacia delante con los brazos en jarra y respiró hondo unos instantes.

—Un agujero —consiguió decir al final—. Ahí hay un agujero: estaba resbalando en los bordes.

Esperaron hasta que a ambos se les calmó el pulso. Decidieron cogerse del brazo y continuaron avanzando con cautela hasta la barca, comprobando el terreno a cada paso.

Llegaron hasta el casco volcado de la embarcación de remo, que flotaba a tres metros de la orilla, con lapas y algas aferradas a las cuaternas. Brunetti dio un paso hacia la nada, cayó en un agujero y se soltó del brazo de Dantone. No era capaz de pensar con claridad, había perdido todo uso de la razón. Se hundía y pensó en la muerte. Sus pies tocaron con el fondo y se hundió en el lodo, pero el pánico le hizo tensar el cuerpo y, al erguirse, sacó la cabeza a la superficie y pudo respirar.

Dantone lo tenía cogido por los hombros y tiró de él. Brunetti, sin saber cómo, quedó libre del barro del fondo y salió flotando justo cuando el capitán lo arrastraba. El terror —aunque más tarde lo llamaría instinto— le impedía moverse y lo asaltó la sensación de que estaba a punto de vivir algo extraño, desagradable y peligroso. Sin embargo, Dantone lo llevó hacia la izquierda y echaron a andar una vez más, con más precaución y más despacio, rodeando la barca pero sin acercarse a ella. Mientras describían un círculo alrededor de la embarcación, Brunetti se sacudió el miedo. Se detuvo y le puso la mano en el hombro a Dantone para impedirle avanzar más.

—Es un *puparìn* —confirmó.

—¿Qué hacemos? ¿Le damos la vuelta?

—Prefiero no tocarlo hasta que hayamos explorado un poco más —contestó el Brunetti policía.

Estaba pensando en todas las veces en que un exceso de curiosidad había contaminado las pruebas y entonces se preguntó por qué estaba pensando en posibles pruebas. ¿Pruebas de qué?

—Quiero mirar debajo —anunció.

Importaba muy poco que estuviesen dentro o fuera del agua: en aquel momento eran un par de anfibios sucios, así que, en respuesta al gesto afirmativo de Dantone, Brunetti llenó los pulmones de aire y se lanzó bajo la barca de cabeza. Se metió dentro del casco con los ojos abiertos, pero no había luz ni nada que ver, así que palpó la curva invisible del interior y la recorrió hasta el otro lado sin percibir nada salvo la madera lisa de los costados y de la borda. Nadó hacia el otro lado y se zambulló de nuevo para salir a la superficie fuera de aquel espacio reducido.

—No hay nada que ver —informó a Dantone cuando emergió.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Si la arrastramos hasta la orilla, quizá podríamos darle la vuelta y ver si es la suya —propuso Brunetti.

No sabía por qué todavía se negaba a creer que sí lo era, pero agarró el borde del *puparín* y empezó a caminar.

Dantone se colocó al otro lado y entre los dos tiraron de la embarcación hasta la orilla. No encontraron un lugar por donde salir con facilidad, sino una cornisa de casi un metro de altura. Brunetti soltó la barca, salió del agua seguido del capitán y, una vez fuera, inclinados hacia delante con las manos apoyadas en los muslos, jadeando, esperaron hasta recuperar el resuello y volvieron a ocuparse de la barca.

No les costó mucho esfuerzo tirar de la popa hasta sacar del agua un cuarto de la longitud de la embarcación, pero enseguida se dieron cuenta de que no había modo de darle la vuelta ni de sacarla entera. En el costado izquierdo de la proa, Brunetti vio una raya larga de color azul: Casati le había hablado del encontronazo que había tenido hacía unas semanas con el piloto borracho de una barca de reparto.

—Es la suya —confirmó.

La rodeó hasta el otro lado y vio que de la argolla de popa salía una cuerda tensa. Se agachó y trató de recogerla con la esperanza de arrastrar el ancla y subirla a tierra, pues no dudaba de que habría que llevar la embarcación de regreso a Sant'Erasmo. Dio unos cuantos tirones, pero debía de estar atrapada en algún accidente del fondo.

—¿Me ayudas, *capitano*? —preguntó, y en ese momento cayó en la cuenta de que no conocía el nombre de pila de Dantone, aunque hacía un rato que se tuteaban.

—Andrea —contestó éste al acercarse—. Y tú Guido, ¿verdad?

—Sí —contestó Brunetti—. Al otro extremo de la cuerda hay una rejilla de metal que debe de estar enganchada a algo.

Entre los dos jalaron el cabo y Brunetti notó que quedaba libre del lodo y miró a su compañero con satisfacción.

Continuaron recogiendo, braceando mientras el ancla se movía por el fondo y la soga que iban sacando se enrollaba a sus pies.

Miró el punto donde la cuerda penetraba la superficie, preguntándose si por una vez Casati había decidido usar algo más pesado y más seguro que la rejilla que él había visto. Se agachó, forzó la vista intentando otear el agua y, entonces, fue cuando vio la mano.

Tal vez perdió el equilibrio o se le enredó la sogá en el tobillo. O puede que lo que vio le hiciera acabar de rodillas. Fuera cual fuese el motivo, Brunetti se encontró de pronto en el lodo, arañándose las rodillas con las piedras y las esquirlas de azulejos; y, aunque no había soltado la cuerda, tenía miedo de meter la mano en el agua donde había otra mano.

Dantone, que estaba a su lado, se volvió hacia él para ver qué le había ocurrido.

—Guido, ¿qué pasa? —preguntó.

—En el agua —fue lo único que Brunetti consiguió decir—. Mira.

Arrodillado y con las manos apoyadas en el suelo, trataba de reprimir las arcadas. El capitán siguió la sogá con la mirada hasta donde entraba en el agua y la vio.

—*Maria Vergine* —susurró, con una expresión que la madre de Brunetti usaba a menudo, las manos paralizadas alrededor de la cuerda.

El tiempo que transcurrió les pareció interminable, a pesar de que no podía haber pasado más de un minuto. Al final, Brunetti se levantó y miró a Dantone.

—Tenemos que sacarlo de ahí.

El capitán asintió con un gesto, como si no encontrase las palabras. Entre los dos, dando brazadas, continuaron levando aquella ancla horrible. Brunetti apartó la vista para armarse de valor y después miró lo que había debajo: la parte superior de una cabeza, un hombro, el otro y, por último, el torso de un hombre, que con un breve vistazo pudo identificar como Casati, flotando y dando vueltas en el agua.

—Voy a sacarlo —dijo cuando vio la cabeza flotando hacia él.

Miró a Andrea y éste asintió y apoyó bien las piernas sin dejar de aferrar el cabo.

Brunetti soltó la cuerda y se agachó al borde del agua. Agarró el cadáver de Casati por debajo de los hombros y lo guio hacia un punto donde la orilla era muy empinada, pero le resultó imposible levantarlo.

Estaba a punto de pedirle ayuda cuando vio que Dantone ya tiraba. Arrastraron al hombre fuera del agua y lo tumbaron boca arriba en el suelo. El agua que le chorreaba del pelo y de la ropa desapareció en el barro, tenía la camisa vieja y los pantalones anchos pegados al cuerpo y le faltaba un zapato. La cuerda se le había enrollado alrededor de la pierna, como una pitón, justo por debajo de la rodilla; después, bajaba hasta el tobillo, donde le había dejado una marca en la carne; al final, se sumergía, tensa por el peso de lo que estuviera atado al otro extremo. Dantone la agarró y tiró hasta que la rejilla de metal emergió a la superficie. La sacó y la dejó caer cerca de los pies de Casati.

Brunetti se inclinó sobre el fallecido y, sin importarle si estaba destruyendo más pruebas, le tapó los ojos con las manos y le cerró los párpados. Permanecieron de ese modo sólo un instante y se le abrieron de nuevo, así que el *commissario* sacó del bolsillo un pañuelo de algodón, que estaba empapado y hecho una bola, lo sacudió para estirarlo y se lo colocó sobre la cara antes de arrodillarse y de cerrar los ojos.

De pronto oyeron pasos y apareció uno de los marinos de la lancha de Dantone, esquivando como podía el montón de escombros y de rocas. Con aquel uniforme tan blanco y limpio, parecía fuera de lugar. Al descubrir al muerto, se detuvo y Dantone alzó la mano para indicarle que no se acercase más.

Brunetti contemplaba el cadáver de Casati, lo pequeño que se veía aquel hombre de apariencia tan juvenil y vital.

—¿Dónde está la lancha? —preguntó Dantone.

Brunetti se sobresaltó, pero enseguida vio que el capitán hablaba con el joven marino.

—Allí atrás, *capitano* —respondió éste, y se volvió para señalar a su espalda, justo donde la esquina del muro del cementerio les impedía ver qué había más allá—. Hay un muelle.

—¿Has venido caminando? —preguntó Andrea.

—Según las cartas de navegación, esta zona es demasiado somera para la lancha.

Dantone, que acababa de salir él mismo de una profundidad de más de un metro, y de arrastrar el cadáver, resopló exasperado y se levantó. Se acercó a Brunetti.

—Voy a por ella —lo avisó, y echó a caminar hacia el lugar de donde había venido su subordinado.

Cuando el joven hizo ademán de seguirlo, Dantone se detuvo.

—¿Llevas el móvil?

—Sí, señor.

—Llama a los *carabinieri* y diles que lo hemos encontrado. Pueden decirle al helicóptero que regrese.

El oficial asintió y echó a andar de nuevo en sentido contrario a Brunetti y al hombre muerto.

El *commissario* miró el agua, pero lo único que había allí era vacío. Se agachó junto a la rejilla, pero no la tocó. ¿Era posible que Casati hubiese intentado lanzarla por la borda para evitar que el viento y las mareas de la tormenta arrastrasen la barca hacia aguas más profundas? ¿Había empezado a alejarse de la costa? Si ocurrió durante la tormenta, el viento y la lluvia lo habrían cegado y tal vez no viese dónde ponía el pie y tampoco la cuerda que se le enrollaba alrededor de la pierna.

Todo habría sucedido con mucha rapidez, pero Casati era un pez. A Brunetti no le cabía duda de que debió de intentar desenrollar la cuerda o levantar el ancla, que pesaba sólo unos kilos.

Miró a su amigo tratando de adivinar qué había sucedido, pero fracasó. Todas las especulaciones acababan allí, en ese cabo enrollado.

Se fijó en la tapia del cementerio, adonde Davide iba tan a menudo para hablar con su esposa, y pensó en las distintas posibilidades. Después de consultar algo con ella, siempre había regresado a casa con su hija, pero ¿y si esa vez Franca le había pedido que se quedase?

Los gritos de Andrea interrumpieron sus pensamientos.

—Guido. ¡Guido! Estamos aquí.

Se volvió hacia la voz y vio una escena que le recordó a un cuadro que le gustaba cuando era joven. Barqueros del Volga arrastrando una barcaza por un canal amplio. Eran al menos veinte, tirando de la misma soga desde la orilla. En cambio, en aquella ocasión eran dos marinos uniformados con chaquetas largas y abotonadas de color blanco y con botas negras que poco a poco iban llevando la lancha por el perímetro de la isla del cementerio. Se dirigían hacia Brunetti y hacia lo que pronto se convertiría en

su carga. La trampa trasera estaba abatida y el motor fuera borda, levantado por encima de la superficie. Dantone se había tendido boca abajo en la proa y daba órdenes a los otros dos mientras miraba el agua.

Cuando la embarcación se detuvo a poca distancia de la orilla, Brunetti se dirigió a Dantone.

—¿Puedes pasarme el móvil?

El capitán se bajó de la proa, recuperó el *telefonino* de Brunetti y se inclinó sobre la borda con él en la mano. Sin mirar dónde pisaba, el *commissario* metió el pie en el agua para hacerse con el teléfono. Era nuevo y se lo había comprado la *signorina* Elettra con la cuenta para suministros de oficina que llevaba años desfalcando. Ella misma había invertido un buen rato en enseñarle a utilizar la cámara y Brunetti se vio capaz de usarla.

Atento a donde pisaba, regresó con precaución a la orilla y se acercó a la barca. La rodeó describiendo una u y fue tomando fotografías. Entonces se arrodilló y tomó algunos primeros planos del trozo de cabo enrollado en la pierna de Casati, desde distintos puntos de vista.

Después de eso, no le quedaba más remedio que agacharse, apartar el pañuelo y fotografiar el rostro del fallecido con los ojos abiertos. Le tomó fotos de ambos perfiles y de frente y, a continuación, le dio la espalda al cadáver e hizo fotos de la tierra removida, de la rejilla abandonada que estaba atada a un extremo de la soga, de la tapia del cementerio y del horizonte. Cualquier cosa con tal de llenar la cámara y su cabeza de imágenes nuevas. Guardó el móvil en el bolsillo de la camisa y contempló la lejanía.

Los marinos lo ayudaron a levantar el cadáver. Los tres se metieron en el agua sin dudar y les pasaron el cuerpo a Dantone y al piloto, que lo dejaron con cuidado sobre la cubierta. Davide pesaba mucho menos de lo que esperaba Brunetti, como si la muerte se hubiese llevado algo más que su vida.

Subió a la lancha. El piloto desapareció un momento en el interior de la cabina y salió con una manta de lana con la que tapó al hombre muerto, despacio. Como se le había caído el pañuelo, puso especial cuidado en cubrirle la cara. Brunetti se lo agradeció con un gesto de la cabeza y el piloto saludó, bien a Brunetti o al fallecido, llevándose la mano a la frente.

Dantone les dijo algo a los marineros y el *commissario*, que estaba a su lado, oyó las palabras pero no supo qué querían decir. Los marinos cogieron los cabos que habían abandonado en tierra y, después de ciertas dificultades para darle la vuelta a la lancha policial, que flotaba con el motor apagado, tiraron de ellos para conducir la embarcación de regreso. Brunetti y Dantone permanecieron a bordo con el piloto.

—Voy a llamar al hospital —dijo Brunetti.

Andrea y el piloto se miraron.

—Unos diez minutos, puede que menos —le informó este último—. Sólo hay que llegar a donde el agua sea más profunda.

Brunetti llamó a Foa, el piloto principal de la *questura*, y le contó lo ocurrido antes de pedirle que se encargase de que una lancha acudiese a la parte trasera de la isla del cementerio. Le describió el *puparìn* y le dio instrucciones: llevar unos plásticos, darle la

vuelta, taparlo y remolcarlo hasta la *questura*, así como buscar un lugar donde dejarlo hasta que la familia pudiera ir a recogerlo.

—¿Está otra vez de servicio, señor? —preguntó Foa.

—La verdad es que no —respondió Brunetti, sin dar más explicaciones, antes de repetirle las instrucciones y pedirle que se pusiera a ello de inmediato.

—Sí, señor —contestó el piloto, que parecía contento de tener algo que hacer, y colgó.

Mientras tanto, los dos marinos habían continuado tirando de la lancha, pero la escena carecía de encanto. En cuanto llegaron a un punto en el que el piloto estimó que había suficiente profundidad para el motor, lo colocaron en su lugar y el piloto dio media vuelta a la lancha y emprendió el camino hacia el Ospedale Civile.

Brunetti metió la mano en la gorra de Dantone y cogió el reloj. Se sorprendió al ver que eran casi las seis. Qué pensamiento más raro, se dijo: Casati estaba muerto a sus pies y a él le preocupaba la hora.

Se dio cuenta de que aún tenía el móvil en la mano, así que buscó el número de Federica y la llamó. El motor ahogaba el sonido de su voz, hasta que Brunetti bajó a la cabina y cerró la puerta. Le dijo que habían encontrado a su padre, que había fallecido durante la tormenta. El cadáver iba de camino al hospital en lancha y sí, él la esperaría allí. No quería decirle que su padre estaría en el depósito, sino que prefirió pedirle que al llegar preguntase por el *dottor* Rizzardi, que saldría a buscarla para llevarla a verlo.

Durante toda la conversación, ella había tratado de no llorar, pero cuando Brunetti se despedía, perdió el control y rompió en sollozos.

—Federica, ¿me oyes?

—Sí.

—Ve cuando puedas. Ve con tu marido. Yo estaré allí.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó ella con calma fingida.

—No lo sé, sólo que tu padre se ha ahogado.

—¿En la tormenta?

—Sí —respondió Brunetti, y le prometió de nuevo que estaría en el hospital cuando ella acudiese.

La mujer empezó a decir algo, pero calló.

—No, no, él no podría haberse... —dijo al final, y colgó.

Brunetti marcó el número de casa de Ettore Rizzardi, el forense. Después de tres tonos, el doctor contestó con su habitual cordialidad peligrosa.

—Ah, Guido, qué alegría saber de ti. ¿En qué puedo ayudarte?

—*Ciao*, Ettore —lo saludó Brunetti.

Sabía que su única opción era pedirle un favor, pero no estaba seguro de cuán abrupto podía ser.

—¿Cómo estás? —preguntó, mareando la perdiz.

—Bien. En casa después de un día largo y frustrante, a punto de tomar algo con mi bella esposa. Después voy a cenar con unos amigos. ¿Llamas porque te apuntas?

—No, Ettore —admitió Brunetti, que por una vez no se vio capaz de charlar alegremente con Rizzardi—. Se trata de un amigo: falleció anoche. Se ahogó. Me gustaría que te ocuparas de él.

Hubo una larga pausa y Brunetti oyó voces a su alrededor.

—¿Dónde estás? —preguntó Rizzardi.

—En una lancha, de camino al hospital. —El *commissario* miró por la ventana y añadió—: De hecho, ya estamos llegando.

—¿Dónde estaba? —quiso saber Rizzardi.

—Cerca del cementerio.

El doctor respiró hondo y soltó un suspiro que recorrió la línea y rodeó a Brunetti.

—Salgo ahora —dijo Rizzardi, ya sin asomo de broma—. Veinte minutos como mucho. Los llamo y les digo que vas para allá y que te guarden un sitio para él.

—Gracias, Ettore —respondió, y cortó la llamada.

Respiró hondo tres veces y llamó a su casa. Paola cogió el teléfono al segundo tono.

—¿Cómo estás, Guido? —le preguntó ella.

—Mal. Voy de camino a la ciudad.

—¿Qué te pasa? —lo interrumpió antes de que pudiera explicarse.

—No, yo estoy bien —respondió Brunetti—, pero Casati ha muerto.

—*Oddio* —suspiró Paola—. ¿Qué ha pasado?

—Ayer salió durante la tormenta. Lo hemos encontrado hace una hora, atrapado debajo de la barca. Ahogado.

—¿Dónde estás?

—En una lancha. Lo llevamos al hospital.

—Pero tú estás bien, ¿no?

—Sí, sí.

—¿Vas a venir a casa? —le preguntó ella—. Cuando acabes, quiero decir.

—Sí —contestó, aunque no se le había pasado por la cabeza hasta entonces. A casa. Claro—. No sé a qué hora, pero iré —prometió, y colgó.

Rizzardi ya debía de haber llamado para dar la orden, porque tres celadores de bata blanca los esperaban en el embarcadero con una camilla para el cadáver. La lancha se deslizó hasta el muelle y se detuvo. Los celadores subieron a la embarcación, se inclinaron para pasar a Casati por encima de la borda y lo posaron en la camilla. Uno de ellos colocó bien la manta para asegurarse de que no se le destapara el rostro. Saludaron a Dantone —o a su uniforme— con un gesto de la cabeza y se lo llevaron.

—Ya podéis regresar —ordenó el capitán a su tripulación—. Yo me quedo aquí hasta que...

Terminó la frase encogiéndose de hombros, pues tenía la misma falta de certeza sobre qué ocurriría y a qué hora acabarían que Brunetti.

Como conocía el camino, el *commissario* se dirigió hacia el depósito. Dantone lo alcanzó y caminó a su lado.

—¿Qué opinas? —le preguntó el capitán mientras atravesaban uno de los patios interiores.

La gente se volvía a mirar a aquel par de hombres tan sucios, preguntándose qué diantres hacían en un hospital. Brunetti alzó la mano.

—Parece que se ha ahogado.

—Pues vaya una respuesta —contestó Dantone con tono despreocupado.

Brunetti se detuvo y después fue hacia uno de los caminos de ladrillo que cruzaban el patio en diagonal.

—Ya has visto la sogá —le dijo al capitán.

—Sí.

Dantone observó el rostro al *commissario* y apartó la vista.

—Creo que necesitamos un café.

Mientras se lo tomaban y fingían que no se percataban de las miradas raras del camarero y del resto de los clientes, se concentraron en la dosis de caféina y de azúcar. Después de todo un día al sol, Brunetti empezaba a sentirse febril y no le gustaba el aspecto del dorso de sus manos, que estaban del color de los ladrillos. No podía preguntarle a Dantone si tenía la cara quemada como si tal cosa, pero le daba la impresión de que le había subido la fiebre.

Después del café se tomó dos vasos de agua, pidió un *tramezzino*, admitió que no le importaba de qué tipo fuese y con él se bebió un tercer vaso de agua.

Andrea insistió en pagar y Brunetti no se lo impidió.

Los que se cruzaban con ellos por los pasillos trataban de no mirarlos fijamente, pero hubo más de uno que no consiguió resistir la tentación. Dantone iba hecho un desastre: parecía que hubiese sacado los pantalones de un contenedor de basura, porque los tenía cubiertos de manchas grises y marrones y de pegotes de barro y de tierra. Sus botas hacían un ruido húmedo al caminar. Brunetti sabía que su aspecto no era mejor, pero se alegraba de que sus zapatillas de lona estuvieran casi secas y ya no hiciesen ruido.

Llamó a la puerta del depósito de cadáveres y les abrió un ayudante que no conocía. Al verlos en el pasillo, su instinto fue cerrarles la puerta en las narices, aunque de haberse fijado mejor habría visto que Dantone llevaba uniforme. Brunetti estiró el brazo y paró la puerta con la palma de la mano.

—Policía —anunció.

Entonces se dio cuenta de que el hombre era alto y musculoso y de que no parecía la clase de persona a quien uno podía intimidar con facilidad.

—¿Les importaría enseñarme su identificación? —les preguntó el ayudante.

Aunque en realidad no era una pregunta.

—Ve a hablar con el *dottor* Rizzardi y dile que el *commissario* Brunetti y el *capitano* Dantone han llegado.

Entonces dio un paso atrás y se dirigió a él con un tono más razonable.

—Si quieres, podemos esperar en el pasillo.

Debieron de ser esas ganas de no causar problemas las que convencieron al hombre, pues quitó las manos de la puerta y los invitó a pasar.

—Por favor, pasen, caballeros. Yo sólo hago mi trabajo.

—Sí, me hago cargo —contestó Brunetti.

Miró al Dantone andrajoso y éste asintió.

—¿Han traído ya al hombre que murió en la laguna? —preguntó Brunetti.

—Sí, el *dottor* Rizzardi está con él ahora mismo. Normalmente necesita una hora, señor.

Se subió la manga y consultó el reloj.

—No creo que acabe antes de las siete y media.

—Gracias —contestó Brunetti.

—¿Les traigo algo? —preguntó el ayudante.

Brunetti se permitió una sonrisa.

—Nos vendría bien ropa limpia, pero ya lo solucionaremos. Esperaremos al doctor para ver qué nos dice y después nos marcharemos.

El hombre miró al *commissario* con extrañeza, tal vez se hubiese percatado de lo agotados que estaban los dos. Dio media vuelta y los condujo hasta el pasillo. La sala de espera estaba tan fresca que al principio Brunetti pensó que había aire acondicionado, pero entonces cayó en la cuenta: los muros del edificio eran muy gruesos y estaban en el lado norte.

Brunetti y Dantone le dijeron de nuevo al ayudante que no necesitaban nada y se sentaron dejando una silla vacía entre los dos. El joven se marchó y cerró la puerta de la sala.

Pasaron unos minutos sin que ninguno de los dos hablase.

—¿Conoces bien al forense? —preguntó Dantone al final.

—Sí, llevamos mucho tiempo trabajando juntos.

—Debe de ser un oficio horrible —comentó el capitán, tratando de mantener la voz y la expresión neutras.

Brunetti se volvió hacia él antes de responder.

—Una vez me contó que le parece milagroso.

—¿El qué? —preguntó Dantone con evidente sorpresa—. ¿Su trabajo?

—El cuerpo humano, no las autopsias —aclaró Brunetti—. Al menos eso es lo que me dijo. Según él, es perfecto por cómo funciona y por las cosas que hace.

Brunetti se sentía en deuda con Rizzardi, que había acudido allí en su tarde libre sólo porque él se lo había pedido, y por eso continuó con la explicación.

—Me dijo que se da cuenta de lo fuertes que somos y de lo bien diseñado que está el cuerpo para la supervivencia: eso es lo que le parece un milagro.

Dantone se agarró las manos y se inclinó hacia delante para metérselas entre las piernas. Estuvo contemplando el suelo un buen rato, hasta que al final miró a Brunetti de lado.

—Vaya. Sí, claro.

Después de eso, guardaron silencio un rato. El capitán empezó a notar el frío y se levantó a caminar por la sala, pero Brunetti cruzó las piernas y los brazos y esperó. Se oyó que alguien llamaba a la puerta y entró el ayudante.

—El *dottor* Rizzardi ha dicho que quiere hablar con usted.

—¿Ha terminado? —preguntó Brunetti con un tono que pretendía enmascarar las reticencias que tenía a mantener la conversación consiguiente.

—Sí, está en su despacho. ¿Conoce el camino?

—Sí —respondió Brunetti con un suspiro.

Brunetti guio a Dantone hasta el despacho de Rizzardi, donde encontraron la puerta abierta. Se asomó al interior y vio al doctor sentado en una de las sillas que había pegadas a la pared, agachado, atándose los zapatos.

—Guido —lo saludó, y se levantó.

Entonces, al ver que venía acompañado del capitán, se acercó, les estrechó la mano y se presentaron. Dio un paso atrás y los miró.

—¿Lo habéis sacado vosotros del agua?

—Sí —respondió Brunetti por los dos.

—¿Cuándo?

Brunetti miró a Andrea.

—Eran alrededor de las cuatro, quizá las cuatro y media —respondió el capitán—. ¿Tiene importancia?

Rizzardi negó con la cabeza y se apretó el nudo de la corbata con ambas manos.

—No, la verdad es que no. Era por curiosidad, porque es lo único de lo que no estaba seguro.

—¿Y de qué estás seguro? —quiso saber Brunetti.

—De que se ahogó —respondió el forense— y de que lo hizo en agua salada. Ayer por tarde o por la noche.

Se acercó al escritorio y se apoyó en él, como si no quisiera sentarse en una silla y comprometerse a estar allí mucho tiempo.

—¿Dices que era amigo tuyo?

—Sí, eso creo —contestó Brunetti—. Sí.

—¿Por qué lo dudas?

—Hacía muy poco que lo conocía —explicó—. Poco más de una semana.

Rizzardi respondió con un sonido gutural.

—Pero él conocía a mi padre —añadió Brunetti, que era consciente de lo mucho que ese dato lo había predisposto hacia Casati—. ¿Algo más? —preguntó tras unos instantes.

Rizzardi asintió.

—Como ya os he dicho, tenía agua en los pulmones: cuando se hundió, estaba vivo.

Al ver que ninguno de los dos reaccionaba, prosiguió:

—Diría que durante la tormenta lo pasó mal. Tenía unas marcas en los brazos y en el lado izquierdo de la frente que se habrían convertido en moratones.

Al ver que Dantone se mostraba extrañado, se explicó.

—Cuando una persona muere, la sangre deja de circular, por eso no aparecen los cardenales. —Rizzardi agachó la cabeza para mirarse los zapatos y añadió—: Creo que los golpes no fueron muy fuertes, sólo lo habitual en una barca cuando hace mal tiempo.

—¿Nada más? —preguntó Brunetti.

Rizzardi levantó la mirada.

—Parece que llevó una vida dura, al menos de joven. Tiene tejido cicatrizado y restos de grasa en el hígado, como tienen la mayoría de los alcohólicos aunque hayan dejado de beber hace mucho. Lo mismo con el tabaco: en el pasado fue un fumador

empedernido, pero abandonó el hábito.

El *commissario* estaba estupefacto. ¿Quién había sido aquel hombre agradable y moderado? Su cadáver les había revelado secretos que su vida tranquila ni siquiera insinuaba. Brunetti se dio cuenta de que el forense estaba agarrando y soltando el borde de la mesa en la que estaba apoyado, Dantone iba mirando de uno a otro mientras conversaban.

Rizzardi alargó el brazo sobre el escritorio para coger la chaqueta, que estaba colocada en el respaldo de la silla.

—¿Tienes alguna pregunta más, Guido? —quiso saber después de ponérsela.

—¿Qué me dices de las cicatrices?

El forense debía de estar esperando la pregunta.

—La herida es de hace muchos años, puede que veinte o más. No tiene nada que ver con su fallecimiento. —Entonces, antes de que Brunetti tuviera ocasión de preguntar la causa, añadió—: No son como las que acostumbro a ver.

—¿Qué quieres decir?

—Que son quemaduras químicas. O de ácido. De algún producto que derrite la piel. Las cicatrices que deja el fuego son distintas.

—¿Y la cuerda? —preguntó Brunetti.

—Sí, la cuerda —respondió Rizzardi, y se pasó ambas manos por el pelo, algo que hacía cuando estaba preparándose para finalizar una conversación—. La tenía enrollada alrededor de la parte superior de la pantorrilla y otra vez alrededor del tobillo. El roce afectó a los tejidos en ambos lugares.

Eso habría sucedido después de su muerte, pensó Brunetti, cuando la corriente moviese el cadáver y, por consiguiente, no le habría causado dolor. No obstante, esa idea no le ofrecía consuelo.

—Le he cerrado los ojos —dijo Rizzardi.

Brunetti se lo agradeció con un gesto de la cabeza, pero durante un momento no se sintió capaz de hablar.

—He hecho algunas fotos en la laguna. Te las enviaré —anunció al final.

—Gracias —respondió el doctor, y al ver que ni Brunetti ni Dantone decían nada, añadió—: ¿Qué tal si nos vamos, *signori*?

El *commissario* le agradeció que no mencionara la cena que había abandonado por él y el doctor los llevó al pasillo y les dio la espalda para cerrar el despacho con llave.

Entonces Brunetti se acordó de la promesa que le había hecho a Federica.

—Le he dicho a su hija que nos reuniríamos aquí.

De pronto Rizzardi se sobresaltó.

—Ay, Guido, se me había olvidado, lo siento mucho. Ha llamado su marido y ha dicho que no está en condiciones de venir: después de que se lo notificases, se ha desmayado. Vendrán por la mañana.

Brunetti sintió un gran alivio, del que a continuación se avergonzó.

—¿Te ha dicho cuándo vendrían? —preguntó con la esperanza de resarcirse si los recibía entonces.

—A las diez.

Fueron juntos hacia la salida principal, conscientes de cómo iba subiendo la temperatura a medida que se acercaban a la puerta. Sin embargo, cuando llegaron al *campo*, sus cuerpos ya se habían habituado a las nuevas condiciones, como los buceadores al emerger a la superficie. El calor los envolvió y Brunetti percibió el olor de su ropa.

Se estrecharon la mano nada más salir y Rizzardi partió en la dirección de Strada Nuova y del *vaporetto* que lo llevaría a casa. Andrea dijo algo sobre regresar a la Capitaneria y añadió que tanto él como sus hombres estarían disponibles siempre que Brunetti quisiera volver a la laguna.

—Muchas gracias —contestó el *commissario* sin moverse de delante del hospital.

—Gracias por sacarme del agua.

Brunetti le dio unas palmaditas en el brazo.

—Lo mismo digo.

Ambos se alejaron de la entrada y cada uno se fue por su lado.

Brunetti se detuvo al llegar a los pies del puente que había delante del hospital y miró al frente. Qué extraña y estrecha parecía aquella *calle*, flanqueada por edificios a ambos lados: su mirada chocaba con un puente y después con otro y, más allá, había edificios y más edificios. Al levantar la mirada, vio todavía más casas y tejados, pero por ninguna parte aparecían vistas del horizonte sin obstáculos. «Esto es lo que significa estar en una ciudad —pensó—. Así es cómo me ha afectado vivir con vistas al mar abierto.»

No obstante, mientras recorría el familiar trayecto hacia su casa, esa extraña sensación lo abandonó y, cuando entró en su calle, ya se le había acostumbrado la vista a la perspectiva de la ciudad. Como no llevaba las llaves encima, llamó a Paola para pedirle que le abriese el portal y, unos segundos después, la gran puerta se abrió con un clic. Bañado en sudor y consciente del olor que emanaba su ropa, comenzó a subir las escaleras hacia su apartamento y, al alcanzar al tercer piso, le llegó desde más arriba el ruido de la puerta de su casa y la voz de Paola.

—Ciao, Guido. *Bentornato*.

Sí, qué bien regresar a casa, a ese lugar seguro que habían creado a lo largo de los años. Hizo una pausa en el último rellano y miró hacia arriba: Paola estaba en el quicio de la puerta, mirándolo con una sonrisa.

—Estoy hecho un guiñapo —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Ni que lo digas —observó ella con una sonrisa que no escondía su sorpresa.

—Es por estar tanto tiempo lejos de ti —admitió él mientras subía el último tramo de la escalera.

Sin Paola, su vida no sólo era un guiñapo, sino aburrida, fría, sin humor, sin dicha. Quiso decirle todo eso, pero lo dejó en:

—Necesito tomar algo y darme una ducha.

Llegó a su planta y se agachó a darle un beso con cuidado de no rozarla con la mugre de la ropa. Ella dio un paso atrás y lo miró de arriba abajo.

—¿Te importaría invertir el orden?

Cuando se sentó a la mesa a cenar, después de haberse frotado bien en la ducha y haber metido la ropa en una bolsa de plástico para tirarla a la basura por la mañana, sólo estaban Paola y Raffi. Paola le explicó que Chiara estaba pasando tres días en casa de una amiga cuyos padres tenían una casa de verano en el Lido. Lo primero que pensó Brunetti era que se bañaría en la misma agua donde había hallado a Casati, pero enseguida se dio cuenta de que estaría a kilómetros de distancia.

Raffi se alegraba de verlo y pasó gran parte de la cena hablando de lo que había hecho con sus amigos mientras Brunetti estaba fuera. A uno de ellos le habían regalado una *topetta* por su decimoctavo cumpleaños y había invitado a Raffi a navegar con él mientras su padre le enseñaba.

—El motor es diminuto, sólo tiene cinco caballos, pero es genial estar ahí fuera e ir a donde quieras —les explicó con tal entusiasmo que durante un rato se olvidó de comer.

Ese detalle no pasó desapercibido a sus padres.

—Para un motor tan pequeño no hace falta permiso, ¿verdad? —preguntó Brunetti. Pinchó un bocado de pato asado y lo usó para rebañar la salsa de naranja que le quedaba en el plato.

—No. Y eso significa que si me dejan coger el timón, no es ilegal —afirmó Raffi con orgullo de haber usado la terminología con tanta naturalidad—. Además, el padre de Danilo ha estado con nosotros en todo momento.

—Muy bien —dijo Brunetti.

Lo cierto era que tanto hablar de barcas en la laguna empezaba a afectarle. Como si le hubiera leído el pensamiento, Paola intervino en la conversación:

—Raffi, ¿me ayudas a recoger?

El chico se levantó y entre los dos llevaron los platos adentro y dejaron a Brunetti solo en la terraza, donde satisfizo sus ganas de paisaje despejado. Aunque el panorama abarcaba sobre todo tejados y, de vez en cuando, lo obstruía alguna torre de campanario, la dulce promesa de que había regresado a un lugar seguro le calmaba el alma tanto como la vista.

Al cabo de unos veinte minutos, cuando Brunetti ya se había retirado al sofá del salón, se había quitado los zapatos y había apoyado los pies en la mesita baja, Paola salió de la cocina con un par de cafés. Raffi no había visto en qué estado había llegado su padre a casa, con lo que la experiencia de Brunetti en la laguna no había salido a colación durante la cena, y después el chico se había ido al cine con un amigo.

—Ya le he puesto azúcar —le informó Paola, y se sentó a su lado.

Se tomaron el café en silencio y a Brunetti, que durante toda una semana no había bebido más de un vaso de vino con la cena, no le apetecía nada más que el café; le sorprendía no querer ni siquiera una copita de *grappa*.

En un momento, durante ese largo silencio, decidió contarle a Paola todo lo que sabía y, a pesar de que tardó un buen rato, ella esperó a estar segura de que había terminado antes de hacerle ninguna pregunta.

—¿No te parece raro que le ocurra algo así a una persona que pasaba tanto tiempo en el agua?

—Rizzardi cree que debió de darse algún golpe en la tormenta. Tenía la soga del ancla enrollada en la pierna y lo arrastró al agua.

—Vaya. Lo siento mucho por su hija.

—Sí —contestó Brunetti, y apartó la tacita y el platillo hasta el otro extremo de la mesa.

Apoyó la cabeza en el sofá y reflexionó sobre los días que había compartido con Casati, sobre las pocas preocupaciones que había tenido. Ni por un segundo se había acordado del gesto impulsivo de Pucetti durante el interrogatorio con Ruggieri y tampoco había tenido noticias de sus compañeros de la *questura*.

—Ya te conté que me hablaba de sus abejas.

—Abejas —repitió Paola sin entonación alguna.

Brunetti asintió.

—Las tenía en las *barene* y en la laguna y salíamos a inspeccionar las colmenas.

—¿Para recolectar la miel?

—No. Todavía es demasiado pronto para eso: no se hace hasta el final del verano. Me contó que se le estaban muriendo —añadió al cabo de un momento.

—Ya —repuso Paola, y cerró los ojos para pensar—. He leído que está ocurriendo por todas partes y no saben cómo impedirlo, pero, si no iba a por la miel, ¿qué era lo que inspeccionaba? —preguntó.

—Íbamos a verlas y él recogía muestras.

—¿Muestras de qué?

—Pues una vez cogió unas cuantas abejas muertas y las metió en un tubito de plástico como los que se usan para las extracciones de sangre. Dijo que las enviaría a analizar.

—Una vez.

—Sí. Otra vez regresó a la barca con un tubo de lodo.

—¿Es posible que se mueran por culpa del cieno? —preguntó ella.

—Lo dudo —contestó Brunetti después de una pausa breve—. Me contó que la gente deja las colmenas en el mismo sitio a lo largo de generaciones: si fuese el lodo lo que las está matando, supongo que ya habría pasado hace mucho.

Paola cerró los ojos.

—¿Y quién iba a hacer los análisis? —preguntó al cabo de un rato sin abrirlos.

Brunetti, que había pasado más de una semana en la isla, contestó sin asomo de duda.

—Nadie de Sant'Erasmo, eso seguro.

—En ese caso, debió de enviarlas a alguna otra parte. ¿Cómo se envía algo desde Sant'Erasmo?

—Yendo a la oficina de correos, supongo.

Sin mediar palabra, Paola se levantó y se dirigió hacia el fondo del apartamento, a su despacho. Regresó unos minutos más tarde.

—En Sant'Erasmo no hay oficina de correos.

—¿Y qué harán entonces?

—Pues me imagino que irán a Burano, porque es la que está más cerca.

—Me pasaré por allí —resolvió, antes de habérselo planteado en serio—. Puedo parar allí de regreso a Sant'Erasmo.

—¿Piensas volver? —le preguntó Paola, incapaz de ocultar su sorpresa.

—En la isla lo único que saben de mí es que soy un pariente de Emilio que ha ido a pasar unas semanas a la casa.

Paola lo miró un buen rato y le agitó la mano delante de la cara.

—Tierra a *commissario* Brunetti. Tierra a *commissario* Brunetti. ¿Me recibe? ¿Me recibe, *commissario*? —preguntó con una voz como de otro mundo.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó él, aunque ya lo sabía.

—Quiere decir que ahora mismo todos los habitantes de la isla estarán enterados de lo ocurrido: saben que saliste con la lancha de la Capitaneria, que eres *commissario di polizia* y que llevaste el cadáver al hospital. Ya deben de saber hasta tu número de placa.

—Pienso volver de todos modos —insistió Brunetti.

—¿Crees que la gente hablará contigo?

—Sólo si piensan que no arriesgan nada al hacerlo y si yo expreso los sentimientos adecuados.

—¿Y qué sentimientos son éstos? —preguntó ella.

Brunetti necesitó un momento de reflexión.

—He pasado casi dos semanas con él, cinco o seis horas al día. Mientras estábamos en la laguna, hablábamos sobre muchas cosas. Aun así, no tengo la sensación de haber averiguado mucho de él, salvo que era un hombre decente y honorable. Y ahora me duele que haya fallecido.

—Vaya —contestó ella.

—Lo siento si no parece gran cosa —admitió Brunetti.

Paola se inclinó hacia él y le puso una mano en la rodilla.

—Me alegra que pienses eso de él.

Se recostó y le dio tiempo a su marido para hablar, pero a éste no se le ocurría nada más que añadir.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Él se arrellanó en el sofá y cruzó las piernas.

—Regresar y escuchar lo que la gente me cuente de él, indagar si había hablado con alguien más sobre lo que ocurría con sus abejas, intentar encontrar a una mujer y averiguar si envió algo desde la oficina de correos de Burano.

—¿Y de qué te servirá todo eso? —preguntó ella con verdadero interés.

—No tengo ni idea —admitió Brunetti—, pero espero que me ayude a comprender su muerte.

A las diez menos cuarto de la mañana del día siguiente, Brunetti ya estaba en el hospital. Esperó un momento frente a la entrada principal, pero entonces cayó en la cuenta: si Federica y su marido llegaban de Sant'Erasmo en el número 13, se bajarían en Fondamente Nove y entrarían al hospital por la parte de atrás o incluso por la entrada que estaba junto a la iglesia. Sabiendo cómo había reaccionado ella tras recibir la noticia, era reacio a llamarla y prefirió enviarle un mensaje de texto diciendo que los esperaba fuera del despacho del *dottor* Rizzardi, en la planta baja del área D, así evitaba tener que escribir «depósito de cadáveres», una expresión que odiaba y a la que la mayoría de las personas tenía miedo.

No había comprado el periódico porque se temía que, si estaba leyéndolo cuando ellos llegasen, les parecería descortés, así que se situó en la entrada del pasillo que conducía al despacho de Rizzardi y se entretuvo viendo pasar a la gente.

Pensó en la soga que se le había enredado en la pierna a Casati y eso le hizo acordarse del hombre cuando aún estaba vivo. Evocó al anciano y lo mucho que disfrutaba mostrándole las aves zancudas y los nidos que había en la laguna, con la auténtica explosión de vida que iban descubriendo a cada paso. Recordó también los polluelos de cigüeñuela y lo bien que se camuflaban para pasar desapercibidos entre los juncos y los tallos de hierba seca. Casati conocía los nombres y las costumbres de todos los pájaros que veían y había demostrado una infinita paciencia a la hora de enseñárselos al urbanita.

Se acordó de que uno de los primeros días en que salieron a remar le había preguntado por qué las abejas eran tan importantes para él. En aquel momento estaban arriba del todo del Canale Bussolaro y el final de la pregunta había quedado ensordecido por el estruendo aéreo de un avión que despegaba desde el aeropuerto que tenían a la espalda. Antes de contestar, Casati había esperado a que pasase el ruido: «Son lo único que me da esperanza, las abejas».

Entonces había dejado de remar y Brunetti había sacado el remo del agua y se había vuelto a mirarlo.

—Fíjate —le había dicho Davide señalando hacia la izquierda con la barbilla y, al ver que el gesto no transmitía lo que él quería, había descrito un arco amplio con la mano en dirección a tierra firme—. Por todas partes hemos construido y excavado y arrancado y hecho lo que hemos querido con la naturaleza. Y fíjate bien —había insistido después de volverse hacia la derecha y señalar la laguna—: esto también lo hemos envenenado.

Tenía el rostro crispado de rabia y había continuado con la voz estrangulada.

—Han hecho lo que les ha dado la gana con la naturaleza y nuestros hijos pagarán las consecuencias.

Brunetti había pensado de inmediato en el plan MOSE, el dique móvil que tanta gente creía que no funcionaría. No se le escapaba que la profecía de Casati incluía a sus propios hijos.

—Lo hemos envenenado todo. Todo se muere —había sentenciado el hombre antes de volverse hacia Brunetti.

Entonces, en mitad de aquel catálogo de desgracias, el viejo había suavizado la expresión y, al hablar de nuevo, su voz ya estaba en calma.

—Lo que pasa es que las abejas han tardado cincuenta millones de años, puede que más, en convertirse en lo que son. Mis reinas ponen dos mil huevos al día, Guido. Dos mil cada una de ellas, en todas las colmenas. Más que su propio peso en huevos. Piénsalo: eso todos los días. Así que, por mucho que nos apliquemos, jamás conseguiremos acabar con todas. Nos sobrevivirán a nosotros y a lo que nosotros les hemos hecho.

La sonrisa había desaparecido.

—Y también lo que yo les hice —había añadido en una voz tan baja que Brunetti sospechó que no quería que lo oyese.

—¿Y te dan esperanza? —le había preguntado al darse cuenta de que Casati había terminado.

—Sólo los buenos merecen tener esperanza —había respondido él como si fuera un profeta del Antiguo Testamento de la peor clase.

Entonces, para que no cupiese duda de que la conversación había finalizado, Casati había metido el remo en la *fórcola* y se había puesto a remar.

Sin motivo aparente, los pensamientos de Brunetti cambiaron de tercio y le vino a la mente el hombre del bar que había intentado hacer callar a su amigo cuando éste mencionó a «la mujer de Burano» a la que Casati había ido a ver. Se acordó también de la satisfacción masculina que había sentido porque el hombre hubiese encontrado una compañera. Sin embargo, ahora que esa satisfacción se había desvanecido, lo único que Brunetti quería era dar con ella.

El sonido de una voz femenina pronunciando su nombre lo devolvió a la realidad. Alzó la mirada y vio a Federica, vestida con una falda negra y una blusa gris, del brazo de un hombre alto con entradas pronunciadas y una nariz ancha que, después de rota, no le habían enderezado bien.

Se acercó a ellos y Federica se le abrazó. Brunetti se dio cuenta de que ella se echaba a llorar y no la soltó hasta que se serenó y pudo deshacer el abrazo, aunque sin mirarlo a la cara. El *commissario* le ofreció la mano al hombre, que se la estrechó con dos o tres sacudidas y se presentó. Era Massimo. Después de eso, rodeó a Brunetti y cogió a su esposa del brazo con un gesto protector que no denotaba posesión.

—¿Podemos verlo? —preguntó Massimo.

—Sí —respondió Brunetti—. Este pasillo lleva a la sala. Después, si está disponible, podemos ir a hablar con el *dottor* Rizzardi.

—¿Es el forense? —quiso saber el marido de Federica.

—Sí. Es un buen hombre —añadió Brunetti, y enseguida se preguntó qué más les daría eso a ellos.

Los condujo por el pasillo y se detuvo delante de la puerta que tantas veces había visto. Llamó y les abrió el ayudante. Sin embargo, a diferencia del día anterior, el hombre se hizo a un lado de inmediato y permitió que Brunetti acompañase a los otros dos visitantes a la pequeña sala donde llevaban a los familiares y amigos para identificar a sus fallecidos. Cuando entraron, musitó algo casi inaudible.

La estancia era tan fría como la recordaba el *commissario*, una temperatura sorprendente para estar en el mes de julio. Las paredes estaban pintadas de un color gris neutro y el suelo estaba cubierto de enormes losas de pizarra que a Brunetti

siempre le habían recordado, por desgracia, a lápidas.

En el centro había una camilla con ruedas. La única ventana daba a un patio en el que una palmera crecía bajo la sombra protectora de un pino. Quería observar los árboles, pero tuvo que mirar la silueta tapada que dominaba la sala. Ahí estaba la nariz y, al otro extremo, los pies.

El ayudante se acercó al cadáver y colocó ambas manos sobre la parte de la tela que cubría el rostro.

—*Signori* —les avisó con voz suave—, voy a descubrirle la cara. Me gustaría que me dijiesen si se trata de Davide Casati.

Federica y su marido asintieron en silencio. Ella se abrazó a sí misma, como si con eso quisiera aumentar un poco la temperatura de la sala. Massimo le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

El ayudante levantó la tela. Casati tenía los ojos cerrados, por fin, y la frente cubierta con una especie de gorro de panadero. Consciente de que era para ocultar la incisión, Brunetti esperó que sus familiares no conociesen ese detalle.

Federica se puso tensa y enterró el rostro en el pecho de su marido, que tosió una vez antes de responder.

—Sí, es Davide Casati.

—Gracias —contestó el ayudante antes de cubrirle el rostro de nuevo.

Brunetti lo miró y éste señaló la puerta con una inclinación de la cabeza. Federica y Massimo dieron media vuelta y se dirigieron hacia allá, seguidos de Brunetti. El ayudante consiguió llegar antes que ellos y abrió la puerta para dejarlos salir. Brunetti esperó a que estuviesen fuera y, cuando ya caminaban por el pasillo, le preguntó al ayudante:

—¿Pueden hablar con el *dottore*?

—Lo siento, pero acaba de empezar otra autopsia. Es un niño —añadió antes de que Brunetti tuviera ocasión de protestar—. Le extirparon las amígdalas hace tres días y ayer le dieron el alta.

—¿Y ha fallecido? —preguntó con la esperanza de no haber oído bien.

—Sus padres se lo encontraron muerto anoche.

—Qué horror —se lamentó Brunetti.

El joven asintió.

—Le han pedido que la haga de inmediato: necesitan respuestas.

Se preguntó a quién se refería: ¿a los padres o a los doctores? ¿A la administración del hospital, a la policía? Querido Jesús, haz que no les pase nada a mis hijos. Sabía que ésa era una superstición primitiva de la peor clase, que esa plegaria silenciosa no tenía sentido ni podía servir de nada, pero no había podido evitar recitarla. Y que esto no destrozase a los padres, añadió, pese a que sabía que era inútil.

Se reunió con Federica y su marido.

—El *dottor* Rizzardi está ocupado y no puede veros.

Pensó que sería mejor no dar explicaciones, dadas las circunstancias.

—¿Eso quiere decir que no van a darnos información? —exigió saber ella, cariacontecida—. ¿Nadie va a decirnos qué pasó?

—Ayer tuve una breve conversación con él.

Los llevó al patio, al extremo por donde transitaba menos gente. Se sentó en la tapia baja, les pidió que tomasen asiento a su lado y se inclinó hacia delante para verlos a ambos y contarles lo que Rizzardi había deducido: al parecer, la tormenta había atrapado a su padre y la soga del ancla se le había enredado en la pierna y lo había arrastrado al agua.

Brunetti miró a Massimo, que estaba a su lado y en ese momento analizaba lo que les estaba diciendo desde la experiencia de un hombre que, a buen seguro, se había visto solo en la laguna, rodeado de lluvia y de un viento ensordecedor. Lo habitual era que las sogas se agitasen con frenesí en el fondo de la barca, y casi cualquier cosa era susceptible de que una ráfaga de viento fuerte la lanzase por la borda. El *commissario* vio que asentía con la cabeza, admitiendo esa posibilidad.

Federica, que había entrelazado los dedos y se los había metido entre las rodillas, miraba el suelo sin decir nada. Brunetti se fijó en su perfil, en cómo tensaba la boca y la relajaba y la tensaba de nuevo y volvía a relajarla tratando sin éxito de comprender, o tal vez de imaginar, la escena. Su mano izquierda escapó de su regazo y se aferró a la de su marido.

—¿Te contó algo mientras estabais en la laguna? —le preguntó a Brunetti.

—Hablamos mucho, Federica. Todos los días estábamos a solas durante horas.

—Ya lo sé —repuso ella cortante—. Me refiero a si te contó alguna cosa inusual, algo extraño. —No había apartado la vista del suelo.

Lo único que le venía a Brunetti a la cabeza eran las veces que Casati había hablado sobre sus abejas y sobre el daño que se había hecho en la laguna, pero tenía la impresión de que sus almas habían intimado tanto durante esos largos días que nada de lo que el hombre hubiese dicho le resultaba extraño.

—No —respondió al final.

—¿Dijo algo de mi madre?

—Lo suficiente para darme a entender que la echaba muchísimo de menos, nada más.

—Que la echaba muchísimo de menos... —repitió Federica.

Se irguió. El cuerpo de Massimo estaba entre los dos y, cuando habló de nuevo, Brunetti no le vio la cara.

—Bueno, pues ya no —sentenció despacio y con voz desolada.

Massimo volvió la cabeza hacia ella de golpe.

—Fede, tú le dijiste que ni se le ocurriese —le recordó él al cabo de un momento.

—Sí, pero él quiso ir igualmente —respondió ella con una desesperación que dejó a Brunetti boquiabierto.

Federica se levantó y Massimo se puso en pie como si una corriente eléctrica los hubiese alcanzado a ambos a la vez. Se mordió el labio inferior y se tapó la boca con la mano derecha.

—Pobre hombre, pobre hombre.

Massimo le tendió la mano a Brunetti y se la estrechó.

—Gracias por tu ayuda.

Federica, sin fijarse mucho en lo que hacía, se secó las lágrimas con la mano y después se agarró del brazo de su marido con fuerza.

—Nos vamos.

—¿Queréis que os acompañe al barco? —preguntó Brunetti.

—No —respondió ella de inmediato—. Creo que preferimos estar solos.

Dio media vuelta y, con su marido al lado, echó a andar hacia la puerta que llevaba a la salida principal. Tras unos pasos se detuvo y se apoyó en Massimo, que la rodeó con los brazos y la estrechó un rato, al cabo del cual ella se secó las lágrimas y continuaron caminando. Brunetti los vio marcharse. Acababa de decidir que regresaría a Sant'Erasmo al día siguiente.

No se le ocurrió mejor modo de ocupar el tiempo que ir a dar un paseo largo y sin rumbo que duró hasta la tarde; luego regresó a casa y durmió la siesta. Después de cenar, le explicó a Paola la escena que había vivido en el hospital e intentó que ella comprendiese la incertidumbre que sentía. Continuaban sentados a la mesa con los platos apilados junto al fregadero, tomando café.

—Todo lo que ha ocurrido es tan gris... —admitió al final—. Puede que haya sido un accidente, porque tropezar con la soga enrollada sería fácil. Acuérdate de que hace un par de años le pasó a uno de los tripulantes de un *vaporetto* y la cuerda se le llevó la pierna entera.

Sabía que recordar esa anécdota no servía de nada, porque todos los accidentes eran distintos entre sí y no existía ninguna conexión.

—Federica quería saber si Davide me había explicado alguna cosa rara —le relató Brunetti—. Y también si hablaba de su madre. Si llegas a oírle la voz cuando me ha dicho que ya no la echaría de menos, créeme, se te habría erizado el vello. Sólo eso ya ha sido mucho más raro que cualquiera de las cosas de las que me haya hablado Casati.

Si la desesperación tenía voz, no dudaba de que ésa era la que Federica había usado en aquel instante. Y si la muerte de su padre era resultado de su propia desesperación, tenía motivos para emplearla.

—Podría significar varias cosas —comentó Paola.

Brunetti estaba de acuerdo.

—Ayer, antes de encontrarlo, fui al bar del otro extremo de la isla y hablé con unos hombres que él conocía. Uno de sus amigos mencionó que había ido a visitar a una mujer de Burano, pero otro de ellos enseguida desvió la conversación. No fue nada obvio, pero noté que había algo que preferían que no supiese un extraño. Fue un desliz, nada más, y en ese momento no le presté mucha atención, pero las islas son pequeñas y allí no hay secretos.

Dejó la taza sobre la mesa y se puso en pie.

—Si se veía con esa mujer, al menos sería una señal de vida, de estar vivo.

—Claro, pero entonces la hija debería sentir celos en lugar de desesperación, ¿no crees? —preguntó Paola—. ¿Te parece que eso es mejor?

—Sí —declaró Brunetti—. Mil veces mejor.

—¿Me permites que diga algo horrible?

La pregunta lo sorprendió.

—Dime.

—Las reacciones más interesantes son las más espontáneas.

—Pero estamos hablando de la vida, no de un libro —protestó Brunetti, fingiendo que su comentario no lo había irritado.

—Lo que tú digas, Guido —respondió Paola.

Al día siguiente, Brunetti llamó a Vianello al *telefonino* a las ocho de la mañana y le pidió por favor que avisase en la oficina de que estaba enfermo y quedase con él en el embarcadero de Fondamente Nove a las nueve y media para acompañarlo a Burano.

—Sin uniforme, supongo —respondió el inspector.

—Eso es. Sólo vamos para hacer unas preguntas.

El número 12 tardó más de media hora en llegar hasta Burano y, durante el trayecto, Brunetti le relató lo que le había ocurrido a Casati y lo que habían estado haciendo antes de su muerte. Le habló también de cómo se estaban muriendo las abejas y de lo mucho que esto inquietaba al hombre, que había tomado muestras de los insectos muertos. Vianello siguió la narración con atención, cabeceando a medida que iba descubriendo el patrón según el cual habían transcurrido los días de Brunetti.

A mitad de la historia, el *commissario* se percató de que los argumentos no eran sólidos, al menos como excusa para haberle pedido a Vianello que fuera con él hasta Burano. Así que confesó.

—Había pasado gran parte de su vida a bordo de una barca y me cuesta creer que fuese tan descuidado. Por eso quiero excluir la posibilidad de que... De que se reuniese con su esposa por deseo propio.

—Entonces, si averiguas que había conocido a una mujer —aventuró Vianello—, ¿te bastaría con eso?

—Sí, y a tu hija también, espero —contestó Brunetti—. O a lo mejor es que yo quiero saber más de él —añadió al ver que Vianello no respondía.

Y al decir esas palabras se dio cuenta de que Casati había sido el único hombre con el que su padre jamás había discutido, el único al que siempre había considerado su amigo. Sin embargo, eso no podía decírselo ni siquiera a Vianello.

—Bueno, pues vamos allá. Además, siempre me ha gustado Burano —afirmó el inspector.

Brunetti asintió.

—¿Qué ha pasado con Ruggieri? —preguntó, incapaz de evitarlo.

—Ahora dice que se acuerda de haberle dado a la chica dos aspirinas. Que ella le había dicho que le dolía la cabeza y que él le contestó que siempre lleva aspirinas a las fiestas, por si le hacen falta.

Vianello no podría haber empleado un tono más objetivo.

—Vaya, qué bien que haya recordado un dato tan conveniente —observó Brunetti.

—Los que lo vieron dándole algo a la chica ahora dicen que tal vez fuese una aspirina. Ya no están tan seguros.

—¿Entonces?

—Entonces es muy probable que con eso se acabe el asunto —respondió Vianello, y no dijo nada más.

Brunetti miró por la ventana del *vaporetto* y vio que estaban pasando frente a Mazzorbo. Las cosas pasaban. Al final, como Brunetti bien sabía, todo acababa pasando.

—¿Qué quieres hacer al llegar? —preguntó Vianello al oír que el motor del barco se ralentizaba—. ¿Buscar a la mujer?

—Eso lo haremos más tarde —respondió Brunetti—. Primero me gustaría ir a la oficina de correos y comprobar si Casati enviaba las muestras desde allí.

El barco atracó, lo amarraron al muelle y el primer turno de turistas del día desembarcó en busca del encaje de Burano hecho en Indonesia y del cristal de Murano fabricado en China, seguros de que en una auténtica isla veneciana conseguirían los productos de verdad. Y, además, a mejor precio que en la ciudad.

Brunetti vio una cafetería a mano izquierda y entraron. La mujer de detrás de la barra los recibió con una sonrisa y les preguntó qué querían. Ambos tomaron un café y un brioche casero por el que la felicitaron y, cuando hubieron acabado, Vianello sacó un billete de veinte euros de la cartera.

—¿Podría decirme dónde está la oficina de correos, *signora*? —preguntó mientras esperaba el cambio.

—No me diga usted que los pobrecitos de Castello no tienen una en el barrio —respondió ella, que había acertado de pleno con el acento del inspector.

—Hay una en Via Garibaldi, *signora*, y también puedo ir a la de Sant'Elena si lo prefiero —contestó él con cara de póquer y exagerando su acento de Castello para que ella supiese que había entendido la broma.

—Es muy fácil llegar. ¿Saben dónde está Da Romano?

—Sí.

Vianello había comido allí muchas veces y siempre bien.

—Giren al llegar a la calle que hay justo antes y, después de cruzar el puente, estarán delante. Abren hasta las dos. —Le devolvió el cambio con una sonrisa y los dos policías se marcharon del bar.

La oficina de correos estaba en Rio Terranova, entre una *tabaccheria* y una tienda donde vendían máscaras y demás recuerdos. Al entrar encontraron un mostrador amplio de madera y a dos mujeres sentadas detrás. Delante de la primera había dos ancianos, y dos ancianas delante de la segunda. Brunetti echó un vistazo en busca de un despacho y justo enfrente de la entrada vio una puerta abierta.

Dentro había un hombre de pelo cano más o menos de su edad, sentado a una mesa; en plena conversación telefónica, no parecía muy contento de lo que oía. Cuando vio a Brunetti y a Vianello les hizo un gesto con la cabeza y levantó la mano para indicarles que los atendería en cuanto acabase la llamada.

—Pero la oficina tiene que estar abierta hasta las dos, *direttore* —le oyeron decir antes de apartarse de la puerta—. Es imposible reducir el horario.

No había aire acondicionado, sólo un ventilador grande en el techo que removía el aire de un lado a otro sin alterar la temperatura.

Mientras esperaban, contemplaron a los ancianos cobrar las pensiones o pagar las facturas, a Brunetti le sorprendió lo lentas que eran las transacciones. A ambos lados del mostrador se llamaban por el nombre de pila y se notaba que allí todo el mundo se conocía desde hacía mucho tiempo. Había incluso un gran parecido en la vestimenta y en la forma del cuerpo y daba la sensación de que todos podían ser miembros de la misma familia. Al cabo de diez minutos, una de las ancianas aún seguía allí.

En cuanto Brunetti vio al hombre asomarse al quicio de la puerta y hacerles un gesto para que pasaran, fue hacia allá y, desde más cerca, distinguió el contorno suave y redondo de su rostro, además de la carne que se le acumulaba en la papada y que pronto se revelaría como una entidad independiente. Llevaba una camisa de manga corta y una llamativa corbata muy ancha con la que trataba de ocultar la hilera de botones a punto de reventar. Al llegar a su escritorio, el hombre dio media vuelta.

—¿En qué puedo servirles, *signori*? —les preguntó.

—Encantado de conocerlo, *signor* Borelli —lo saludó Brunetti, que acababa de leer el cartel que había a la izquierda de la puerta.

Le estrechó la mano y le dio su nombre y su rango antes de presentar a Vianello.

—Hemos venido para hablar de uno de sus clientes —explicó el *commissario*—. Bueno, un antiguo cliente —se corrigió en voz más baja.

—Dígame —lo instó el hombre, que al parecer no había relacionado la descripción con el fallecimiento de Casati.

—Davide Casati.

—Vaya... —suspiró Borelli—. Sí, ya me he enterado. Pobre hombre.

—¿Lo conocía?

—Es posible —contestó, para sorpresa de Brunetti—. Aquí veo a mucha gente y reconozco a la mayoría, pero no por el nombre. Si venía a menudo, las señoras del mostrador lo conocerán: ellas son las que tienen contacto directo con los clientes.

—En ese caso, me gustaría hablar con ellas —pidió Brunetti—. Si puede ser.

—Eso está hecho —respondió el director de camino hacia la puerta.

La última clienta había desaparecido y las dos mujeres charlaban amigablemente.

El director se dirigió al mostrador y habló con la de la izquierda, que parecía mayor que la otra.

—Maria, estos caballeros quieren hablar contigo y con Dorotea sobre un señor que tal vez fuese uno de nuestros clientes.

Eso les llamó la atención a ambas y miraron a Brunetti y a Vianello para ver de qué podía tratarse.

—Estaré en mi despacho —dijo el *signor* Borelli sin dirigirse a nadie en particular.

Saludó a ambos policías con la cabeza, pero no hizo ademán de estrecharles la mano ni de explicar a sus empleadas quiénes eran, sino que entró en su despacho y esta vez cerró la puerta.

Las mujeres se fijaron en Brunetti y después en Vianello. La mayor de las dos apartó un montón de papeles a la derecha, como si tener la mesa despejada fuese a ayudarla a responder a las preguntas. La que se llamaba Dorotea continuó mirándolos, intentando decidir quién estaba al mando. Para ponérselo más fácil, Vianello dio un paso atrás y dejó a Brunetti al frente.

—Se trata de Davide Casati —dijo el *commissario* a modo de introducción.

Era evidente que ambas reconocían el nombre.

—¿Alguna de ustedes lo conocía? —preguntó, hablando como si fuese un agente de seguros o un amigo de la familia.

La más joven levantó la mano con timidez, como una alumna de primaria que sabe la respuesta pero tiene miedo de hablar antes de que la maestra se lo pida.

—¿Usted, *signora*? —preguntó Brunetti con su voz más suave.

—Sí —contestó ella después de carraspear.

—¿Era cliente de esta oficina?

—Sí.

Entonces vaciló, como dando a entender que aquella respuesta era sólo la mitad de lo que quería expresar y que Brunetti tendría que hacer más preguntas para conseguir el resto de la información.

—¿Lo conocía sólo como cliente?

—No.

—¿Y le importaría decirme de qué lo conocía, *signora*? —preguntó Brunetti, que inclinó la barbilla y sonrió para mostrar una curiosidad inocente.

—Fui al colegio con el nieto de su hermano —le explicó—. De pequeña.

—Ah, claro, claro.

Brunetti reaccionó a esa coincidencia con una amplia sonrisa.

—Las islas están muy próximas.

La observación del *commissario* podía referirse a la geografía, pero también podía ser un comentario sobre el hecho de que allí todo el mundo se conocía y estaba al tanto de los asuntos e intimidades de los demás. Asintió con satisfacción y se dio cuenta de que ella empezaba a relajarse.

—Sí, se casó con una amiga de mi hermana —añadió, como si le hubiera preguntado por su amiga, no por Casati.

—Vaya —contestó Brunetti, y se armó de paciencia—. Pero ¿al *signor* Casati lo conocía?

La mujer miró a su compañera con evidente angustia y ésta debió de entender que estaba pidiéndole que respondiese por ella.

—Dorotea se ocupa de los paquetes, por eso lo conocía. Yo, de las pensiones.

Entonces, como si tuviera miedo de que la acusasen de haber ocultado información, añadió:

—Bueno, las dos podemos encargarnos de las pensiones. —Colocó la palma de la mano sobre la pila de documentos, como haciendo un juramento.

—Eso, paquetes —aprovechó Brunetti, y volvió a dirigirse a Dorotea—: Entonces, si él recibía o enviaba algún paquete, ¿la persona que lo ayudaba era usted?

Antes de acabar de formular la pregunta fue consciente de que le haría falta recorrer el país a lo largo y ancho para encontrar a otra persona que plantease la cuestión de esa manera para referirse al servicio que dispensaba el Ufficio Postale. Sin embargo, la mujer sonrió y asintió, así que quizá ella sí tuviera esa visión de su trabajo.

—Sí, lo atendí varias veces —respondió con orgullo.

—Vaya —fue la expresión cortés de sorpresa de Brunetti—. Entonces, ¿el *signor Casati* recibía muchos paquetes?

—No, pero envió alguno, sobre todo estos últimos meses.

Miró a su compañera, que le dio su aprobación con un cabeceo, y continuó con tono confidencial:

—Me dijo que había intentado enviarlos con DHL, pero que después de pasar media hora al teléfono sin conseguir hablar con nadie había desistido y había decidido acudir a nosotras.

—Bueno, bueno... —musitó Brunetti—. ¿Eran muy grandes las cosas que mandaba? —preguntó como si hubiera recordado de pronto que hablaban de envíos.

—No, pequeñas. Menos de medio kilo. Y cuando el paquete es así de pequeño sale mucho más barato con nosotros que con DHL. Y casi siempre tardamos lo mismo que ellos —añadió aprisa, tal vez con la esperanza de que Brunetti llevase algo pequeño en el bolsillo que quisiera enviar.

El *commissario* asintió a modo de agradecimiento por el ofrecimiento implícito y, al mismo tiempo, se preguntó en qué país debían de analizar insectos y tierra.

—¿Eran ésos los que enviaba a Alemania?

—No, a Suiza —contestó ella—. A la universidad de... empieza por ele... pero no es Lugano.

Miró el mostrador, como tratando de visualizar el sobre. De pronto le brotó una sonrisa.

—Lausana.

Su compañera Maria intervino como si ya no aguantase más.

—Lo que le ha ocurrido es terrible. Descanse en paz —añadió al cabo de un momento, ajustando el tono de su voz a un rango apropiado para hablar de náufragos o de víctimas de enfermedades mortales.

Brunetti bajó la mirada al suelo y, junto con Vianello, respetó los segundos que el decoro concedía a los recién fallecidos.

Mientras guardaban silencio, entraron dos personas; debían de tener su edad y era evidente que se trataba de una pareja. Pagaron tres facturas y se marcharon sin apenas decir nada, tal vez incómodos por la presencia de los dos desconocidos.

—¿La universidad le envió algo alguna vez? —preguntó Vianello.

Dorotea respondió de inmediato.

—No, a él no.

El inspector sonrió ante las evasivas.

—En ese caso, ¿a quién?

Dorotea se volvió hacia su compañera y se miraron con la misma expresión que compartirían dos personas que acaban de darse cuenta de que han metido los pies en arenas movedizas.

—Pues... —empezó a decir Dorotea—. O sea...

Miró a Maria, más veterana que ella, como pidiéndole ayuda para salir de aquel entuerto.

—Han llegado unas cartas de la misma universidad, con solicitud de acuse de recibo, pero eran para... una persona que el *signor* Casati conoce —explicó—. Bueno, conocía —se corrigió enseguida.

Brunetti decidió permitir que se tomase su tiempo para contarle, como si las cartas fuesen un detalle de índole menor que le interesase poco. Dejó pasar unos instantes.

—Patrizia Minati —reveló al final.

Pero antes de que pudiera continuar, Maria la interrumpió para aportar un dato que debió de parecerle interesante:

—Es una mujer divorciada.

Brunetti la miró con complicidad, o al menos eso intentó: una mezcla entre reprobación y curiosidad morbosa. Pero entonces le vio la cara a Vianello y se dio cuenta de que sus esfuerzos habían caído en saco roto y se concentró de nuevo en Dorotea.

—¿Vive aquí? —preguntó Vianello como si a duras penas hubiese conseguido morderse la lengua y no exclamar que cómo se atrevía.

—Donde la iglesia —apuntó Maria, como si aquel libertinaje geográfico agravase la ofensa de ser una mujer divorciada.

—¿No hay reparto de correo en Sant'Erasmo? —preguntó Brunetti al comprender que Maria no diría nada más.

—Claro que sí. Pero las cartas iban a nombre de ella, no al de él. Pero venían de la misma universidad —añadió por si no había atado cabos— y tenían que ser para él.

Y ahí lo dejó.

—Yo diría que sí, sin duda —opinó Vianello con evidente respeto por su agudeza.

Brunetti notó que las mujeres se inquietaban.

—Bueno, muchas gracias a las dos. Nos han sido de gran ayuda.

Eso les hizo esbozar sonrisas de satisfacción y los policías aprovecharon el momento para despedirse.

Una vez fuera, el *commissario* vio que el inspector estaba ocupado con el iPhone.

—¿Estás buscando la dirección?

Vianello asintió con la cabeza y pulsó más teclas. Por su parte, Brunetti se dejó llevar por su desconfianza en la tecnología en general y en Telecom en particular y llamó a la *signorina* Elettra.

—Buenos días, *commissario* —respondió ésta—. Qué alegría me da saber de usted después de tantos días. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Podría buscarme la dirección de una tal Patrizia Minati, en Burano?

—Por supuesto —respondió ella con amabilidad—. ¿Quiere esperar?

—Sí —dijo, y miró a Vianello, que todavía tecleaba en el móvil.

Brunetti observó las casas de su alrededor: pintadas de colores llamativos y chabacanos que le destrozaban la vista tratando de disputarse su atención. A nadie se le ocurriría vestirse con esos colores. A los niños, quizá, o a los locos. Un rojo que le trajo a la memoria los caramelos envenenados que les vendían a los niños en el Londres victoriano; un verde como los campos de Irlanda; un azul que el cielo jamás se atrevería a lucir. Pero mientras lo pensaba se dio cuenta de que los pescadores, que pasaban todo el día mirando el mar —azul o gris o algo intermedio— y al cielo —donde o bien había nubes o no las había—, agradecerían que los recibiese tanto color. Aunque fuese aquella locura excesiva.

—¿Sigue ahí, *commissario*? —preguntó la *signorina* Elettra.

—Sí —respondió él.

—Calle del Turco, al final. Es la última casa a mano derecha. Según *Calli, Campielli e Canali*.

—¿Le importaría comprobar si hay algo que deberíamos saber de ella?

—Ya estoy en ello, *dottore*.

—Muy bien, y échele un vistazo también a Davide Casati.

—¿El hombre que ha fallecido?

—Sí. Me interesa cualquier cosa que encuentre. Problemas con nosotros —aunque dudaba mucho de que los hubiera—, historia laboral, historial médico —enumeró—. Ya sabe a qué me refiero.

—Claro, *signore*. ¿Lo mismo sobre la *signora* Minati?

—Por favor.

—Voy a ello —dijo la *signorina* Elettra, y colgó.

Justo en ese instante, Vianello lo miró y negó con la cabeza.

—Nada —se lamentó—. Tendremos que acercarnos a la iglesia y preguntar a la gente.

—Calle del Turco —soltó Brunetti sin poder evitarlo—. La última casa de la derecha.

La expresión de Vianello le dio risa. En cambio, el inspector tardó un momento en recuperarse.

—Esa chica debería ser la alcaldesa —afirmó cuando consiguió salir de su asombro, pero enseguida rectificó—: No, de hecho, sería un desperdicio. Hasta un chimpancé podría ser alcalde.

Brunetti pensó en la política local.

—Ni que lo digas —repuso, y entonces pasó a temas más serios.

En Burano nada queda lejos, así que enseguida estuvieron al otro lado de la isla, cerca de la iglesia de San Martino. Siguiendo el mapa que les había proporcionado el *telefonino* de Vianello, atajaron por Campiello San Vito y cruzaron un puente. Giraron a la derecha, después a la izquierda y por último hacia una calle estrecha y se encontraron frente a la puerta de la última casa. El apellido Minati aparecía junto al timbre del primer piso. El edificio estaba pintado de un amarillo impactante y parecía tripolar: los postigos de la planta baja estaban cerrados y daba la impresión de que nadie los había abierto desde hacía años, mientras que en el primer piso había macetas llenas de flores en todas las ventanas y cortinas de lino almidonado que se mecían con la brisa, y el piso de la planta superior tenía el aspecto marchito de una casa vacía. La madera de los postigos estaba seca y agrietada como la de un tronco que lleva años varado en una playa y en los canalones de metal crecían hierbajos.

Llamaron al timbre, esperaron y llamaron de nuevo. Al cabo de poco, oyeron el arrastre de las anillas al abrir las cortinas y una mujer unos años más joven que Brunetti y con el pelo de color cobre oscuro se asomó a la ventana.

—¿Sí?

Los miraba con las manos apoyadas en el alféizar y los brazos rectos.

—*Signora*, soy el *commissario* Brunetti —se presentó, y señaló a Vianello—. Y éste es el *ispettore* Vianello, mi ayudante.

—¿Brunetti?

—Sí —respondió él, y dio un paso atrás para poder mirarla sin lastimarse el cuello

—. ¿Es usted la *signora* Minati?

Ella lo confirmó.

—¿Son policías? —les preguntó.

No parecía cómoda con la idea. Brunetti asintió, aunque tenía la sensación de que tal vez la mujer no hubiese visto el gesto desde arriba.

—¿A qué vienen? —preguntó con curiosidad y algo nerviosa.

—Prefiero que lo hablemos dentro, *signora*.

—Vaya.

Alzó las manos y con una de ellas se peinó el cabello: una nube rizada que le rodeaba la cabeza.

—¿Y si no quiero dejarle pasar, *signore*? —preguntó al final.

Era una pregunta real que precisaba una contestación.

—En ese caso, podríamos continuar hablando de este modo —contestó Brunetti con cortesía.

Echó un vistazo a los edificios circundantes y en ninguno se apreciaba actividad, así que retrocedió hasta el otro lado de la calle y apoyó la espalda en la fachada del edificio de enfrente. Pensó que por él no había inconveniente, aunque mantener el cuello en ese ángulo ya estaba resultándole incómodo y tenía claro que tarde o temprano empezaría a dolerle.

—Vale, vale —accedió ella, y se apartó de la ventana.

Un momento después, la puerta se abrió de golpe y entraron. La escalera era estrecha, los peldaños estaban desgastados y la única ventana se abría al descansillo que había al final del primer tramo de escalones. Giraron y continuaron por el segundo. La mujer los esperaba arriba, junto a la puerta abierta.

—¿Llevan identificación, caballeros? —les preguntó.

Hasta entonces, Brunetti no le había detectado ese temblor en la voz. Desde fuera, el ángulo y la distancia le habían impedido verla con claridad, pero al llegar al rellano de su vivienda comprobó que su cara reflejaba la tensión de su voz. Estaba muy delgada, era casi tan alta como él y tenía los ojos oscuros y rodeados de las arrugas que provocan los largos periodos de exposición al sol.

Sin moverse de allí, le entregaron sus placas. Ella las estudió con atención y levantó la vista para observarles el rostro y compararlo con el de las fotos. Entonces les devolvió la documentación y, con la voz más relajada, les dio las gracias. Entró en la casa y les indicó que pasasen.

Brunetti vio cuatro butacas blancas alrededor de una mesita baja de patas anchas hecha con lo que parecía un postigo tallado y que debía de provenir de Oriente Medio. En una de las paredes había hileras de documentos en caligrafía árabe en marcos altos y estrechos; dos de ellos rematados por lo que parecía una firma extravagante. En otras dos paredes había páginas enmarcadas de diferentes tamaños: una selección de escritura amanuense árabe. En la única pared que no estaba conquistada por el mundo árabe, había libros.

—Son preciosos —comentó Brunetti, y se acercó a echar un vistazo a uno de los documentos enmarcados—. ¿Qué son?

—Documentos del registro de la propiedad —explicó ella—. Las demás son páginas del Corán.

—¿Y de dónde los ha sacado?

—Viví varios años en Uzbekistán y en la oficina municipal del pueblo donde trabajaba había registros de siglos pasados. Cuando decidieron deshacerse de ellos, nadie se interesó por los documentos, así que les pedí una caja y no tuvieron inconveniente en regalármelos. La caligrafía siempre me ha parecido muy hermosa —añadió mirando hacia el otro lado de la habitación.

—¿Dónde trabajaba? —preguntó Brunetti sin hacer caso del último comentario.

Advirtió que Vianello recorría las piezas una a una, estudiando la escritura, y para eso se acercaba y se alejaba de los documentos para verlos con nitidez.

—Para la FAO —respondió ella, nombrando a la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, pero sin dar más explicaciones.

—¿Y qué hacía para ellos? —preguntó Brunetti.

—Era edafóloga.

—¿Qué significa? —los interrumpió Vianello con auténtica curiosidad.

Había dejado de observar los documentos para centrarse en ella. Si a la *signora* Minati le sorprendía aquella doble inquisición, no lo demostró.

—Significa que analizaba muestras de suelo para ver qué nutrientes contenía. O cuáles le faltaban. También determinaba el contenido salino.

—¿De la tierra? —preguntó el inspector.

—Sí.

Miró a Vianello y, al ver que asentía, continuó.

—Cuando averiguábamos qué le sobraba o qué le faltaba, la FAO buscaba una forma natural de recuperar el equilibrio del suelo mediante la rotación de cultivos o plantando algunas variedades que moderasen el nitrógeno de la tierra. También animaba a los granjeros a utilizar menos pesticidas y abonos químicos.

La señora Minati sonrió y Brunetti notó que se relajaba aún más.

—Intentaba convencerlos —continuó con cara de póquer— de que las boñigas de vaca eran lo mejor.

Vianello se echó a reír.

—Mi tío abuelo siempre decía que las de caballo eran aún mejores.

—¿Era granjero?

—Sí, de joven. Como casi todo el mundo en Friuli.

—Qué interesante.

Mientras los dos charlaban, Brunetti se había colocado detrás de una de las butacas.

—Será mejor que nos sentemos —propuso la *signora* Minati al verlo.

—*Signora*, si me permite la pregunta, ¿cuándo estuvo usted en Uzbekistán? —preguntó el *commissario* en cuanto tomaron asiento.

—Regresé hace diez años. En total, allí estuve tres, en el fin del mundo, cerca del mar de Aral, en un pueblo llamado Moynaq —explicó con una leve sonrisa—. Teníamos electricidad, pero poco más, y ni siquiera en eso podíamos confiar.

—¿Cómo analizaba las muestras? —preguntó Brunetti—. ¿Tenía un laboratorio?

Ella estaba sentada con las manos en el regazo y prestaba mucha atención a sus preguntas. Sin embargo, no quiso responder a la última.

—Antes de seguir, me gustaría que me explicasen por qué están interrogándome sobre mi trabajo. Los únicos que han mostrado tanto interés —añadió al ver que Brunetti no contestaba— eran del servicio secreto uzbeko. Vinieron a Moynaq a hablar conmigo.

—Debería haber empezado preguntándole si conocía a Davide Casati —aclaró el *commissario*, y observó cómo reaccionaba ella a la mención del nombre.

La *signora* Minati no mostró sorpresa alguna. De hecho, lo miró y sonrió, y se le marcaron más las patas de gallo.

—Estaba esperando a que me preguntase por él.

Se volvió y fijó la vista en el suave bamboleo de las cortinas.

—Era un buen hombre.

—¿Lo conocía mucho? —preguntó Brunetti.

—Al menos lo suficiente como para darme cuenta de eso. Supongo que a usted le ha ocurrido lo mismo, *commissario*, puesto que ha pasado la mayor parte de las últimas dos semanas remando con él. A no ser que Brunetti sea un apellido mucho más común de lo que yo pensaba.

Tuvo la cortesía de sonreír de nuevo para disipar las sospechas de Brunetti de que le hubieran colocado un microchip en la oreja sin él saberlo.

El *commissario* dejó pasar un instante.

—¿Le importaría hablarme de la naturaleza de su relación?

—¿«Relación»? —repitió ella con énfasis irónico.

—Sí.

—Yo le hacía favores y él me daba pescado.

Por primera vez, mostró exasperación por las preguntas.

—¿Qué clase de favores?

—Eso, *commissario*, ya debería usted saberlo —contestó ella de manera cortante—. Le vio recoger las muestras de abejas.

—Sí, así es. La semana pasada tomó muestras de abejas y de tierra.

—Y antes había enviado otras.

—Sí, lo suponía —respondió Brunetti, y se acordó del tubo de lodo que Casati había subido a la barca—. ¿Quería que usted leyese los informes que le mandaban?

Creyó conveniente no mencionar la visita que habían hecho a la oficina de correos.

—Sí. Que los leyese y se los interpretase.

—¿Y qué decían?

—Lo habitual: varroa, nosemosis, malnutrición, pesticidas, productos químicos. Eso es lo que está matándolas en todo el mundo. ¿Por qué quiere saberlo, *commissario*? —preguntó con un tono distinto.

—Porque las abejas muertas y lo que quiera que encontrase en la tierra parecían inquietarlo. Por eso me gustaría saber qué decían los informes, si tiene la amabilidad de satisfacer mi curiosidad.

Ella dio la impresión de pensárselo.

—Davide vino hace unos meses porque había oído hablar de mí. Esta isla es pequeña, y la de Sant'Erasmo, todavía más. Me refiero a la población. En las islas no hay secretos y él sabía que yo había trabajado en Uzbekistán analizando muestras de suelo para la FAO. También había oído rumores de que me habían despedido, pero que, no obstante, cobraba una pensión. Me imagino —dijo con un suspiro de resignación— que en la isla todo el mundo lo sabe y puede que alguno conozca incluso la cantidad.

—¿Y los rumores son ciertos? —preguntó Brunetti—. ¿La despidieron?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Por causar problemas.

Se apoyó en los bordes del asiento para erguir la espalda y después dejó las manos en el regazo, tal como estaban un momento antes.

—De eso hace más de diez años. Fui a Uzbekistán a investigar cómo estaba afectando al suelo la desertificación del mar de Aral. No a la gente ni a los animales ni al planeta: sólo al suelo. Durante los tres primeros meses me obligué a no prestar atención a nada que no fuese la tierra, así que no me fijé en los casos de cáncer de piel ni en los restos de los animales muertos que estaban tirados en los campos y tampoco presté atención a las tormentas de polvo y de sal. Obtenía muestras del suelo antes y después de las tormentas, realizaba los análisis y enviaba tubos de tierra etiquetados con mucho cuidado al laboratorio de Roma, junto con informes que describían el aumento de la salinidad.

Se miró el dorso de las manos, tal como Brunetti había visto hacer a tantas personas culpables durante los interrogatorios. Entonces recordó que muchos de los inocentes también lo hacían.

—Al cabo de un tiempo, no pude continuar fingiendo que no veía lo que sucedía. Empecé a añadir comentarios sobre la población y sobre el ritmo al que fallecían las personas. El mar ya estaba muerto, con lo que no tenía sentido hablar sobre eso, pero los animales también sucumbían y los cultivos no crecían, a excepción de las plantas de algodón que salían por todas partes y eran la causa de la desaparición del mar.

Brunetti miró a Vianello y vio que escuchaba absorto.

—Supongo que perdí un poco el control en los informes, pero dondequiera que mirase había muerte, incluso en la sal que se esparcía por todas partes y me cubría el cuerpo y los ojos. Y todo eso para que pudieran cultivar algodón —añadió.

Ni Brunetti ni Vianello contestaron, así que continuó.

—Pero entonces alguien de Roma debió de alertar a los de Tashkent o a los de Moscú del contenido de mis informes, o puede que la información se compartiese con ellos de forma inocente, aunque lo más probable es que ya estuviesen leyéndolo todo a medida que lo enviaba. Cualquiera que viviese en la zona era consciente de las cosas de las que yo hablaba en los informes, también muchos científicos de Occidente. Sin embargo, el Gobierno quería reservarse la posibilidad de negarlo todo.

Su voz se tensó de pronto y adquirió un matiz más dramático.

—Hay imágenes de satélite que muestran que el mar ha ido reduciéndose con el paso de los años, pero el Gobierno niega que esté ocurriendo.

Los miró por turnos y les ofreció una sonrisa nerviosa.

—Disculpen, pero estas cosas me enfurecen. Por Dios, es que me cuesta creer que sean capaces de destruir un mar.

Hizo una pausa breve y luego continuó con más calma.

—El Gobierno debió de formular alguna queja, así que primero vinieron los hombres del servicio secreto a hablar conmigo y después se decidió en Roma que ya era hora de que me tomase la jubilación anticipada. Me di cuenta de lo que estaba pasando, así que decidí aceptar su oferta: no soportaba estar allí más tiempo y me alegré de la oportunidad que me ofrecían de marcharme. No soy una persona muy valiente: hice las maletas y me largué. Pero allí dejé mi pequeño laboratorio con todo el instrumental, para que la persona que me sustituyese continuase con los análisis y obtuviera los mismos resultados.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Vianello como uno de los ancianos de Ítaca que le pedían a Ulises que contase lo que ocurría a continuación.

—Estuve viajando una temporada y busqué otro trabajo, pero creo que se había corrido la voz y no encontré nada, al menos relacionado con mi profesión. Seguí viajando.

Miró al uno y después al otro.

—Mi pensión es muy generosa. Después de eso, vine aquí y me instalé en esta casa. Una tía me la había dejado en herencia hacía muchísimo tiempo. Y aquí es donde vivo, como jubilada que va de aquí para allá con su barca o sale a remar en canoa, pero a la que todos conocen como la científica que conoce la naturaleza.

—Eso parece —dijo Brunetti.

La facilidad con la que la mujer había desviado la conversación de los informes sobre las muestras que Casati enviaba a Lausana le causó admiración, pero no había conseguido despistarlos.

—¿Y Davide Casati?

Ella apretó los labios como si no aprobase su tenacidad.

—Éramos casi amigos, pero, más allá de eso, no es asunto suyo. Además —añadió casi a modo de disculpa, viendo el efecto que su brusquedad había tenido en ambos—, si me permiten que acalle su curiosidad malsana, él seguía enamorado de su esposa, que hace cuatro años sufrió una muerte muy trágica a causa de una enfermedad terrible.

Brunetti la observó sopesar si debía continuar o no y decidirse por la primera opción.

—Se sentía culpable por no haber podido salvarla. Les pasa a muchos hombres cuando sus esposas fallecen.

Continuó al cabo de un largo silencio, con paciencia estudiada.

—Para mí, Davide era un hombre de Sant'Erasmo que quería saber por qué se le morían las abejas, a él le habían dicho que fuese a ver a la mujer de Burano que sabe de ciencia. Estoy segura de que más de uno piensa que soy una bruja —añadió con lo que parecía irritación, aunque tal vez hubiera algo de verdad—. Conozco hechizos y secretos y voy a la laguna con mi barquita y no le cuento a nadie lo que hago allí.

Brunetti se percató de que, una vez más, había desviado la conversación para no hablar de los informes que había leído e interpretado.

—¿Y qué hace allí? —preguntó Vianello, sorprendiéndolos a ambos.

—Contemplo su belleza y su paz, las aves, la perfección de su evolución —respondió.

Al cabo de un momento, hablando mucho más despacio y en voz más baja, continuó:

—Y veo cómo ese ecosistema va muriéndose.

—¿Le importaría explicarme eso, *signora*? —le pidió Vianello.

Ella alzó la mano y la agitó en dirección al agua, pero entonces se olvidó del gesto y la mano le cayó de nuevo en el regazo.

—Hay menos pájaros, algunas especies ya ni siquiera anidan aquí, y también hay menos peces. Ya casi nunca veo cangrejos en el agua, las ranas han desaparecido. Las mareas han dejado de tener sentido. Y... —empezó a decir, pero de pronto se le estranguló la voz de la tensión—. Y la propia tierra...

Calló, dio muestras de estar reproduciendo en su mente lo que acababa de decir y miró por la ventana.

—¿Qué pasa, *signora*? —quiso saber Vianello.

—Nada, nada. Es que me dejo llevar.

Brunetti se dio cuenta de que de pronto hablaba con un tono casual, como si todo eso ocurriese lejos y no tuviera nada que ver con ella. Como la mayoría de las personas honestas, era mala mentirosa.

—¿Qué le pasa a la tierra, *signora*? —insistió el inspector.

—¿Disculpe? —preguntó ella.

Trataba de parecer confundida, sin éxito.

—Que ha dicho «Y la propia tierra...» y después se ha callado. Tengo curiosidad por saber qué iba a decir.

—Vaya, ya no me acuerdo —respondió con aire distraído—. No debía de ser importante.

—Pensaba que como es experta en el suelo, *signora*, se refería a eso literalmente: a la tierra.

El rostro de la mujer quedó vacío de expresión y el inspector intuyó que estaba repasando de memoria todo lo que acababa de decir. Al cabo de un momento, ella sonrió, como si hubiera visto una ventana abierta por la que salir volando.

—No, me refería a la Tierra, al planeta. Supongo que estaba a punto de decir que se ha vuelto loco.

Soltó una risa modesta.

—Es algo que repito a menudo.

—Creo que todos pensamos lo mismo, *signora* —concedió Vianello, y le ofreció una sonrisa de oreja a oreja—. Aunque yo procuro no hacerlo delante de mis hijos, que son demasiado jóvenes para esas cosas.

Brunetti escuchó a su amigo hablar como una persona franca y honesta para apartarla del rastro que la había alarmado.

—¿Cuántos años tienen, agente? —preguntó ella.

Entre tanto, el *commissario* no le perdía de vista las manos.

—Siete y nueve —mintió Vianello.

¿Qué da más confianza que un hombre con dos hijos pequeños?

—¿Tan jóvenes? —preguntó ella sin pensar.

—Sí, me casé tarde —se inventó—. Quería estar seguro.

—¿Y lo está? —inquirió ella.

—Sí, completamente —respondió el inspector, y esbozó una gran sonrisa.

La *signora* Minati, que a todas luces se había quedado sin saber qué decir, se miró las manos y vio que eran un par de garfios que se aferraban el uno al otro. Estiró los dedos y apretó las palmas abiertas contra los muslos.

Miró a Brunetti.

—¿Puedo ayudarlos en algo más? —preguntó.

El *commissario* se puso en pie y Vianello hizo lo mismo al cabo de un segundo.

—No, *signora*, creo que eso es todo. Ha sido muy generosa con su tiempo.

Los acompañó hasta la puerta y la abrió. Brunetti sacó la libreta del bolsillo de la chaqueta y escribió algo en una hoja antes de arrancarla y dársela.

—Éste es mi número de *telefonino*.

Ella cogió el papel y lo contempló como si se lo hubiera encontrado en la mano al final de un número de magia y no tuviera ni idea de qué hacer con él. Lo dobló por la mitad, repitió la doblez y se lo guardó en el bolsillo de la falda sin decir nada.

Brunetti le ofreció la mano. Ella se la estrechó, luego a Vianello, y ambos policías bajaron por la escalera y salieron del edificio.

Una vez en la calle, conscientes de que podría verlos desde la ventana, se alejaron a paso normal.

—Me pregunto de qué tiene miedo —le comentó mientras tanto Vianello a Brunetti—. Hace diez años que se marchó de Uzbekistán, así que podemos descartarlo.

Parecía muy seguro y Brunetti pensó que tenía razón.

—En ese caso, sólo quedan los informes que le enviaron —sugirió el *commissario*.

Continuó caminando mirándose los pies, pero de pronto se detuvo y se volvió hacia el inspector.

—O tal vez la haya asustado recibir la visita de dos policías.

Aunque no le gustaba admitirlo, sabía que mucha gente reaccionaba así.

Llegaron al *campo* que conducía a la parada del *barco* y, cuando salieron de la sombra que las calles estrechas les proporcionaban, el sol los azotó y les recordó que era julio, el peor mes. Ambos se quitaron la chaqueta y Brunetti lamentó haber abandonado las bermudas de algodón y las zapatillas de deporte de la semana pasada como concesión a las buenas formas.

Luego pensó en Paola y de pronto se acordó de la vez en que ella le recriminó lo crédulo que acostumbraba a ser con las mujeres: dejaba de lado su sospecha natural y siempre estaba dispuesto a creer en su superioridad moral en comparación con los hombres. En defensa de su sospecha habitual arguyó, si bien para sí mismo, que le había pedido a la *signorina* Elettra que buscara cualquier dato disponible sobre la *signora* Minati.

—No has sido muy duro con ella, ¿verdad? —preguntó el inspector como si fuese la voz de la conciencia del *commissario*.

—No —admitió éste—. Parecía una persona honesta.

Vianello se secó la frente con el pañuelo y no dijo nada.

Brunetti añoraba la gorra de béisbol, a pesar de que le hubiera hecho parecer un turista perdido en la isla.

—¿En la ciudad hacía tanto calor estos días? —le preguntó a su compañero.

Tenía la esperanza de que las temperaturas de la noche anterior no fuesen una constante.

—Sí —respondió él—. Y peor. Al menos aquí llega la brisa de la laguna, pero allí, nada.

Llegaron al embarcadero y se refugiaron del sol debajo de la marquesina. El ambiente era húmedo y sofocante y, aunque hacía más calor que fuera, el techo ponía fin a la flagelación del sol. Se sentaron en uno de los bancos y dejaron un espacio entre ambos para favorecer la circulación de un aire bastante reticente a moverse.

¿Cómo había conseguido pasar todo el día al aire libre remando con Casati con esas temperaturas? ¿Era posible que el esfuerzo y la concentración hubiesen transformado la luz en una caricia y le hubiesen hecho olvidarse del calor? Atrapado en aquella trampa hermética, no alcanzaba a imaginar ese otro mundo de espacio interminable y horizontes sin límite.

—No ha dicho nada sobre los resultados de las muestras de suelo, sólo ha hablado de las abejas —pensó Brunetti en voz alta—. Ha mencionado las enfermedades que sufren y después se ha puesto a hablar sobre Uzbekistán. En cuanto ha vuelto al tema de la tierra, se ha callado.

Vianello asintió.

—Y cuando se lo he preguntado, se ha puesto mística y ha dicho que hablaba del planeta en general. Cosa que no me creo ni mucho menos.

—Yo no estoy tan seguro de eso —intervino Brunetti con cautela.

—¿Por qué?

—Hay gente que piensa así, que todo forma parte de un conjunto. Que existe una unidad, una conexión que lo vincula todo.

Vianello se volvió hacia él.

—¿Entonces?

Brunetti sospechaba que enfrascarse en una discusión sobre la naturaleza del universo serviría de muy poco.

—Entonces le pedimos a la *signorina* Elettra que llame a la Universidad de Lausana.

Sacó el *telefonino* del bolsillo y se ocupó de ello en un periquete. Primero le dio una fecha aproximada en la que Davide podía haber enviado el paquete y después le contó las cosas tan extrañas que había dicho días antes de su muerte. Le habló también del pesar infinito que Casati sentía por lo de su esposa, aunque prefirió no hacer ningún comentario sobre hacia dónde podía haber derivado eso.

—Voy a llamar a la universidad para preguntar por el paquete y por su respuesta.

Hubo una pausa, incluso por teléfono Brunetti notó que era importante.

—¿Qué hacemos con el *vicequestore*? ¿Le digo algo? —preguntó al final la *signorina* Elettra.

Mientras Patta creyera que Brunetti no estaba haciendo más que aprovechar su estancia en Sant'Erasmo para hablar con la familia del fallecido y determinar su estado mental antes del momento de su muerte, no les pondría ningún problema. Tal vez incluso se alegrase de tener algo de tiempo para preparar cualquier mentira rutilante para la prensa sobre lo mucho que se preocupaba la policía por la muerte de un ciudadano.

—Quizá sea mejor no decirle nada de momento —decidió Brunetti—. Al fin y al cabo, están tratándolo como un accidente.

—Accidente marítimo durante la tormenta —afirmó ella antes de colgar.

Al volverse hacia Vianello, el *commissario* vio que su amigo se había inclinado hacia delante y se sostenía la cabeza con las manos.

—¿Qué pasa? —le preguntó, temeroso de que su compañero hubiese sufrido un golpe de calor.

El inspector negó con la cabeza y entonces se irguió y la apoyó en la mampara que tenía detrás.

—Cuanto más oigo sobre el asunto —dijo con los ojos cerrados—, más me parece que das crédito a la posibilidad de que el hombre se haya suicidado porque se le estaban muriendo las abejas.

Tenía el rostro bañado en sudor y la camisa pegada al cuerpo. Brunetti miró alrededor del embarcadero, pero seguían estando solos.

—Ya viene el barco, Lorenzo.

Vianello abrió los ojos y se puso en pie.

—Es como lo de intentar salvar a Pucetti, sólo que no sé explicarlo. No tiene sentido.

Miró a Brunetti de reojo y alzó las manos.

—Aunque a lo mejor sí que lo tiene.

El barco atracó y embarcaron. Se refugiaron a la sombra, pero prefirieron quedarse en la cubierta para que les diese la brisa. Durante el trayecto hasta Sant'Erasmo, ninguno de los dos dijo nada.

—Me gustaría que me acompañases a hablar con su hija —le pidió Brunetti al oír que bajaban las revoluciones del motor y, como Vianello no respondía, añadió—: Es la única persona que puede decirme cómo era Davide en realidad.

—Pero ¿no acabas de pasar diez días con él? —le preguntó Vianello.

—Sí. Me ha enseñado muchas cosas sobre las abejas y me ha descubierto lo maravillosas que son, me ha ayudado a ser mejor remero y me ha hablado de los peces y de las aves de la laguna y también de las mareas, pero apenas me ha contado nada sobre sí mismo. De vez en cuando comentaba alguna cosa que me confundía, cosas terribles sobre muerte y destrucción que yo no alcanzaba a comprender.

Sacó el pañuelo y se secó la cara casi como si fuese una toalla.

—La verdad es que siento que no he llegado a comprenderle —admitió.

Dobló el pañuelo y se lo guardó en el bolsillo.

Un tripulante del barco retiró las barras de metal y los pasajeros empezaron a desembarcar. Uno a uno iban estremeciéndose a medida que bajaban y les daban los rayos del sol. Vianello se quedó de pie con los brazos cruzados, mirando hacia la ciudad de Venecia.

En silencio, Brunetti pasó junto a él siguiendo a la hilera de pasajeros y lo buscó a su espalda con el oído y con la percepción del espacio. Al oír los pasos del inspector y notar su proximidad, sintió alivio de no tener que hablar a solas con Federica y valorar sus respuestas sin ayuda.

Mientras se alejaban del muelle, el sol hacía lo posible por derretirlos sobre el pavimento, pero no consiguió más que irritarlos y agotarlos. Después de un trayecto que se le hizo muy largo, Brunetti giró hacia el camino que conducía a la casa y le sujetó la puerta a Vianello. Una vez dentro guio a su amigo hacia la parte de atrás de la casa y hacia la cocina.

Sin molestarse en pedir permiso, el inspector fue a la nevera y sacó una botella grande de agua mineral. Abrió un armario, lo cerró, abrió otro y de allí sacó dos vasos altos, los llenó y le ofreció uno a Brunetti. Cuando los hubieron vaciado, los dejaron en la encimera.

—¿Dónde puedo lavarme la cara y las manos? —preguntó Vianello.

Brunetti señaló pasillo abajo y desde la cocina oyó que su compañero abría una puerta y la cerraba. Rellenó los vasos de agua, los llevó al salón donde había pasado horas leyendo y se sentó en la butaca que ya consideraba suya. Vio a Plinio boca abajo

en la mesita y lo dejó allí. Cruzó las piernas, apoyó la cabeza en el respaldo y esperó a que su amigo regresase.

Cuando éste apareció, le dio uno de los vasos y ambos guardaron silencio unos minutos.

—Tenía unas cicatrices espantosas en la espalda —le contó Brunetti—. Se las vi el día que fuimos a nadar, eran horribles. Quemaduras. Dice Rizzardi que por algún producto químico, que no se había quemado con fuego. Nunca he visto nada igual.

—¿Él no las mencionó? —preguntó Vianello.

Brunetti negó con la cabeza.

—No, yo tampoco quise preguntar. Hice como si no existiesen.

—Claro.

Permanecieron en silencio, a salvo del calor y del sol, sin oír nada más que el rumor lejano de algún motor o el grito de alguna gaviota.

—¿De verdad crees que se suicidó? —preguntó Vianello al cabo de un rato.

Brunetti recordó la impresión extraña que lo había invadido al acercarse a la barca volcada, aunque esa sensación de peligro sin nombre ni forma se había desvanecido en cuanto se puso a examinar el casco. Era posible que se hubiera inventado el sentimiento, que no hubiese sido más que el efecto de estar horas expuesto al sol y la impresión de haber caído en el agujero, que le llegaba con retraso.

—Puede ser —contestó—. Sufría demasiado.

Vianello echó un vistazo a su alrededor, como para saborear la tranquilidad que irradiaba el lugar.

—Pero le bastaba con salir por la puerta para llegar a la laguna. Un lugar limpio. Tenía la barca delante de casa y vivía con su familia.

Eso fue todo lo que dijo y Brunetti advirtió que, en los tiempos modernos, nada de aquello debía de importar mucho. En cambio, en Sant'Erasmo sí.

—Deberíamos hablar con su hija —propuso.

No era una respuesta, pero hacerlo tal vez les proporcionase alguna.

Recorrieron el caminito hacia la casa del guardés y el *commissario* vio que a ambos lados había redes de pescar extendidas al sol. Detrás de ellas, a mano derecha, había un emparrado grande con uvas que llegaba al final del jardín y, debajo, una bicicleta pequeña tumbada de costado en la hierba.

Brunetti llamó con los nudillos en la puerta mosquitera y, después de unos instantes, les abrió Federica.

—Entrad —los instó con voz hueca, y se volvió hacia el fondo de la casa—. Por aquí —añadió antes de abrir la puerta del final del pasillo.

Había una mesa larga de madera con patas gruesas rodeada de sillas y Brunetti pensó que debían de usarla sólo cuando se reunía toda la familia a comer o a cenar. Cerca de la ventana había tres butacas de terciopelo oscuro formando un círculo, pero les habían puesto unas fundas de plástico y, por lo tanto, no podían usarse.

Ellos se sentaron a un lado de la mesa y Federica al otro, delante del *commissario*.

—¿Qué os gustaría saber? —preguntó.

Era la misma mujer que había conocido hacía casi dos semanas, que le había traído el desayuno y le había preparado las comidas, con quien había charlado a menudo; la misma mujer que había visto entrar y salir de su casa, y en el hospital el día anterior, pero esa luz había desaparecido: su mirada era sombría, se movía despacio, hablaba sin entonación alguna. Se dio cuenta de que, en ese momento, sus ojos le recordaban a algo que había visto en los de Casati y la mera idea lo dejó helado.

—Federica, la pena que yo siento no tiene comparación con la tuya, lo sé, pero quiero hablar contigo como amigo, como un hombre que considera a tu padre un amigo. Lo digo porque quiero y necesito que confíes en mí.

Hablaba sin pensar, sin calibrar la reacción que pudiese tener ella.

—¿Para qué en concreto quieres que confíe en ti? —preguntó Federica sin interés.

—Quiero saber más de tu padre —contestó él.

Ella lo miró a los ojos de inmediato y su expresión mudó a la que Brunetti había visto en las caras de sus hijos cuando Paola o él tenían que hablar con ellos sobre algo que habían hecho mal. Le descubrió algo más fuerte que el indicio furtivo de un sentimiento de culpa inconfeso.

—¿Por qué? —preguntó ella con voz suave, casi atemorizada.

—Los últimos días que salimos a remar no era el mismo. Al menos no conmigo —admitió Brunetti.

Federica miró la mesa y al cabo de un instante pasó la mano por encima como para llevarse alguna mota de polvo o de suciedad que hubiera en la superficie. A continuación, repitió el gesto con un arco que se alejaba más de su cuerpo y después juntó las manos delante de sí.

—¿Por qué me dices esto? —le preguntó a la superficie de la mesa.

—Porque quiero comprender lo que ocurrió —contestó Brunetti.

A su lado, Vianello asintió sin decir nada.

—¿Qué crees tú que sucedió? —preguntó ella.

Levantó la vista para mirarlo y después se observó las manos.

—Tienes que decirlo, Guido —insistió al ver que Brunetti no contestaba—. Yo no puedo.

—Creo que tal vez se cansase de la vida, Federica. Ya lo he visto antes, en otras personas. Se cansan de los problemas o de las enfermedades o incluso de otras cosas que los demás no comprendemos.

Ella cerró los ojos y permaneció inmóvil un buen rato. Al final lo miró.

—Lo intentamos, todos lo intentamos. Massimo, los niños, pero no era suficiente, daba igual lo que hiciésemos.

Brunetti esperó y dejó que se explicase.

—Cuando *mamma* falleció, se retrajo y no habló de su muerte ni de ella. Al principio pensé que mejoraría, pero no fue así: lo único que decía era que el culpable de lo que le había ocurrido era él. Él la vio morir y aquello duró más de tres años. Y cuando todo hubo acabado sólo decía que la había matado él. Nada más. Entonces, cuando las abejas empezaron a morir, se empeñó en que también estaba matándolas a ellas. Nada de lo que nosotros decíamos le servía.

Federica los miró, como preguntándoles si comprendían una locura como aquélla, pero ninguno de los dos parecía capaz de ofrecer respuesta.

—Durante las últimas semanas se puso peor.

Brunetti percibió un cambio en su voz: la aparición de un matiz rencoroso.

—Era por esa mujer de Burano, estoy segura. Cuando empezó a pasar tiempo con ella, empeoró. Era como si le hubiera envenenado la vida.

La narración fue cobrando fuerza.

—Siempre que regresaba de estar con ella... —empezó a decir, pero antes de que él pudiese preguntárselo, lo aclaró—: Tengo amigos en la isla que me avisaban siempre que la visitaba.

Federica cerró la boca y se mordió los labios, como si quisiera impedirse continuar.

—Intenté hablar con él, pero no me escuchaba. Massimo no quería decirle nada: según él, yo estaba siendo insensata.

De pronto, su expresión se suavizó.

—Entonces llegaste tú y salías con él a remar y, durante unos días, pareció el mismo de siempre. Aunque no dejó de quedar con ella. Y entonces eso se acabó y ocurrió esto.

Se obligó a cogerse las manos en señal de paz y calló.

—¿Alguna vez dijo alguna cosa que te hiciese pensar que...? —preguntó Brunetti.

Ella negó con la cabeza.

—A mí me pareció muy sabio —se oyó decir él—, pero siempre tuve la sensación de que esa sabiduría le había costado mucho sufrimiento y dificultades —dijo, y se percató de que no había pensado en ello hasta ese instante—. Creo que tuvo que aprender a ser bueno.

Federica lo miró, y después a Vianello. Entonces se volvió hacia la ventana que daba al jardín y a los árboles y, más allá, a los Dolomitas, que en ese instante eran invisibles y esperaban a que las siguientes lluvias limpiasen el aire y los revelasen.

—Mi madre era mucho más joven que mi padre —les contó—. Se llevaban más de veinte años. Él tenía cuarenta cuando se casaron y ella sólo dieciocho. Yo nací cuando mi madre tenía diecinueve.

Ninguno de los dos reaccionó a lo que les estaba contando; ambos habían aprendido que era lo mejor una vez alguien empezaba a hablar.

—Cuando yo era pequeña, vivíamos en Marghera, porque ellos trabajaban allí, él en una fábrica y ella en un almacén. Y cuando yo tenía nueve años, mi padre tuvo un accidente. No sé qué le pasó, porque él nunca quiso hablar de ello y mi madre jamás me lo explicó. Sólo sé que estuvo mucho tiempo en el hospital. Creo que fueron meses, pero no me acuerdo porque... bueno, era pequeña y la memoria de los niños es extraña. Recuerdo que estuve viviendo con el hermano de mi madre, en Castello, y que allí estuve yendo a la escuela —les explicó, y continuó como si acabase de darse cuenta de algo sorprendente—. Debí de pasar mucho tiempo allí, porque llegué a principios de curso y me quedé. Cuando acabó el colegio, no regresé a Marghera, sino que vine a vivir aquí. Me acuerdo porque el día que vine desde casa de mi tío era mi cumpleaños.

—¿Te alegraste de venir a esta isla? —preguntó Vianello.

—La esposa de mi tío... —empezó a decir.

A Brunetti le resultó interesante que no la llamase «mi tía». Federica dejó la frase a medias y la expresión se le suavizó hasta esbozar una sonrisa.

—Me alegraba de tener a mis padres de nuevo.

¿Era posible que le detectase una leve vacilación en la voz?

—Sí —añadió, y de pronto parecía resuelta—, me alegraba. También recuperé a mi madre. Ella se había quedado en Marghera a cuidar de mi padre mientras estaba en el hospital, pero cuando salió vinimos a vivir aquí todos juntos.

Brunetti tenía la sensación de estar ante una niña que le recitaba un cuento de hadas.

—Tenía a mi *mamma* y a mi *papà* y podía ir a nadar siempre que quisiera. Cuando salió del hospital, mi padre empezó a pescar y puso las colmenas y ya no tenía que ir a la fábrica y regresar todos los días de mal humor.

Viendo que ella todavía tenía la vista fija en el jardín, Brunetti y Vianello aprovecharon para intercambiar una mirada furtiva, pero guardaron silencio.

—Ése es un cambio muy importante —comentó al final el inspector.

—Sí, claro. Estaba más contento. O, al menos, a mí me lo parecía. Mi madre también era más feliz.

Continuó pensativa.

—Estaba más tranquilo, ya no se enfadaba. Y eso era maravilloso.

—Me cuesta imaginar a tu padre enfadado —intervino Brunetti.

—Cuando vinimos aquí, dejó de enfadarse.

—¿Y las abejas? —le preguntó.

—No tuvo hasta que llegamos aquí. Al principio mis padres alquilaron una casa, pero luego él consiguió este trabajo y nos mudamos y los dueños ya tenían las abejas.

Guardó silencio un momento.

—Ellas todavía están aquí.

Se tapó la boca con la mano.

—¿Quién cuidará de ellas?

—¿Necesitan muchos cuidados? —se le ocurrió preguntar a Brunetti para romper el silencio.

Eso pareció inquietar a Federica, que se quitó la mano de la boca y cerró los ojos. Brunetti se fijó en que tenía el puño izquierdo apretado y temió que fuese a echarse a llorar.

—No lo sé —contestó ella con la voz estrangulada—. No he aprendido qué se hace. Después de tantos años observándolo y yendo con él a verlas, no sé qué hay que hacer ni cuándo, ni qué se les da de comer en invierno. No prestaba atención a lo que hacía. Él quiso explicármelo, pero no me interesaba. Yo sólo quería comerme la miel.

Federica respiró hondo.

Brunetti pensó que las cosas que nos hacen reaccionar a menudo son las más extrañas e impredecibles. La pena habita en nuestro interior como una mina y tanto puede ser que el paso firme y decidido no la afecte como que el caminar más cuidadoso la haga estallar.

—Quizá estuviera celosa de ellas —le confesó, mirándolo—. ¿Cabe esa posibilidad? —preguntó, e intentó sacudirse esa idea—. ¿Se puede tener celos de unas abejas?

Él sonrió para mostrarle que comprendía a qué se refería.

—Si les prestaba la atención que tú querías para ti, tiene sentido que estuvieses celosa. Sobre todo cuando eras niña.

Ella asintió: quería creer que era así. Entonces se irguió en la silla y juntó las manos en la mesa.

—¿Qué queréis saber?

—Fui a nadar con tu padre y le vi las cicatrices de la espalda. ¿Qué sabes de eso?

Federica negó con la cabeza, primero confundida por la pregunta y después por su propia reacción.

Brunetti la observó mientras hacía memoria. Apretó los ojos un par de veces antes de contestar.

—Son del accidente. Cuando vivíamos en Marghera no las tenía, pero el verano siguiente, cuando salíamos a nadar con la barca, sí. Todavía me acuerdo del día en que se las vi por primera vez, creo que me eché a llorar de lo horribles que eran. Pero mi madre me dijo que no fuese tonta, que si él ya se había olvidado de ellas, yo también debía hacer lo mismo.

—¿Te contó cómo se las había hecho? —preguntó Vianello.

—Se lo pregunté y ella me explicó que mi padre había estado tanto tiempo lejos de casa por culpa de ellas, porque tenía que curarse.

—¿Tienes idea de qué trabajo desempeñaba en la fábrica? —continuó Vianello.

Ella ya debía de esperar la pregunta, porque respondió enseguida.

—Era piloto y movía las cosas de una parte de la fábrica a otra —les explicó, y recordó su niñez—. Me hacía dibujos de los barcos que pilotaba y me hablaba de los canales que rodeaban los distintos edificios y daban a la laguna.

—¿Y eso fue antes del accidente? —quiso aclarar Brunetti.

—Sí. Él siempre había amado la laguna, incluso cuando vivíamos en *terraferma*. Me acuerdo de que me enseñó lo que eran las mareas, aunque yo no entendía gran cosa.

Brunetti la observó mientras los recuerdos iban aflorando y ella proseguía.

—Después de venir aquí, me regaló un libro sobre las aves de la laguna.

Inclinó la cabeza y apoyó el codo en la mesa para poder reposar la frente.

—Todavía lo tengo: *Uccelli della laguna veneta*. Era para mayores, pero él me lo leía y me explicaba las cosas que yo no entendía.

Respiró hondo varias veces y añadió:

—Yo también se lo leía a mis hijos.

—¿Y todo esto fue después del accidente? —preguntó Brunetti.

Con la cabeza gacha y los ojos ocultos por la mano, Federica tardó un momento en contestar.

—Sí —respondió al final—. Antes de eso, no me leía nada. Mi madre sí. Pero cuando yo me acostaba, él no solía estar en casa.

—¿Sabes dónde estaba? —interrumpió Vianello.

Ella apartó la mano y miró al inspector, que se había dirigido a ella con voz amable, como si hablase con una niña.

—Mi madre siempre se quejaba de que estaba por ahí con sus amigos.

Los miró primero a uno y después al otro, como para ver cuál de los dos la acusaría primero de ser desleal a su padre.

—Me recuerda a mi esposa —admitió el inspector con una sonrisa que sugería que estaba exagerando.

—Pero es que estaba con sus amigos —afirmó Federica—. Mi madre se enfadaba, discutían, y él se marchaba. No regresaba hasta que yo ya me había dormido.

Habiendo dicho eso, se frotó las manos y se sacó algo de debajo de una uña.

—Creo que bebía mucho. Al menos en esa época.

Los miró a ambos.

—Recuerdo que era así antes de venir aquí, pero el cambio fue como llegar a un país mágico donde la gente se convertía en la persona que tú querías que fuesen y, de pronto, mi padre se volvió paciente y tranquilo y tenía tiempo para leerme libros.

—¿Y tu madre? —preguntó Brunetti.

—Ah... —respondió ella alargando la sílaba—. Ella fue muy feliz durante mucho tiempo. Más de diez años. Yo acabé el instituto y encontré trabajo en Murano.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Vianello.

—Pues cuando tenía diecinueve años. Al acabar las clases, me tomé todo el verano de vacaciones y después encontré trabajo en una fábrica de cristal, en las oficinas. Entonces había mucho trabajo —añadió tras un momento de reflexión—, no como ahora.

—¿Y qué pasó más adelante? —quiso saber Brunetti.

—Que a mi madre le diagnosticaron cáncer —respondió sin inflexión alguna.

El silencio se cernió sobre ellos.

—Yo acababa de tener a mi hija.

Respiró hondo y se encogió de hombros.

—*Mesotelioma pleurico polmonare* —recitó con la misma facilidad con la que una alumna pronuncia el nombre de un compañero de clase extranjero.

—Debió de ser horrible para todos —comentó Vianello.

—Sí —convino ella—. Tras su muerte, mi padre desapareció.

—¿Te refieres a que se fue a alguna parte?

—No, pero hubiese dado lo mismo. Por ejemplo, yo me levantaba por la mañana y venía aquí con la niña para tomar café con él, porque en aquella época todavía vivíamos en casa de Massimo. Y al llegar me encontraba el desayuno listo en la mesa. La cafetera estaba preparada: lo único que tenía que hacer era ponerla al fuego.

—¿Y tu padre? —preguntó el inspector.

—No estaba, y la barca tampoco. Cuando Massimo llegaba a casa por la tarde, yo cocinaba y venía a traerle algo de comer. Por la mañana, la cena había desaparecido, los platos estaban limpios y recogidos, y el desayuno preparado. A veces pasaba una semana entera sin verlo.

—Y cuando lo veías, ¿le preguntabas qué hacía?

—Sólo se lo pregunté una vez. Decía que estaba en la laguna, buscando motivos para no suicidarse.

—*Oddio* —exclamó Vianello en voz baja.

Federica se levantó y fue hasta la ventana abierta. Desde allí no se veía el agua, pero el cielo se iluminaba con su reflejo. Brunetti no sabía si se había cansado de hablar con ellos o de que la observasen.

—¿Cuánto tiempo estuvo así? —le preguntó.

—Hasta abril —contestó ella—. Mi madre murió en diciembre.

Les dio un tiempo para hacer el cálculo.

—Sí, todo el invierno, y fue uno muy malo. Y él saliendo a remar todos los días.

—¿Y qué pasó en abril? —quiso saber Brunetti.

—Una mañana, cuando vine a desayunar, mi padre estaba sentado a la mesa, bebiendo café. En cuanto entré, se levantó, me tocó el brazo y me preguntó si nos gustaría venir a vivir con él. Lo único que dijo para intentar convencerme fue que aquí tendríamos más espacio. Al principio pensé que eso significaba que estaba mejor, pero ahora creo que quería decir que estaba solo.

Le había costado mucho pronunciar las últimas palabras.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Empezó a salir de nuevo a pescar y a vender el pescado a los vecinos de la isla y a los restaurantes de Venecia. Y en mayo, cuando abrió las colmenas después el invierno, empezó a recolectar miel y a venderla.

Respiró varias veces y continuó:

—Hablaban menos, pero él siempre había hablado más con mi madre que conmigo.

Continuaba mirando por la ventana, como si estuviese dirigiéndose al pájaro que canturreaba en la higuera que había junto a la tapia del jardín.

—¿Siguió así? —preguntó Brunetti.

Vio que ella asentía y luego negaba con la cabeza.

—Hasta hace seis meses.

—¿Qué pasó?

Federica se volvió hacia ellos.

—Las abejas empezaron a morir. Al principio, él pensaba que formaba parte del ciclo natural y trajo un medicamento para algo que sonaba a «Verona». Y un día, al cabo de un mes, más o menos, llegó a casa y me dijo que había quemado cuatro de las colmenas que tenía en no sé qué lugar. Estaba temblando, como si acabase de confesar un crimen espantoso. Me explicó que eso es lo que hacen los apicultores cuando las colmenas están infectadas y no pueden eliminar los parásitos.

—¿Funcionó?

Ella negó con la cabeza de nuevo.

—Nada servía. Seguían muriéndose todas, menos en tres colmenas que tenía en alguna otra parte de la laguna. Ésas no le daban ningún problema, pero todas las demás, según decía, tenían alguna enfermedad que él no comprendía y no podía hacer nada para evitarlo: se le morían.

—¿Hay alguien que pudiera haberlo ayudado, alguien a quien quizá se lo hubiese contado?

—Que yo sepa, no. Aquí tenía amigos, pero era el único con abejas. Además, tampoco hablaba mucho.

Brunetti reflexionó sobre los días que habían pasado juntos en la barca y se dio cuenta de la poca interacción que había habido. Casati le había instruido sobre abejas, peces y pájaros, sobre cómo construir una barca y cómo navegar guiándose por las estrellas, pero no le había explicado por qué se había construido su propio *puparin* ni por qué había elegido vivir en Sant'Erasmo.

—¿Te hablaba a ti sobre ellas? —preguntó—. Sobre lo que les ocurría.

—Supongo que sí —admitió Federica—, pero no le prestaba mucha atención.

Agachó la cabeza y Brunetti pensó que estaba a punto de confesar que entre ellos había resentimientos.

—No hablábamos mucho —continuó—. Yo todavía añoraba a mi madre; han pasado cuatro años, pero la echo de menos todos los días. Y no quería decirle eso.

—Imagino que a él le pasaba lo mismo —terció Vianello.

—Claro que sí —respondió ella con voz temblorosa—, pero no lo demostraba —le recriminó con rabia—. Sólo cuando iba al cementerio. Y entonces encontró a otra con quien hablar.

La última frase podría haberla dicho una persona distinta.

—¿Te refieres a la *signora* Minati? —preguntó el *commissario*.

—¿Habéis ido a verla? ¿Habéis hablado con ella? —exigió saber, casi escupiendo las palabras.

—Sí.

Les lanzó una mirada feroz, pero de un extraño aspecto infantil. Brunetti se la había visto a Chiara muchas veces, cuando su hija pensaba que la habían tratado de forma injusta.

—¿Qué os ha dicho? —insistió Federica.

—Que tu padre le pedía que le explicara los resultados de unos análisis de laboratorio —explicó Brunetti con tranquilidad.

—¿«Análisis de laboratorio»? —repitió ella como si las palabras estuvieran en otro idioma.

Vianello y Brunetti asintieron.

—Tu padre enviaba muestras a un laboratorio de la Universidad de Lausana y, cuando le devolvían los resultados, le pedía que se los explicase.

Viniendo de Brunetti y contado con ese tono, parecía la cosa más normal del mundo.

—¿Es doctora? —preguntó Federica—. ¿Le pasaba algo a mi padre?

Brunetti sonrió.

—Sí, creo que es doctora, pero no de medicina. Estudia el suelo: lo que contiene y qué puede hacerse para cambiarlo. Al menos eso es lo que yo he entendido.

Vianello asintió de nuevo, pero nada hubiera podido cambiar la expresión de desconcierto de la hija de Casati.

—No lo entiendo —admitió—. No sé de qué estáis hablando.

—Davide había enviado algunas abejas muertas al laboratorio y, algo más tarde, les mandó un tubo de tierra. Yo iba con él un día que estuvo recogiendo muestras, pero ya llevaba un tiempo haciéndolo —le explicó Brunetti, y enseguida cambió de tema—. Fuimos a tomar algo a un bar de Burano y algunos clientes lo conocían. ¿Tienes idea de quiénes podían ser?

Ella se encogió de hombros.

—Mi padre conocía a mucha gente, pero no creo que fuesen amigos. Ya sabes cómo sois los hombres.

—¿A qué te refieres? —preguntó Vianello.

—Vosotros los hombres no tenéis amigos —afirmó ella con calma y certeza—: tenéis colegas y compañeros y conocidos, pero muy pocos hombres tienen amigos. En todo caso, si tienen alguna amistad de verdad, acostumbran a ser mujeres. A veces su propia esposa.

Al oírla decir eso, la masculinidad de Brunetti se ofendió.

—Estás generalizando un poco, ¿no te parece?

—¿Quién es tu mejor amigo? —preguntó ella sin perder ni un instante—. ¿Y el tuyo? —esta vez dirigiéndose a Vianello.

Brunetti se quedó pasmado por la audacia de la pregunta y el prejuicio que respaldaba. Estaba a punto de explicar que Vianello era para él mucho más que un compañero de trabajo cuando escogió el camino de la sabiduría y responder a la pregunta de Federica con otra.

—¿Tu padre seguía en contacto con alguno de sus amigos de Marghera?

Tras un momento de sorpresa, Federica aceptó lo que a todas luces era una ofrenda de paz y respondió:

—El *zio* Zeno. Zeno Bianchi.

—¿Disculpa? —preguntó Brunetti.

—Mi padrino —explicó ella—. En la fábrica era el mejor amigo de mi padre.

—¡Ah! —exclamó el *commissario*—. ¿Y dónde está ahora?

—En Mira.

—¿Te refieres a que vive allí? —preguntó.

No estaba demasiado lejos, a menos de veinte minutos de Piazzale Roma.

—Sí, más o menos.

—Perdona, Federica —dijo Brunetti—, pero no te entiendo.

—Vive en una especie de residencia de ancianos. Lleva allí mucho tiempo —añadió hablando más despacio.

—¿Por qué motivo? —quiso saber Vianello.

—Porque es viejo, está ciego y no tiene a donde ir.

—Mi madre me contó que enfermó en la misma época en la que mi padre tuvo el accidente —comenzó a relatar Federica—. Era alguna enfermedad terrible de la vista, y no pudieron hacer nada por él.

Invocó a su memoria de los hechos y continuó.

—Venía a cenar a la casa de Marghera a menudo. —El recuerdo de algo agradable la animó a seguir—. El *zio* Zeno no se casó, siempre me decía que esperaba a que yo creciese para casarse conmigo.

Sonrió como hace la gente al acordarse de tiempos y familias felices.

—Estuvo una temporada larga en el hospital, creo que en Padua, pero no le sirvió de nada. Y luego hizo rehabilitación en otro lugar. Mi madre decía que después de eso no fue el mismo, porque odiaba sentirse indefenso y necesitar siempre la ayuda de los demás.

—Pero ¿qué iba a hacer el pobre desgraciado? —preguntó Vianello con la voz teñida de preocupación—. No podía trabajar y tú nos has dicho que no tenía familia.

Federica intervino para proseguir con la historia.

—Y, además, el Estado no quería hacerse cargo de él: iban a darle una miseria de pensión y meterlo en alguna residencia para olvidarse de él.

Se sacudió esa realidad y continuó.

—Fue hace mucho tiempo y, entonces, las cosas estaban muy mal.

Los miró a los dos, uno después del otro, y añadió con escepticismo:

—A lo mejor ahora la situación ha mejorado, quién sabe.

—¿Por qué se fue a Mira? —preguntó Brunetti, como si la localidad estuviera en los confines del mundo.

—No lo sé. Nadie me explicó el motivo.

—¿Ha estado todo este tiempo en la residencia?

Una residencia en Mira, ni más ni menos. Federica se tomó su tiempo antes de contestar y Brunetti tuvo miedo de que fuera a quejarse del interrogatorio al que estaban sometiéndola, pero resultó que sólo intentaba recordar.

—La verdad es que no sé gran cosa. Mi padre lo llamaba una vez al mes, siempre en domingo por la tarde. Y después de hablar un rato con él, se ponía triste.

—¿Iba a visitarlo? —preguntó Brunetti.

Ella negó con la cabeza varias veces, la velocidad con que negaba reflejó la rotundidad de la respuesta.

—No. El *zio* no se lo permitía, porque el sitio era terrible. Según mi madre, un día le contó que a veces no había suficiente comida para todos. Él no soportaba que mi padre lo viese en esas circunstancias.

Los miró para asegurarse de que entendían lo que era la dignidad del hombre.

—Mi madre me contó que mi padre lo había oído llorar mientras se lo decía.

Guardaron silencio, pensando en las residencias públicas en las que habían visto a sus familiares o, quizá, a sus amigos.

Ella hizo un amago de hablar, pero tosió y tuvo que empezar de nuevo. Brunetti oyó el roce de la tela cuando Federica descruzó las piernas por debajo de la mesa.

—Nunca he entendido por qué seguía llamándolo, no se habían visto desde hacía años, pero continuaban hablando todos los meses. No sé qué debían de contarse.

Ninguno de los dos intentó ofrecer respuesta.

—¿Sabes cómo contactar con él? —preguntó Brunetti—. Me refiero a tu *zio* Zeno.

—Seguro que tengo el número por alguna parte, también la dirección. Los buscaré, sé que lo tengo.

—Gracias.

El *commissario* le observó el rostro: parecía menos inquieta que al inicio de la conversación.

—Tengo que ir a la ciudad, pero me gustaría regresar y quedarme unos días más. ¿Te parece bien?

—Sí, por supuesto —respondió ella con sorpresa—. Me alegra que estés aquí. Ahora que mi padre ha fallecido, si estás tú, al menos tengo con quien hablar.

Mientras él le daba vueltas a la idea de que aquél era un comentario peculiar para una mujer casada, Federica matizó.

—Me refiero a durante el día. Es que Massimo se va antes de las cuatro y llega al cabo de doce horas. Es mucho tiempo para estar sola.

—¿Ya no trabajas? —le preguntó Brunetti.

—No. Con dos hijos, ya sabes... Además, en la fábrica hay mucho menos trabajo y ya no me necesitan. Hoy en día casi todo el cristal viene de China: no hay manera de competir con ellos. Y mucho menos cuando le ponen pegatinas de «Made in Murano».

—¿Eso no se puede impedir? —preguntó Vianello.

Ella sonrió con una resignación en la que se adivinaba cualquier cosa menos humor.

—Es como intentar detener el *acqua alta*.

Guardaron silencio durante un momento: tres venecianos, familiares en el velatorio de una ciudad que había sido un imperio y que ahora vendía las cucharillas del café para pagar las facturas de la calefacción.

Brunetti vio que Federica se preparaba para algo y esperó. Ella abrió la boca y en esa ocasión halló las palabras, o quizá el valor, para hacer una pregunta.

—¿Por qué te interesa el *zio* Zeno? Está ciego y vive en una residencia en tierra firme.

—Porque has dicho que era amigo íntimo de tu padre y que hablaban a menudo.

Brunetti recordó lo que ella había afirmado sobre las amistades entre hombres y continuó.

—Así que...

Ella quiso interrumpir, pero calló de nuevo.

—¿Qué ibas a decir, Federica? —preguntó Brunetti con mucha amabilidad.

—No sé si todavía se hablaban.

—¿Por qué?

—Hace poco le pregunté a mi padre cómo estaba el *zio* Zeno y me contestó que no lo sabía. Cuando le pedí que lo saludase de mi parte, dijo que no iban a hablar más.

Los miró a ambos.

—Llevaban una eternidad hablando todos los meses —añadió al ver que ninguno de los dos comentaba nada—. Y, de repente, dejan de hacerlo.

—¿Le preguntaste el motivo? —quiso saber Brunetti.

Ella se sacudió la idea.

—Cuando mi padre decía las cosas de determinada manera, yo ya sabía que no valía la pena insistir ni hacerle preguntas. Había tomado una decisión y no había vuelta de hoja.

—O sea que no sabes por qué... —dijo Vianello.

—No. Podéis preguntárselo vosotros cuando habléis con él. Voy arriba a por el número.

Cuando los pasos de Federica se alejaron, Brunetti miró a Vianello.

—Bueno, ¿qué opinas? Si los dos estuvieron una temporada larga en el hospital, eso saldrá en su historial médico y en su historia laboral, ¿verdad?

—¿Aunque fuese hace tanto tiempo? —preguntó Vianello.

—Los caminos del ordenador son inescrutables —respondió Brunetti impostando una voz solemne.

—Yo tengo fe en el ordenador —admitió Vianello—, pero no en la gente que introduce la información.

—Necesitamos una fecha y el nombre de la empresa —dijo Brunetti para disipar las dudas de su amigo—. Con eso podemos empezar a buscar: siempre hay algo.

—¿Qué me dices del ciego, de Zeno Bianchi? —inquirió Vianello.

—Iremos a hablar con él lo antes posible.

—¿Sobre qué?

—Sobre su ceguera y sobre la causa, también para averiguar por qué Casati y él ya no se trataban.

Vianello juntó las palmas de las manos y las giró para mirarse el dorso de la derecha, como si allí fuese a encontrar lo que quería decir.

—Guido... —empezó, pero no acabó la frase.

El tono de voz del inspector alertó a Brunetti, que sospechó lo que venía a continuación.

—Dime —contestó con amabilidad estudiada.

—¿Estás seguro de lo que haces? —Vianello le lanzó una mirada breve que enseguida apartó.

Desde el día en que Davide le había hablado de que «nosotros» habíamos matado a su esposa y a las abejas y de que acabaríamos matando a sus nietos y a los hijos de Brunetti, una idea se gestaba en la imaginación del *commissario*. En aquel momento no le había parecido más que un discurso salvaje y enloquecido. Y, hasta cierto punto, seguía siendo así, pero menos.

Tardó un tiempo en saber cómo responder a su compañero.

—No, no estoy seguro. En absoluto. Pero voy a hacer lo que quiero hacer y lo que creo que es correcto.

Ésa era la única explicación que podía darle.

—¿Te basta con eso? —le preguntó a su amigo.

—Sí —respondió éste.

Cuando oyeron los pasos de Federica, ambos se irguieron y se volvieron hacia la puerta. Ella entró con un pedazo pequeño de papel en la mano derecha, se acercó a la mesa y lo dejó delante de Brunetti.

—Es el del *telefonino* y éste es el nombre del lugar donde está —explicó—. Es todo lo que tengo.

El *commissario* le dio las gracias y se guardó la hoja en el bolsillo.

—¿Te acuerdas del nombre de la empresa para la que trabajaban?

Ella miró por la ventana y se frotó el pómulos derecho con aire distraído.

—El nombre del negocio era el de la esposa del dueño —recordó al final—. Algo con eme: Maura, Mar... No, no era eso.

Apretó los labios.

—Eme, eme, eme... —recitó, pero no parecía estar sirviéndole de mucho. De pronto le cambió la expresión—. Erre, era con erre: Romina Rimozione. Ella se llamaba Romina y la empresa se dedicaba a transportar cosas.

Sonrió a Brunetti y se dio unos golpecitos con el dedo índice en la frente.

—Todavía lo tengo todo aquí dentro.

—¿El *signor* Bianchi también vivía en Marghera?

—Ay, pensaba que ya os lo había dicho. Vivía en San Pietro in Castello, en uno de los edificios que hay encima del claustro.

Se dio cuenta de que Brunetti la miraba confundido.

—A mano derecha de la iglesia hay un portón grande que da al claustro. Él vivía arriba del todo —continuó, y antes de que pudieran preguntárselo, explicó—: Nunca lo visité allí, pero, después de mudarnos aquí, mi padre me llevaba a la ciudad. Un día fuimos paseando hasta San Pietro y me contó que allí era donde vivía su amigo Zeno.

—Dices que no se casó —le recordó Brunetti.

—No. Y eso que era guapo. Aunque supongo... —Hizo una pausa breve para pensar lo que quería decir—. Me imagino que, cuando eres pequeña, todos los amigos de tu padre te parecen guapos, y más si son altos.

—Espero que eso sea lo que piensen de mí las amigas de mi hija —contestó Brunetti con una sonrisa.

Federica se colocó entre él y la puerta e intentó que el movimiento pareciese natural, pero sin éxito.

—¿Cuándo...? —empezó, pero se quedó sin palabras.

Brunetti la ayudó.

—Creo que el forense tardará un par de días.

—¿No puede ser antes? —preguntó ella, consternada por el retraso.

—Lo siento, Federica, pero no. Lo preguntaré, pero estas cosas no están en nuestras manos. No en las de la policía. Lo siento mucho.

Ella asintió.

Brunetti se inclinó para besarla en ambas mejillas y Vianello le ofreció la mano y se la estrechó. Los dos caballeros regresaron a la casa grande.

—¿Tiene sentido que nos quedemos? —preguntó Vianello al salir de casa de Federica.

—No. De momento, aquí no podemos hacer nada —respondió Brunetti.

Mientras conversaban con Federica, ante él se había abierto una senda que lo seducía como un misterio sin explicación. Dos hombres que trabajaban para la misma empresa habían estado hospitalizados a la vez, y la larga amistad se había quebrado poco antes de la muerte de uno de los dos. Brunetti se conocía lo suficiente como para saber que no haría caso omiso de esas pistas, del mismo modo que sabía que regresar a Venecia era dar el primer paso para seguirlas.

—¿Cómo regresamos? —preguntó Vianello.

—Tal como hemos venido: en barco.

Dejó una nota en la cocina para Federica. Le explicaba que iba a estar unos días en la ciudad, pero que la avisaría antes de presentarse allí de nuevo. También prometió averiguar cuándo les entregaría el servicio forense el cadáver de su padre para el entierro.

No tenía que llevarse nada más que las llaves, así que subió a buscarlas y aprovechó para cerrar las ventanas y los postigos mientras Vianello se ocupaba de los de abajo. Fueron a pie hasta el embarcadero, ambos tan absortos en sus pensamientos que ninguno de los dos reaccionó al calor ni a la humedad. Durante el viaje, Brunetti llamó a la *signorina* Elettra y le comunicó que Vianello y él iban de camino hacia la *questura* y que si mientras podía buscar alguna constancia de... Aquí tuvo que hacer una pausa y mirar por la ventana del barco mientras buscaba la manera de expresar lo que pensaba que tal vez había ocurrido.

—Un accidente en Marghera, hace al menos veinte años, en una compañía llamada Romina Rimozione. Es posible que estos dos hombres sufriesen lesiones: Davide Casati y Zeno Bianchi.

—Ajá... —exhaló ella, y alargó el sonido.

No husmeó ni movió la cola, tampoco tiró de la correa, pero Brunetti percibió su deseo de salir corriendo detrás de algo que tal vez no fuese más que el viento meciendo la hierba, pero que podía ser una presa.

—El segundo —continuó Brunetti como si no la hubiera oído suspirar— pasó varios meses ingresado en un hospital de Padua por un problema de la vista: lo que quiera que ocurriese allí lo dejó ciego. El otro tenía quemaduras graves, pero no sé dónde lo trataron.

—¿Alguna cosa más, *dottore*?

—¿Ha recibido respuesta de la universidad?

—No, todavía no me han dicho nada.

—¿Hay alguna manera de...? —empezó a formular la pregunta, pero abandonó porque no quería que lo grabasen pidiéndole a la secretaria de su superior que entrase de forma ilícita en el sistema informático de una universidad extranjera.

—No me atrevería a hacer algo así en Suiza, *signore*. Se les da muy bien colocar trampas y, dado que la solicitud se presentó por los canales oficiales, la respuesta llegará tarde o temprano. Es cuestión de tiempo.

Brunetti ya lo sabía, pero eso no lo ayudaba a luchar contra la impaciencia.

—De acuerdo —contestó, y sacó del bolsillo el papel que le había dado Federica—. En Mira hay una residencia: Villa Flora. ¿Puede echarle un vistazo y ver cómo es? Según he oído, debe de ser... muy básica.

Le pareció una forma muy neutra de describir un lugar capaz de hacer llorar a un hombre al describirlo.

—Por supuesto, *signore*. Si tienen página web, le enviaré el enlace.

—Llegaremos a Fondamente Nove dentro de quince minutos. ¿Puede pedirle a Foa que nos recoja allí? —le pidió Brunetti.

Cuando ella contestó que sí, colgó.

Al atracar en el embarcadero, el *commissario* vio la lancha policial a la derecha, esperando en el agua a unos metros de distancia. Mientras los pasajeros desembarcaban por babor, Foa se acercó por estribor. El tripulante apartó la barra metálica y saludó a los dos agentes de policía al tiempo que bajaban a la embarcación más pequeña, que se movía plácidamente en el agua.

Foa se llevó los dedos a la visera de la gorra y alejó la lancha del número 13 con una pirueta elegante que los condujo de regreso hacia la entrada del Rio dei Mendicanti, por donde llegarían a la *questura* en un abrir y cerrar de ojos.

Brunetti estudió el edificio a medida que se acercaban y le sorprendió ver a alguien tras la ventana de su despacho. Se alarmó todavía más cuando, a punto de llegar a su destino, alcanzó a distinguir que era el *vicequestore* Giuseppe Patta el que miraba a izquierda y derecha, dos pasos por detrás del cristal, como la viuda de un ballenero esperando el regreso de su amado.

Le dio un codazo en las costillas a Vianello.

—Patta está en mi despacho.

Vianello tuvo que hacer un ejercicio de contención para evitar mirar hacia arriba y, en consecuencia, perdió la oportunidad de, algún día, contarles a sus nietos lo que había visto con sus propios ojos.

Foa detuvo la lancha en el embarcadero y el inspector siguió a Brunetti a tierra con cuidado de no alzar la mirada por encima de su cabeza.

Cuando entraron en el edificio, el guardia los saludó desde detrás del cristal de la garita de seguridad y se levantó a abrirles la puerta.

—*Commissario* —lo llamó al asomarse—, el *vicequestore* quiere verlo en su despacho.

Él le dio las gracias con un movimiento de la cabeza y los dos policías se acercaron a la escalera sin decir nada. Brunetti se detuvo al pie.

—Quizá deberíamos darle tiempo para que regrese a su despacho.

—Guido, si sigues así, acabarás malacostumbrándolo.

Vianello fue a la oficina de los agentes y Brunetti dejó pasar dos minutos antes de subir el primer escalón. Luego fue hacia el despacho de su superior y entró en la pequeña antecámara, donde encontró a la *signorina* Elettra, que ese día aliviaba el peso del calor con ropa de lino blanco. La blusa reflejaba haces de luz y daba la impresión de fluir sin impedimento alguno, como si el material se hubiera posado sobre sus hombros al caer desde alguna ubicación astral. Cualquiera que se fijase en ella pensaría que la

prenda era para una persona más voluminosa, hasta que el espectador observaba el punto donde terminaban los hombros y cómo se abrían los pliegues cuando ella levantaba el brazo para apartarse el pelo.

—Me alegro mucho de volver a verlo, *commissario* —dijo la secretaria, y lo iluminó un poco más con su sonrisa.

—Uno de esos regalos repetidos que nos hace la vida —contestó Brunetti.

—¿Venir aquí?

—En una palabra: sí.

—El *vicequestore* acaba de llegar y está esperándolo. Otra alegría —añadió ella con una sonrisa traviesa. Entonces alzó la mano—. Debo avisarlo, *commissario*, de que no está de un humor muy apacible.

—Qué raro —contestó Brunetti.

Pasó por delante de su escritorio y fue a la puerta del despacho del *vicequestore*. Cuando llamó, el sonido fue recibido con un ladrido.

—Buenas tardes, *vicequestore* —lo saludó mientras cerraba la puerta.

Atravesó la sala.

—Siéntese.

Los ojos de Patta reflejaban una luz muy distinta de la que había visto en la blusa de la *signorina* Elettra. Brunetti había tenido años para aprender a interpretar las señales que indicaban el nivel de irritación de Patta y se dio cuenta de inmediato de que se trataba de un caso de enfado medio. No obstante, eso no significaba que pudiese relajarse: Patta era tan peligroso cuando estaba impaciente como cuando estaba rabioso.

—¿Qué está pasando? —exigió saber su superior.

A Brunetti le resultó interesante que Patta no mencionase su prolongada ausencia de la *questura* ni su supuesto problema de salud.

—Si se refiere al hombre de Sant'Erasmo que falleció mientras yo estaba allí, sólo sé lo que saben los habitantes de la isla: la tormenta lo atrapó, se cayó de la barca y se ahogó.

Al oír eso, Patta hizo un gesto con la mano que Brunetti interpretó como una invitación a sentarse. El *vicequestore* llevaba un traje de lino de color crema, pero, a esas horas de la tarde, los codos parecían acordeones. ¿Acaso había estado haciendo flexiones mientras esperaba que él regresase? Igual que todos los veranos —y también después de las dos vacaciones invernales que podía permitirse—, Patta estaba bronceado y llevaba el pelo engominado y peinado hacia atrás, más brillante que un bate de críquet recién engrasado.

—De hecho, le preguntaba por los problemas en los que se ha visto envuelto el *avvocato* Ruggieri.

«Vaya... —se dijo Brunetti—. Claro, qué idiota soy: ¿cómo va a interesarse Patta por la muerte de un remero cuando el hijo de un notario adinerado está pasando por un momento de vergüenza?»

—Disculpe, *vicequestore* —contestó—, pero no estoy al corriente de ese asunto.

—En ese caso, ¿a qué ha venido?

—Porque ayer encontré el cadáver de un hombre ahogado, *dottore*, y me ha parecido correcto hacer un informe, con la esperanza de que eso acelere el proceso.

Patta entornó los ojos con tal ademán de sospecha que Brunetti temió estar a punto de convertirse en el objeto de alguna tortura física.

—¿Es eso cierto? —exigió saber Patta con una voz lo suficientemente grave como para contener toda la amenaza que pretendía infundirle.

—Sí, señor —contestó Brunetti—. No he vuelto a pensar en esa entrevista desde que se cortó —admitió, e intentó aparentar haber sufrido un desmayo hacía poco por culpa del corazón debilitado.

Patta apoyó los codos arrugados en la mesa, entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en el puente que acababa de construir. Escrutó a su subordinado durante unos instantes, como un entomólogo aguardando a que un escarabajo pelotero empiece a dar forma a su bola de mentiras.

—Espero, Brunetti —dijo al cabo de unos instantes—, que ésa no sea otra de sus...

Lo calló el ruido de unos nudillos llamando a la puerta.

—¡Adelante! —ladró.

La puerta se abrió y apareció la *signorina* Elettra.

—Ah, *vicequestore*, no sabía que tenía visita —se disculpó ella, y dio la impresión de estar avergonzada por haberlos interrumpido—. Antes me ha dicho que quería enviarle un correo electrónico al *prefetto*.

Entonces Brunetti cayó en que ella llevaba una libreta en la mano. ¿De verdad iba a anotar lo que Patta le dictase? En efecto, su superior era un hombre excepcional. Se levantó sin mostrar expresión alguna.

—Le dejo seguir con su trabajo, *dottore* —se excusó, y lo saludó con una inclinación breve de la cabeza.

Se acercó despacio hacia la puerta, se detuvo un instante para permitir que la *signorina* Elettra entrase y la cerró al salir.

La silla de la secretaria estaba lejos de la mesa, como si se hubiera levantado con prisas. Una página de texto llenaba la pantalla del ordenador y encima de la mesa había unos auriculares. ¿Eran para YouTube? A la manera de los buenos detectives, resolvió comprobarlo, como si sus gustos musicales fuesen a revelar algo importante sobre ella.

Se acercó al escritorio y, sin querer mirar la pantalla porque la consideraba tabú a menos que ella se la mostrase, cogió el aparato, se pegó uno de los auriculares a la oreja izquierda y escuchó: «No, *dottore* —decía la *signorina* Elettra—, creo que debería ir por carta certificada. Un correo electrónico es demasiado informal».

—*Oddio* —suspiró Brunetti.

Dejó los auriculares en la mesa sin hacer ruido y salió del despacho.

De camino a su despacho, Brunetti se extrañó de que un lugar tan humilde como el que Federica le había mencionado tuviera página web, porque un establecimiento en el que los pacientes pasaban hambre no estaría dirigido precisamente a un público familiarizado con las últimas tecnologías. No obstante, recordó que hasta la protectora de la ciudad adonde se enviaban a los perros callejeros y a los perros perdidos tenía una. Brunetti se paró a pensar en la manera en que una idea lo había llevado a la otra y la espontaneidad de la comparación lo avergonzó. Debería llevar al anciano hambriento una caja de bombones.

Abrió la página seguro de que las fotos intentarían que las habitaciones vacías pareciesen acogedoras y los pacientes de gesto adusto, contentos. Se preparó para ver un búnker de cemento haciéndose pasar por un hogar.

Y, sin embargo, ¿de dónde había salido esa mansión enorme? ¿En qué lugar estaba ese jardín de rosales que retozaba tan feliz a sus puertas? Leyó los pies de foto y descubrió que aquello que veía era efectivamente Villa Flora, en Mira, y en Mira no podía haber más de una residencia de ancianos con el mismo nombre.

«Un ambiente en el que nuestros huéspedes se sentirán como en casa.» «En Villa Flora, usted cambia de rumbo, no de vida.» «¿Por qué debería dejar de sentirse especial tras la jubilación?»

—Vaya, vaya, vaya —comentó Brunetti entre dientes—. Estados Unidos de América, bienvenidos a Mira.

Estudió las fotos de nuevo, esta vez con más atención, y leyó la historia del edificio. Diseñada por un amigo de Palladio, el texto insistía en que la mansión estaba construida siguiendo el estilo del maestro. Brunetti regresó a la foto que servía como fondo de la página web y vio que, si había alguna influencia de Palladio, era de su primera época, pues el edificio no se parecía más que a Villa Godi, una mansión de aspecto fiero y marcial adonde Brunetti había llevado a su familia hacía años, convencido de que sus hijos disfrutarían del museo arqueológico del sótano, aunque se equivocaba.

Echó un vistazo a las distintas *suites* que había disponibles: un total de diecinueve. Cada una de ellas tenía un dormitorio, un salón y un baño. Las comidas se servían en el comedor, aunque podían hacerse en privado. Gran parte del mobiliario de las habitaciones para residentes podría haber salido del *palazzo* de sus suegros: mesas de patas largas y finas, sofás tapizados con terciopelo, espejos con marcos dorados de diseño recargado y ostentoso. Por otro lado, los baños parecían los de un hotel de cinco estrellas: dos lavamanos, alcachofas de ducha del tamaño de una pizza, grifería dorada.

El comedor era tal y como se imaginaba que serían los de los cruceros: campos de lino blanco, cubiertos relucientes, tres copas por comensal. Las cortinas de las cristaleras estaban abiertas y al otro lado se veía un jardín clásico que, en el instante de la foto, rebosaba rosas de todos los colores y estaba formado por distintas secciones separadas por setos achaparrados de boj. ¿Y el personal? Tal como Brunetti había anticipado, de ellos se decía que eran «los mejores profesionales del ramo», que «desempeñan sus tareas con gran motivación y tratan a todos los residentes como huéspedes», conscientes

en todo momento de que «un huésped es un miembro de la familia». Algo más abajo descubrió imágenes de los trabajadores, todos sonrientes y dispuestos a tender una mano amiga.

Regresó a la página inicial e hizo búsquedas con palabras clave relacionadas con el precio o los costes, pero no encontró nada. Intentó con «servicios» y tuvo la misma suerte. En lugar de invertir más tiempo, marcó el número de la *signorina* Elettra.

—*Sì, commissario?*

—Tengo delante la página web de Villa Flora —explicó—, pero no encuentro los precios.

—Ahora se dice «cuota», *commissario* —le informó en un tono que indicaba un leve reproche.

—Ah, claro —contestó él con aire contrito—. ¿Y cuánto es la cuota?

—Dos mil euros —respondió ella.

—Pero jeso no es nada para un lugar como ése! —exclamó.

Acababa de abrir de nuevo la fotografía de la fachada de la mansión y se acordó de que ésa era la cantidad que pagaba por la residencia donde su madre había vivido los últimos años de su vida.

—A la semana, *signore* —añadió la *signorina* Elettra.

—*Maria Vergine* —soltó él sin poder evitarlo.

¿De dónde sacaba un antiguo trabajador de fábrica más de cien mil euros al año para pagar la residencia? A juzgar por lo que Federica le había contado, se diría que Bianchi lloraba de hambre.

—Es increíble —protestó sin saber por qué.

—Así es —respondió ella, y le dijo que tenía otra llamada esperando.

Cuando colgó, Brunetti sopesó diversas tácticas. Dos policías acudiendo a hablar con un anciano ciego, dos hombres de voz grave: ¿era eso lo que quería? Una vez le habían dicho que los invidentes distinguían a hombres y mujeres por el olor, no sólo por el perfume o por la loción de afeitado, sino por las hormonas. Por lo visto, las mujeres olían más dulce, algo que influenciaba incluso a los videntes.

Marcó el número de Griffoni y, cuando ella respondió que no estaba ocupada, le preguntó si podía subir a su despacho. Mientras esperaba, fue a mirar por la ventana y dejó que toda esa información incongruente diese vueltas en su cabeza: unas cuantas abejas muertas en un tubo de plástico, el mar de Aral, dos mil euros a la semana, lodo oscuro en otro recipiente de muestras. Si fuesen piezas sobre un tablero, ¿sabría moverlas para que formasen una imagen?

Griffoni llamó a la puerta con los nudillos y lo sacó de sus reflexiones. En cuanto la vio entrar, alta, rubia y con la seguridad despreocupada de una mujer que siempre ha sabido lo hermosa que es, tuvo claro que era mejor opción que Vianello, aunque Bianchi no pudiera verla.

—Claudia, me gustaría que me ayudases con algo.

Una hora después, Foa atracó en el embarcadero de Piazzale Roma, donde los esperaba un vehículo policial sin distintivos. El conductor, que no llevaba uniforme, salió del coche para abrirles la puerta trasera al ver que se acercaban e incluso les hizo un saludo formal, cosa que Brunetti atribuyó a lo corta que era la falda de Griffoni.

Durante los veinticinco minutos que tardaron en llegar a Mira, Brunetti acabó de contarle los últimos detalles de la historia: el precio de la residencia.

—¿Dices que el accidente sucedió hace veinte años? —preguntó ella sin hacer caso de los grandes almacenes que flanqueaban ambos lados de la carretera nacional y concentrándose en lo que su compañero le contaba.

—Más o menos. La *signorina* Elettra todavía está intentando averiguar qué pasó. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si Bianchi está allí desde entonces, lleva pagados más de dos millones de euros.

Apartó la mirada un instante y enseguida se volvió hacia él.

—Ni siquiera soy capaz de calcular cuántos años debería trabajar yo para ganar esa cantidad —admitió con cierto énfasis.

Brunetti no comentó nada, esperando que ella sacase conclusiones.

Tomaron una carretera que discurría por el margen derecho del canal de Brenta.

—Eso significa que alguien está costeándoselo —dedujo Griffoni. Era una afirmación, no una pregunta—. Y podemos descartar la opción del seguro —continuó con el mismo tono—. La aseguradora se arrastraría por los tribunales durante años antes de pagar algo así de caro.

Brunetti asintió para darle la razón, pero no dijo ni pío.

Ella se recostó en el asiento y se volvió hacia la ventana para mirar las casas grandes y los amplios jardines que tenían a la derecha.

—¿Quién estará pagándolo? —preguntó en voz baja, como si hablase sola.

Al cabo de un momento, se dirigió a él.

—¿Quién estará pagándolo? —repitió.

—Y si alguien se encarga de los gastos, ¿por qué no hicieron lo mismo con Casati? —preguntó Brunetti a modo de respuesta.

—¿Sufrieron el mismo accidente?

—No tengo pruebas que lo demuestren —contestó Brunetti—, pero tendría sentido: estuvieron ingresados más o menos al mismo tiempo y han mantenido el contacto durante años.

—¿Cuál dirías que es el motivo?

—No tengo ni idea.

Al ver que Griffoni no añadía nada, continuó.

—Lo único que sé es lo que me ha contado la hija de Casati: un par de amigos de toda la vida que habían discutido, y la miseria en la que vivía Bianchi.

En ese momento, el chófer giró, cruzó la verja de hierro que aislaba Villa Flora del resto del mundo y enfiló el camino de gravilla. La fachada de la mansión se presentó ante ellos: recta y cuadrada, ofrecía un resplandor cálido a la luz del sol. Delante de ella había un jardín moteado de rosas rojas y blancas.

Griffoni se inclinó hacia delante para ver mejor el edificio y las flores.

—Cuánta miseria —sentenció, y se recostó en el asiento.

El chófer detuvo el vehículo frente al edificio, se bajó y le abrió la puerta a Griffoni. Brunetti y ella subieron las escaleras y, al llegar arriba, el *commissario* levantó la pequeña cabeza de león de latón que hacía las veces de aldaba y golpeó repetidamente la placa

de metal.

Al cabo de un momento, una mujer abrió la puerta. Llevaba un traje de chaqueta de color azul marino con falda por debajo de la rodilla que bien podía ser un uniforme, aunque tal vez se debiese a un gusto muy sobrio en el vestir. Tenía alrededor de cincuenta años y un rostro redondo y afable cuya sonrisa cumplió el cometido de hacerlos sentir bienvenidos. La placa de identificación que tenía sujeta a la solapa derecha de la chaqueta era un argumento a favor de la teoría del uniforme. Llevaba su fotografía y su nombre escrito: Anita Segalin.

—Bienvenidos a Villa Flora.

Posó los ojos de color marrón oscuro en Brunetti; después, sin prisa, en Griffoni. Y, por último, regresaron a él. A pesar de que ninguno de los dos le respondió, ella esbozó una sonrisa breve que dibujó tan sólo con sus labios. Una vez se hubo borrado, su rostro recobró su pasividad habitual y continuó mirándolos por turnos, evaluando la situación.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Hemos venido a visitar a uno de sus residentes —anunció Brunetti.

Había escogido la palabra *residentes* porque *pacientes* no encajaba con el entorno.

—¿De quién se trata? —preguntó ella, y dio un paso atrás para permitirles la entrada a un largo pasillo iluminado por los rayos de sol que se vertían desde las habitaciones que había a ambos lados.

—De Zeno Bianchi —respondió Brunetti.

Medio segundo antes de que pronunciase el nombre, la *signora* Segalin les había ofrecido otra sonrisa tensa, como para alentar su memoria y para felicitarlo por acudir a ver a cualquier residente de Villa Flora.

Pero al oír el nombre se le escapó un «ah».

—Le hará mucha ilusión: recibe a muy pocos visitantes.

—Siento mucho oír eso —contestó Brunetti.

—¿Y ustedes quiénes son? —preguntó la mujer.

—Guido Brunetti. Y ella es la *dottoressa* Claudia Griffoni.

La *signora* Segalin abrió los ojos con interés.

—*Dottoressa*?

Griffoni le ofreció su sonrisa más cálida y encantadora.

—No de medicina. Lo siento mucho, *signora*.

En esa ocasión, la mirada con la que contestó fue de leve alivio.

—Administración Pública —continuó Claudia.

Era una verdad a medias, pues había hecho la carrera antes de graduarse también en Derecho.

—¿Hay algún problema? —preguntó la *signora* Segalin, ahora sin sonrisa, como si se tratase de una visita oficial.

—Seguro que no es nada que no podamos solucionar enseguida —contestó Griffoni con naturalidad y confianza—. La nueva normativa para personas con discapacidad es muy complicada y quiero explicarle algunos cambios al *signor* Bianchi.

La *signora* Segalin asintió, como si comprendiese ese deseo a la perfección. Brunetti pensó en que la esposa de Alvise había pasado los seis meses anteriores yendo de despacho en despacho, intentando conseguir que una asistente social visitase a su abuela, que tenía más de noventa años y llevaba cuatro sin poder moverse de la cama. Quizá las personas que podían permitirse vivir en Villa Flora estuviesen acostumbradas a un trato más solícito por parte de la Administración. Como mínimo, era evidente que a la *signora* Segalin no le extrañaba en absoluto su visita imprevista.

—Antes he visto al *signor* Bianchi en la glorieta —les informó.

Había expresado especial placer al pronunciar la palabra, ansiosa por ayudar tras el descubrimiento de que la pareja tenía algo que ver con la Administración Pública: el amplio grupo de profesionales cuyas responsabilidades incluían visitar los hogares de ancianos para garantizar que se observasen las reglas del cuidado de pacientes.

—Acompañenme.

Dio media vuelta y caminó aprisa hacia la parte trasera del edificio mientras Brunetti y Griffoni la seguían a paso tan acelerado que apenas tenían tiempo de observar las habitaciones que había a ambos lados del pasillo.

Brunetti echó un vistazo a través de la primera puerta que pasaron de largo y vio un ramo enorme de rosas variadas colocado sobre una mesa estrecha con un abanico de revistas y periódicos a cada lado. En la siguiente sala creyó oír uno de los nocturnos de Chopin, aunque mal tocado. Intentó ver algo, pero la perspectiva era demasiado estrecha y no alcanzó a ver nada más que la curva de un piano de cola. Al final del pasillo, la mujer se detuvo y abrió una puerta gruesa de madera y el *commissario* se fijó en que, en lugar de las largas barras metálicas de las salidas de emergencia que estaba acostumbrado a ver en las residencias geriátricas, ésta tenía un pomo de metal normal que ella abrió con un giro de muñeca.

Una vez fuera, un camino de gravilla los condujo hasta una pequeña glorieta, cubierta de rosas trepadoras cuya dulzura Brunetti percibió desde lejos. La *signora* Segalin se detuvo cuando aún estaban a unos metros de distancia, se volvió y les ofreció otra sonrisa breve.

—Permítanme que me adelante para preparar al *signor* Bianchi. Es que recibe muy pocos visitantes.

Hablaba en voz baja, como si temiese que alguien la oyera.

Se acercó deprisa a la glorieta y subió los tres escalones. Brunetti la observó mientras se acercaba al hombre que estaba sentado en una silla de mimbre blanco, con un perro pequeño de aire despierto sentado a su lado. A diferencia de su dueño, el animal reaccionó a la llegada de la *signora* Segalin. A juzgar por su aspecto, uno de sus progenitores había sido un jack russell, mientras que del otro sólo se sabía que tenía las patas muy largas. Se puso en pie y fue hasta la señora, que se agachó a rascarle una oreja.

Brunetti y Griffoni se miraron: un perro en una residencia. A su vez, el animal se fijó en los otros seres humanos y los observó mientras ellos contemplaban al señor de la silla. Él también debía de haber tenido un padre o una madre de piernas muy largas,

pues sus rodillas superaban con creces la altura de su cintura y daban lugar a un regazo inclinado donde descubrieron que sostenía un antiguo transistor de radio en la mano izquierda.

Bianchi, pues aquel señor sólo podía ser Zeno Bianchi, llevaba unas gafas oscuras que le cubrían los ojos y gran parte de la zona superior de la cara, pero no conseguían ocultar la cicatriz lisa y rojiza que le salía del nacimiento del pelo, parecía seguir por debajo de las gafas y se deslizaba por su mejilla derecha para desaparecer bajo el cuello de su camisa. En el lado derecho de la frente tenía otra zona de piel tensa y roja que empezaba en la sien y describía una línea irregular ascendente que se adentraba en la cabellera corta y blanca.

Brunetti sabía que su edad era similar a la de Casati; sin embargo, las mejillas hundidas y todos los pliegues de piel enrojecida que tenía debajo de la barbilla, a la izquierda de la cicatriz, lo hacían parecer mucho mayor. Pese al calor sofocante de julio, llevaba una chaqueta de *tweed*, camisa blanca y corbata, y la curvatura de la parte superior de su cuerpo hacía más evidente la estrechez de los hombros de la chaqueta. Sobre las piernas tenía una manta de lana a cuadros que debía de compartir con el perro y, debajo, pantalones finos de lana y zapatos de color marrón oscuro.

—*Signor Bianchi* —anunció la *signora Segalin*—, han venido a visitarlo unos señores de los servicios sociales.

Entonces se agachó y le habló al perro.

—*Bardo*, tienes invitados.

El animal recibió la noticia meneando la cola, pero Bianchi no reaccionó.

Ellos se acercaron al hombre y a su animal de compañía y, como Bianchi no podía verlos, el *commissario* se abstuvo de tenderle la mano. En cambio, Bianchi le ofreció la izquierda con total naturalidad y ambos se la estrecharon y le dijeron sus nombres.

—Por favor, siéntense —les pidió la *signora Segalin*, y corrió a acercar dos sillas de mimbre—. Pónganse cómodos —continuó mientras tomaban asiento—. Yo tengo que regresar a la oficina, pueden pasar por allí para avisarme cuando hayan resuelto los problemas del *signor Bianchi*.

Al parecer, los años de experiencia con el ciego le habían enseñado a no malgastar sonrisas con él, aunque sí le dedicó una muy pequeña, poco más que un destello, a *Bardo*, que estaba tan interesado en olisquear los zapatos y los tobillos de los recién llegados que no la vio.

—¿Está comportándose? —preguntó Bianchi, que se había vuelto hacia ellos.

Tenía la voz débil y aguda y Brunetti se preguntó si había respirado fuego hacía todos esos años y se había dañado las cuerdas vocales.

—Sí, está portándose bien —contestó Griffoni, y se dio unas palmaditas en las piernas.

Bardo no necesitaba más invitación que ésa, así que subió de un brinco y dio unas cuantas vueltas en su regazo antes de aovillarse con cuidado de colocar la cabeza de manera que pudiera seguir viendo a Bianchi.

Griffoni le puso la mano en la cabeza y, con aire distraído, como si ordeñase a una vaca, empezó a tirarle de las orejas. *Bardo* hizo un ruidito.

—No le gusta que le toquen las orejas. Prefiere el cuello.

Cuando Griffoni hizo caso del consejo, el ruido cambió y ella pensó en lo mucho que se parecía al ronroneo de un gato.

—Muy bien —la felicitó Bianchi—. Eso le gusta.

Brunetti oyó la voz de una mujer que venía desde la distancia: tal vez hubiese alguien paseando entre los rosales.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó Bianchi, que los sorprendió con su pregunta.

Griffoni miró a Brunetti, pues había hablado con voz muy cortante.

—Siento decirle que la *signora* Segalin se ha confundido —aclaró ella—. Le he dicho que hice la carrera de Administración Pública y ella ha sacado una conclusión errónea.

—¿Y cuál es la conclusión correcta? —quiso saber Bianchi, hablando en voz más alta.

—Somos de la policía.

No respondió y Griffoni continuó rascándole la cabeza a *Bardo*. El ronroneo se oyó de nuevo y consiguió tapar la voz de la mujer invisible.

—¿Y qué es lo que quieren? —preguntó el anciano.

—Nos gustaría que nos hablase de su amistad con Davide Casati —le pidió Brunetti.

Bianchi se volvió deprisa hacia la voz del *commissario*, pero giró demasiado: sus gafas de sol apuntaban hacia la izquierda del hombro de Brunetti.

Bardo se puso de costado y dejó el cuello al descubierto.

—Le gusta que le rasquen ahí —repitió su dueño.

—A la mayoría de los perros no les gusta —comentó Griffoni.

El hombre respondió tras una larga pausa.

—Éste es muy confiado.

Entonces, para que quedase claro que ya no se refería al perro, continuó hablando en pasado.

—Fuimos amigos durante mucho tiempo. Era mi mejor amigo y siento mucho su muerte.

—Su hija nos ha dicho que usted hablaba con él a menudo —le explicó Brunetti.

Bianchi no respondió. Movié un poco la mano y, entonces, el *commissario* se dio cuenta de que la voz femenina venía de la radio. Hacía muchos años que no veía una como aquella: negra, rectangular, del tamaño de los antiguos *walkmans* y con una pequeña antena de metal que sobresalía de una esquina. Mientras lo miraba, Bianchi sacó la mano derecha de debajo de la manta y usó lo que le quedaba de ella para sujetar la radio y así hacer girar un botón con los dedos intactos de la otra. La voz de la mujer que hablaba con alegría combativa subió de volumen.

—La santísima Virgen María nos pide que nos unamos a ella en la adoración de su amado hijo. Recitando juntos el rosario, nos ganamos su favor y su gentileza. Hoy recitamos los misterios gozosos, por lo tanto, empecemos con la contemplación de la Anunciación y declaremos que el momento de la Encarnación se acerca.

La mano mutilada le trajo a Brunetti a la memoria la parte delantera de un cangrejo: un caparazón duro y rosado con dos pinzas formadas por el pulgar y el meñique. Apartó la vista y le lanzó una mirada desesperada a Griffoni: ¿qué podían hacer si Bianchi los hacía escuchar el rosario? Un coro de voces femeninas empezó a murmurar un ensalmo que recordaba de la niñez.

—Es Radio Maria, ¿verdad, *signor* Bianchi? —preguntó Griffoni con voz afable y curiosa.

Éste volvió la cabeza en su dirección. La mano izquierda se movió de nuevo y la voz bajó hasta casi desaparecer.

—¿Conoce el programa?

—Sí, ¡cómo no! —respondió ella con auténtico placer—. Mi madre lo escucha todos los días.

—¿Es creyente? —preguntó el ciego.

—Por supuesto —insistió Griffoni, con orgullo y fuerza.

—¿Y usted también?

Griffoni se volvió hacia Brunetti, enarcó las cejas y se encogió de hombros.

—Sí —contestó, y añadió con evidente pesar—: Quizá no voy tan a menudo a misa como debiera, porque no voy mucho, pero sí creo. —Y añadió con ímpetu inusitada—: Es algo bueno. No me imagino cómo...

Dejó la frase inacabada y cualquiera que no la conociese no habría dudado ni un instante de su sinceridad.

Brunetti oyó un clic y el soniquete de las voces recitando el rosario quedó silenciado.

De pronto, *Bardo* levantó la cabeza de golpe, le ladró a Griffoni a la cara y saltó al suelo. Bajó los escalones de la glorieta corriendo y el repiqueteo de sus garras desapareció en el jardín.

—No le pasará nada, ¿verdad? —le preguntó la *commissario* a Bianchi, como si él también hubiese visto al perro marcharse.

—No olvide que es un perro —contestó él—. Además, conoce bien el lugar.

Agachó la cabeza, alargó la mano buena hacia la mesa que tenía al lado, palpó la superficie con los nudillos y dejó allí la radio.

—*Signor* Bianchi —intervino Brunetti—, nos gustaría que nos hablase del accidente que sufrieron usted y el *signor* Casati.

—¿Qué les contó él? —preguntó Bianchi con tono apremiante.

—Fuimos a nadar juntos, *signor* Bianchi: él no podía ocultar las secuelas y yo tenía curiosidad por las causas.

¿Cuándo, se preguntó Brunetti, había aprendido a ser tan mendaz? Observó las manos de Bianchi y vio que se había tapado el muñón con la izquierda. Habían pasado veinte años y aún era consciente de él. Brunetti guardó silencio, esperando a ver cómo interpretaba el anciano su respuesta.

—¿Por qué quiere saberlo?

Brunetti lo había pensado durante el camino y decidió contestar con una buena dosis de vacilación en la voz.

—Su hija, a quien creo que conoce, está destrozada por el fallecimiento de su padre hasta tal punto que cree que tal vez no haya sido un accidente.

Al oír aquello, Bianchi se tapó la boca con la mano buena.

—Me ha dicho —continuó— que durante sus últimas semanas de vida parecía inquieto, nervioso por algún motivo, aunque ella no sabía qué le causaba esa inquietud. Poco antes de su muerte le preguntó si le ocurría algo, pero él sólo le dijo que lo preocupaba una cosa del pasado.

Bianchi no pudo evitar ponerse tenso.

—¿Y eso le basta para venir hasta aquí a hacerme preguntas?

—Es suficiente para despertarnos la curiosidad —repuso Brunetti.

—No me diga que la policía no tiene cosas mejores en que emplear el tiempo.

Griffoni soltó una risotada, pero se tapó la boca de golpe con la mano.

—Disculpe, *commissario*. Ha sido sin querer —se excusó, hablando entre los dedos—. No debería haberme reído —añadió mirando a Bianchi.

Brunetti estaba observándolo justo en el momento en que su compañera se había reído y había visto que al oír sus palabras la tensión desaparecía.

—¿Y si no averiguan nada? —preguntó Bianchi con seriedad.

—En ese caso, al menos la hija de su amigo se quedará tranquila si sabe que fue un accidente.

Bianchi asintió varias veces antes de hablar.

—No sería el primero —dijo, tratando de ocultar cierta rabia.

Brunetti prefirió no contestar y, además, alzó la mano para que Griffoni tampoco respondiese.

Al cabo de un buen rato, Bianchi le hizo una pregunta.

—¿Le dijo que fue culpa suya?

Brunetti pensó en cómo responder para no delatar su ignorancia del asunto y seguir fingiendo que Casati le había hablado del tema.

—Me dijo que actuó sin tener en cuenta las consecuencias —empezó a decir sin quitarle ojo a Bianchi.

Al ver que el anciano apretaba los labios y abría las narinas, Brunetti continuó como si tan sólo hubiera hecho una pausa para buscar las palabras adecuadas.

—No quiso decir más.

—No, claro que no quiso.

La ira se había hecho más perceptible, por mucho que el hombre se esforzase en disimularla.

—¿Por qué no? —intervino Griffoni, que parecía del todo desconcertada.

—Así que actuó sin tener en cuenta las consecuencias —repitió Bianchi de forma retórica y dando rienda suelta a su indignación—. Claro, ¡porque era un necio!

Puesto que ocultaba los ojos tras las gafas oscuras, sólo su voz y la boca que pronunciaba las palabras comunicaban sus sentimientos. La voz se había tornado áspera y alta, y la mejilla izquierda se le había enrojecido casi tanto como la cicatriz de arriba. La mano buena abandonó al muñón y se convirtió en un puño.

—¿Le dijo que estaba fumándose un cigarrillo en un lugar donde estaba prohibido?

Bianchi dejó de hablar de inmediato, como si con aquella pregunta bastase.

Antes de que Brunetti pudiera contestar, Griffoni intervino.

—Espero que me disculpe, *signore*, pero no comprendo. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—Que tropezó —respondió el anciano, y se volvió hacia ella—. Estábamos en la zona donde se almacenaban los barriles y había alguno con fugas, pero nosotros no lo sabíamos. Se suponía que debíamos llevarlos rodando hasta los camiones y las barcas, pero Casati quería fumar y se paró a encender un cigarrillo.

Con las últimas palabras, perdió el control de la voz. Alzó la mano buena, se limpió la saliva de la boca y se la secó en la rodilla de los pantalones. Brunetti vio que de los hombros le salía un temblor que le recorría los brazos hasta las manos.

Bianchi respiró hondo unas cuantas veces y continuó con tono más tranquilo.

—Intenté impedírselo, pero me dijo que lo dejase en paz y lo encendió igualmente.

Mientras acababa la frase, movió la mano izquierda como si sujetase el tabaco mientras la derecha encendía la cerilla.

—Y para enseñarme lo listo que era echó la cabeza atrás e hizo una ristra de oes con el humo.

Bianchi miró adelante, enfrentándose al pasado.

—En el suelo había un trozo de manguera mojada, pero él no la vio. La pisó y el plástico se movió, supongo que le rodó debajo del pie.

Levantó la cabeza y, de haber conservado la facultad de ver, habría contemplado el techo de la glorieta.

—Entonces resbaló. Supongo que se le caería el cigarrillo, porque de pronto estaba tirado en el suelo y una fina línea de luz corría desde donde él estaba en dirección a los barriles.

Bianchi dejó de mirar hacia el techo y se volvió hacia el frente, justo entre Griffoni y Brunetti.

—Eso es lo que yo vi: esa línea de luz. Y entonces hubo una explosión y calor. Y más luz y, después de eso, ya no vi nada más.

Agachó la cabeza y, con mucho cuidado, se frotó el dorso de la mano mermada con los dedos de la otra.

La glorieta se sumió en un silencio que duró hasta que oyeron un repiqueteo en los escalones. *Bardo* había regresado y esa vez no hizo caso de Griffoni ni de Brunetti, como si hubiese percibido que Bianchi lo necesitaba más. Le dejó las patas delanteras en las rodillas y se le subió al regazo de un salto. Dio un par de vueltas, se acomodó y apoyó la cabeza en las patas con la vista fija en Brunetti. La mano buena de Bianchi fue directa al cuello del perro y empezó a rascárselo.

—¿Cómo salió usted de allí? —se atrevió a preguntar Griffoni.

Bianchi dejó de mover la mano y *Bardo* volvió la cabeza y se la lamió para que continuase.

—Davide me sacó a rastras del almacén antes de que el techo se desplomase por las llamas —respondió el anciano, que de pronto parecía calmado, casi solemne—, pero no lo supe hasta mucho después. Semanas. Me llevaron al hospital, pero lo único que recuerdo de esa época es el dolor. Y la oscuridad.

—¿Cómo se enteró de lo que había ocurrido? —quiso saber Brunetti.

—Me visitó alguien de la empresa y me preguntó si recordaba qué había provocado el fuego. Y dije que no.

—¿Él le hizo eso y usted mintió por él? —interrumpió Griffoni sin intentar siquiera disimular su asombro.

Los hombros flacos de Bianchi empujaron hacia arriba la tela de la chaqueta, que enseguida regresó a su lugar. Con el dedo índice, le dio unos golpecitos a *Bardo* en la cabeza.

—Era mi amigo, ¿verdad, *Bardo*? Y a un amigo no lo dejas ahogándose en la mierda, ¿a que no? Da igual lo que haya hecho.

El perro volvió la cabeza y le lamió la mano de nuevo, esa vez porque estaba de acuerdo con él. Con la cabeza aún gacha, como dirigiéndose al animal, Bianchi continuó.

—Entonces me contaron que Davide me había sacado de la nave y que estaba herido. Mucha gente lo vio salir del almacén conmigo a cuestas, como si yo fuera un niño. Eso es lo que me contaron. Entonces los barriles de dentro empezaron a estallar, los que estaban llenos de residuos inflamables...

Calló un momento.

—Tengo cicatrices en las piernas. Me quemé a través de la ropa.

Bardo empezó a roncar y el ruido era de una paz sorprendente. Los tres guardaron silencio un buen rato, mientras escuchaban la respiración acompasada del perro.

—¿Cuándo hablaron de nuevo? —preguntó Brunetti.

—Tardamos varios meses. Él me llamó cuando yo todavía estaba en el hospital de la vista, en Padua. Me telefoneó y me preguntó si quería hablar con él.

—¿Qué le respondió?

Bianchi se volvió hacia Brunetti y éste vio que el hombre fruncía el ceño, como si no comprendiese o no quisiera entender la pregunta.

—Le dije que claro que quería hablar con él —respondió Bianchi, y asintió, porque era una cuestión muy simple.

—¿Por qué? —pregunto Griffoni.

Las gafas de sol se volvieron hacia ella.

—Ya se lo he dicho: porque era mi amigo.

—Claro —suspiró Griffoni.

Brunetti recordó que era napolitana y que tal vez por eso comprendiese el concepto mejor que la mayoría o quizá había percibido la inquietud en la voz de Bianchi antes que él.

—¿Y siguieron siendo amigos?

—Hablamos el domingo pasado —respondió Bianchi—. Como todos los domingos.

Brunetti sofocó el impulso de llamar la atención de su compañera. Desde los inicios de su carrera profesional, se había entrenado para disimular sus reacciones a las cosas que veía o le decían, pero, incluso sabiendo que Bianchi no obtendría ningún tipo de ventaja porque no podría ver su reacción, se esforzó por eliminar todo rastro de ella de su expresión y de su voz.

«Como todos los domingos», repitió Brunetti para sí. Tenía que ser una mentira, pero ¿de qué le servía a Bianchi decirle eso a la policía? ¿Y qué relación guardaba ese detalle con la falsedad de que allí pasaba hambre?

Pensó en uno de los dichos que su madre y sus amigas solían repetir: «*Non c'è due senza tre*», no hay dos sin tres. Bianchi ya les había contado al menos dos mentiras, ¿cuál sería la siguiente?

—¿Por qué no nos cuenta más detalles del incendio? —preguntó Brunetti, como si se hubiera creído la historia.

Bianchi levantó un poco un hombro.

—Ahora que Davide está muerto ya no importa, ¿no creen?

Con la esperanza de que el anciano no detectase su sospecha, el *commissario* se volvió hacia él. Estaba dispuesto a responder con cualquier lugar común manido cuando Griffoni alzó la mano para silenciarlo.

—Qué afortunado es usted por haber tenido una amistad que durase tanto tiempo, *signore* —comentó Claudia.

Bianchi mantuvo la cabeza gacha. No tenía nada que decir, ni a ellos ni al perro.

—Y qué suerte también de poder alojarse en un lugar como éste. Es precioso.

Ay, la mujer es una serpiente, ondulante, taimada y muy peligrosa.

—Mi abuela estuvo en una residencia unos años, pero no se parecía a ésta en nada —le explicó y, antes de que Bianchi tuviera ocasión de hablar, subió el volumen un ápice y añadió—: Tampoco es que la suya estuviera mal, en absoluto, pero es que ésta es tan... No sé cómo explicarlo. ¿Elegante?

El hombre alzó la cabeza y le ofreció una sonrisa débil.

—Me temo que no lo distingo, *signora*.

Al oír el comentario de Bianchi y ver su expresión silenciosa de resignación, Brunetti cayó en la cuenta de que estaba siendo testigo de una partida de ajedrez disputada por dos maestros. Se acordó de la principal atracción turística de Marostica: una partida de ajedrez que se jugaba en unos cuadrados gigantes del casco antiguo medieval de la ciudad, con hombres disfrazados de piezas. No obstante, esa partida tenía lugar cada dos años y desarrollaba siempre las mismas jugadas, mientras que allí, cada movimiento respondía al del adversario. Y no cabía duda de que Bianchi y Griffoni se habían convertido en eso, en adversarios.

—¿Cómo vino a parar a un lugar como éste, *signor* Bianchi? —insistió ella con la voz empañada de asombro y admiración.

—Es el que me propuso la compañía de seguros —respondió él—. Y como ya le he dicho, yo no noto la diferencia. Todo eso de lo que me hablan los demás: las rosas, los cuadros, los uniformes limpios y recién planchados, yo no lo veo.

Les permitió que ellos mismos dedujesen que para un hombre con su discapacidad todo eso eran frivolidades sin sentido, del todo ajenas a una pobre víctima de la eterna oscuridad.

Brunetti se fijó en que Bianchi contraía la boca, como tratando de decidir cuál sería su siguiente jugada o si la anterior había sido correcta. Mientras el *commissario* lo observaba, movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Hasta la comida, y todo el mundo me dice que es muy buena, tiene un sabor diferente si no ves lo que estás comiendo —concluyó.

Alzó las manos para indicar resignación, como para enfatizar que hablaba a regañadientes, igual que aquel que se ve forzado a decir la verdad sobre una fiesta en la que el resto ha disfrutado de lo lindo. Al menos no les dijo que siempre se quedaba con hambre.

—Qué lástima —suspiró ella—. Le aseguro que es perfecto, no podría ser mejor. Y el jardín es una maravilla.

Como toda buena actriz, continuó metida en el papel incluso cuando se preparaba para abandonar el escenario.

—¿No está de acuerdo conmigo, *commissario*? —preguntó con voz dulzona.

—Totalmente —afirmó Brunetti, y al instante preguntó—: ¿De qué aseguradora se trata, *signor* Bianchi?

—Supongo que no esperará que me acuerde de eso después de tanto tiempo —repuso éste sin molestarse en disimular su irritación.

—Estoy seguro de que en contabilidad podrán darme el nombre —insistió el *commissario*, que quería comprobar si esa certeza inquietaba a Bianchi.

El hombre no dio señales de que la respuesta de Brunetti lo preocupase en absoluto, pero de pronto *Bardo* abrió los ojos, levantó la cabeza y gimoteó como si lo hubiesen despertado de la siesta.

Griffoni miró a su compañero y enarcó las cejas.

—Nos decía antes, *signore*, que hablaba con el *signor* Casati todos los domingos —empezó Brunetti—. ¿Le dijo algo en las últimas semanas que pudiera indicar que tuviera alguna preocupación, tal como nos ha asegurado su hija?

Bianchi le dio unas palmaditas al perro en la cabeza para tranquilizarlo y *Bardo* la apoyó de nuevo en sus rodillas y cerró los ojos.

—No, no se me ocurre nada.

—¿Recuerda de qué hablaron la última vez?

El ciego soltó una leve carcajada.

—Supongo que de fútbol. Davide era un gran aficionado.

Brunetti inyectó una dosis de testosterona a su voz antes de continuar.

—Y, además, el domingo pasado el Inter barrió al Pescara, así que, si era hinchas del Inter, debía de estar más contento de lo habitual.

—Sí, de eso hablamos —respondió Bianchi con cierta aflicción—. Siempre se le olvidaba lo poco que me gusta a mí ahora.

—Creo que todos nos dejamos llevar cuando se produce una victoria como ésa —afirmó Brunetti, como si quisiera disculparse por su entusiasmo—. Siete a cero, no recuerdo la última vez que le dieron tal paliza al Pescara.

La última frase iba empapada de triunfo autocomplaciente.

—Sí, más o menos es lo que dijo Davide.

—*Commissario* —interrumpió Griffoni—, creo que al *signor* Bianchi no le hace falta escuchar las noticias deportivas de nuevo. Y al *piccolo Bardo* —continuó, haciéndole una carantoña al perro en el cuello— tampoco.

Bianchi sonrió.

—Él no sabe lo pequeño que es —dijo, y se volvió hacia la pared—. Y a mí no me importa su tamaño.

Brunetti se levantó, miró el muñón que descansaba sobre el lomo de *Bardo* y decidió no estrecharle la mano de nuevo.

—Me gustaría agradecerle que nos haya brindado su tiempo, *signor* Bianchi.

Lo dejó ahí, sin informarle de si les había resultado útil o no. Griffoni también se puso en pie, dijo algo muy parecido y le dio unas palmaditas al perro en la cabeza a modo de despedida para ambos.

Bajaron los escalones, atravesaron el espacio que separaba la glorieta del edificio principal y, de pronto, ambos notaron de nuevo el calor que la sombra y las plantas de la glorieta habían atenuado.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Brunetti.

—Está muy bien lo que te has inventado —contestó Griffoni.

—¿Qué? —respondió Brunetti, que se sentía halagado y avergonzado al mismo tiempo.

—Lo del partido. La liga se acabó en mayo y no empieza hasta agosto: eso lo sabe cualquiera. Lo sé hasta yo.

—Bueno, pues él no lo sabe.

—Pero, aparte de eso, quería hacernos creer que Casati todavía lo llamaba los domingos y que charlaban como viejos amigos.

Griffoni se detuvo y se volvió hacia Brunetti.

—¿Por qué?

Reemprendieron el camino y, al llegar al edificio, el *commissario* sujetó la puerta para que Griffoni entrase antes que él. Una vez dentro, se paró y ella se volvió a mirarlo.

—¿No te resulta extraño que estemos tan dispuestos a dar por sentado que las personas con discapacidad dicen la verdad? Ni que su sufrimiento los hiciera más honestos...

—¿No crees que tenga ese efecto en las personas? —preguntó ella.

—¿Está siendo honesto? —preguntó Brunetti, y señaló la glorieta con la cabeza.

—Lo dudo —respondió Griffoni—, pero quiere mucho al perro.

Brunetti la miró como si acabase de preguntarle si conocía la revista *Atalaya*.

—¿Disculpa?

—Es ciego desde hace muchos años y, sin embargo, aún es capaz de querer al perro.

—No me parece gran cosa —repuso Brunetti.

Dio media vuelta y echó a caminar hacia la salida, donde esperaba encontrar a la *signora* Segalin en el despacho.

Oyó los pasos de su compañera a su espalda y, al cabo de un momento, su voz.

—Pero ya es algo.

La *signora* Segalin parpadeó con júbilo al ver a la pareja tan amable que había acudido a visitar al *signor* Bianchi. Sin dar explicaciones de por qué querían la información o si tenían autoridad para solicitarla, Brunetti se hizo con copias de los recibos del último año de los pagos de la plaza de Bianchi.

Como si aquello no fuese más que una simple formalidad, se colocó los documentos debajo del brazo, le dio las gracias por su ayuda a la *signora* Segalin y le estrechó la mano. Ella los acompañó a la puerta, donde los esperaba el chófer. La señora no pareció dar ninguna importancia a ese detalle: tal vez ya estuviera acostumbrada a las visitas que llegaban en coches oficiales.

Al traspasar la verja, se dirigieron a la nacional y regresaron al mundo real.

—De todos modos, sigo pensando que es manipulador y deshonesto —dijo Griffoni como si por fin estuviera completando la frase anterior.

Brunetti sonrió y abrió la carpeta que tenía sobre las rodillas.

—¿Quién paga? —preguntó ella.

—GCM Holdings.

—No me suena de nada.

—A mí tampoco —admitió Brunetti, y sacó el móvil.

—¿Quiénes serán? —se preguntó Griffoni.

Brunetti pulsó una de las teclas de marcación rápida y ambos oyeron los tonos.

—¿Quiénes serán? —repitió.

Él apartó el teléfono un momento.

—Lo sabremos al llegar.

La llamada se conectó y una voz de mujer dijo:

—Buenas, *commissario*, ¿en qué puedo ayudarlo?

Y así fue. En cuanto desembarcaron, se dirigieron al despacho de la *signorina* Elettra y la encontraron regodeándose. Tenía una serie de papeles sobre la mesa.

—¿Es la empresa de Casati? —preguntó Brunetti al entrar, y señaló los papeles con la barbilla.

—Sì, *signore*, podría decirse que lo es —respondió ella con una sonrisa sincera—. Es su encarnación actual: una compañía de construcción propiedad de Gianclaudio Maschietto.

La *signorina* Elettra señaló la pantalla.

—Aún hay más.

El *commissario* pensó que había visto el nombre del propietario en alguna parte, un empresario del nordeste al que las cosas le iban muy bien.

—El tipo me suena, pero nada más. ¿No había algo de una iglesia? —preguntó al recuperar un recuerdo vago. Miró a Griffoni—. Claudia, ¿te suena de algo?

Ella ladeó la cabeza y miró la pared.

—No, ni el nombre siquiera.

La *signorina* Elettra asintió para corroborar lo que recordaba Brunetti.

—He impreso una copia de lo que he encontrado para cada uno. Si quieren leerlo mientras hago unas llamadas...

—¿A amigos? —preguntó Brunetti.

—A amigos —confirmó ella.

—Vamos, Claudia.

Brunetti cogió los documentos y, viendo la cantidad de información que había, propuso que fuesen a echarles un vistazo a su despacho y dejarasen a la *signorina* Elettra continuar con su trabajo.

Las ventanas llevaban un tiempo cerradas y Brunetti tardó un momento en decidir si era mejor dejarlas tal cual o permitir que entrase el aire de fuera. Como daban hacia el este, decidió abrirlas, pero una lengua de aire seco del Sahara lo envolvió.

Bueno, ya estaba hecho, y al menos el aire traía el olor del mar. Le pasó un juego de papeles a Griffoni, fue a su mesa, se quitó la chaqueta y se sentó.

La sensación le recordó a su época universitaria: dos compañeros de clase compartiendo un espacio reducido, leyendo juntos. La información era la habitual: la empresa que se llamaba Romina Rimozione se había fundado hacía más de cuarenta años con sólo nueve empleados y ahora contaba con más de cien trabajadores y oficinas en Padua, Treviso y Marghera. El primer negocio había sido de transportes: entregas rápidas a cualquier lugar de Europa. Pero la compañía había crecido para incluir la construcción: casas y escuelas y, más adelante, edificios de oficinas e incluso una parte del aeropuerto. Uno de sus primeros éxitos había sido el contrato para transportar materiales desde el polígono industrial de Marghera, seguido de otro para retirar residuos metálicos de un complejo de fábricas de la misma zona. Algo después habían participado en la construcción de un centro comercial en las afueras de Pordenone y los habían subcontratado para la instalación de las vías para la nueva línea de tranvía entre

Mestre y Venecia. En algún momento de la expansión, Romina había desaparecido junto con la parte del negocio de transportes y la empresa había pasado a llamarse GCM Holdings.

Brunetti se dio cuenta de que la *signorina* Elettra había colocado los artículos en orden cronológico, como si quisiera hacerlos partícipes del éxito gradual y continuado del negocio.

Sólo había un documento que hablase sobre el propietario y alma de la compañía. Gianclaudio Maschietto, un anciano de ochenta y tres años, había nacido en Piove di Sacco y en la actualidad repartía su tiempo entre su localidad natal y Venecia. El artículo incluía fotografías de la iglesia que había hecho construir para donarla a su ciudad y una cita en la que decía: «Se lo debía a Dios y a mis vecinos». Brunetti supuso que se refería a la edificación de la iglesia, que él consideraba grotesca, una caja de cemento con una cubierta muy inclinada de tejas y unas vidrieras que parecían escenas sacadas de cómics religiosos.

Hacía seis años se había publicado una serie de artículos con motivo de la jubilación de Maschietto. Se retiraba del día a día de la empresa y había delegado el control a su hijo Francesco, que se convirtió en director ejecutivo, mientras que él mantenía sólo un puesto en la junta, sin derecho a voto.

Cuando hubo terminado de leer, Brunetti miró a Griffoni, que estudiaba las fotografías de las vidrieras. Ella suspiró.

—Se parece tanto a la iglesia nueva del pueblo de mi madre que da miedo.

Cogió las hojas, les dio unos golpecitos sobre las rodillas y las obligó a formar un grupo compacto.

—Para construirla, tiraron una pequeña capilla del siglo xvi —le explicó, y Brunetti la miró asustado—. De eso hace ya cincuenta años.

El *commissario* se preguntó si esas últimas palabras pretendían que el hecho pareciera menos horrible, pero ni así.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

—Me gustaría saber qué motivos tiene la compañía para pagar la residencia de Bianchi —contestó ella.

Brunetti pasó unas páginas y encontró lo que buscaba.

—Aquí dice que la empresa original estuvo ubicada en Marghera desde inicios de los años ochenta.

—Sí, ya lo he leído —respondió ella, y pasó un par de páginas y luego dejó los documentos en la mesa—. ¿Crees que el accidente salió en la prensa? Hubo dos heridos graves.

—Si los daños fueron importantes o murió gente, debió de aparecer —observó Brunetti.

Griffoni pensó un momento, apretó los labios y cabeceó varias veces.

—Claro, nosotros nos hemos creído todo lo que él nos ha dicho, por su discapacidad, pero supongo que hubo más afectados.

Brunetti flirteó con la posibilidad de añadir: «Y porque quiere al perro», pero el sentido común prevaleció.

—¿Vamos a ver qué más ha averiguado? —preguntó.

Bajaron juntos al despacho de la *signorina* Elettra y vieron que no se había movido de delante del ordenador. Al entrar, Brunetti descubrió un montón de hojas en la bandeja de la impresora.

—¿Son para nosotros?

—Sí —respondió la secretaria sin molestarse en apartar la vista de la pantalla—. Son sobre el incendio.

Brunetti cogió los papeles. De nuevo, estaban por duplicado. Fue al alféizar de la ventana, los separó en dos montones y le entregó uno a Griffoni. Ella se colocó a su lado y empezó por la primera página, concentrada desde buen principio. Él permaneció donde estaba y se puso a leer.

Il Gazzettino había publicado un artículo sobre un incendio ocurrido en un almacén de un polígono industrial de Marghera donde también había oficinas. Al menos dos trabajadores fallecidos, tres heridos y dos en paradero desconocido. El fuego, cuya causa no se especificaba, se había declarado por la tarde en el almacén y las cuatro unidades que habían acudido tras la llamada de emergencia habían luchado contra las llamas hasta que lograron extinguirlas de madrugada.

Al día siguiente, *La Nuova di Venezia* confirmaba la cantidad de heridos y de muertos e informaba de que los trabajadores desaparecidos estaban llevando a cabo una tarea en otra zona del polígono industrial y no se habían visto afectados. Según la cita del capitán del servicio de bomberos, la causa del incendio era un cortocircuito eléctrico.

No faltaba el comentario habitual sobre la gran cantidad de «*morti bianche*», o muertes en accidentes laborales, ni las típicas entrevistas con amigos y familiares de los dos fallecidos, a quienes recordaban como trabajadores serios y atentos cuya pérdida sería llorada por sus compañeros y seres queridos. Los heridos, Zeno Bianchi, Davide Casati y Leonardo Pozzi, habían sido ingresados en hospitales de Padua y de Venecia y su estado se definía como «*condizione riservata*».

Al tercer día, la noticia ya no estaba en primera plana y, al cuarto se publicó una fotografía del alcalde de la época visitando el lugar, rodeado de bomberos y de varios funcionarios sin nombre, todos ataviados con ropa ignífuga, botas de seguridad y casco. El alcalde posaba de medio perfil para que se le reconociese mejor. Después de eso, no había nada más, aunque Brunetti aún oía el zumbido de la impresora.

Sin preguntar, fue a recoger las hojas, las separó y le dio un juego a Griffoni.

Los artículos nuevos trataban, aunque no hasta pasado un año, de Gianclaudio Maschietto, que había concedido una entrevista a *Famiglia Cristiana* en la que declaraba que los acontecimientos ocurridos en su almacén de Marghera, que él aún tenía tan presentes como el primer día, así como el reciente deceso de su esposa le ardían en el alma de tal manera —tal vez ésa no fuese la selección de vocabulario más oportuna, consideró Brunetti— que había recurrido al Señor, en cuyo nombre pensaba dedicar parte de su fortuna a asistir al bienestar físico y espiritual de sus conciudadanos. De ahí la consiguiente construcción de la iglesia y la donación de tres camas a perpetuidad en una *casa di cura*, a disposición de trabajadores víctimas de lesiones graves en accidentes laborales.

Pasaron años antes de que Maschietto reapareciese en la prensa y esa vez había sido tan sólo seis meses antes, cuando lo habían nominado entre los cuarenta candidatos — que en su mayor parte eran hombres — a recibir la distinción de *Cavaliere del Lavoro*. El premio se otorgaría a veinticinco de ellos unos meses más tarde.

La impresora estaba en silencio, y la bandeja, vacía, y apenas habían averiguado nada que los ayudase a comprender las circunstancias de la muerte de Davide Casati.

— ¿Tres camas? — se extrañó Griffoni, que le había leído la mente a Brunetti.

— ¿Cómo íbamos a preguntar por eso si no lo sabíamos? — respondió el *commissario*.

— ¿Un cortocircuito?

— Eso es lo que dijeron los bomberos — afirmó Brunetti.

Se volvió hacia la *signorina* Elettra, que hacía de convidado de piedra, y levantó la barbilla con gesto interrogativo.

— No había nada más en los periódicos — respondió ella —, así que es posible que la causa fuera ésa. No parece que los peritos de la aseguradora encontraran nada más — continuó, y después preguntó —: ¿Qué ha pasado en Villa Flora?

El *commissario* le hizo un resumen breve de la conversación con Bianchi; cuando acabó, los tres reflexionaron en silencio. Brunetti echó otro vistazo a los artículos y Griffoni sacó una página y la leyó. La *signorina* Elettra estaba concentrada en la pantalla, pero sus ojos no se desplazaban por las líneas de texto.

— Claudia, ¿te importa llamar a la *signora* Segalin y decirle que al llegar a las oficinas hemos descubierto que también deberíamos haber comprobado la situación de los residentes que ocupan las otras dos camas cuyo gastos cubre GCM Holdings?

— ¿Y si Bianchi le ha dicho quiénes somos? — preguntó ella, y dejó las hojas detrás, en el alféizar.

— Lo dudo — respondió Brunetti.

— Un momento — intervino la *signorina* Elettra.

Tecleó unas cuantas letras y a continuación leyó el número de Villa Flora en voz alta. Cogió el teléfono de su mesa, marcó y le ofreció el auricular a Griffoni. La *commissario* lo cogió y apoyó una cadera en la mesa de la secretaria.

— Buenas tardes, soy la *dottoressa* Griffoni. He estado allí hoy mismo, con mi compañero el *dottor* Brunetti. ¿Me pone con la *signora* Segalin, por favor? Sí, gracias.

Los miró y con la mano libre describió un arco en el aire para indicar que estaban transfiriendo la llamada.

— Buenas tardes, *signora* — dijo, y su sonrisa se percibió al otro lado de la línea—. Muy amable por su parte por atenderme de nuevo. No, no se trata de nada muy importante, pero debo confesar que hemos sido víctimas de un caso de incompetencia burocrática. No — contestó con una risita de complicidad —, ya me parecía que no le sorprendería: ¿quién no lo ha vivido?

»Se trata de las otras plazas del legado de GCM Holdings. Exacto, eso es. ¿Podría decirme si las otras dos están ocupadas y, en ese caso, por quién?

Hubo un silencio largo.

— Sí, es para completar la información del expediente — confirmó Griffoni—. Vaya, no estaba al tanto de eso, *signora*. ¿Y cuándo dice que se canceló? Sí, sí, claro. Pero la segunda sigue ocupada, ¿cierto?

Griffoni alargó el brazo, alcanzó una hoja de papel y cogió el lápiz que le ofrecía la *signorina* Elettra.

—Leonardo Pozzi... Sí, gracias. ¿Y cuánto tiempo lleva allí? Vaya, ¿de verdad? Pobre hombre. ¿Y no va nadie a...? Sí, entiendo que el personal quiera... Claro que sí, por supuesto.

Mientras hablaba, Griffoni miraba el suelo, concentrándose en decir lo correcto y en mantener el tono adecuado. La *signora* Segalin debía de estar soltándole un discurso bastante largo y Brunetti se la imaginó haciendo gestos inútiles con los ojos para provocar la respuesta emocional que más le convenía en su interlocutora. Por su parte, la *commissario* estuvo a la altura con los ajás y los claros, los síes y los noes, siempre con el énfasis especial que empleamos con una persona que necesita ver reafirmado no sólo lo que dice sino el peso emocional de lo descrito.

—¿Cree que nos sería posible ir allí a hablar con él?

Griffoni miró a Brunetti, levantó la mano y, acto seguido, la agitó en el aire como cuando se está en posesión de información importante.

—Sí, es usted muy amable. ¿A qué hora cree que es mejor que lleguemos? Usted comprende estas cosas mucho mejor que nosotros.

Estaba halagándola de forma descarada, pero Brunetti supuso que a la *signora* Segalin le brillarían los ojos de satisfacción.

—De acuerdo: mañana a las once de la mañana. Allí estaremos. Y muchas gracias por su ayuda y su eficiencia.

Continuó con algún ajá más en tono cálido y positivo y al final colgó.

Le devolvió el lápiz a la *signorina* Elettra, se apartó de la mesa y miró a Brunetti.

—La segunda plaza sigue a nombre de Leonardo Pozzi. Lleva allí menos que el *signor* Bianchi, pero es porque estuvo una temporada más larga ingresado en el hospital y no lo trasladaron a Villa Flora hasta cuatro meses después.

Se volvió un poco hacia la derecha y miró a la *signorina* Elettra antes de continuar.

—Las lesiones de Pozzi fueron mucho más graves que las de los otros dos —empezó a explicar, y agachó la cabeza—: perdió ambas piernas. Los fragmentos de uno de los barriles que estallaron lo alcanzaron —aclaró antes de que pudieran preguntárselo— y no se desangró porque..., bueno, porque las heridas se cauterizaron al instante.

Los miró a ambos y, después, de nuevo al suelo.

—La *signora* Segalin lo ha expresado tal cual. Fue con lo que quiera que hubiese en el barril.

Les dejó un momento para que lo considerasen y continuó.

—Dice que con el paso de los años se ha ido aislando y que ahora apenas habla con nadie.

Se frotó la muñeca izquierda, como si se la hubiese roto hacía tiempo y le doliera de vez en cuando.

—¿Y la tercera plaza? —preguntó Brunetti.

—El dinero destinado a esa plaza se retiró cuando el tercer hombre herido en el accidente rehusó la invitación a residir en Villa Flora y prefirió quedarse en un sanatorio público.

—¿Casati?

—No me ha dicho el nombre y no he querido interrumpirla para preguntárselo, pero por lo que me has dicho de él —añadió después de una breve pausa—, es probable que fuese él.

»Y si están pagando dos camas en la residencia —comentó Griffoni—, llevan gastados más de cuatro millones de euros para tenerlos allí.

Brunetti la oyó musitar algo entre dientes y se volvió hacia ella.

—¿Qué?

—Chamuscado —respondió Griffoni.

A continuación, la *commissario* le dijo que lo vería por la mañana y salió de allí sin más.

A la mañana siguiente, el mismo chófer los llevó de regreso a Villa Flora, mientras ambos disimulaban la impaciencia por conocer a Leonardo Pozzi. Hablaron del calor sofocante y de lo cómodo que era tener aire acondicionado en el coche, de los cultivos secos que se veían a los dos lados de la carretera. De cualquier cosa que no fuese el otro hombre que vivía en la residencia.

La *signora* Segalin les abrió la puerta de nuevo, vestida con el mismo traje pero ese día en color gris oscuro. La sonrisa que les ofreció fue algo más apagada, quizá en consonancia con la mayor discapacidad del *signor* Pozzi.

—Está avisado de que vienen a verlo —anunció en cuanto se hubieron saludado con un apretón de manos.

—¿Ha mostrado interés? —preguntó Griffoni.

Habían decidido de antemano que, como ella ya había hablado con la *signora* Segalin la víspera, sería quien llevaría la conversación.

—A veces es difícil saber lo que está pensando —respondió la señora, y esbozó una leve sonrisa—. Apenas habla. Y ahora que parece que él y el *signor* Bianchi no se tratan, no podemos pedirle que nos ayude a comunicarnos con él.

Lo dijo como si no fuese más que una riña de críos y Griffoni soltó un «uy» de sorpresa.

—No sabía que se conocieran. Desde luego, ayer el *signor* Bianchi no lo mencionó.

—Supongo que es lo normal. Al menos ahora —respondió la *signora* Segalin.

Como muchas otras personas que trabajaban con pacientes, se alegraba de poder demostrar cuánto sabía de sus vidas, para atestiguar lo involucrada que estaba en su bienestar.

—Han sido muy buenos amigos durante años. Antes solían comer juntos, pero desde hace un tiempo ya no se visitan y han dejado de hablarse.

—Siento mucho oír eso —se lamentó Griffoni, e incluso convenció a Brunetti de su sinceridad—. Espero que no les dure mucho.

La señora sonrió ante aquella muestra de buena voluntad.

—En fin, estas cosas pasan de vez en cuando entre los residentes, pero por lo general se calman con el paso del tiempo. Estoy segura de que a ellos dos les ocurrirá lo mismo.

No podía haberlo dicho con mayor seguridad.

—Al fin y al cabo, sólo se tienen uno a otro.

La *signora* Segalin se volvió y echó a caminar por el pasillo del extremo contrario del edificio, por donde no habían pasado el día anterior. Los llevó hasta el final, se detuvo delante de una puerta abierta, dio unos golpecitos en el marco, entró y les indicó que la siguiesen.

Además del calor que los envolvió nada más alejarse del aire acondicionado del corredor, la sensación fue la misma que si estuvieran visitando a una celebridad en una *suite*: no sólo se encontraron con el omnipresente ramo de rosas en un jarrón de cristal, sino también con lo que parecía una alfombra de Isfahán sobre el suelo de parqué y tres láminas de los arlequines de Longhi en la pared. A través de una puerta, Brunetti alcanzó a ver un dormitorio enmoquetado y una cama con un cobertor de brocado. Las

ventanas mostraban el mismo jardín en su máximo esplendor, que se extendía más allá de la otra ala del edificio. Sin embargo, era difícil concentrarse en los detalles por lo mucho que el calor y la humedad los abrumaban.

Sentado en un sofá de terciopelo gris, con la espalda recta y una manta de cachemira azul claro en el regazo, había un hombre alto de extrema delgadez. Tenía el pelo castaño oscuro, sin asomo de canas, y muy corto. Su mirada, de un marrón aún más oscuro, no demostró el menor interés por ellos ni por la *signora* Segalin. De cada lado de la nariz le salía una línea profunda y curva que culminaba debajo de la boca, pero, aparte de esas dos, no había casi ninguna otra arruga que le surcase el rostro. Parecía unos diez años más joven que Casati y que Bianchi.

Llevaba un pijama de rayas con el que era evidente que no había dormido, además de una bata de color azul marino. Del cuello abierto del pijama sobresalía el nudo de una bufanda con estampado de cachemira. Sólo con ver la bata de lana, Brunetti se aflojó la corbata. Pozzi tenía las manos en el regazo y, cuando se acercaron a él, mantuvo una expresión tranquila y ausente, del todo desprovista de interés por su entorno.

Brunetti y Griffoni se detuvieron a unos metros de él, una reacción involuntaria al escudo de indiferencia que proyectaba el hombre a su alrededor. La *signora* Segalin no lo percibía, o no le preocupaba —o tal vez sólo quisiera presentárselos deprisa y huir del calor—, y continuó hasta el lugar donde habrían estado los pies de Pozzi si delante del sofá pudiera verse algo más que las piernas vacías del pijama.

—*Signor* Pozzi —dijo la *signora* Segalin con claridad exagerada—, éstas son las personas de los servicios sociales que querían hablar con usted.

Se hizo a un lado y les indicó que se acercasen, pero ninguno de los dos se movió del sitio.

Pozzi volvió la cabeza hacia ellos y Brunetti se dio cuenta de que había movido los hombros en el mismo sentido, como si no pudiera girar sólo el cuello. Eso le daba el aspecto de un robot que había perdido algunas de sus piezas.

La *signora* Segalin los instó de nuevo a aproximarse, esa vez con impaciencia.

—El *signor* Pozzi quizá se sienta más cómodo si nos quedamos aquí —sugirió Griffoni.

—No diga tonterías —insistió ella.

Se puso a mover sillas hasta que consiguió colocar dos de ellas enfrente del hombre, que ahora miraba a Griffoni. Con las prisas, la *signora* Segalin arrastró el borde de la alfombra con la pata de uno de los asientos y, al ver que no podía moverlo más allá, acabó dejándolo donde estaba. Sin decir nada, Griffoni se le acercó y levantó la silla para permitir que la alfombra se estirase de nuevo, sonrió al *signor* Pozzi y se sentó.

Brunetti lo saludó con la cabeza, alejó la otra silla un poco y se sentó con cuidado de echarse bien hacia atrás.

La *signora* Segalin miró la hora.

—¿Quieren que me quede a echarles una mano? —le preguntó a Brunetti, como si fuese intérprete a su pesar y no pudiera disimular las ganas de terminar y marcharse.

—Es muy amable, *signora* —respondió Griffoni con su tono más cordial—, pero ya le hemos robado demasiado tiempo.

Se levantó y rodeó la silla para hacer valer sus palabras con un apretón de manos que le comunicaba su agradecimiento.

—En ese caso, los dejo solos para que hablen —dijo la *signora* Segalin—. Espero que disfrute de su visita —le deseó a Pozzi, intentando sonar amigable.

La puerta se cerró y se quedaron los tres sentados y, al menos dos de ellos, abatidos por el calor. Brunetti y Griffoni dejaron pasar unos minutos antes de que ella hablase.

—*Signor* Pozzi, hemos venido a hablar con usted de los acontecimientos por los que está usted en Villa Flora. Lleva residiendo aquí mucho tiempo, ¿verdad?

Pozzi asintió; para ello inclinó todo el torso hacia delante.

Griffoni le agradeció la respuesta con una sonrisa.

—Entonces trabajaba para GMC Holdings, ¿correcto?

Pozzi pensó en la pregunta un buen rato.

—CM —contestó al final.

Brunetti resistió el impulso de mirar a su compañera.

—¿Disculpe? —preguntó ésta con una sonrisa.

—CM —repitió Pozzi—. GCM.

Había pronunciado las letras sin apenas mover los labios y, con la última, los cerró.

—¡Claro! —exclamó Griffoni, y se llevó una mano a la frente como para recriminarle el error a su memoria—. GCM.

Pozzi respondió que sí de nuevo con todo el cuerpo.

—En ese caso, ¿usted trabajaba para GCM Holdings? Y gracias por la corrección, *signor* Pozzi.

Brunetti le observó el rostro con expresión neutra, incluso permitiéndose fingir que no prestaba atención. Miró alrededor de la estancia y vio que a la izquierda de Pozzi había una librería.

Recorrió las estanterías con la mirada, con curiosidad por saber qué clase de libros interesaban a un antiguo trabajador de fábrica lisiado, aunque no lo expresó de ese modo ni siquiera para sus adentros. Lo primero que le llamó la atención fue la altura y el grosor de la mayoría de los volúmenes y, forzando la vista para ajustarse a la distancia empezó a leer los títulos, que estaban en vertical: Goya, Tiziano, Velázquez, Holbein, Van Dyck, Moroni.

Miró de nuevo a Pozzi y vio que el hombre había estado observándolo a él mientras estudiaba los lomos de los libros. Intercambiaron una mirada. Brunetti le ofreció una sonrisa relajada y cabeceó para expresar su aprobación.

Griffoni estaba cogiendo aire, sin duda para repetir la pregunta, cuando Brunetti la interrumpió.

—No sabía que hubieran traducido el libro de Hughes al italiano.

—Que yo sepa, sigue sin traducir —respondió Pozzi como si nada—. Yo lo leí en inglés.

Como Brunetti no contestaba, continuó.

—Siempre me ha gustado cómo escribe, desde *El impacto de lo nuevo*.

—Hace mucho que lo leí —repuso Brunetti—, pero todavía recuerdo cuánto me sorprendí con su explicación sobre el cambio de la percepción del paisaje a partir del momento en el que el espectador pudo desplazarse sin problemas por él con una

máquina.

—Sin problemas y rápido, sin ir dando botes en un carruaje o a lomos de un caballo —añadió Pozzi—. Es de sentido común, ¿no le parece? Pero, como usted dice, cuando uno se da cuenta de ello, sorprende.

—Qué agradable ver el Moroni —continuó Brunetti—. Siempre me ha gustado su trabajo.

—Ver los cuadros en directo debe de ser maravilloso —comentó con la admiración de un amante del arte y ni una pizca de autocompasión—. Ojalá...

Brunetti pensó un buen rato antes de arriesgarse con su respuesta.

—Creo que en Milán hay dos o tres, pero no están en el mismo museo. Y la Accademia Carrara de Bérgamo tiene muchas obras suyas. ¿No puede hacer que lo lleven?

—No es tan fácil —contestó Pozzi.

—¿Por qué no? —se extrañó el *commissario*.

Su pregunta implicaba la crítica de algo —pereza, quizá— por parte del personal, o tal vez por parte de Pozzi.

—Supongo que aquí tendrán una furgoneta adaptada o algún vehículo parecido, así que lo único que tienen que hacer es sentarlo en una silla de ruedas y llevarlo.

Aquella revelación repentina le provocó una sonrisa.

—Con el adhesivo de discapacidad pueden aparcar casi en cualquier parte, así que eso no es problema. Y seguro que encontrarían sitio delante del edificio. Sería lo más fácil del mundo.

Brunetti se dio cuenta de que para aquel hombre nada debía de resultar fácil, de modo que su comentario podía haber sonado como una provocación o una mofa.

—Me refiero a que sería muy fácil organizarlo, *signore*. No hacerlo usted mismo. Sólo usted sabe la dificultad que entraña eso.

Pozzi enarcó las cejas como señal de agradecimiento por su franqueza y se volvió hacia Griffoni.

—Me ha preguntado si trabajaba para GCM Holdings, *signorina*. Si es tan amable, ¿le importaría decirme a qué responde su curiosidad?

¿Dónde había aprendido Pozzi a hablar así?, se preguntó Brunetti. Un trabajador de fábrica no lo aprendía de sus compañeros de planta y la *signora* Segalin decía que allí hablaba muy poco. Brunetti miró a su alrededor y no vio un televisor ni una radio, aunque ninguna de esas dos cosas servía como buen ejemplo de habla correcta. ¿Los libros, quizá?

—Porque no somos de los servicios sociales, *signor* Pozzi —admitió Griffoni con su voz normal en lugar de con la de la trabajadora social de rostro joven que había estado imitando hasta ese momento—. La *signora* Segalin se ha confundido. Somos de la policía.

Pozzi la contempló un buen rato y su rostro, cuya inteligencia era indiscutible, empezó a cambiar, como si estuviera sopesando la posibilidad de convertirse de nuevo en la criatura apática que habían visto al entrar. Brunetti se percató de que su nivel de atención parecía disminuir y acrecentarse y de que su expresión oscilaba entre la astucia y la torpeza. Al final, se sumió por completo en la apatía.

—¿Han venido por lo del incendio? —preguntó con un tono tan neutro que podría haber salido de una máquina.

—¿Se lo ha dicho el *signor* Bianchi? —preguntó Griffoni con sorpresa.

—¿Han hablado con él? —repuso él con el mismo grado de asombro.

—Sí, ayer.

—¿Y qué les dijo?

Griffoni se volvió y le lanzó una mirada inquisitiva a su compañero. Al fin y al cabo, era su investigación.

Al hombre le gustaba Moroni, reflexionó Brunetti. Asintió con la cabeza.

—Nos contó lo que ocurrió en el incendio.

—Ah.

Pozzi alargó la vocal de la respuesta hasta que se convirtió en un sonido bajo y prolongado.

—Les dijo que intentó impedir que Casati encendiese un cigarrillo, ¿verdad?

—Sí —respondió ella.

—¿Y que Casati lo sacó del almacén? —preguntó Pozzi, como si ahora fuese él quien dirigía la investigación.

—Sí.

—Bueno, al menos eso es cierto.

—¿Qué parte no lo es? —quiso saber Griffoni.

Pozzi esbozó media sonrisa.

—Creo que he hablado demasiado pronto. Es más probable que él le pidiese fuego a Casati: los dos fumaban en lugares donde estaba prohibido. Yo mismo los pillé varias veces.

—¿Dio parte de ello? —lo interrumpió Griffoni.

—Sí, siempre.

—¿Y consiguió que dejaran de hacerlo?

—Lo dudo —respondió Pozzi con la actitud de alguien que le explica una verdad muy simple a una persona más simple todavía—, pero yo no estaba con ellos cuando se declaró el incendio y no es bueno sacar conclusiones antes de tiempo, ¿no creen?

—Si no fueron ellos, ¿qué podría haber prendido el fuego? —preguntó Brunetti.

Pareció que Pozzi pensaba antes de contestar.

—Un descuido, negligencia, falta de atención, incumplimiento de los estándares de seguridad en el puesto de trabajo.

Se percató de la sorpresa de sus visitantes.

—Pero, sobre todo, la principal causa es el deseo de gastar menos dinero en cualquier circunstancia. Ése era su objetivo.

—¿El de la empresa? —preguntó Griffoni.

—Sí.

—Pero, aun así, usted trabajaba para ellos.

—Sí —respondió Pozzi.

Miró la manta y se la acercó al pecho, como si anhelase el calor que proporcionaba. Al ver el gesto, de pronto Brunetti fue consciente del sudor que le empapaba la camisa y debajo de los brazos.

—¿Qué hacía allí? —le preguntó.

—Teníamos un contrato para retirar algunos de los materiales que se utilizaban en las plantas petroquímicas —empezó a explicar Pozzi—. Después de recoger los productos y de envasarlos en barriles, se transportaban a las distintas plantas de tratamiento. Yo era el ingeniero de logística que estaba a cargo del proyecto.

—¿Eran materiales contaminantes? —quiso saber Brunetti.

Pozzi se miró el dorso de la mano derecha y estiró los dedos con cuidado, como si le hubieran pedido que comprobase que los tenía todos y estuviera orgulloso de poder enseñarlos. Entonces miró al *commissario*.

—Cualquier cosa que estuviera en la lista.

—¿Como por ejemplo?

—Molibdeno, cromo, dioxina, arsénico, mercurio —enumeró amartillando cada palabra con la voz— y muchas cosas más, sin duda. Pero esas son las que me vienen a la cabeza después de tantos años. Ni que decir tiene que también movíamos una gran cantidad de líquidos inflamables.

Brunetti, asombrado por la facilidad con la que había pronunciado las últimas tres palabras, le preguntó:

—¿Ya no piensa en el tema?

Pozzi ladeó la cabeza mientras reflexionaba.

—No, supongo que no. No, ya no. Intento pensar en pinturas, líneas y colores, en cómo se colocan los objetos para crear la perspectiva y en lo difícil que es dibujar ojos.

—¿Y adónde enviaban los materiales? —preguntó Brunetti sin interesarse en los problemas de la perspectiva.

—Se supone que iban a Alemania y a Suecia, también a Austria. A países que entonces tenían, y tienen ahora también, mejores instalaciones para la gestión de residuos que nosotros.

—¿«Se supone»? —preguntó Griffoni, que había decidido reincorporarse a la conversación.

Pozzi sonrió por primera vez y Brunetti cayó en la cuenta de que debía de haber sido un hombre muy atractivo antes de que el accidente lo mermase de aquella manera.

—Muy bien, *signorina* —la felicitó con evidente placer.

De pronto, el tono condescendiente de Pozzi hizo enfadar a Brunetti, como si el señor considerase que la combinación de sus conocimientos y su discapacidad le otorgasen un mérito especial que lo situaba en lo alto de la jerarquía de la sala.

—Lo ha dicho de tal modo —contestó Griffoni con tranquilidad— que no me ha quedado más remedio que preguntar, ¿no cree, *signore*?

La sonrisa de Pozzi se evaporó.

—Pero es que hay tan poca gente que preste atención a lo que les dicen, *signorina*, que usted se ha merecido el cumplido.

Brunetti se preguntó si Pozzi se relacionaba tan poco con otras personas que de verdad creía eso.

—¿Y los enviaban a esos países? —inquirió Brunetti.

Pozzi volvió la parte superior del cuerpo hacia él.

—Eso estaba fuera del alcance de nuestra tarea, *signore*. Nosotros llevábamos los barriles a los camiones o, en algunos casos, a los barcos, y las personas a quienes se los entregábamos firmaban el albarán y los materiales quedaban en su posesión.

Y por si no lo habían comprendido, continuó:

—A partir de ahí, nosotros no teníamos nada que ver. Y tampoco nos interesaba.

Brunetti no añadió nada y esperó a que Griffoni se hiciese de nuevo con las riendas, cosa que sucedió con la siguiente pregunta.

—¿Recuerda los nombres de las empresas?

—No, han pasado muchos años.

—¿Supo alguna vez adónde iban las consignas?

—Como ya le he dicho, no recuerdo la información de los albaranes.

—Eso no es lo que le he preguntado, *signor Pozzi* —respondió ella mostrando el primer indicio de impaciencia—. Lo que quiero saber es si averiguó adónde los enviaban.

—No lo preguntaba.

Ella se inclinó hacia delante.

—De nuevo, parece no haberme comprendido: ¿averiguó adónde enviaban los barriles? —dijo con exagerado énfasis.

—No.

—¿Oyó alguna vez a alguien elucubrar sobre su destino?

—¿Elucubrar?

—Sí, a sus compañeros.

La sonrisa con la que contestó era discreta pero pagada de sí misma. A Brunetti no le gustó.

—Siempre se hacen conjeturas, ¿no cree? —afirmó Pozzi.

¿A cuántos testigos había escuchado Brunetti hablar del mismo modo? Se creían más listos que la persona que los interrogaba y respondían con preguntas retóricas e hilando más fino que un jesuita.

Por fin lo vio claro: Pozzi era un gato y, para él, ellos eran dos ratoncitos. Un zarpazo, otro: quería clavarles las garras desde el principio y, tal vez, dejarlas incrustadas. Pero entre golpe y golpe debía divertirse con ellos cuanto pudiese.

—¿Usted se creía algunas de las historias que oía? —preguntó Griffoni.

—Digamos que algunas me resultaban interesantes.

Griffoni no dijo nada. El *commissario* observó su figura de perfil y vio que se humedecía los labios con la lengua.

—¿Cuáles?

—Decían que algunos residuos iban a Nigeria, también a Campania.

—Sí, yo también he oído eso —comentó ella sin mostrar interés.

—Y otros barriles eran como el cerdito del juego infantil: «Éste se lo llevó a casa...».

—Siento tener que admitir que no le entiendo. No sé a qué se refiere.

—«Se lo llevó a casa», *signorina* —repitió con una sonrisa enigmática de las que usan las mujeres atractivas cuando su respuesta tanto podría ser un sí como un no.

Pozzi había dicho que algunos de los barriles se entregaban a barcos y, de pronto, Brunetti imaginó todos los embarcaderos y atraques que salpicaban el polígono petroquímico de Marghera. Todos disponían de acceso fácil a la laguna. Y entonces recordó el día que se zambulló en el agua y estuvo nadando de aquí para allá para refrescarse mientras esperaba a que Casati regresase de tomar muestras. Se había sumergido como un cormorán y había buceado tanto tiempo como le había sido posible antes de verse obligado a emerger y tomar bocanadas del aire necesario para mantenerse con vida.

Casati había llegado poco después, nadando con un brazo en alto, sosteniendo el tubo por encima del agua para poder enviar el lodo del interior a analizar. Para ver si lo que contenía era lo que estaba matando a las abejas.

—*Oddio*—susurró—, lo vertían a la laguna.

Años después, Brunetti recordaría la sonrisa que Pozzi esbozó mientras saboreaba las palabras que él acababa de pronunciar. Le había empezado en los labios, que se cerraron, y la presión del centro forzó las comisuras a elevarse muy despacio. Su expresión se suavizó y, durante un momento fugaz, le desapareció la tensión del rostro. Los policías al fin habían captado sus insinuaciones y contestaciones ambiguas y al menos uno de ellos había comprendido lo que había ocurrido hacía tanto tiempo.

Brunetti se volvió a mirar a Griffoni y le vio la cara en el instante en que ella comprendía lo que había dicho; no hubo sonrisa. Se dio cuenta de que Pozzi también la observaba y el efecto que ella tenía sobre él era evidente: el hombre entornó los ojos para forzar un poco la vista y verla mejor, disfrutar más de su expresión, el resultado de ser consciente de lo que él sabía. Pozzi relajó de nuevo los músculos de la parte inferior de la cara y las líneas que iban de su nariz a la boca desaparecieron. Se quitó años de encima y el hombre que tal vez hubiera sido antes de que el aceite le cauterizase la carne de las piernas hizo una breve aparición en la habitación, pero aquel joven, que aún era capaz de salir corriendo de allí, desapareció y dejó atrás al otro. A aquel fantasma de una persona. A una parte reducida de sí mismo. A sus despojos.

Las palabras de Pozzi habían arrastrado consigo algo terrible a aquella habitación, pero los años de rumores y de comentarios con doble sentido e insinuaciones que les vinieron a la memoria empeoraron esa cosa horrible. Brunetti llevaba mucho tiempo oyendo esas historias: cuando todos los árboles del parque de San Giuliano, cerca de Marghera, murieron al cabo de un año de haberlos plantado, corrió el rumor de que los residuos tóxicos que había enterrados en el terreno donde se había construido el parque habían empezado a filtrarse. Había oído una ristra interminable de chistes sobre las almejas de la laguna, de las que decían que eran más fácil de encontrar de noche, porque brillaban en la oscuridad. Pero también había hechos: había leído las estadísticas sobre los tumores que habían arrasado con una generación de trabajadores de las fábricas que pagaban a GCM Holdings y a otras empresas similares para que retiraran los materiales tóxicos.

Sin embargo, Pozzi les mencionaba canciones infantiles sobre cerditos que van al mercado como si la tragedia que aún asolaba tantas vidas no fuese algo horrible sino gracioso; como si la contaminación de la laguna no fuera más que una pieza en un juego que sólo él sabía disfrutar. El *commissario* cayó en la cuenta de que Pozzi quería que se sorprendiesen pero al mismo tiempo era incapaz de comprender por qué el asunto los escandalizaba.

—Vaya... —se lamentó—. O sea, ¿que lo que llevamos años oyendo es cierto?

Pozzi se transformó en un maestro orgulloso de su alumno.

—No sé si todo lo que habrá oído es cierto, *signore*. Pero algunas cosas sí.

—Y si usted lo sabía desde el principio, ¿por qué nunca ha dicho nada? —preguntó Brunetti como si fuese simple curiosidad nada más, y no indignación, lo que estaba sintiendo.

No, ¿cómo iba a indignarse?

Griffoni se había convertido en una ostra, adherida a alguna superficie dura, sumergida a metros de profundidad en el agua turbia; era invisible y apenas respiraba. Brunetti no le quitaba ojo a Pozzi, como si estuviesen solos en la habitación.

—Porque, como usted ya sabrá por la Biblia, es mucho mejor invertir un talento que enterrarlo —contestó el hombre, y sonrió anticipando la respuesta del *commissario*.

Éste se obligó a dibujar una gran sonrisa y citó la misma parábola a modo de cumplido discreto:

—¿Y qué has hecho, siervo bueno y fiel?

—Lo mismo que el primer sirviente: lo invertí con prudencia.

—¿Y de qué modo? —preguntó Brunetti.

Se había dicho a sí mismo que debía comportarse como si estuviesen contándole otra historia, otro cuento para niños.

Pozzi desvió la mirada a un rincón del techo y Brunetti lo vio ordenar las palabras moviéndolas de un lado a otro para situar al héroe en el lugar adecuado en el momento preciso, allí donde estuviera seguro de acertar. Se dio cuenta de que parecía más grande que cuando habían entrado.

—Lo invertí en mi futuro —afirmó Pozzi al final, con una leve sonrisa.

Antes de dirigirse de nuevo a él, Brunetti paseó la mirada por toda la habitación, admirado —evitando de forma consciente el sitio donde se sentaba Griffoni— y se entretuvo más de lo necesario en la librería. Pensó en felicitarlo, pero, por mucho que lo intentó, no fue capaz, así que señaló la estancia con la mano y asintió.

Pozzi se tomó el gesto como un cumplido.

—Tardé un tiempo en darme cuenta de que no sólo tenía algo que vender, sino también un comprador.

—Habla como si fuese algo muy fácil —comentó Brunetti, y sintió alivio al comprobar que las palabras sonaban con normalidad.

—Estuve varios meses en el hospital, ¿lo sabía?

El *commissario* respondió negando con la cabeza para indicar tanto su ignorancia como su empatía.

—Después me mandaron a una clínica de rehabilitación de la seguridad social. Allí disponía de una cama y una hora de rehabilitación a la semana.

Miró a Brunetti, alzó la mano a la altura del hombro, se la pasó por el torso y continuó hacia afuera, hasta donde habrían estado sus rodillas.

—Ellos me habrían dejado allí hasta que me muriese.

Brunetti conocía lugares como aquél.

—Cuando ya llevaba allí un mes —continuó Pozzi—, me visitaron algunos de mis compañeros y me hablaron de los dos trabajadores que habían fallecido y de Casati y de Bianchi. Decían que Bianchi estaba en una clínica privada y que al darle el alta lo habían trasladado a una residencia también privada.

Les dio un momento para digerir la información.

—Mientras tanto, yo estaba tirado en una habitación con tres hombres más y una hora de rehabilitación a la semana.

Ni Griffoni ni Brunetti abrieron la boca, así que el silencio lo animó a continuar.

—Por eso llamé a GCM y les dije que quería hablar con uno de sus abogados y, cuando me preguntaron de qué se trataba, mencioné el incendio.

Hizo una pausa para observar la reacción de Brunetti y éste interpretó su papel y se mostró interesadísimo. Al parecer, a Pozzi le satisfizo lo que vio, porque prosiguió de inmediato.

—Cuando pasaron la llamada, le dije al abogado quién era, además de dónde estaba y por qué motivo. Le conté que en el hospital había tenido mucho tiempo para pensar en las cosas que habían ocurrido antes del incendio y que no quería contactar con las autoridades sin haber hablado primero con ellos.

Pozzi no fue capaz de reprimir una sonrisa, la misma sonrisa astuta que antes había molestado a Brunetti.

—Al día siguiente vinieron dos abogados. Sólo con ver la prisa que tenían por hablar conmigo supe que ya había ganado, así que les dije que estaba al corriente del tratamiento que recibía Bianchi y que quería lo mismo que él, pero con rehabilitación a diario y suficiente dinero al mes para vivir a cuerpo de rey.

Miró a Griffoni como si quisiera asegurarse de que seguía la historia. Ella asintió, pero no sonrió. No obstante, eso le bastó.

—Les dije que estaba dispuesto a hacer el mismo trato que Bianchi.

Echó la cabeza hacia atrás con auténtica dicha y clavó la mirada en el techo.

—No sabía qué les había dicho él, pero sí lo que había recibido a cambio.

—¿Sabía adónde habían enviado los barriles? —preguntó Brunetti para asegurarse.

—Yo era el ingeniero de logística, ¿recuerda? —contestó Pozzi, pero se olvidó de sonreír—. Les dije que había hecho copias de los albaranes de la empresa y que los había guardado en un lugar seguro.

Cuando se volvió hacia Griffoni para ver qué cara ponía ella, le sonrió.

—Era mi póliza de seguros, *signora*.

—Entiendo —respondió ella, y de nuevo se sumió en el silencio.

—¿Y? —preguntó Brunetti, aunque el hecho de que Pozzi estuviera en Villa Flora dejaba bien claro cuál había sido la respuesta.

Pozzi se dirigió a él con la misma sonrisa.

—Me lo concedieron: una plaza en este lugar y rehabilitación, hasta me pusieron unas prótesis. Sí, tengo unas piernas artificiales —añadió al ver que al *commissario* se le escapaba un gesto de sorpresa—. Como ese tipo sudafricano que mató a su novia.

Hizo una pausa, pero Brunetti no contribuyó con ninguna pregunta.

—Están en la otra habitación. Les pido que las guarden allí durante el día porque prefiero no usarlas todo el tiempo.

Brunetti asintió.

—¿Usted y Bianchi se visitan?

Antes de contestar, Pozzi miró la puerta como si temiese que sus palabras se escabullesen por el pasillo y llegasen a la habitación de su compañero de residencia.

—No me caía bien ni cuando trabajábamos juntos, así que no veo motivos para tratar con él ahora. Además —añadió para eliminar cualquier rastro de duda—, no puede leer, así que ¿de qué hablaríamos?

—Ya, claro. Tiene razón —musitó Brunetti.

Una expresión nueva apareció en el rostro del hombre: se le veía satisfecho y orgulloso de sí mismo.

—El abogado debió de pensar que estaba tratando con un lisiado idiota. Me pidió que firmase un documento donde ponía que la compañía había mantenido los más estrictos estándares de seguridad laboral en las áreas cuya limpieza les había sido asignada —les contó, y la rabia sustituyó a la satisfacción—. ¿Quién se pensaba que era?

—Es evidente que lo subestimó —admitió Brunetti, pues era la verdad.

Pozzi se vanaglorió del halago.

—Sí, sin duda.

—¿Qué tuvo que...? —empezó Brunetti, pero dejó la frase a medias, preguntándose hasta dónde llegaría Pozzi antes de recordar que hablaba con un policía.

La expresión del ingeniero cambió.

—No les dije nada, *signore*. Sólo que comprendía su preocupación y que no tenía la intención de causar problemas a nadie mientras me trajesen aquí. —Alzó la vista y señaló a su alrededor con una sonrisa—. Eran hombres de negocios y entendieron las condiciones: mientras yo estuviese aquí, no diría nada. No me convenía hacerlo.

—Por supuesto —repuso Griffoni, y asintió con aprobación.

Brunetti decidió que lo más sensato era desviar la conversación.

—Ha mencionado usted al *signor* Casati.

Pozzi no le permitió seguir.

—Era un necio —apuntó con una sonrisa mezquina y malévola—. Los hombres que vinieron a verme me dijeron que había estado tres meses en un hospital público, ¿puede creérselo? —preguntó con el asombro con que respondería una matriarca noble si le pidiesen que ayudase a fregar los platos.

Brunetti se limitó a enarcar las cejas y se alegró de ver que su compañera movía la cabeza sin dar crédito. Pozzi se tapó más con la manta.

—¿Puedo ofrecerles algo? —preguntó con una sonrisa—. ¿Un café?

El *commissario* supo que pretendía impresionarlos, mostrándoles que allí se obedecían sus órdenes.

—Es muy amable por su parte, *signor* Pozzi —contestó con educación—, pero hemos tomado un café por el camino y tenemos que regresar a la ciudad antes de la hora de comer.

Griffoni se inclinó hacia delante y sonrió.

—Tal vez otro día.

La calidez de sus palabras indicaba que, si más adelante había otra invitación, la aceptaría con gusto. Se recostó en la silla sin dejar de sonreír y cruzó las piernas. Brunetti descubrió una mirada fugaz de deseo descarnado en el rostro de Pozzi, una expresión que resucitó al hombre joven, el que tenía toda la vida por delante y no era el fantasma inútil de una persona que se aferraba a su manta.

Es posible que Griffoni también la percibiese, porque a continuación le hizo una pregunta con la voz empapada de una curiosidad que sonó real e interesada.

—¿Le importaría hablarnos del accidente?

Otra sonrisa salvaje se impuso en el rostro del ingeniero y envió a su versión joven a dondequiera que la hubiese mandado la vez anterior. Entonces se rio: un sonido oxidado, como si emulara otro que hubiera oído hacía mucho tiempo, creyendo que lo recordaba con la suficiente claridad para imitarlo. Continuó así un buen rato, hasta que necesitó apoyar la cabeza en el respaldo del sofá. Se secó los ojos con las manos, respiró hondo y logró recuperar el resuello.

—Es que no sé qué sucedió —confesó, y se detuvo para coger aire—. Por eso tiene tanta gracia: no tengo ni idea.

—Pero usted estaba presente —respondió ella.

—Sí, estaba allí, en mi despacho, al fondo del almacén. Oí un ruido y al principio pensé que venía de uno de los buques cisterna que usábamos para transportar líquidos. Eran unos barcos pequeños que, de vez en cuando, chocaban contra el muelle al atracar y hacían un ruido espantoso. Pero entonces lo oí de nuevo y me di cuenta de que venía del otro extremo del edificio, no de donde estaba el canal.

Inclinó la cabeza hacia la derecha para indicar un lugar a su espalda.

—Fui caminando... —empezó a decir, pero después de esas dos palabras hizo una pausa larga—. Fui caminando hasta la puerta que daba al almacén y, cuando la abrí, vi que la parte central de la nave estaba en llamas y que el ruido provenía de los barriles que estallaban.

Miró a Griffoni, después a Brunetti y, por último, otra vez a ella, pero ninguno de los dos respondió.

—Estaba paralizado. No podía pensar. Lo único que veía era una franja de fuego entre la salida y yo y ésa era la única forma de escapar de allí. Entonces vi a unos hombres que estaban en el mismo lado de las llamas que yo y eché a correr hacia ellos. No sé por qué hice eso, quizá pensé que estaríamos más seguros juntos, aunque no sé cómo. Cuando llegué vi que eran Casati y un tipo al que no reconocí. Estaba chillando y arrancándose una cosa pegajosa de la cara, luego se quedó inmóvil, hasta que al final Casati lo cogió en brazos y salió corriendo hacia la puerta, a través de las llamas. En ese momento vi que la franja de fuego no era muy ancha. Los adelanté, porque yo no cargaba con nadie, y salté por encima de las llamas.

Hizo una pausa, repitió la palabra *salté* y luego se calló. Después siguió hablando como si acabase de regresar de alguna parte.

—Vi la luz de fuera y pensé que estaba a salvo, pero entonces algo me golpeó desde atrás y me derribó. Eso es todo lo que recuerdo.

Brunetti se percató de que, aunque temblaba, Pozzi tenía la cara bañada en sudor. De pronto, el hombre se apresuró a pasarse la mano derecha por los ojos, pero paró un momento y después se secó cada ojo por separado. Cuando la apartó, tenía la cara seca.

Griffoni le dedicó una sonrisa alentadora.

—Bueno, debe de ser usted un gran negociante. —Como Pozzi no respondía, la *commissario* continuó—: Los de GCM debieron de ver el informe de los bomberos que especificaba que la causa había sido un cortocircuito.

—Por supuesto —respondió él.

Ella sonrió de nuevo.

—Sabían que la compañía de seguros tendría que pagar, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí.

—Pero la aseguradora pagaría a GCM —aclaró Brunetti— como empresa.

No le hizo falta especificar lo obvio: que GCM era libre de acordar las consiguientes decisiones en cuanto a compensación y cuidado de los trabajadores heridos. Tampoco necesitó comentar la lentitud legendaria con la que las aseguradoras y las empresas se ocupaban de las indemnizaciones.

Griffoni echó otro vistazo a la habitación y asintió con aprobación ante todo lo que veía.

—¿Todo esto es lo que consiguió? —preguntó como si fuera una adolescente pidiéndole un autógrafo a una estrella del rock.

Él asintió sin decir nada y los miró. Brunetti tenía la impresión de que Pozzi empezaba a arrepentirse de haber sido tan franco y entonces pensó en su madre y en los principios básicos que le había enseñado cuando era niño: no mentir, decir por favor y gracias, ser educado con la gente mayor y ayudarla siempre que pudiese, no burlarse de los discapacitados, comerse todo lo que hubiera en el plato sin reclamar más, no pedir dinero prestado y cumplir las promesas.

—¿Adónde iría usted si GCM dejase de pagar la residencia, *signor* Pozzi? —preguntó el *commissario* como si estuviera especulando sobre algo de poca importancia.

—¿Cómo? —repuso el ingeniero, sorprendido.

—Si por algún motivo GCM cancelase el contrato con la residencia, igual que hicieron en el caso de la tercera plaza, y dejaran de cubrir sus gastos y los del *signor* Bianchi, ¿adónde irían ustedes dos?

—Pero ¿por qué harían semejante cosa?

Se había quedado pálido y, de pronto, las líneas que le flanqueaban la boca parecían más profundas.

—Es una idea, nada más —contestó Brunetti.

Se llevó la mano a la barbilla e hizo lo posible por aparentar que le daba vueltas a la pregunta de Pozzi.

—Sabrá usted que hace años que la investigación sobre la limpieza de Marghera está en marcha —continuó, aunque no dijo que llevaba tanto tiempo abierta que la mayoría de la gente se había olvidado de ella.

Esperó a que asintiese.

—Si su antigua empresa supiera que hay pruebas nuevas sobre el papel que desempeñó en la limpieza de la zona, ¿cree que podrían, digamos, revisar su situación en la residencia?

—¡Millones! —interrumpió Griffoni, que después de la pregunta de Brunetti se sentía libre de lanzar su propio ataque.

Era como si esa cantidad acabase de pasar volando y la *commissario* la hubiese nombrado para llamarle la atención.

—Estoy segura de que les gustaría dejar de pagar todo ese dinero.

Griffoni le ofreció una sonrisa afable y Pozzi se quedó boquiabierto. Juntó las manos, las separó y posó las palmas en los muslos. Brunetti apartó la mirada y su curiosidad de esa parte de la anatomía del hombre.

No te burles de un tullido.

—Si pensasen, además, que la información proviene de usted o del *signor* Bianchi, supongo que ustedes tendrían que contentarse con la residencia que pudieran permitirse con la pensión —reflexionó Brunetti en voz alta.

—Seguro que le dejarían llevarse las prótesis, *signore* —aportó Griffoni con una sonrisa.

Pozzi se echó hacia delante con una mano sobre el corazón, como si le hubieran propinado un puñetazo en el pecho.

—Y como los dos vienen del mismo lugar y hace años eran compañeros de trabajo, es muy probable que los pusieran en la misma habitación —añadió Brunetti.

Así era como empezaban los linchamientos, pensó. Los iniciaba una sola persona, a la que después se le unía más gente. La cosa empeoraba y los golpes eran más fuertes. Cuando ya lo tenían en el suelo, le daban unas cuantas patadas, lo rodeaban y, al final, lo remataban.

Pozzi tenía aún la mano en el corazón, pero respiraba más despacio.

—¿Qué quieren?

Griffoni miró a Brunetti con una expresión de sorpresa inocente en el rostro, pero no dijo nada. Él cayó en que ambos estaban dando vueltas alrededor de la presa, buscando el punto débil por donde atacar.

—Ha dicho que «este cerdito se lo llevó a casa», *signor* Pozzi. ¿Cree que podría decirme exactamente adónde? —quiso saber Brunetti con afabilidad, como si hubiese preguntado por el barbero que le había hecho un corte de pelo tan bueno.

—No recuerdo haber dicho eso —respondió Pozzi.

—Qué extraño —intervino Griffoni—, porque yo sí recuerdo habérselo oído.

Brunetti la miró.

—Yo también —convino el *commissario*, y señaló lo que, como bien sabía, no era más que el bolsillo vacío de su falda—. ¿Estaba la grabadora en marcha, Griffoni? —le preguntó.

Ella se miró el reloj y pulsó el botón de la derecha.

—Sí, *commissario*.

Brunetti sonrió a Pozzi.

—Menos mal que lo hemos grabado, *signore*, por si surge alguna duda sobre la conversación. —Le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Como iba diciendo, ¿dónde tenía su casa el cerdito?

Pozzi volvió la cabeza y miró hacia el dormitorio. Brunetti pensó que debía de estar buscando las piernas y lamentándose de que estuvieran tan lejos.

—También nos gustaría saber —prosiguió sacudiéndose la vergüenza— qué ocurrió entre usted y el *signor* Bianchi.

Igual que un animal acosado, Pozzi chilló antes de que el palo lo tocara.

—¿Cómo sabe eso? —exigió saber sin molestarse siquiera en negarlo.

Brunetti se encogió de hombros y Griffoni permaneció en su sitio y no dijo palabra.

El ingeniero miró la puerta a la que podría haber llegado si llevase las prótesis. Puso la mano encima del bolsillo derecho de la bata, pero se limitó a palpar el *telefonino* que debía de tener guardado allí. No lo sacó. Tal vez tuviera miedo de que ellos se lo quitaran.

Cuando se hizo evidente que ninguno de los dos le contestaría, Pozzi empezó a hablar como un niño malhumorado.

—Me contó su conversación con Casati. Davide le había dicho que pensaba llamar a la policía.

—¿Por qué haría Casati algo así, *signor* Pozzi? —preguntó Brunetti.

El hombre sopesó la pregunta y miró detrás del *commissario*, hacia las rosas. Cuando Brunetti vio que le desaparecía la tensión de alrededor de los ojos supo que iba a mentirles: después de una pausa tan larga sólo la verdad podía ser estresante y la mentira, un alivio.

—Según Bianchi, Casati no le contó el motivo —respondió Pozzi.

—¿Por qué haría Casati algo así? —repitió Brunetti con tranquilidad, como si Pozzi no hubiera contestado.

Pozzi estaba desconcertado, como si jamás se hubiera planteado lo que otra persona pudiese desear. No intentó ocultar su irritación.

—¿Cómo voy a saber yo lo que tenía él en la cabeza?

—Pensaba que lo conocía, que Casati y usted eran amigos.

Pozzi soltó un resoplido.

—Trabajamos juntos hace años. Eso no es una amistad.

—¿Y qué lo es? —interrumpió Griffoni.

Cuando Brunetti la miró se dio cuenta de que la pregunta era real y de que por alguna razón era importante para ella.

Decidió esperar a que Pozzi contestara, pero el hombre continuó observando las rosas y el *commissario* empezó a sentir que el calor de la habitación y la imagen de aquel señor cubierto de capas de lana era demasiado para él. De pronto se sorprendió buscando una causa que explicara tanto abrigo: ¿acaso el haber perdido las piernas hacía que la circulación de la sangre fuese más lenta y, por lo tanto, Pozzi fuera más vulnerable al frío? ¿Qué haría en invierno?

—No lo sé —respondió Pozzi al final—. Bianchi sí era su amigo, ¿por qué no se lo preguntan a él?

—Tal vez sea lo mejor —concurrió Brunetti, y se levantó.

A ninguno de los dos le apetecía ver a la *signora* Segalin, así que acordaron salir directamente al jardín de rosas y caminar por el césped hasta la glorieta, donde había un hombre sentado en una silla de mimbre de espaldas a ellos, prestando toda su atención y hablando con alguien que ellos no veían. Al reconocer la voz del *signor* Bianchi, se encontraron en una situación incómoda, pues daba la sensación de que habían querido cogerlo desprevenido.

Sin embargo, antes de que tuvieran ocasión de anunciar su presencia, Bianchi dijo en voz más alta de lo necesario:

—Creo que nuestra visita ha regresado, *Bardo*. ¿Por qué no vas a saludarlos?

La cabeza del perro apareció por debajo de la silla del anciano y, cuando el resto del cuerpo la siguió, salió corriendo a recibirlos en los escalones. O bien había reconocido su olor o la voz de Bianchi le había dictado el tono, porque se les acercó con mucha alegría y se sentó delante de ellos.

Griffoni se agachó y le rascó la cabeza y el cuello mientras él revolvía la gravilla con la cola. Se levantó, fue hasta Brunetti y se sentó de nuevo. El *commissario* se inclinó y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Me alegro de verte otra vez, *Bardo*.

Al darse cuenta del verbo que había utilizado, se apretó los labios con los nudillos.

—¿Han venido a hacer más preguntas? —preguntó Bianchi en voz alta para que lo oyesen con claridad.

—Sí, eso es —contestó Brunetti—. Acabamos de charlar con su compañero, el *signor* Pozzi.

Bianchi se volvió hacia ellos en la silla.

—Me imagino que no les ha sido de mucha ayuda.

Llamó al perro, que corrió escalones arriba y le saltó al regazo.

—Es un hombre muy evasivo —dijo—. Parece que a *Bardo* le caen bien los dos —añadió con tono cercano a la hospitalidad—, así que ¿por qué no vienen aquí arriba y se sientan conmigo? Esa mujer ha dejado las sillas tal como estaban ayer.

Mientras subían los escalones, el anciano dijo con orgullo casi infantil:

—A mí nadie puede pillarme por sorpresa.

No explicó si era su oído o el del perro el que los había detectado e identificado.

—Pero si *Bardo* no ha ladrado... —se extrañó Brunetti, que se había sentado delante de Bianchi.

—Eso significa que confía en ustedes.

El hombre hundió los dedos de la mano sana en el pelaje del perro y Brunetti creyó oír que el animal suspiraba de satisfacción. Mientras lo miraba, *Bardo* empezó a bizquear de placer.

—*Signor* Bianchi —empezó—, nos gustaría hacerle algunas preguntas más sobre su viejo amigo Davide Casati.

Bianchi permaneció en silencio, así que Brunetti continuó.

—Yo lo conocí, aunque durante un tiempo muy breve. Estuvimos remando juntos en la laguna y pasamos días hablando. Sobre nada en particular, simplemente charlábamos.

Bianchi asintió sin mover la mano del cuello del perro.

—Se agradece poder hablar así con otro hombre —convino.

—¿Usted también remó con él? —preguntó Brunetti, que había detectado algo en su voz.

—No, yo no tenía el mismo amor por el mar que él. En cualquier caso, entonces éramos mucho más jóvenes. Éramos personas distintas.

—¿Cuando trabajaban juntos?

—Le hablo incluso de antes. Fuimos amigos durante mucho tiempo.

—¿Tenían una relación muy estrecha? —preguntó Brunetti, a quien no se le escapaba el uso del pretérito perfecto simple.

—Más que los hermanos.

—Pero aun así se enfadaron.

Bianchi bajó la cabeza; un gesto que quizá conservase de la época en que aún veía.

—Tuvimos un desacuerdo.

—¿Sobre qué?

—Me pidió consejo y, cuando se lo di, se negó a escucharme.

—¿Qué le preguntó?

Bianchi mantuvo la cabeza gacha a pesar de que no podía verlos y no dio muestras de haber oído lo que decía Brunetti. Continuó rascándole el cuello al perro, hasta que dejó la mano quieta, sobre su cabeza.

—No sé de qué color es *Bardo* —admitió, cosa que sorprendió a ambos policías—. Y aunque alguien me dijese que es marrón y blanco, eso no significaría nada para mí, porque he olvidado cómo son los colores. Ya no sé imaginarlos.

Brunetti advirtió que, después de decir eso, Bianchi había apretado los labios consternado y, tal vez, también resignado.

—Me dijo que iba a causar problemas.

—¿De qué tipo? —quiso saber Brunetti.

—No creo que eso importe ahora. Ya he visto suficientes problemas en la vida y no quiero más.

Para Brunetti, la palabra *visto* fue como un golpe de martillo: ¿era el único que se había dado cuenta?

—¿De quién sería el problema, suyo o de él?

Bianchi no respondió.

—¿De quién? —insistió Brunetti.

—Si era suyo, era mío también.

—¿Era en eso en lo que no estaban de acuerdo? ¿Era porque usted no quería buscarse problemas?

Bianchi levantó la cabeza tan rápido que el *commissario* no pudo evitar echarse atrás para alejarse de su ira. *Bardo* respondió al gesto saltando de su regazo para irse con Griffoni, ella le puso una pata en la rodilla y ella se agachó a cogerlo. Se sentó con la espalda erguida, alerta, con las orejas vueltas hacia su amo.

—No quería que se metiese en líos —respondió Bianchi despacio y pronunciando con mucha claridad—. Ya se lo he dicho: yo he tenido muchos problemas y no quería que a él le ocurriese lo mismo.

—Pero ustedes ya han pasado por experiencias similares —insistió Brunetti—. Recuerde que le dije que fuimos a nadar y que vi las secuelas de esos problemas.

A Brunetti le agobiaba la palabra y el énfasis constante en ver, ver, ver.

—Intenté hacerle comprender que, si no me hacía caso, no viviría tranquilo —dijo Bianchi en voz baja y lastrada por el peso de la pena.

—Y ahora está muerto —declaró Brunetti.

Bianchi no dijo nada, sino que se dio unas palmaditas en el regazo, donde había estado *Bardo*, como si necesitase el consuelo de la presencia del perro.

—Sí —respondió al final—. Ahora está muerto.

—¿Por no escucharle a usted? —preguntó Brunetti.

El anciano se encogió de hombros y el gesto elevó las hombreras de la chaqueta de lana; una distinta de la del día anterior, pero no era más fina. Suspiró hondo y *Bardo* respondió saltando de las piernas de Griffoni y regresando a las suyas, se hizo un ovillo y le azotó el pecho con la cola. El ciego le posó la mano buena en el lomo y la cola se detuvo enseguida.

Bianchi negó con la cabeza unas cuantas veces.

—No, no fue por eso, sino porque era incapaz de hacerle caso a nadie. O porque no quería —añadió después de un momento de reflexión—. Es extraño, ¿verdad? —preguntó con media sonrisa en los labios—. Siempre decimos que no podemos hacer algo cuando en realidad el problema es que no queremos hacerlo, sólo que no tenemos la honestidad suficiente como para admitirlo.

Griffoni alzó la mano en un gesto que captó la atención de su compañero. Hizo una mueca de incredulidad y levantó el índice derecho y lo movió de un lado a otro para indicar incertidumbre. Brunetti también se había percatado del cambio de tono cuando Bianchi había pasado de una reflexión triste a una desviación retórica.

—¿Qué le dijo usted que él no quisiera escuchar?

Bianchi movió la cabeza como si le costase creer que el hombre que tenía enfrente aún considerara que eso importaba. Por un momento, Brunetti temió que respondiera haciéndole algún comentario enigmático al perro y, si así ocurría, tal vez se viese obligado a perderle el respeto. Entonces se planteó por qué era peor burlarse de un discapacitado que causarle daño físico. Porque los discapacitados como Bianchi habían sufrido alguna clase de deterioro físico, pero eso no tenía por qué afectar a su dignidad; sin embargo, la mofa atacaba cualquier resquicio de orgullo que les quedase. ¿Cómo había llegado su madre a esa conclusión?

—... por la muerte de su esposa —oyó que decía Bianchi cuando le prestó atención de nuevo.

Hizo lo posible por disimular que se había despistado.

—Me temo que no le entiendo.

La manera en que el anciano ladeó la cabeza demostraba su confusión.

—Creo que lo que he dicho estaba más que claro, *commissario*: se culpaba a sí mismo por la muerte de su esposa, por muy absurdo que parezca.

—¿Por qué se culpaba? —intervino Griffoni.

Bianchi se encogió de hombros.

—Me dijo que no la había protegido. Que debería haber sido consciente de los peligros.

Estuvieron un rato sin decir nada, hasta que Claudia rompió el silencio.

—¿Cómo terminó la conversación?

Bianchi carraspeó y contestó sin volverse hacia ella.

—Discutimos. Por primera vez desde que nos conocíamos. Intenté convencerlo de que no hiciera nada, pero se negó a escucharme.

—¿Porque usted no estaba de acuerdo con él? —preguntó Griffoni.

Bianchi respiró hondo, soltó el aire y dijo:

—No, no fue por eso. Sino porque yo no podía explicarle la verdad.

—¿Por qué no?

—Porque le mentí sobre este lugar desde el primer día.

Después de confesarlo, agachó la cabeza y se tapó los ojos con la mano buena, como si quisiera esconderse de aquellos dos videntes.

—¿Por qué? —insistió ella.

—No quería que viniese a visitarme. Si lo hacía, se daría cuenta de qué era este lugar y de lo que yo había hecho.

Brunetti se fijó en que el anciano tenía el rostro cubierto de sudor y en que las gafas oscuras habían empezado a resbalarle por la nariz. Como había devuelto la mano buena a la cabeza del perro, usó el pulgar de la otra para colocárselas bien, un gesto que Brunetti observó con algo que se acercaba al asco.

—¿Y si se hubiera enterado? —preguntó, sabiendo muy bien de qué hablaba su interlocutor—. ¿Por qué iba a cambiar eso las cosas?

A Bianchi se le escapó la respuesta sin pensar:

—Porque se daría cuenta de quién lo estaba pagando todo. De que me habían ofrecido un trato, y de que yo lo había aceptado. Igual que Pozzi. —Pronunció el nombre de su compañero con desesperación, igual que un cristiano hablaría de Judas.

—A diferencia de él —apuntó Brunetti.

Bianchi asintió. Griffoni y *Bardo* permanecieron inmóviles y en silencio: el perro porque se había quedado dormido y la mujer porque no quería hacer ningún ruido que distrajese al ciego.

—¿Por qué no quiso él que le pagasen la estancia?

A Bianchi le brotó una risa seca, sin humor.

—Porque era mejor hombre que nosotros.

Se desplazó hacia un lado, movió la mano que descansaba sobre el perro, la metió en el bolsillo del pantalón y sacó un pañuelo blanco que desplegó de una sacudida. Se lo llevó a la otra mano y lo sostuvo entre el pulgar y el meñique. Entonces colocó el pulgar, el índice y el corazón alrededor de la montura de las gafas.

Griffoni y Brunetti apartaron la mirada y se entretuvieron observando el suelo hasta que Bianchi habló de nuevo.

—Todos teníamos nuestras sospechas, todos los que trabajábamos allí, sobre lo que hacían, adónde iban los camiones y qué transportaban.

Lo miraron de nuevo y vieron que tenía la cara seca y las gafas puestas. No se veía el pañuelo por ninguna parte.

—Pero de eso hace mucho. ¿Qué sabíamos entonces? ¿Y a quién le importaba? — Había regresado a su vieja amiga, la pregunta retórica—. Mientras desapareciese, no era asunto nuestro adónde lo llevaran. Además, nosotros éramos empleados, hombres duros con esposas y familias que mantener, y no teníamos tiempo para...

Calló y empezó a acariciar a *Bardo*, que continuaba dormido: levantaba la mano antes de llegar a la cola y regresaba justo al punto donde le empezaba el cuello.

Brunetti sentía una paz extraña observándolo, así que, durante un rato, no dijo nada. Al final, el perro se despertó, se tumbó del otro costado y Bianchi retiró la mano.

—No teníamos tiempo para pensar en nadie ni en nada más allá de nuestro pequeño círculo y mucho menos para reflexionar sobre el futuro y en cómo lo afectaría lo que hacíamos.

—¿Qué ocurrió?

—El accidente, claro —respondió Bianchi, que parecía molesto porque Brunetti fuese tan cerril.

—No, me refiero a Casati. Para que cambiase tanto.

—Ah, sí, claro.

Después de eso, permaneció en silencio un rato.

—Creo que debió de ser por el dolor y por lo lento que pasaba el tiempo — respondió al fin—. Cuando sufres de esa manera, necesitas pensar en otras cosas, para que al menos parte de ti se libre del dolor, para que tu mente pueda volar a otra parte donde no sufra —explicó, y continuó de inmediato como para impedirles que cuestionasen esa premisa—. Me refiero a un dolor que dura semanas y que te hace creer que jamás va a terminar, que no te abandonará en toda la vida. —Suspiró—. Eso es lo que lo cambió. Estuvo meses en el hospital porque no se le curaban bien las heridas. Es lo que ocurre con las quemaduras grandes como las tuyas. Además, siempre tenía infecciones. Cada vez una distinta.

Hizo una pausa como para darles tiempo a intervenir, pero ninguno de los dos habló.

—Fue entonces cuando cambió, durante esos meses. Franca se mudó a su habitación del hospital y se negaba a salir cuando las enfermeras le decían que se marchase. Envío a Federica a vivir con su hermano, fue allí con una maleta y se quedó con él hasta que Davide tuvo fuerzas suficientes para regresar a casa.

De pronto se quedó callado, como si estuviese reviviendo el recuerdo de lo que le habían contado.

—Por eso fue tan horrible para él cuando... —empezó a decir con mayor énfasis.

—¿Cuándo le contó todo esto? —preguntó Brunetti.

—No, él jamás me lo explicó, al menos no de forma directa. Y, desde luego, no de una vez. Más bien algunas partes fueron colándose en las conversaciones que hemos mantenido a lo largo de los años.

—Eso es mucho tiempo —comentó Brunetti—. ¿Se reunieron alguna vez?

—No, nos bastaba con hablar por teléfono —respondió Bianchi, pero no parecía convencido—. Davide se había ido a vivir a Sant'Erasmo. Tenía una pensión. Al principio no quería aceptarla, pero su esposa lo convenció de que se la merecía.

—¿Y él la creyó? —preguntó Brunetti.

—Se la había ganado.

Después de dejar pasar unos segundos, Brunetti le hizo otra pregunta.

—¿Eso es todo lo que consiguió él?

Echó un vistazo a la glorieta y al jardín de rosas y esperó sin decir nada más. Cuando le quedó claro por la expresión de Bianchi que no obtendría respuesta a esa pregunta, lo intentó con otra.

—¿Y Pozzi?

Ante la mera mención del nombre, Bianchi apretó los labios. El *commissario* le observó el rostro mientras sopesaba la pregunta y le sorprendió descubrir lo mucho que revelaban unos ojos: si los escondías, las pruebas desaparecían.

—Él también se lo ganó —respondió el hombre al final.

—¿El qué? ¿Residir aquí? —preguntó Brunetti.

—Sí.

—¿Y usted, cómo se lo ganó? —continuó sin dudarlo.

Bianchi reaccionó tensando el cuerpo ante la brusquedad y la agresión implícita en la pregunta de Brunetti, pero el rostro sin ojos que el *commissario* estudiaba con atención permaneció indiferente. La respuesta se retrasó y, cuando llegó, el anciano racionó sus motivos con voz neutra y comedida.

—Con dolor —contestó con tono corrosivo—. Y también con pereza. Miedo. Vergüenza.

Brunetti pensó que la lista había terminado y ya se preparaba a hablar cuando Bianchi añadió un elemento más:

—Codicia.

Griffoni y Brunetti se miraron, pero ninguno de los dos quiso intervenir.

Bianchi hizo un ruido a medio camino entre una risa y un gruñido.

—Pozzi y yo somos un poco como animales. Nacimos en el bosque y allí vivimos mucho tiempo, pero entonces nos capturaron, nos domesticaron, y ahora somos tan dóciles y estamos tan acostumbrados a la comodidad que no podemos regresar al bosque. Por eso seguimos aquí, donde nos dan de comer, nos cuidan y estamos a salvo.

Cabeceó varias veces, como si acabasen de hacerle una comparación que a él no se le había ocurrido y le pareciese precisa.

Le puso la mano buena al perro en la cabeza.

—Hasta *Bardo* es más valiente que nosotros: él todavía ladra y gruñe y muerde —enumeró, y sonrió antes de continuar—: me han dicho que la semana pasada cazó un gazapo y lo despedazó.

Sonrió de nuevo pensando en eso, orgulloso de su perro.

—En cambio, Pozzi y yo esperamos aquí a que nos sirvan la comida.

—Y Casati regresó al bosque, ¿verdad? —preguntó Brunetti.

Bianchi repitió el gruñido.

—Sí, supongo que podría decirse así.

—¿A qué precio? —preguntó el *commissario*.

Bianchi volvió la cabeza un poco hacia la izquierda de modo que su rostro estuviera situado más o menos en dirección a Brunetti.

—¿Debo contestar a eso, *signor*...? Discúlpeme, he olvidado su nombre y su rango.

—Brunetti. *Commissario*. Y no, no está obligado a contestar ninguna de nuestras preguntas. —Sabía que no era prudente decir nada más, pero añadió una advertencia—: Al menos legalmente, no está obligado a decir nada.

—Vaya, el policía que se volvió filósofo.

En lugar de responder, Brunetti pensó en los dos hombres: Pozzi leía sobre pintura y sobre la historia del arte, y Bianchi, que era muy consciente de lo serias que eran sus conversaciones, las salpicaba de metáforas.

—Me cuesta creer que ustedes dos trabajasen en una fábrica —admitió.

—¿Lo dice por Pozzi y sus cuadros?

—Sí.

—¿Y por mis especulaciones?

—También.

—Hemos tenido más de dos décadas para... desarrollar nuevos intereses —concluyó con ironía.

—No todo el mundo habría empleado el tiempo de ese modo.

—No todo el mundo tiene nuestras discapacidades.

Brunetti prefirió dejar pasar un momento antes de proseguir.

—¿Qué debía hacer Casati?

—Teníamos que estar seguros de que no dijera nada.

—¿«Teníamos»? —inquirió Brunetti con dureza, harto de las poses de Bianchi.

El otro agachó la cabeza para dirigir la voz hacia su mascota.

—Ahora es cuando tengo que contar la verdad, *Bardo*. Y con algo de suerte no entenderás ni una palabra, porque, de lo contrario, dejarías de quererme. —Le tapó las orejas al perro antes de continuar—. Se lo conté a ellos. Hace años, cuando yo vine aquí y Davide se fue a vivir a Sant'Erasmo, le pregunté qué pensaba hacer y él admitió que no tenía ningún deseo de causar problemas. Que lo que nos había ocurrido era un castigo por lo que él había hecho y que para él el tema estaba zanjado.

Hizo una pausa.

—Él jamás me mentiría —añadió con un tono que había mudado de irónico a afligido.

—¿Informó de lo que Casati le había dicho? —preguntó Brunetti, inseguro pero dispuesto a arriesgar.

—Les expliqué lo que él me había dicho: que nunca hablaría de lo que habíamos hecho.

—¿Cómo?

—¿Qué quiere decir?

—Que cómo contactó con ellos.

—Yo llamaba al *signor* Maschietto cada pocos meses o él me llamaba a mí. Y cuando se jubiló, empecé a hablar con su hijo.

—¿Y le comunicaba todo lo que le decía Casati?

La pregunta era incisiva y sorprendió a Bianchi, pero no pareció ofenderlo. Hizo una pausa mientras cavilaba en silencio.

—Si concernía a la empresa, sí.

—¿Qué fue lo último que les transmitió?

—Que había averiguado... —empezó a decir, pero carraspeó varias veces antes de acabar la frase—. Que había averiguado qué era lo que estaba matando a sus abejas. Tenía informes de un laboratorio y había comprendido qué le sucedía al agua y a la tierra del fondo de la laguna.

Calló y volvió la cara, un gesto que en su estado carecía de sentido.

—Me dijo que ya no podía más, que ése era el final para él.

—¿Qué quería decir?

—Eso es lo que yo le pregunté —respondió Bianchi, a la defensiva—. Primero dijo que quería llamarlos a ustedes.

—¿A mí?

—No, a la policía —aclaró—, pero más tarde dijo que ya no estaba tan seguro.

—¿Qué hizo usted, *signor* Bianchi?

Éste apartó las manos del perro dormido y se aferró a los reposabrazos de la silla.

—Llamé a Maschietto y se lo conté.

Bianchi no había perdido el tiempo, se dijo el *commissario*. No había tardado nada en hacer una llamada para revelar una confidencia a cambio de... ¿A cambio de qué? ¿De una pechuga a la plancha para *Bardo*?

—¿Llamó al hijo y le contó lo que acaba de decirme a mí? —le preguntó luchando contra su propia indignación.

El anciano permaneció en silencio, hasta que de pronto soltó un lamento breve.

—No le dije que Davide me había contado que quería llamar a la policía, de verdad —gimoteó.

De repente se quitó las gafas y se tapó la cara con el brazo. Al cabo de un momento, lo retiró. Entonces, Brunetti y Griffoni vieron lo que la explosión de los residuos inflamables le había hecho en la cara y en los ojos hacía tantos años, y la imagen disipó la ira del *commissario*.

Brunetti aguardó un buen rato en silencio, pensando qué decir o preguntar, y luchando contra la tentación de mencionar las treinta monedas de plata. En circunstancias normales, habría atacado a Bianchi con sarcasmo, pero aquel rápido vistazo a su rostro se lo impedía.

—Se lo advertí. Lo avisé —afirmó el ciego con voz firme—. Le pedí que no se plantease siquiera hablar con nadie.

Alzó la mano y la agitó en dirección a ellos.

—Y menos con la policía.

—¿A quién más podría habérselo dicho?

Bianchi levantó las manos al cielo con exasperación.

—¡Qué sé yo! A su esposa, quizá.

En cuanto dijo esas palabras se quedó en silencio, anonadado, con las manos aún en alto. Las bajó despacio al reposabrazos, con cuidado de no despertar al perro.

Brunetti miró a Griffoni sin decir nada. Ella enarcó las cejas un ápice, incapaz de abandonar el hábito de no reaccionar de forma evidente a lo que quiera que dijese los testigos. Él le mostró la palma de la mano, instándola a tener paciencia.

Pasaron los segundos y los tres permanecieron en silencio hasta que Bianchi se decidió a hablar.

—Eso es lo que hacía: comentar las cosas con ella. Es una locura, pero lo hacía muy a menudo.

Asintió para reafirmar la idea y continuó hablando cada vez más despacio, como si sus palabras fuesen pies y, subiendo una escalera larga, le pesasen más cuanto más arriba estaba. Por fin, llegó a la cima exhausto.

—Y Franca le decía qué debía hacer.

Se volvió hacia ellos aún con la boca abierta, como si sólo así encontrase aire suficiente para respirar.

Cuando el sonido de su trabajosa respiración se hizo insoportable, Griffoni aprovechó la oportunidad y preguntó como si nada:

—¿Usted la conocía?

Bianchi se mordió los labios y respiró por la nariz.

—La vi varias veces a lo largo de los años.

—¿Cómo era?

Él lo pensó antes de responder.

—Lo único que recuerdo es que era menuda y que en aquella época me parecía muy guapa. Recuerdo también unos ojos muy grandes y muy oscuros, pero sólo es un recuerdo.

Dejó pasar un buen rato antes de continuar.

—Davide la amaba. Desde la primera vez que la vio. Estaba loco por ella. Y siguió así durante todo su matrimonio. Creo que se olvidó de que en el mundo había más mujeres.

Su voz había adquirido un matiz mágico, como si estuviera contando un cuento de hadas. Casati era el príncipe, y su esposa, la princesa. ¿Quién era el dragón?

—Cuando falleció —dijo al retomar el relato, aunque sin molestarse en nombrar el tipo de dragón que la había matado—, y también durante su larga enfermedad, él estuvo perdido. Al principio decía que sólo tenía sentido continuar vivo para ayudar a su hija y a su familia, porque ellos lo necesitaban. Dijo lo mismo de las abejas: que eran un motivo para vivir, porque ellas también lo necesitaban. —Agachó la cabeza—. Qué locura, ¿verdad?

Asintió varias veces para enfatizar lo extravagante de la idea.

—Abejas —repitió.

A Brunetti pensó en preguntarle qué diferenciaba a las abejas de *Bardo*, pero fue fiel a las enseñanzas de su madre y no dijo nada, convencido de que no debía pedirles a los demás que viesan las cosas desde su punto de vista.

Parecía que tenían poco más que averiguar o hacer en la residencia, así que se levantó y Griffoni hizo lo propio. Incapaz de perder las costumbres de los videntes, Bianchi alzó la cara hacia ellos.

—No me quedaba otra alternativa —afirmó con dificultad para mantener la calma.

Brunetti quería decirle que, aunque la elección era difícil, sí había tenido opciones; sin embargo, prefirió dejar el tema, pues no era capaz de librarse de la lástima que sentía por aquel hombre.

—Tenemos que irnos, *signore*.

Bianchi se levantó tan deprisa que *Bardo* se vio obligado a hacer un aterrizaje improvisado en el suelo y salir corriendo, con gran repiqueteo de zarpas en el pavimento, a refugiarse debajo de la silla que había ocupado Brunetti y miró a su amo desde allí abajo. El hombre les tendió la mano buena, pero al levantarse se había vuelto en la dirección opuesta a donde ellos estaban y ambos fingieron no haberla visto.

Se marcharon con el mismo sigilo con el que habían llegado: nadie se preguntó por su presencia ni los echó de menos cuando desaparecieron.

Una vez fuera, caminaron en silencio hacia el coche que los esperaba y se sentaron en el asiento de atrás. El chófer inició el camino de regreso hacia Venecia sin decir nada.

Cuando dejaron atrás la mansión, Griffoni se dirigió a Brunetti.

—¿Qué crees que ha pasado?

Él se encogió de hombros y miró por la ventanilla mientras el coche avanzaba por la autovía hacia la ciudad. Se preguntó en qué momento se habían puesto las cosas tan feas: ¿cuándo habían aparecido todos esos edificios horribles y las fábricas y los

aparcamientos, las interminables hileras de tiendas de saldos y los centros comerciales?, ¿de dónde habían salido todos esos engendros con dentadura de dragón?

Tardó un buen rato en responder.

—No lo sé —admitió cuando se decidió a contestar—. Puede que su esposa le dijese lo que debía hacer. Parecía un accidente.

—Pero ¿y antes del fuego? ¿Cómo podía coger todo eso y verterlo al agua?

Para Brunetti, la razón parecía hartos sencilla.

—Porque no vivía allí y era más joven. Su esposa gozaba de buena salud y no tenía abejas, así que no le afectaba.

—Decías que era buen hombre.

—Se convirtió en un hombre bueno —la corrigió.

—Las personas no cambian —protestó Griffoni con la sabiduría que los napolitanos habían amasado a lo largo de los siglos.

—Si sufren lo suficiente, sí cambian —contestó, pero enseguida añadió—: O al menos pueden hacerlo.

Pensó en Casati, en aquel hombre solitario y, tan a menudo, silencioso, y dejó de prestar atención a su compañera. Cuando trabajaba en el negocio de la limpieza de residuos y participaba en todo lo que eso implicaba, Casati era marido y padre. Brunetti estaba seguro de que sabía qué se enviaba al sur y qué se vertía a la laguna de cualquier manera. Tal vez incluso ayudase a transportar residuos tóxicos al vertedero que ahora era un parque con unas vistas preciosas de la ciudad. Y nada de eso le había causado problema alguno.

Brunetti sabía bien que las personas no acostumbraban a tener en cuenta las consecuencias de su comportamiento. El deseo lo justificaba todo. No tenía ni idea de qué cosas había deseado Casati en aquella época, antes de convertirse en el hombre que era cuando murió. Aunque tampoco sabía qué deseaba justo antes de fallecer.

Cuando el vehículo entró en la carretera nacional, Griffoni se volvió hacia él.

—¿Y bien?

—¿Se cayó o saltó? —fue la pregunta retórica de Brunetti, angustiado por la incertidumbre.

—¿Eso es un chiste?

Era la primera vez que ella respondía a sus palabras y no al tono, y ese fallo decepcionó al *commissario*.

—En absoluto —respondió él, serio, pues pensó que ambas opciones conducían a la muerte.

Enfrentado a esa idea, toda especulación parecía inútil. Llevaba días sopesando distintas posibilidades y alternándolas a medida que aparecía información nueva.

—Debió de haber ido a hablar con su esposa.

—¿Y qué fue a decirle?

—Estoy seguro de que ya le había confesado que sus actos habían tenido que ver en su enfermedad y la última vez a decirle que también estaba matando a las abejas.

—Guido, ¿no crees que es un poco melodramático? —preguntó ella sin esconder su exasperación—. Un hombre no se suicida porque se le mueran las abejas.

No hacía mucho, Brunetti había leído un libro en el que se decía que un azor era capaz de distinguir las venas en las alas de una mariposa: ¿quién sabía qué cosas podían verse? O sentirse, incluso. Las posibilidades eran infinitas, y cada uno de nosotros, un universo único de opciones y capacidades.

—Sé que la mayoría no lo haría —convino para contentarla.

De pronto y sin que ninguno de ellos supiese cómo había llegado allí, tenían un coche delante. El chófer soltó un reniego en voz alta y frenó de golpe, con lo que evitó chocar contra el otro vehículo, y tuvo que enderezar después de que un leve derrape los enviase hacia la derecha. El otro conductor se metió en el carril izquierdo, adelantó a otros dos coches y después a dos más y se perdió entre el tráfico.

—¡Llevaba un niño en el asiento del copiloto! —se lamentó el chófer con voz temblorosa—. Disculpen las palabrotas, *signori*.

—No pasa nada —respondió Griffoni por los dos, como si una mujer se ofendiese más por el lenguaje soez que un hombre y, por lo tanto, le correspondiese aceptar las disculpas. Se volvió hacia Brunetti—. Estoy volviéndome veneciana. Me va el corazón a cien por hora.

Al ver que él la miraba perplejo, se lo explicó.

—En Nápoles, la gente conduce así todo el tiempo, pero ahora me aterroriza.

Sonrió, luego se rio y a continuación movió la cabeza con asombro.

—He cambiado.

Y Brunetti se dio cuenta de que no bromeaba.

Fuera como fuese, el miedo los había unido, y Griffoni le habló de nuevo.

—Tú lo conocías. ¿Qué opinas?

Brunetti agitó la mano en dirección al lugar de donde venían.

—Ya has oído lo que ha dicho Bianchi: después de que su esposa falleciese, la vida dejó de tener sentido para él. Salvo por su hija y por las abejas. Pero ahora su hija está casada, tiene familia y ya no necesita su protección y, además, se le estaban muriendo las abejas. Por culpa de lo que él mismo había hecho.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—La *signora* Minati le explicó los resultados de los análisis, así que por fin averiguó los nombres de lo que habían echado al agua de la laguna. Es posible que oyese esos nombres por primera vez en su vida.

La *comissario* escuchaba atenta, así que le contó lo que llevaba días pensando.

—Su esposa falleció de un cáncer poco común. Un día, cuando estábamos cerca de algunas de sus colmenas —explicó, y prefirió no revelar que él había estado nadando en la zona—, vi una lámina de metal bajo el agua. Podría ser la tapa de un barril.

Griffoni estuvo en silencio un buen rato.

—Pasaste tiempo con él. ¿Te pareció la clase de persona que haría eso?

—¿El qué?

—Envenenar la laguna —dijo ella sin ambages.

—El hombre al que yo conocí no habría hecho eso —contestó el *commissario* en defensa de su amigo.

—¿Y el que no conociste?

Brunetti sólo había oído hablar de él: un trabajador normal y corriente que quería conservar el empleo.

—Puede que sí. Ya te lo he dicho. —Las palabras le salieron sin pensar, sin querer.

Griffoni miró por la ventanilla de su lado. Por todas partes crecían plantas, como si se escondiesen de los edificios que les habían comido el terreno. Las ortigas se abrían paso a través de las grietas del cemento y las enredaderas trepaban por los postes de la luz y por los cables. La tierra estaba nivelada con maquinaria, pero, tras las primeras lluvias, los brotes verdes lo habían cubierto todo. La naturaleza se apresuraba a rodear y cubrir ruedas abandonadas, latas de pintura, los montones de escombros de construcción, cajas de botellas de leche, cuadros de bicicleta. Igual que las personas, sufría, cambiaba y encontraba el modo de sobrevivir.

Brunetti recordó la imagen de la mano muerta de Casati; los dedos y su pelo se mecían en el agua como la fronda en la brisa. Al menos lo había descubierto un amigo, no cualquier buceador desconocido a quien no le importase qué había hecho Casati ni por qué motivo había tenido que hacerlo.

Apenas hablaron el resto del trayecto. Al llegar a Piazzale Roma, Foa los esperaba con la lancha, pero debió de percibir su estado de ánimo, porque se limitó a saludarlos y a abrir una de las puertas batientes para que entrasen en la cabina.

Mientras avanzaban por el Gran Canal, Brunetti se sintió presa de la belleza de la ciudad y miró a su alrededor, tal como acostumbraba, tratando de verlo todo con nuevos ojos, como si fuese la primera vez. Echó una mirada furtiva a Griffoni, que estaba sentada en el extremo izquierdo del asiento trasero, mirando hacia ese lado del canal, que era su favorito.

Pasaron junto a la estación de trenes y por debajo del puente, Brunetti iba moviendo la cabeza de lado a lado. A la derecha vio un jardín, el sufrimiento de las rosas por la falta de agua, visible en sus pétalos; el Casinò que había llevado a tanta gente a la ruina; el *palazzo* donde había vivido su último profesor de griego; otro puente, uno cuya restauración decían que ya estaba completa.

Miró a Griffoni de nuevo, pero ella parecía completamente ausente. Se le pasó por la cabeza que, si le diese un empujón en el costado, la derribaría sin que se diese cuenta siquiera.

Un puente más y en uno de los lados apareció el mar abierto. En el otro estaban la Basilica y el Palazzo y, de pronto, Brunetti cayó en la cuenta de que nada de eso le pertenecía y, en cambio, él formaba parte de todo aquello.

Cuando llegaron a la *questura*, el *commissario* había dejado esos pensamientos atrás y estaba planeando llamar a la *signora* Minati. Quería saber el nombre del producto químico que habían encontrado en las muestras de tierra de Casati y comprobar si era el mismo que se citaba múltiples veces en los artículos de prensa sobre la limpieza de Marghera. Como no quería molestar de nuevo a Federica, pensó en hablar con Massimo sobre el estado mental de Casati durante los días y las semanas anteriores a su deceso, para averiguar —o inventarse si era necesario— algo que hubiera dicho que hablase de esperanza o de planes de futuro. Pensó que Massimo era la clase de hombre que mentiría sin pensárselo dos veces si así conseguía tranquilizar a su esposa. No obstante, se le ocurrió que indagar en esas cuestiones tan dolorosas entrañaba riesgos y que apenas tenía sentido. Si la muerte de Casati seguía considerándose un accidente, Federica se ahorraría el inevitable sentimiento de culpa por no haber logrado salvarlo de la desesperación y, en consecuencia, haber evitado su muerte.

Al entrar, el guardia de la puerta se puso en pie y se dirigió a él.

—*Commissario*, ha venido un hombre a verlo.

Brunetti levantó la barbilla a modo de pregunta silenciosa.

El guardia se observó los zapatos, como si tuviese un percance que confesar.

—Es alguien que conozco, señor, así que lo he mandado a la sala pequeña que hay junto a la oficina de los pilotos.

Esperó a que Brunetti preguntase por su identidad, pero al ver que no lo hacía, continuó.

—Me ha dicho que debía hablar con usted.

—¿Lleva mucho tiempo esperando?

—Hará una media hora.

—Voy a subir a mi despacho. ¿Puede decirle a alguien que lo acompañe hasta allí dentro de cinco minutos?

—Sí, señor —contestó el guardia, y regresó a la garita de la entrada y se sentó.

Brunetti y Griffoni enfilaron la escalera, él pensando que ella le preguntaría qué pensaba hacer. Y no tenía ni idea. No sabía la respuesta.

—Creo que me voy a casa —anunció Claudia al llegar al rellano donde giraba a la izquierda para ir a su diminuto despacho.

Brunetti sonrió.

—Yo hablaré con este hombre y después haré lo mismo.

Griffoni se alejó y, cuando ya había recorrido medio pasillo, se volvió, levantó el brazo y le dijo adiós con la mano.

Brunetti entró en su despacho y fue a mirar por la ventana. Las rosas del muro que había al otro lado del canal trepaban por todas partes sin dar señal de tener sed. Se preguntó si era posible que la tierra filtrase la sal del agua del canal y permitiese así que las flores prosperasen.

Oyó a alguien toser a su espalda y, al volverse, vio a Massimo, el marido de Federica, en el umbral; su cuerpo casi llenaba el espacio de la puerta.

—¡Anda, Massimo! —exclamó Brunetti con auténtica alegría—. Entra, entra. Siéntate, por favor.

En la isla ya se tuteaban y no veía motivos para no hacerlo sólo porque estuviesen en la *questura*.

Massimo se apresuró a cruzar el despacho y estrecharle la mano, pero para ello tuvo que cambiarse el maletín de cuero que llevaba de la mano derecha a la izquierda. Se dieron un buen apretón y se sentó en una de las dos sillas que había frente a la mesa de Brunetti.

—Me alegro de que hayas venido —dijo éste, directo al grano. Pero entonces se detuvo y preguntó—: ¿Cómo está Federica?

—Quería... —empezó a decir Massimo con la voz estrangulada por los nervios—. Quería traerte esto. Una lancha de la policía nos lo entregó ayer en casa y yo abrí el sobre sin fijarme en el nombre. En cuanto vi lo que había dentro, supe que era tuyo.

Abrió el maletín: un cacharro viejo de cuero grueso con un asa de plástico oscuro. Sacó un sobre marrón y se lo mostró a Brunetti, que vio su nombre escrito y la dirección de la casa de campo de sus parientes.

Massimo apartó la vista, carraspeó y lo miró de nuevo.

—Federica ha estado pensando en lo mucho que él nos quería —explicó—, así que ha aceptado que debe de haber sido un accidente —dijo con expresión y la voz tensas—. Ella no debe enterarse.

Brunetti no tenía ni idea de a qué se refería ni de qué podía haber en el sobre. ¿Alguna reliquia de Casati? ¿Pruebas de que se había quitado la vida?

—¿Qué es? —preguntó.

La pregunta sorprendió a Massimo.

—¿No lo enviaste tú? Me dijeron que se trataba de unas fotos, que te las devolvían.

—¿Y lo manda la policía?

—No sé quién las manda, pero nos las trajeron en una lancha de la policía.

Brunetti abrió el sobre y sacó un taco de fotografías que dejó sobre la mesa. La primera era del *puparìn* volcadi y después había otra en la que reconoció su zapatilla de deporte junto a la barca, y se dio cuenta de que eran las fotos que él había tomado y que había enviado a la *signorina* Elettra para Rizzardi.

Massimo carraspeó de nuevo. Brunetti fue pasando las fotos una a una con el dedo y vio la mano izquierda de Casati, la piel hinchada y blanca, el anillo y el reloj visibles, el primero incrustado en la carne blanquecina. Apartó la foto después de observarla. A

continuación había instantáneas del rostro abotargado de Casati desde todos los ángulos y, mientras las miraba, el horror le nubló el entendimiento igual que en el momento en que las hizo. Las ojeó deprisa y miró a Massimo.

—Sí, son las que tomé yo —admitió—, pero no entiendo por qué me las han devuelto.

Massimo dio unos golpecitos en una de ellas con el dedo. Brunetti vio la rejilla metálica que Casati utilizaba como ancla y, atada a ella y serpenteando, la soga que se le había enredado y le había atrapado la pierna.

—¿No lo ves? —preguntó Massimo.

Por el amor de Dios, ¿a qué había ido allí aquel hombre?, se preguntó Brunetti. ¿Iba a decirle que le habían devuelto el anillo equivocado, el reloj de otra persona? En el fondo del sobre se adivinaba el contorno de ambos.

—No te entiendo, Massimo —dijo Brunetti, intentando mantener la calma—. No sé qué quieres decirme.

—Pero tú remas, ¿verdad? Has estado en más de una barca.

Brunetti miró la imagen de nuevo y vio lo mismo que la primera vez: la rejilla, el nudo, la soga. Se acercó la fotografía unos centímetros.

—Lo siento. Sigo sin comprender.

Massimo dio otro toque en la foto.

—Mira esto.

Dejó el dedo apoyado, tapando lo que quiera que Brunetti debía ver. Cuando retiró la mano y se la llevó al regazo, el *commissario* vio que lo que le señalaba era el nudo que ataba la soga a la rejilla.

—Ése no es un nudo marinero —le aseguró Massimo con absoluta certeza—. Nadie que haya trabajado en barcos anudaría una cuerda así. Eso lo ha hecho alguien de tierra, no vale nada.

Brunetti se fijó mejor. Y no: era un nudo sobre otro, no el as de guía doble que le había visto hacer a Casati. Mirándolo bien, parecía el típico nudo que podrían haber hecho sus hijos: dos sencillos, uno encima del otro, para asegurarse que no se desatase con facilidad. Y había funcionado.

—¿Crees que no lo hizo él? —pregunto Brunetti.

Massimo dio más golpecitos sobre el nudo.

—Por el amor de Dios, Guido, sabes que Davide no habría atado una cuerda de este modo. ¡Menudo desastre! Ningún marinero lo haría, porque es inútil, una estupidez.

Apartó la fotografía con indignación y ésta se deslizó y se detuvo justo al borde de la mesa.

El *commissario* miró a Massimo.

—¿Dónde está la rejilla?

—Cuando nos trajeron la barca, estaba dentro.

—¿Y el nudo? —preguntó Brunetti.

—Lo habían deshecho y habían enrollado la soga, que estaba colocada en el fondo.

Brunetti miró la foto y se imaginó mostrándosela a Patta o a un juez para tratar de convencerlos de que ese nudo no lo había hecho el fallecido sino otra persona y que la herida pequeña que tenía en la frente era el resultado de un golpe fuerte, tras el cual le

habían enrollado la soga en la pierna y... Entonces pensó en la respuesta de un juez a esa hipótesis, porque no se atrevía a llamarlo pruebas, y se dio cuenta de que la fotografía jamás vería un juzgado.

Y Bianchi tampoco se molestaría en arriesgar la comodidad de su vida para repetir su historia. ¿Y quién quería poner en duda la generosidad de la familia Maschietto? ¿Acaso no le había regalado una iglesia a su pueblo?

El sistema judicial llevaba décadas indagando en lo que había ocurrido en Marghera, antes y después de lo que habían llamado «*pianificazione*». Tarde o temprano tendrían que echarle un vistazo a GCM Holdings y al papel que habían desempeñado en la limpieza. O tal vez no.

Volvió a pensar en Casati: puede que estuviese en algún lugar hablando con su esposa o cuidando de las abejas. A la madre del *commissario* le habría gustado la escena, porque era muy aficionada a los finales felices aunque hubiera visto muy pocos en la vida.

Miró a Massimo.

—¿Federica ha visto la foto?

—No.

Brunetti cerró los ojos. Casati continuó charlando con su esposa, la mujer menuda de ojos grandes y oscuros. Y sus abejas siguieron explorando la *barena* —una que no estaba contaminada de veneno, de muerte, ¿por qué no?—, recolectando polen y néctar y transformándolo con su magia en miel, lo más dulce del mundo.

Abrió los ojos y miró a Massimo.

—Bien —dijo.

Restos mortales

Donna Leon

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Earthly Remains*

Fotografías de la portada: © Laura Gonzalez / EyeEm / Getty Images y © Jean François Humbert – Arcangel

Diseño de la colección: wladimirmarnich.com

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© 2017 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich

© de la traducción, Maia Figueroa Evans, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-322-3227-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

